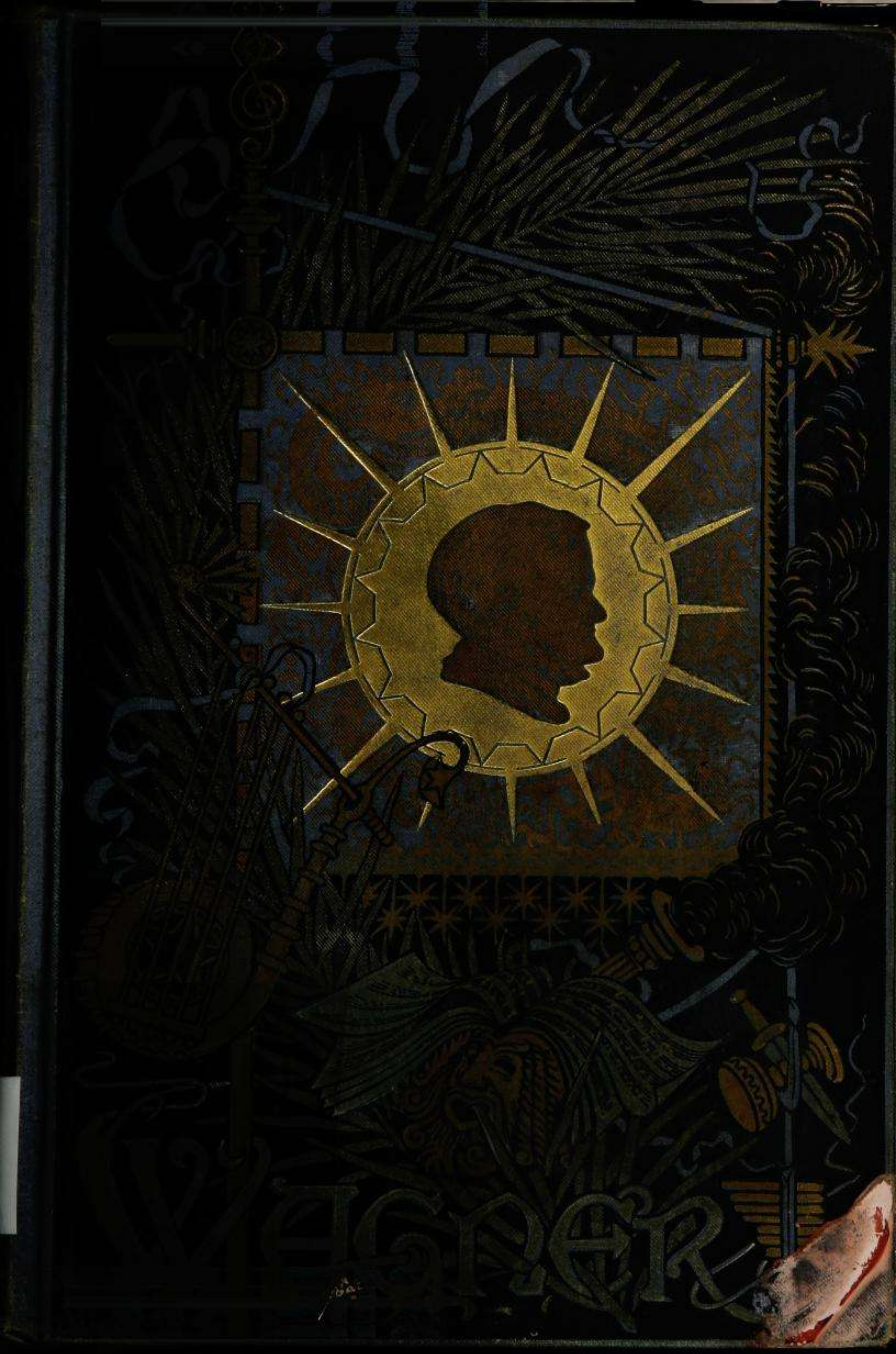

Wagner

276
LARIO

DONACION
Dr. RAFAEL LARIO PEREZ

DRAMAS MUSICALES DE WAGNER

UNIVERSIDAD DE CADIZ
3720885095

ES PROPIEDAD

DRAMAS MUSICALES

DE WAGNER

RIENZI—EL BUQUE-FANTASMA—LOHENGRIN

TRISTÁN É ISOLDA—LOS MAESTROS CANTORES—TANNHAUSER

LOS NIBELUNGOS—PARSIFAL

FOTOGRABADOS MEISENBACH

TOMO II

BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

DANIEL CORTEZO Y C.ª - *Ausias-March*, 95

1885

Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO Y C.ª

TANNHAUSER

ÓPERA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

HERMAN, landgrave de Turingia.

TANNHAUSER.
WOLFRAM DE ESCHENBACH.
WALTER DE LA VOGELWEIDE.
BITEROLF.
ENRIQUE, escribano.
REIMAR DE ZWETER.
} Caballeros y cantores.

ISABEL, sobrina del landgrave.

VENUS.

UN JOVEN PASTOR.

Caballeros, condes y nobles de Turingia.—Damas.—Pajes.—Peregrinos jóvenes y ancianos.—Sirenas, náyades, ninfas, bacantes.

La escena pasa en Turingia, Wartburgo, á principios del siglo XIII.

ACTO PRIMERO

La escena representa el interior del palacio de Venus. En el fondo una vasta gruta que, torciendo á derecha, parece perderse en lontananza. En la parte más lejana del fondo, un lago azul, donde aparecen varias náyades nadando, y en sus elevadas orillas, algunas sirenas recostadas. En primer término, á la izquierda, Venus tendida sobre un lecho, y ante ella, Tannhauser casi de rodillas y reclinada en su seno la cabeza. Alumbra la gruta rosada claridad. Algunas ninfas, danzando, ocupan el centro. En los ribazos, á uno y otro lado de la gruta, varias parejas amorosas que, una en pos de otra, van á tomar parte en el baile de las ninfas. Del fondo sale un grupo de bacantes, arrebatadas por una danza desordenada y ruidosa, y atraviesan, con gestos de embriaguez, los grupos de ninfas y amantes, tumultuosamente. Al rumor de la danza, cada vez más desenfrenada, contesta en el fondo, como un eco, el canto de las sirenas.

ESCENA PRIMERA

CANTO DE LAS SIRENAS.—Acercaos á la orilla, acercaos á tierra, donde en brazos de ardiente amor, calme vuestros deseos delicioso fuego.

(*Los danzantes se detienen formando un grupo apasiona-*

disimo, y prestan oído al canto. Reanúdase luégo la danza, con el mayor delirio. En el paroxismo de esta embriaguez y del furor bacanal déjase sentir repentina languidez que lo invade todo. Las amorosas parejas se apartan poco á poco de la danza yendo á tenderse, fatigadas, sobre el ribazo. El grupo de bacantes desaparece hacia el fondo, donde comienzan á extenderse gradualmente densos vapores que, invadiendo luégo el proscenio, velan, como entre nubes, los grupos de durmientes. La parte visible de la escena libre acaba por reducirse así á un espacio estrecho, donde quedan aislados Venus y Tannhauser en su primitiva actitud. A lo lejos resuena el canto de las sirenas.)

ESCENA II

VENUS, TANNHAUSER

(Tannhauser levanta la cabeza, estremeciéndose, cual si despertase de un ensueño. Venus le atrae con caricias. Tannhauser lleva su mano á los ojos, como procurando retener la imagen soñada.)

VENUS.—Díme, amor mío, ¿en qué piensas?

TANNHAUSER.—¡Basta! ¡basta ya! ¡despertemos!

VENUS.—Díme, ¿qué te preocupa?

TANNHAUSER.—Estaba soñando, parecíame escuchar lo que tanto tiempo há dejó de embelesar mis oídos! ¡creía oir los alegres tañidos de las campanas! ¡ah! ¿cuánto tiempo hace que no los oigo?

VENUS.—¡Qué desvarío! ¡qué ideas tan raras!

TANNHAUSER.—No puedo medir el tiempo que he permanecido á tu lado: días, meses, ya no los hay para mí, pues ni veo el sol, ni las bellas constelaciones del cielo, ni el florido césped, cuyo fresco verdor anuncia la llegada del verano; ni trina ya el ruiseñor, mi men-

sajero de la primavera. ¿No volveré á oir, ni á ver esas cosas?

VENUS.—¿Qué dices? ¡qué insensatas quejas! ¿Tan presto te fatigaron las suaves maravillas que te ofrece mi amor? ¿ó bien echas de menos no ser un dios? ¿has olvidado tan pronto lo que antes sufrías, y las delicias que ahora gozas? ¡Ea, en pié, cantor mío! ¡coge tu arpa y celebra el amor; cantas con tal perfección, que has esclavizado á su misma diosa! ¡Celebra el amor, ya que conquistaste su más sublime premio!

TANNHAUSER (*con varonil resolución, coge el arpa y colocándose con solemnidad ante Venus*): «¡Gloria á ti, loor á las maravillas que tu poderío creó para mi ventura! ¡Sean exaltadas en jubiloso canto, las delicias que tu gracia vertió para mí! ¡Ávido de placer y supremo deleite, mi corazón languidecía y mi alma moría de sed, y entonces, lo que sólo habías otorgado á los dioses, lo concediste á mí, á un mortal! Pero ¡ay! mortal he quedado y tu amor abruma mi debilidad; si un dios puede amar siempre, yo me veo sometido al cambio. ¡No le basta á mi corazón el placer; después de los goces, anhelo las penas; he de huir de tu imperio! ¡Oh reina! ¡oh diosa! déjame partir.»

VENUS (*sin mudar de actitud*). —¡Qué pensamientos, qué endechas me diriges! ¡qué tristes acentos oscurecen tu voz! ¿qué se ha hecho del entusiasmo que sólo te inspiraba cantos de voluptuosidad? ¿qué tienes? ¿qué negligencia reprochas á mi amor? ¿de qué me acusas, amado mío?

TANNHAUSER (*modulando en su arpa*).—«¡Gracias sean dadas á tu bondad! ¡loado sea tu amor! ¡venturoso para siempre quien permanezca á tu lado! ¡para siempre envidiado aquel cuyos ardientes deseos participen en tus brazos del fuego divino! Las maravillas de tu imperio embriagan; aquí respiro el encanto de todos

los placeres. Ninguna comarca de la tierra ofrece encanto igual; sus riquezas merecen tus desdenes. Pero yo, en medio de esta rosada atmósfera, echo de menos el hálito de los bosques, el límpido azur de nuestro cielo, el verdor de nuestras frescas praderas, el canto amado de nuestros pájaros, el familiar sonido de nuestras campanas. He de alejarme de tu imperio ¡oh reina! oh diosa! déjame partir!»

VENUS (*levantándose enojada*).—¡Infiel! ¡malhadado! ¿qué osas proferir? ¿no temes despreciar mi amor? ¿lo elogias y sin embargo ansías abandonarlo? ¿estás harto de mis atractivos?

TANNHAUSER.—¡Bella diosa! ¡no te enojes! Mi deseo es libertarme de tus hechizos que me matan!

VENUS.—¡Ay de ti! traidor! hipócrita! ingrato! no te dejaré partir! no me abandonarás!

TANNHAUSER.—Nunca mi pasión fué mayor, ni más verdadera que ahora, cuando debo alejarme de ti por toda la eternidad.

(*Venus, con un ademán de cólera, vuelve el rostro, ocultándolo entre sus manos, y luégo, fija su mirada en Tannhauser, risueña y seductora.*)

VENUS (*comenzando á media voz*).—¡Ven, amado mío! ¿Ves, allá en el fondo, velada la gruta por las blandas espirales de rosados vapores? Hasta un dios anhelaría morar en esta mansión de suavísimas voluptuosidades; reclinado en el más blando almohadón, aléjese de tus miembros el dolor amortiguado; revolotee en derredor de tu abrasada frente fresco aliento; invada tu corazón delicioso fuego. Seductoras melodías me invitan á enlazarte en tierno abrazo; vas á libar, en mis labios, el divino néctar; de mis ojos brotan para ti mil deleites. Nazca de nuestros lazos una fiesta de placer, y celebremos, gozosos, las solemnidades de nuestra pasión. ¡No sea tu ofrenda mezquina, no! embriágate en voluptuosidades con la diosa del amor.

LAS SIRENAS (*en lontananza, invisibles*). — ¡Acercaos á la orilla, acercaos á la playa!

VENUS (*atrayendo suavemente á Tannhauser*).—¡Amado mío! mi bien! ¿quieres dejarme?

TANNHAUSER (*en el paroxismo de la exaltación, coge el arpa con trémula mano*).—«Para ti, para ti sola resonaron siempre mis cantos! ¡sean siempre un himno esplendente á tu divinidad! Tu gracia encantadora es fuente de toda belleza, y son tus obras las más suaves maravillas. Surja, resplandezca y brille para ti sola el fuego que infundiste en mi corazón. Sí; en adelante quiero ser su valiente campeón contra el universo entero. Mas, déjame volver al mundo terrestre; junto á ti, no puedo ser más que un esclavo; aspiro á la libertad, la quiero, la ansío. He de afrontar combate y lucha, aunque me esperasen al fin la derrota, la muerte. Por eso he de huir de tu imperio. ¡Oh reina! oh diosa! déjame partir!»

VENUS (*en un arrebato de cólera*).—¡Parte, insensato, parte al fin! ¡Vete, traidor; ya no te detengo! Libre eres; parte, parte; séate otorgado el destino que pretendes. Vuelve al lado de los hombres de frío corazón; sus vanas, necias y lúgubres creencias obligaron á los dioses de la alegría á huir hasta el seno profundo y tibio de la tierra. ¡Parte, iluso, en busca de tu salvación, sin encontrarla jamás! ¡Á los que combatiste, á los que sufrieron los ultrajantes destellos de tu orgullo, vé á suplicarles; vé á implorar favor á aquellos sitios testigos de tus desprecios! ¡Entonces florecerán tu miseria y tu oprobio; desterrado, maldito, arrastrarás en pos de ti los desdenes! Ya te veo aparecer quebrantado, pisoteado, lleno de polvo, humillada la frente. «¡Ah! si volvieses á encontrar á la que antes te sonreía! ¡ah! si volviesen á abrirse para ti las puertas de sus esplendores!» Helo aquí, yaciendo junto al umbral, donde antes manaba para él á raudales la felici-

dad; ahora, el compañero de antes, suplica, y pordiosea, no amor, sino compasión. ¡Atrás, mendigo! ¡mi imperio, cerrado para siempre á los esclavos, sólo se abre á los héroes!

TANNHAUSER.—Mi valor te evitará la pena de verme regresar deshonrado. ¡Parto para siempre, adiós! ¡Jamás la diosa me verá volver!

VENUS.—¡Cómo! ¿no volverás? ¿qué he dicho yo y qué dice él? ¿Cómo explicar estas palabras y cómo comprenderlas? ¡mi amado abandonarme para siempre! ¿qué crimen cometí? ¿La diosa de la gracia se vería arrebatar el gozo de perdonar á su amado? ¡Yo que antes, con ávido oído, escuchaba, sonriendo en tu llanto, tus fieros acentos, mudos harto tiempo hacía! ¿Podrías soñar siquiera que fuese insensible á los plañideros suspiros de tu alma? ¡No me hagas pagar el supremo consuelo que hallé en tus brazos, con tus desdenes, por el consuelo que te reservo! Si no volvieses ¡ay! el mundo sería maldito, convertido para siempre en tétrico desierto, abandonado por la diosa! ¡Vuelve, vuelve á mí; confía en los favores de mi amor!

TANNHAUSER.—Quien renuncia á ti, diosa, renuncia para siempre á todo premio.

VENUS.—No opongas el orgullo á tus deseos, si éstos te llevan hacia mí.

TANNHAUSER.—Mis deseos me impelen al combate; no busco ya delicias y placer. Escucha y comprende, ¡oh diosa! ¡mis deseos me inducen á la muerte!

VENUS.—¿Y si la muerte huye de ti, si te niega una tumba?

TANNHAUSER.—La muerte, la tumba en el corazón, hallaré el reposo en la penitencia.

VENUS.—¡Nunca lograrás el reposo! ni alcanzarás la salvación! Vuelve á mí, si buscas la paz! si buscas la salvación, vuelve á mí!

TANNHAUSER. — ¡Diosa de la voluptuosidad... mi

paz, mi salvación no están en ti; sino en María!

(*Óyese un gran estrépito. Venus desaparece.*)

ESCENA III

(*Tannhauser se encuentra de repente en un hermoso valle, bajo azulado cielo. A la derecha, en el fondo, Wartburgo; á la izquierda, y más lejos, el Herselberg. A derecha, en mitad del valle, un sendero que conduce al proscenio, formando recodo; en el mismo término una imagen de la Virgen, á donde se sube por una colina... En lo alto, á la izquierda, óyense las esquilas de un rebaño; en un borde escarpado, un joven pastor canta, y toca una zampoña.*)

El pastor.—La señora Holda ha salido de la montaña para recorrer campos y praderas; ha encantado mis oídos suave melodía, mis ojos han deseado ver. Hechiceras imágenes embellecían mi ensueño, y apenas abrí los ojos, ví brillar los tibios rayos del sol. Había llegado mayo, el florido mayo. Ahora, taño mi zampoña. Llegó mayo, llegó el hermoso mayo.

(*Sigue tañendo la zampoña. Óyese el canto de los peregrinos ancianos, que vienen del lado de Wartburgo y costean á derecha el largo sendero de la montaña.*)

Los peregrinos ancianos.—¡Á ti me dirijo, Señor, en ti cifra el pecador su esperanza! ¡Alabada seas, dulce y pura Virgen; acoge propicia nuestra romería! ¡Ah! ¡cuánto me abruma la carga de mis pecados! ¡ya no puedo soportarla más! Por eso renuncio á la paz y al reposo, y me entrego con ardor á la fatiga y á los sufrimientos. ¡Voy á rescatar mis pecados en la augusta fiesta del jubileo! ¡Bendito el hombre que sabe permanecer fiel á la fe; salvado será por la penitencia y el arrepentimiento!

(*El pastor, que continuaba tocando la zampoña, se detiene al llegar ante él la procesión de los peregrinos.*)

EL PASTOR (*agitando su sombrero y llamando á los peregrinos.*—¡Protéjaos Dios! Proteja vuestra peregrinación á Roma! Rogad por mi alma!

TANNHAUSER (*vivamente conmovido y doblando las rodillas*).—¡Gloria á ti, Todopoderoso! Augustos son los milagros de tu gracia!

(*Los peregrinos van alejándose, y su canto extinguiéndose gradualmente.*)

LOS PEREGRINOS.—¡Á ti me dirijo, Señor! ¡en ti cifra el pecador su esperanza!

TANNHAUSER (*arrodillado y como absorto en ferviente plegaria*).—¡Ah! ¡cuánto me abruma la carga de mis pecados! no puedo soportarla más! por eso renuncio á la paz, al reposo, y me entrego con ardor á la fatiga y á los sufrimientos.

(*Los sollozos embargan su voz. Óyese, á mayor distancia, el canto de los peregrinos, que acaba por extinguirse completamente. En tanto, del fondo de la escena, y del lado de Eisenach, suena el doblar de las campanas de la iglesia. Callan éstas, luégo; y óyese á la izquierda el són de las trompas.*)

ESCENA IV

(*De un bosque que cubre la falda de la colina, á la izquierda, van saliendo, uno á uno, por el sendero, el landgrave y los cantores, en traje de caza. En el decurso de la escena todo el cortejo del landgrave se encuentra sucesivamente reunido en el proscenio.*)

LANDGRAVE.—¿Quién es ese, tan abstraído en su plegaria?

WALTHER.—Un penitente, sin duda.

BITEROLF.—Por el traje, parece un caballero.

WOLFRAM (*aproximándose á Tannhauser y reconociéndolo*).—¡Es él!

LOS CANTORES Y EL LANDGRAVE.—¡Enrique! Enrique! no es un sueño!

(Tannhauser, que se ha estremecido de sorpresa, ya repuesto, se inclina silencioso ante el landgrave, después de haber dirigido una rápida mirada á este y á los cantores).

LANDGRAVE.—¿Eres tú? ¿vuelves al lado de los que tan orgullosamente abandonaste?

BITEROLF.—Habla ¿qué nos presagia tu regreso? ¿paz ó combate?

WALTHER.—¿Vuelves como amigo ó como enemigo?

LOS DEMÁS CANTORES (*excepto Wolfram*).—¿Como enemigo?

WOLFRAM.—¡Inútil pregunta! ¿es acaso orgullosa su actitud? Salud, valiente cantor, por harto tiempo ausente de nuestro lado.

WALTHER.—Bienvenido seas, si llegas como amigo.

TODOS LOS CANTORES.—Salud! salud á ti!

LANDGRAVE.—¡Bienvenido seas también para mí! Habla; ¿dónde has permanecido en tu larga ausencia?

TANNHAUSER.—He andado errante por comarcas lejanas, muy lejanas, por lugares donde no encontré paz, ni reposo. ¡No me interroguéis! No vengo á combatir contra vosotros! Quede todo olvidado y dejadme partir.

LANDGRAVE.—No tal; nos perteneces de nuevo.

WALTHER.—No partirás.

BITEROLF.—No lo permitiremos.

TANNHAUSER.—¡Dejadme! No hay lugar fijo para mí, ni me es dado ya reposar; mi sino me impele sin cesar adelante, sin que pueda dirigir atrás la mirada.

LANDGRAVE Y CANTORES.—Quédate, quédate entre nosotros. ¡Es forzoso! no te dejaremos marchar! ¿Por qué anhelas abandonarnos, después de tan breve regreso?

TANNHAUSER *(desasiéndose de sus brazos).*—¡Lejos, lejos de aquí!

CANTORES.—Quédate, permanece entre nosotros.

WOLFRAM (*colocándose ante Tannhauser y alzando la voz*).—¡Quédate junto á Isabel!

TANNHAUSER (*vivamente conmovido y gozoso*).—¡Isabel! Celeste potencia: ¿eres tú quien pronuncia este nombre encantador?

WOLFRAM.—No creo que me llames tu enemigo, después de haberlo pronunciado. ¿Me permites, señor, que sea mensajero de su ventura?

LANDGRAVE.—Refiérele el encanto que ha ejercido, y préstele Dios virtud para rematar la obra con bien.

WOLFRAM.—Luchabas así valerosamente contra nosotros; ora tus cantos victoriosos triunfaban de los nuestros, ora nuestro arte vencía el tuyo. Había, sin embargo, un premio, que solo tú ganaste. ¿Debíase á un hechizo, ó á un poder inocente el que tu canto, lleno de voluptuosidad y sufrimiento, hubiese subyugado á la más virtuosa doncella? Desde que nos abandonaste orgulloso, su corazón se cerró á nuestras quejas, sus mejillas palidecieron, y triste, marchita, se alejó para siempre de nuestras reuniones. ¡Ah! vuelve, eminente cantor, vuelve á unir á la nuestra tu voz; que no falte en lo sucesivo en nuestras fiestas; que su estrella luzca de nuevo á nuestras miradas.

CANTORES.—¡Sé de los nuestros, Enrique, vuelve á nosotros! renunciemos á la discordia, y al combate! resuenen juntos nuestros cantos y en lo sucesivo llamémonos hermanos.

TANNHAUSER (*conmovido, abrazando á Wolfram y á los cantores con viveza*).—¡Á su lado! á su lado! llevadme á su presencia. Sí; ahora reconozco el mundo magnífico que antes desdeñara! El cielo me concede su mirada; los campos despliegan altivos sus ricos adornos! La primavera, de mil encantadores frutos, penetra en

mi alma, ebria de alegría; mi corazón, impetuoso y blandamente aguijoneado, clama en alta voz: por ella! junto á ella... quiero vivir...

LANDGRAVE Y CANTORES.—Ya vuelve á nosotros el ausente! un milagro nos lo trae! Gloria á ti, gracioso hechizo, gloria á ti, que conjuraste su orgullo! En lo sucesivo, el objeto de nuestras alabanzas vuelva á escuchar nuestros cantos inspirados! Resuenen voces de júbilo, surja el canto de todos los pechos!

(El landgrave toca la trompa de caza, contéstanle los cazadores con las suyas. Landgrave y cantores montan en los caballos que los han traído de Wartburgo).

ACTO II

La sala de los cantores en Wartburgo.—En el fondo, la vista abarca sin obstáculo todo el recinto de la ciudad y todo el valle.

ESCENA PRIMERA

ISABEL (*entrando gozosa y agitada*).—De nuevo os saludo, amadas bóvedas; os saludo con júbilo, queridas paredes. Aquí se elevan sus cantos; aquí me despiertan de un sombrío ensueño. Cuando os abandonó ¡cuán desiertas me parecisteis! Huyó de mí la paz; y de vosotras el gozo! Ahora mi pecho respira y se eleva, y vosotras parecéis recobrar vuestro augusto y fiero aspecto. Quien nos devuelve la vida, va á llegar, se acerca. Bóvedas amadas, yo os saludo!

(Aparecen en el fondo Wolfram y Tannhauser).

WOLFRAM.—Hela aquí; acércate sin temor.

(Permanece en el fondo, apoyado en la balaustrada).

TANNHAUSER (*precipitándose impetuosamente á los piés de Isabel*).—¡Princesa!

ISABEL (*conmovida y trémula*).—¡Gran Dios! Levantaos! dejadme! no puedo veros aquí!

(*Intenta alejarse*).

TANNHAUSER.—Sí, puedes! Quédate y déjame postrado á tus plantas.

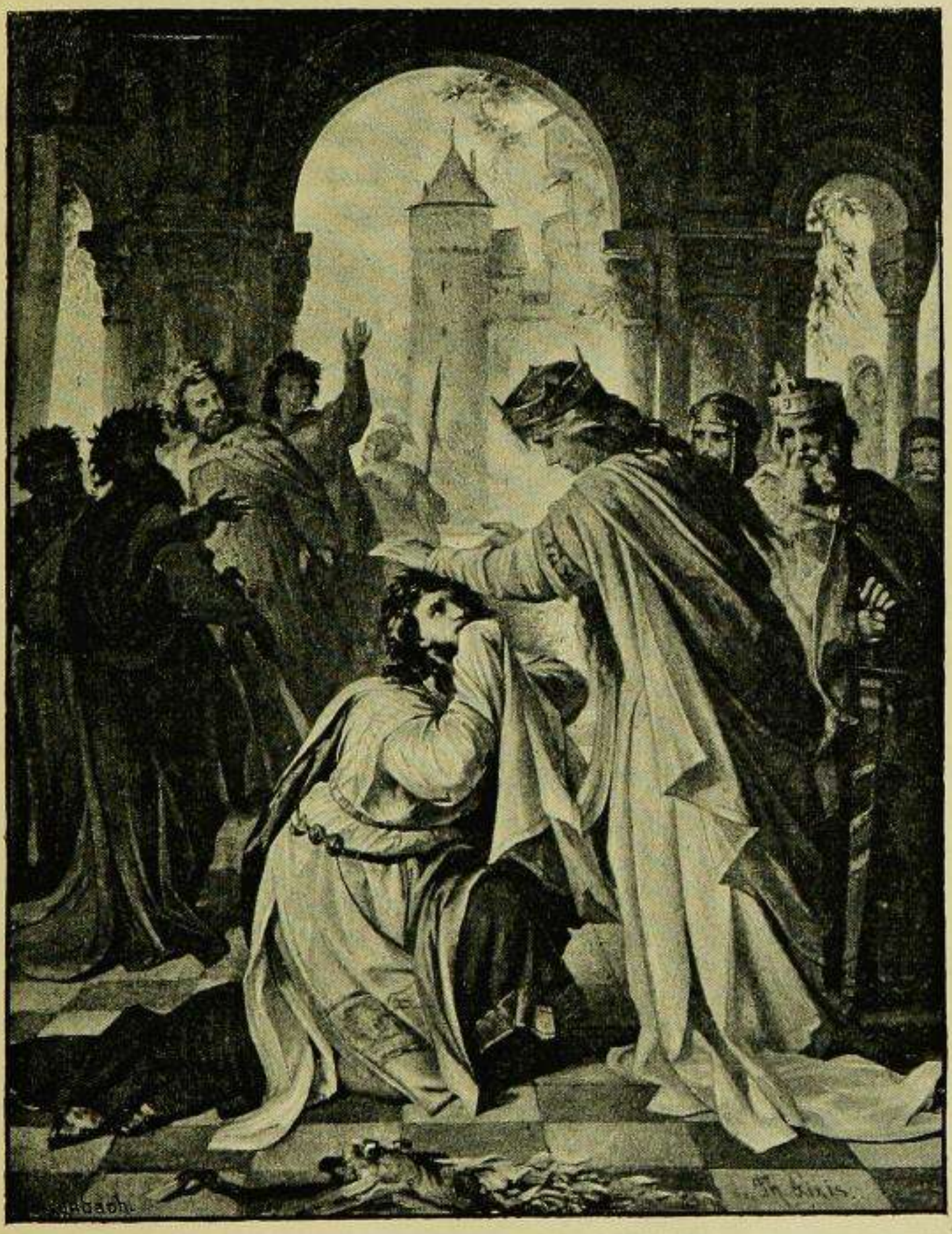
ISABEL (*contemplándole con ternura*).—¡Levantaos! No debéis arrodillaros aquí, pues esta sala es vuestro reino! Levantaos! Bienvenido seáis! ¿dónde habéis permanecido en vuestra larga ausencia?

TANNHAUSER (*levantándose lentamente*).—Muy lejos de aquí, en recóndita comarca! El olvido ha corrido su tupido velo entre ayer y hoy. Todo, en un momento, se ha borrado de mi memoria, y sólo queda vivo un recuerdo: que no esperaba volveros á saludar, ni alzar á vos mis ojos.

ISABEL.—¿Á qué se debe, pues, vuestro regreso?

TANNHAUSER.—Á un milagro; á un augusto é incomprensible milagro.

ISABEL (*en un arranque de gozo*).—Gracias sean dadas á este milagro, desde el fondo de mi corazón. (*Conteniéndose de repente; y siguiendo, perpleja*). ¡Perdonad! no sé lo que me digo! Soy juguete de un ensueño, y más débil de espíritu que un niño, me veo entregada, impotente, á la fuerza de los milagros. Apenas acierto á reconocerme actualmente; auxiliadme, ayudadme á descifrar el enigma de mi corazón. Antes, complacíame en oir, sin cesar, las nobles melodías de los cantores; sus endechas, sus alabanzas parecíanme delicioso juego. Pero ¡qué vida tan extrañamente nueva hizo brotar vuestro canto en mi seno! Sentíalo, á veces, atravesarme como un dolor, ó bien penetrarme con repentina voluptuosidad; sentía lo que jamás sentí! deseaba lo que nunca había deseado todavía! Lo que antes me era apetecible, había cedido el paso á las de-



licias que aún no sabía nombrar! y cuando os hubisteis alejado... paz, gozo, todo me abandonó; las melodías que entonaban los cantores parecíanme tristes; sus pensamientos, siniestros; turbaban mi sueño sordos dolores; siempre en vela, mi vida era lúgubre delirio; la alegría había desertado de mi corazón. ¿Qué prodigio habíais obrado en mí, Enrique?

TANNHAUSER (*con entusiasmo*).—Al dios del amor, no á mí debes acatar; él tocó las cuerdas de mi corazón; él te hablaba por mis melodías; él me trae de nuevo junto á ti.

ISABEL.—Bendita sea la hora, bendito el mágico influjo, que me aportó la noticia, la deliciosa noticia de vuestra llegada. Rodeado de claridad encantadora sonríe el sol á mis ojos, y despertando á vida nueva, digo á la felicidad: mía eres!

TANNHAUSER.—Bendita sea la hora, bendito el mágico influjo que me aportó la noticia brotada de tus labios. Siéntome renacer y puedo consagrarme animoso á la vida. Con gozoso estremecimiento, digo á su más espléndida maravilla: mía eres!

WOLFRAM.—De esta suerte me abandona el último destello de esperanza.

(Tannhauser, separándose de Isabel, se aproxima á Wolfram, le abraza y se aleja con él).

ESCENA II

Entra el landgrave por una puerta lateral. —Isabel se dirige rápidamente á su encuentro, y reclina la cabeza en su seno.

LANDGRAVE.—¿Por fin te encuentro en esta sala que por tan largo tiempo dejaste desierta? ¿cedes al atractivo de la fiesta de cantores que preparamos?

ISABEL.—Querido tío! padre amado!

LANDGRAVE.—¿ Llegó ya la hora de las confidencias?
ISABEL.—Lee en mis ojos! no puedo hablar!
LANDGRAVE.—Guarda, pues, encerrado algún tiempo tu secreto y permanezca íntegro el hechizo, hasta que tengas suficiente fuerza para romperlo. Sea así. El prodigio que el canto preparó y despertó en tu corazón, el canto lo descubrirá también, coronando y rematando la obra. Trueéquese el juego poético en acción y vida. (*Óyese el són de las trompetas*). Ya se aproximan los nobles de mis dominios, invitados por mi orden á la fiesta. Acuden en mayor número que nunca, pues saben que eres la reina del certamen.

ESCENA III

Clarines y trompetas.—Condes, caballeros, damas nobles ricamente ataviadas, entran, precedidas de pajes.—El landgrave é Isabel los reciben y saludan.

CORO.—Saludamos con gozo la noble estancia; sea por largo tiempo albergue del arte y de la paz, y resuene en su recinto este grito de júbilo: Salud, príncipe de Turingia, landgrave Herman.

(*Damas y caballeros han ido ocupando elevados sitiales y formando un amplio semi-círculo. El landgrave é Isabel ocupan en el proscenio un asiento de honor, colocado bajo dosel. Trompetas. Entran los cantores y saludan con solemnidad á la asamblea, yendo á sentarse, en el espacio libre del proscenio, y formando un semicírculo, en los taburetes que tienen destinados; Tannhauser, á la izquierda del proscenio y Wolfram, á la derecha, miran de frente á la asamblea.*)

LANDGRAVE (*levantándose*).—Esta sala oyó no pocas veces brotar de vuestros labios, amados cantores, preciosas melodías; y con ingeniosos enigmas, y gozosas canciones, vuestro numen, siempre simpático, regoci-

jó nuestro corazón... Cuando nuestra espada, en graves y sangrientos combates, sostenía la majestad del imperio alemán, cuando resistíamos al furor de los Güelfos y rechazábamos la fatal discordia, conquistasteis también nobles lauros.

La gracia y urbanidad de la vida, la virtud y la verdadera fe han alcanzado por vuestro arte magnífica y excelsa victoria.

Ofrecednos pues hoy á nosotros también una fiesta, hoy que nos ha sido devuelto el insigne cantor, tanto y tan largo tiempo deseado.

¿Á qué debemos su vuelta? Para mí es un misterio. Á vosotros toca descifrarlo por el arte del canto. Oíd, ahora, la cuestión que os someto: ¿podríais profundizar la naturaleza del amor? Quien tal pueda, quien más dignamente cante el amor, recibirá el premio de manos de Isabel; por elevada, por atrevida que sea su petición, me obligo á cumplirla. Adelante, cantores amados, preludiad en vuestros instrumentos. Planteado está el problema; disputaos el premio y recibid de antemano la expresión de nuestro agradecimiento.

(*Trompetas*).

CORO DE CABALLEROS Y NOBLES DAMAS.—¡Salud! salud! príncipe de Turingia! salud al protector del gracioso arte! salud!

Siéntanse todos. Cuatro pajes se adelantan; recogen en una copa de oro, de mano de cada cantor, su nombre escrito en un billete; después, presentan la copa á Isabel que saca uno de los billetes y lo da á los pajes. Estos, después de leído el nombre, se dirigen solemnemente al centro del proscenio y dicen:

LOS CUATRO PAJES.—Comience Wolfram de Eschenbach.

(*Tannhauser se apoya en su arpa, como abstraído por completo. Wolfram se levanta*).

WOLFRAM.—Al recorrer mis miradas esta augusta

asamblea, arde en mi corazón noble entusiasmo! ¡Tantos héroes, prudentes y valerosos, flor de Alemania, bosque de encinas, altivo y majestuoso, de fresco verdor! Y esas graciosas y virtuosas damas, coronadas, con perfumes de simpáticas flores! Á este espectáculo embriagador mis ojos se ofuscan y mi voz enmudece. Cuando, entre tantas estrellas, mis miradas se elevan hacia una que brilla en el deslumbrante cielo, mi espíritu cerrado á otra imagen alguna, se concentra y se absorbe en piadosa adoración. De improviso, muéstrase á mis ojos una fuente maravillosa que mi espíritu contempla, lleno de asombro, y bebe en su manantial voluptuosidades divinas que inundan el corazón de inefables dulzuras... No permita el cielo que yo os deje enturbiar esta fuente, ni mancillar su origen con temeraria obra! Antes vivir en la adoración y el sacrificio, antes verter con gozo la última gota de sangre de mi corazón... Nobles oyentes: estas palabras os dicen cómo comprendo la más pura naturaleza del amor.

CABALLEROS Y DAMAS *(con muestras de aprobación)*.—¡Eso es amor! así es! loor á tu canto!

TANNHAUSER (*que al terminar el canto de Wolfram se ha estremecido como si despertara de un ensueño, levántase rápidamente)*.—También yo, Wolfram, también yo tengo derecho á felicitarme de contemplar lo que has visto! ¿Quién podría no conocer esa fuente? Yo proclamo en voz alta su virtud; mas no puedo acercarme á su nacimiento, sin arder en deseos; no puedo evitar mi sed ardiente y aplico á ella sin temor mis abrasados labios. Bebo á grandes sorbos mil voluptuosidades, sin mezcla alguna de terror pusilánime, pues la fuente es inextinguible al igual que mi deseo. Ojalá su fuego arda eternamente, para que eternamente mi sed se calme en ese manantial. Así comprendo yo, Wolfram, en su verdad, la naturaleza del amor.

(*Isabel se dispone á aplaudir, pero, al ver que todos los*

oyentes guardan grave silencio, se contiene tímidamente).

WALTHER DE LA VOGELWEIDE (*levantándose*).—Mi espíritu contempla, en su clara luz, la fuente que Wolfram ha mentado; pero tú, Enrique, tú que por ella te has abrasado en ardiente sed, no la conoces. Oye mis palabras, presta atención á mis lecciones: la fuente es la virtud, la virtud misma. Debes honrarla con férvido corazón, y sacrificarte en loor de su divina transparencia. Pero si acercas tus labios al manantial para calmar tu osada sed, aun cuando sólo rozaras la superficie, perdido queda para siempre su maravilloso poderío. Si quieres beber en la fuente refrigerante paz, no con los labios, sino con el corazón has de beber.

LOS OYENTES (*aplaudiendo entusiasmados*).—¡Hurra! Walther! Gloria á tu canto!

TANNHAUSER (*levantándose con viveza*).—En tu canto, Walther, desfiguras tristemente al amor! No extralimitándose de esa tímida languidez, en breve acabaría el mundo. Para glorificar á Dios en las sublimes alturas, alzad vuestras miradas al firmamento, levantadlas hacia las estrellas! Adorad esas maravillas, ya que no os es dado comprenderlas! Pero lo que se doblega á vuestro tacto, lo que vuestro corazón y vuestros sentidos pueden alcanzar, lo que, producido de la misma materia que vosotros, une con las vuestras sus dúctiles formas, atreveos á gozarlo, movidos por sabroso aguijón. Del amor, sólo conozco el goce.

(*Profunda agitación entre los oyentes*).

BITEROLF (*levantándose con impetuosidad*).—¡Ea! apréstate al combate! ¿Quién oiría con calma tus discursos? Si tu presunción lo consiente, presta, blasfemo, el oído á nuestras palabras. Cuándo el noble amor me inspira, infunde el valor en mis armas; para preservar este amor de toda injuria, vertería yo con orgullo hasta la última gota de mi sangre. Con mi espada

de caballero lidiaré siempre en honor de las mujeres y de su excelsa virtud; y lo que á ti te ofrece goce, es vil placer que no vale una estocada.

Los oyentes (*aplaudiendo tumultuosamente*).—¡Honra á Biterolf! Toma, he aquí nuestra espada!

Tannhauser (*adelantándose con creciente exaltación*).—¡Ah! Biterolf! fanfarrón delirante! ¿tú, necio, cantas al amor? No, en verdad; nada comprendes de lo que me parece digno de ser amado. ¡Pobre caballero! ¿qué deleite puedes tú haber saboreado? Tu vida no ha conocido el amor, y de los goces que te ha dado ninguno valía una estocada.

(*Agitación creciente entre el auditorio.*)

Caballeros (*de diferentes lados*).—¡No le dejéis acabar! castigad su temeridad!

Landgrave (*á Biterolf que desenvaina la espada*).—¡Envainad el acero! cantores, haya paz!

Wolfram (*se levanta, poseído de noble indignación. Restablécese el silencio*).—¡Cielo, sé propicio; inspira y santifica mi canto! haz que el crimen huya lejos de esta noble asamblea! ¡Sublime amor! conságrete mi canto un himno inspirado á ti que, bajo los divinos rasgos de un ángel, penetraste en mi alma! ¡Te acercas, mensajero celeste, y yo te sigo á encantadoras lontananzas, guiándome así á regiones donde tu estrella irradia eternamente!

Tannhauser (*en el colmo del entusiasmo*).—¡Diosa del amor! á ti celebra mi canto. Glorificada seas por mi voz. Tu gracia divina es fuente de toda beldad, y las más encantadoras maravillas obra tuya son. Quien te estrechó en sus brazos en ardoroso lazo sabe qué es amor; nadie, sino él, puede saberlo. ¡Pobres mortales, que nunca conocisteis el amor! ¡Partid, corred á la montaña de Venus! (*Explosión general de terror*).

Todos.—¡Ah! ¡maldito; apartaos de él! ¿lo oís? ¡ha estado en el palacio de Venus!

LAS DAMAS.— ¡Alejaos, huíd de su contacto!

(*Aléjanse consternadas con ademanes de horror. Unicamente Isabel, que ha seguido los varios incidentes de la escena con angustia creciente, queda rezagada, pálida, esforzándose en permanecer en pié, apoyándose en una de las columnas del dosel. El landgrave, los caballeros y los cantores, abandonan sus asientos y se reunen en grupo. Tannhauser, retirado á la izquierda, permanece aún largo tiempo inmóvil como arrobado en éxtasis.*)

LANDGRAVE, CABALLEROS, CANTORES. — ¡Ya lo oísteis! Sus impúdicos labios lo confesaron. Compartió los placeres del infierno; ha estado en el palacio de Venus! ¡Horror! infamia! maldición! Sea precipitado, de nuevo, en el infernal pantano! ¡maldito, condenado sea!

(*Lánzanse todos, espada en mano, sobre Tannhauser, que parece retarlos. Isabel se precipita entre ellos, con grito desgarrador, y con su cuerpo cubre á Tannhauser.*)

ISABEL.— ¡Deteneos!

(*A su vista detiénense todos estupefactos.*)

LANDGRAVE, CABALLEROS, CANTORES. — ¿Qué es eso? Isabel, la casta doncella abogando por el pecador!

ISABEL.—Atrás, ó dadme una muerte que desprecio. ¿Qué vale la herida de vuestro acero contra el golpe mortal que me ha inferido él?

LANDGRAVE, CABALLEROS, CANTORES. — ¡Qué oigo! Isabel! ¿tanto se dejó cegar tu corazón, que hasta te opones al castigo de quien te ofendió con traición tan horrible?

ISABEL. — ¿Se trata de mí, acaso? No; sino de él, de su salvación. ¿Queréis robarle la salvación eterna?

LANDGRAVE, CABALLEROS, CANTORES. — Desechó toda esperanza, ¡nunca logrará alcanzar su salvación! Sobre él cayó la maldición celeste: muera en su crimen!

(*Adelántanse de nuevo hacia Tannhauser.*)

ISABEL.—¡Alejaos! no sois jueces! crueles! lanzad el

acero furioso, y oíd los acentos de una niña! Escuchad, por mi voz, la voluntad de Dios. Este pecador, encadenado por temible hechizo ¿ha de verse condenado á no obtener jamás su salvación por el arrepentimiento y la expiación en este mundo? Vosotros, tan firmes en la verdadera fe, ¿desconocéis hasta este punto los decretos del Todopoderoso? Vosotros, que queréis arrebatar la esperanza al pecador, decid: ¿qué mal os hizo?

Mirad á la joven cuyo corazón ha tronchado con inesperada herida, y que le amaba con profundo amor; ahora ruega por él, implora por él á fin de que arrepentido se incline á la penitencia y recobre la confianza y el ánimo de creer que un día el Salvador sufrió también por él.

TANNHAUSER (*repuesto gradualmente de su exaltación, y conmovido por el ruego de Isabel, dobla la cabeza, abrumado de dolor.*)—¡Desventurado! ¡Desdichado de mí!

LANDGRAVE, CABALLEROS, CANTORES (*calmándose y conmovidos.*)—Un ángel ha descendido del luminoso éter para proclamar el santo decreto de Dios. Contempla, traidor infame, considera en tu alma la magnitud de tu crimen. Le has dado muerte, y ruega por tu vida; ¿seremos sordos á su angélica súplica? Aunque tuviésemos el derecho de no perdonar al culpable, no podemos resistir á la voz del cielo.

TANNHAUSER.—Para condenar al pecador á su salvación, la mensajera celeste ha descendido á mí; mas ¡ay! para mancillarla con un deseo criminal, fijé en ella una mirada impía! Oh tú, elevado por encima de estos abismos terrestres, tú que me enviaste el ángel de salvación, ten piedad del pecador, encenagado en el crimen, que vergonzosamente desconoció á la mediadora celeste.

LANDGRAVE (*después de una pausa*). —Se ha cometido un crimen atroz; un hijo maldito del pecado se deslizó

entre nosotros, bajo hipócrita máscara. Te desterramos lejos de aquí; no puedes permanecer á nuestro lado; nuestro hogar se mancilla con tu presencia y el cielo mismo lanza amenazadoras miradas á este techo que te abrigó harto tiempo ya. Un camino te queda para salvarte de la eterna ruina; al rechazarte de aquí, voy á indicártelo, empréndelo! De distintos puntos de mis dominios se ha congregado gran número de peregrinos penitentes; los más ancianos han partido ya; los más jóvenes se encuentran aún en el valle. Y aun cuando sobre su conciencia sólo pesan faltas leves, acuden religiosamente á Roma para la fiesta del perdón general.

LANDGRAVE, CABALLEROS, CANTORES. —Vé con ellos en romería, á la villa misericordiosa; y allí, humillando en el polvo la frente, rescata tu crimen! Prostérnate á los piés del Vicario de Dios, y no regreses sin haber obtenido su bendición. Aunque nuestra venganza ha cedido á la intervención de un ángel, nuestro acero sabrá alcanzarte si permanecieses en oprobio y pecado.

ISABEL. —Permítele llegar á ti, Dios de gracia y misericordia! otorga la remisión de sus pecados! Por su bien te imploro, mi vida será incesante plegaria; haz que brille á sus ojos la luz, sacándole de su eterna noche! Acepta, en cambio, el sacrificio voluntario de una vida, que ya no me pertenece!

TANNHAUSER.—¿Cómo alcanzar perdón, cómo expiar mi crimen? He visto zozobrar de repente mi salvación; la misericordia celeste me abandona. Quiero tomar parte en la religiosa romería, quiero golpearme el pecho, prosternarme en el polvo, bañarme en contrición. Sea reconciliado el ángel de mi angustia, el ángel criminalmente ultrajado, que se ofrece en sacrificio por mi redención.

CANTO DE LOS JÓVENES PEREGRINOS (*en el fondo del*

valle).— En la fiesta del santo jubileo, expiad humillados vuestras culpas! Bendito el hombre fiel en la fe; la penitencia y el arrepentimiento le salvaron.

Todos (*escuchando conmovidos el canto, mientras Tannhauser, transfigurado repentinamente por un rayo de esperanza, sale con rápido paso*). — ¡Á Roma! ¡Á Roma!

ACTO III

El valle de Wartburgo.—Á la izquierda, el Herselberg, como al final del acto primero, pero con los matices del otoño.—Declina el dia.—En la colina, á la derecha, ante una imagen de la Virgen, Isabel arrodillada, orando con fervor.—Wolfram, descendiendo de la altura cubierta de árboles, se detiene al percibir á Isabel.

ESCENA PRIMERA

WOLFRAM.—Ya sabía que la encontraría rezando, como siempre que, desde lo alto de las colinas, bajo al valle. Llevando en su corazón la muerte que recibió de él, prosternada en fervientes plegarias, implora noche y día su salvación: ¡eterno hechizo de un amor santo! Espera que los peregrinos regresen de Roma. Ya los árboles se despojan de sus hojas; no tardará el regreso: ¿vendrá él con los perdonados? Tal es la pregunta, tal el voto que ella dirige al cielo. ¡Haced, santos clementes, que sea cumplido! Si la herida debe quedar siempre abierta, dulcifíquela al menos un bálsamo!

(*Va á proseguir su camino, cuando, al oir el canto de los peregrinos ancianos, se detiene.*)

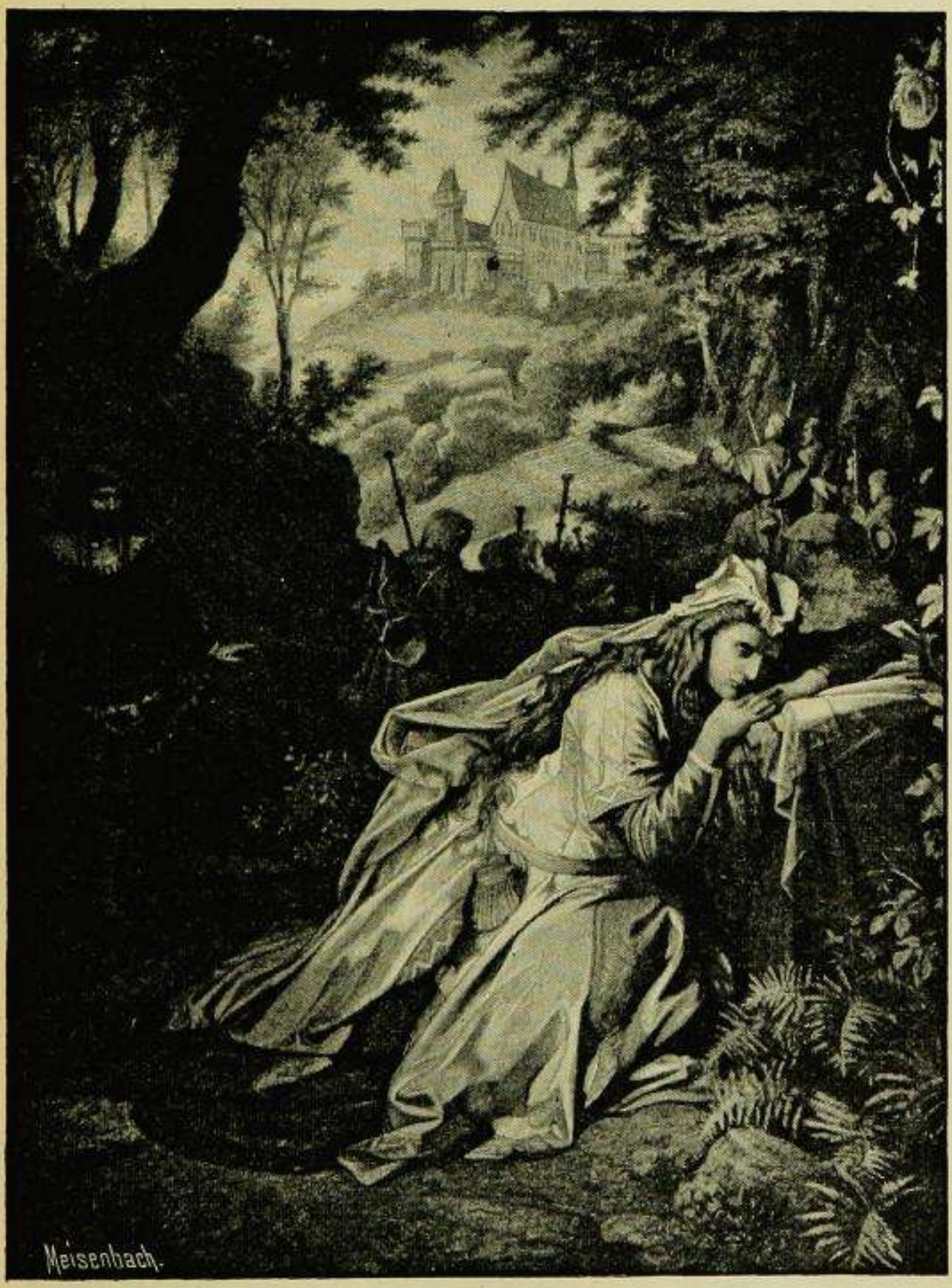
ISABEL (*levantándose, atenta al canto*).—Es su canto; son ellos; ya vuelven! Santos del cielo, dictadme mi deber y dadme fuerzas para llenarlo dignamente.

WOLFRAM.—Son los peregrinos, es la piadosa melodía que anuncia el perdón obtenido. ¡Oh cielos! fortaleced su corazón, pues este instante va á decidir de su vida!

CANTO DE LOS ANCIANOS PEREGRINOS (*van apareciendo éstos por la derecha del proscenio, y siguiendo á lo largo el valle hacia Wartburgo, desaparecen, por fin, en el recodo que forma la montaña del fondo*).—¡Momento de ventura! ¡al fin vuelvo á contemplarte, amado valle, y saludo con júbilo tus gratas campiñas! Descanse ahora el cayado de peregrino, porque, fiel á Dios, terminó la romería. Por la penitencia me he reconciliado con el Señor á quien mi corazón adora, y cuyas alabanzas canta mi voz. Alcanzada la gracia por el penitente, compartirá un día la paz de los bienaventurados! El infierno y la muerte no le atemorizan. Por ello alabaré al Señor todos los días de mi vida. ¡Aleluya en la eternidad! ¡aleluya!

(*Desde lo alto de la colina, Isabel ha buscado con la mirada á Tannhauser entre la procesión de peregrinos. El canto va extinguiéndose por grados. Se pone el sol.*)

ISABEL (*en actitud dolorosa, pero tranquila*).—¡No regresa! (*Arrodillándose.*) ¡Virgen poderosa, oye mi suplicante voz! ¡Á ti invoco, Virgen bendita! ¡Déjame desvanecer á tus plantas, en el polvo! Sácame ¡ah! sácame de esta tierra! ¡Haz que, pura como un ángel, pueda entrar mi alma en el cielo! Si alguna vez, esclava de insensato sueño, se apartó de ti mi corazón; si un criminal deseo, si un pensamiento mundano germinó en mí, he combatido con mil sufrimientos para ahogarlo en mi corazón. Y si no logré expiar mi falta


Meisenbach.

entera, protéjame tu gracia á fin de que, con humildes salutaciones pueda yo, Virgen pura, acercarme á ti á implorar el más vivo dón de tu gracia para él solo, para borrar su falta.

(*Permanece un momento en éxtasis, contemplando el cielo. Después, levantándose lentamente, divisa á Wolfram que se ha ido acercando y la observa con profunda emoción. Al disponerse éste á dirigirle la palabra, hácele seña Isabel de que calle.*)

WOLFRAM. —¿Me será permitido, Isabel, acompañarte?

(*Isabel le manifiesta nuevamente, por gestos, el profundo reconocimiento que su afecto y su abnegación le inspiran; indícale que su senda la conduce al cielo, donde ha de realizar una obra santa, y que la deje andar sola, sin seguirla. Sube lentamente el sendero de la montaña encaminándose á Wartburgo, donde por fin desaparece.*)

ESCENA II

WOLFRAM (*después de seguir largo rato con la mirada á Isabel, se sienta al pié de la colina, coge el arpa, y tras breve preludio*):—¡Como presentimiento de muerte, las sombras de la noche cubren la tierra, envolviendo el valle con manto enlutado; y el alma impelida por sus deseos á esas alturas, se estremece de angustia antes de emprender su vuelo á través de la oscuridad y del horror! Entonces, apareces tú, estrella divina, lanzando del fondo del cielo tu suave luz; tu dulce rayo entreabre la sombra de la noche y muestra como amiga cariñosa, el camino que conduce fuera de la villa. ¡Ah, estrella de la noche! te saludo siempre con gozo. Y del fondo de este corazón que no le hizo traición jamás, salúdala á tu vez, si la vieres volar lejos de este valle de lágrimas, en dirección á la morada de los bienaventurados ángeles.

ESCENA III

(*Ha anochecido. Sale Tannhauser, en traje de peregrino hecho girones; pálido el rostro y demudado, camina apoyado en su bastón, con fatiga y vacilante.*)

TANNHAUSER.—He oído los acordes de un arpa: ¡tristes eran sus sonidos!

WOLFRAM.—¿Quién eres tú, peregrino solitario?

TANNHANSER.—¿Quién soy? ¿no me conoces? tú eres Wolfram, el insigne cantor.

WOLFRAM.—¡Eres tú! ¿qué te trae á estos muros? Habla: ¿te atreves, sin estar absuelto, á dirigir tus pasos hacia estas regiones?

TANNHAUSER.—No temas, mi buen cantor. Ni te busco á ti, ni á ninguno de tus compañeros. Busco á un hombre que me enseñe el camino, aquel camino que en otro tiempo encontraba yo con tanta facilidad.

WOLFRAM.—¿Qué camino?

TANNHAUSER (*con sensualidad siniestra*).—¡El del palacio de Venus!

WOLFRAM.—¡Horror! ¡no mancilles mis oídos! ¿qué potencia enemiga te impele á este sitio?

TANNHAUSER.—¿No conoces tú ese camino?

WOLFRAM.—¡Insensato! me horripila el oirte! ¿dónde has estado? dí ¿no fuíste á Roma?

TANNHAUSER (*con furor*).—¡No hables de Roma!

WOLFRAM.—¿No asististe á la santa solemnidad?

TANNHAUSER.—¡No hables de esa fiesta!

WOLFRAM.—¿No estuviste allí? ¡habla! te lo ruego!

TANNHAUSER (*amargamente*).—Sí, he estado en Roma.

WOLFRAM.—¡Habla, desventurado! Cuéntame tu viaje. Me inspiras la más profunda compasión.

TANNHAUSER (*después de contemplar largo rato á Wolfram, con emoción mezclada de sorpresa*).—¿Qué dices, Wolfram? ¡cómo! ¿no eres enemigo mío?

WOLFRAM.—Nunca lo fuí, mientras te creia fiel y puro. Pero díme, ¿ no has ido en romería á la Ciudad Santa ?

TANNHANSER.—Sí ! Oye; vas á saberlo todo. (*Sientase, extenuado, al pié de la colina. Wolfram quiere sentarse á su lado.*) No ! lejos de mi ! El sitio que yo ocupo está maldito ! Óyeme, Wolfram, oye mi relato. (*Wolfram permanece de pié, á corta distancia de Tannhauser.*) Lleno de fervor, busqué el camino de Roma. Un ángel ¡ay! había desarraigado de este corazón presuntuoso el orgullo del crimen ! Quería expiar este orgullo en la humildad, quería implorar la salvación rehusada para dulcificar á ese ángel la amargura de las lágrimas que vertiera por mí, pobre pecador. El camino que tomaba á mi lado el más contrito de los peregrinos, parecíame demasiado suave ; cuando él hollaba el blando césped de las praderas, buscaba yo las piedras y las ortigas para sentar en ellas mis desnudas plantas ; cuando él refrescaba sus labios en la fuente, bebia yo en los ardientes rayos del sol; cuando él dirigía piadoso al cielo sus plegarias, vertía yo mi sangre en holocausto al Todopoderoso ; mientras en la posada hallaban albergue los viandantes, tendía yo los miembros sobre la nieve y el hielo. Cerrando los ojos ante el espectáculo de sus maravillas, he recorrido como un ciego las encantadoras llanuras de Italia; esto hice, deseando, contrito y quebrantado, aniquilarme por la penitencia para dulcificar el llanto de mi ángel bueno. Llegué á Roma junto á la Santa Sede; prosterném e orando al dintel del Santuario ; amaneció ; doblaron las campanas, resonaron celestes cantares : el mundo, en el fervor de su júbilo, estremecióse de alegría, esperando la gracia y la salvación ofrecidas. Ví á aquel que representa á Dios en la tierra ; todos los fieles hincaron ante él la rodilla en el polvo; víle otorgar el perdón á millones de pecadores, indicándoles luégo que se levantasen absueltos

y gozosos. Después me acerqué; inclinada la frente al suelo, acuséme, golpeándome el pecho, de las criminales voluptuosidades que sedujeron mis sentidos, del deseo que ninguna mortificación había apaciguado aún; le imploré, le rogué que me libertase de estos lazos abrasadores, y él me dijo: «Si compartiste el criminal deleite, si inflamaste tu corazón en el fuego del infierno, si estuviste en el palacio de Venus, condenado estás sin remisión. Así como este báculo que en mi mano ves, ya no volverá á adornarse de fresco verdor, así tú, en la infernal hoguera, no verás ya florecer para ti la salvación.» Á estas palabras caí sin sentido, anonadado, exánime. Al volver en mí, la noche cubría la desierta plaza. Llegaban de lejos á mis oídos, gozosos cantos en acción de gracias; aquellos cantos me llenaron de horror. Huyendo de ese himno de la falaz promesa, que penetraba en mi alma con el frío del hielo, alejéme delirante, espantado, y me ví impelido al lugar donde tantas delicias y tantas voluptuosidades había gozado! ¡Á ti vuelvo, pues, oh tierna Venus; á ti me atrae el hechizo de tus encantadoras noches; á tu corte voy, donde tu belleza me sonríe por toda una eternidad!

WOLFRAM.—Detente! detente! infortunado!

TANNHAUSER.—¡No permitas que te busque en vano! ah! con qué facilidad te encontraba yo antes! Ya lo oyes: los hombres me maldicen; guía tú ahora mis pasos, ¡oh diosa!

WOLFRAM.—¡Á quién invocas, insensato?

(*Una ligera nube va cubriendo por grados la escena*).

TANNHAUSER.— ¡Ah! ¿no sientes soplos más suaves?

WOLFRAM.—Sígueme! estás perdido!

TANNHAUSER.—¿No aspiras más deliciosos perfumes? ¿no oyes esos mágicos acentos?

WOLFRAM.—¡Me estremezco de horror!

TANNHAUSER.—He aquí el coro de las ninfas dan-

zantes! corramos á los placeres, á la voluptuosidad!
(*A través de la nube transparente despuntan rosados resplandores, y percibense entre nubes los confusos movimientos de las ninfas*).

WOLFRAM.—¡Maldición! funesto hechizo! es el infierno con sus furores!

TANNHAUSER.—La embriaguez invade mis sentidos; reconoce tan dulces resplandores; es el imperio encantado del amor; estamos en el palacio de Venus.
(*En la claridad de la rosada luz se distingue á Venus tendida en un lecho*).

VENUS.—Bienvenido seas, infiel mortal! ¿te hirió el mundo de anatema? ¿acudes, por fin, á mis brazos, no hallando compasión en la tierra?

TANNHAUSER.—¡Venus! soberana rica en piedad, á ti, á ti me siento llamado!

WOLFRAM.—¡Desvanécete, hechizo infernal! no extravies el espíritu de un corazón puro!

VENUS.—Ya que vuelves á mis dominios, perdonada sea tu presunción; mane sin cesar para ti la fuente de los placeres; sé mío por toda la eternidad.

TANNHAUSER.—Desvanecióse mi salvación; ¡á mí, para siempre, los goces del infierno!

WOLFRAM (*reteniéndole con fuerza*).—Dios omnipotente, asiste á tu siervo! Una palabra de contrición, Enrique, una palabra, y te salvas!

VENUS.—Ven á mí.

TANNHAUSER (*á Wolfram*).—¡Suéltame!

VENUS.—¡Ven! sé mío para siempre!

WOLFRAM.—¡Enrique! aún puedes alcanzar tu salvación!

TANNHAUSER.—Jamás, Wolfram, jamás; he de seguirla.

WOLFRAM.—Un ángel oró por ti en la tierra; en breve volará por el éter bendiciéndote: Isabel!
(*Tannhauser, que ha logrado desasirse de Wolfram, queda*

como herido del rayo é inmóvil, en el mismo sitio).

CANTO DE HOMBRES (*en el fondo*).—Paz y salvación para el alma que acaba de salir del piadoso cuerpo de la mártir.

WOLFRAM *(al oir este canto)*:— Tu ángel ruega por ti ante el trono de Dios! su plegaria es acogida! estás salvado, Enrique!

VENUS.—¡ Maldición ! le perdí !

(*Desaparece y con ella toda la escena encantada.—El valle reaparece, iluminado por los rayos de la aurora.—Sale de Wartburgo el cortejo fúnebre, conduciendo un féretro abierto*).

CANTO DE HOMBRES.—Ha alcanzado la felicidad, patrimonio de los ángeles, sublime corona de los celestes goces.

WOLFRAM (*abrazando tiernamente á Tannhauser*).—¿Oyes ese canto?

TANNHAUSER.—¡ Sí !

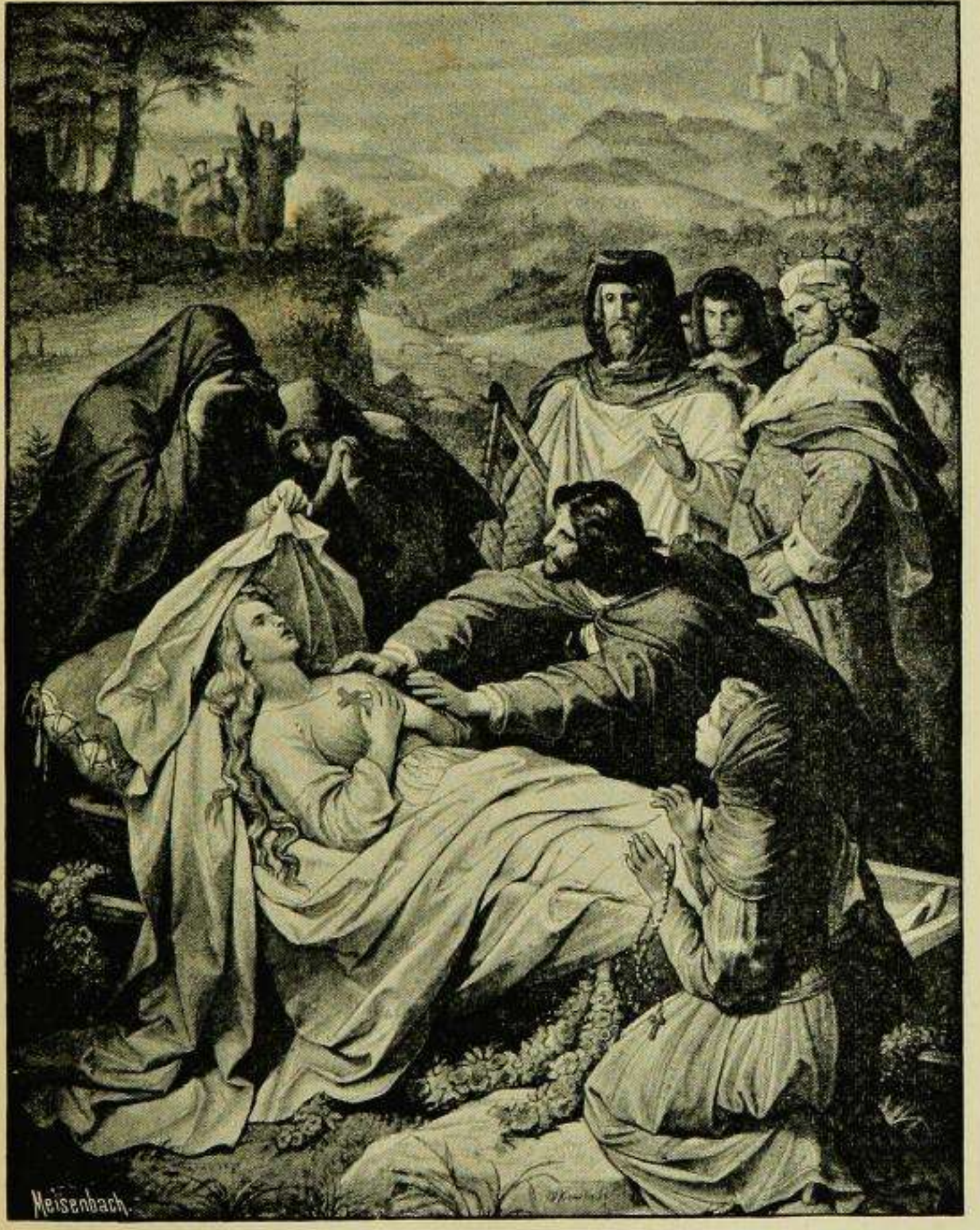
(*En este momento el cortejo se adelanta al fondo del valle; los ancianos peregrinos preceden el féretro donde yace el cadáver de Isabel llevado por cuatro nobles caballeros en traje de caza; á sus lados van el landgrave y los cantores, siguiendo, después, los condes y los señores*).

CANTO DE HOMBRES.—Feliz la virgen pura que, reunida al celeste coro, goza de la presencia de Dios! Feliz el pecador por quien ella lloró, y por quien implora la gracia celeste!

(*A una señal de Wolfram depositan el féretro en el centro de la escena; Wolfram conduce junto al cadáver á Tannhauser que, al llegar, cae desplomado*).

TANNHAUSER.—Santa Isabel, ruega por mí. (*Muere*).

LOS JÓVENES PEREGRINOS *(con los cayados floridos y cubiertos de hojas, costeando la montaña)*.— ¡ Salve oh maravillas de la gracia, salve! La redención es ya patrimonio del mundo! En la santa hora de la noche, el Señor se ha revelado por un milagro; el cayado seco,


Meisenbach.

en manos del pastor, se ha ornado de frescas flores. Así, entre las llamas del pecado, debe reverdecer para el pecador la redención. Proclamadlo en todas las regiones para avisar á aquel á quien este milagro anuncia la gracia. Dios es superior á todo lo creado, y su misericordia, infinita. ¡Aleluya! aleluya! aleluya!

Todos *(profundamente conmovidos)*.—El pecador ha recibido el dón de gracia y goza actualmente de la paz del cielo!

FIN DE TANNHAUSER

El Anillo del Nibelungo

TETRALOGIA

Traducción de Ernesto Dann Bertrán

EL ORO DEL RHIN

PRELUDIO

PERSONAJES

WOTAN, DONNER, FROH, LOGE,	Dioses.
FASOLT, FAFNER,	Gigantes.
ALBERTO, MIME,	Nibelungos.
FRICKA, FREIA, ERDA,	Diosas.
WOGLINDA, WELGUNDA, FLOSHILDA,	Ninfas del Rhin.

Nibelungos.

ESCENA I

EL FONDO DEL RHIN

(Alumbra la escena el crepúsculo, de color verdoso é intenso en la parte superior, y oscuro en el fondo. Cubre la altura el agua ondulante y corriente en dirección á la izquierda. Húmeda neblina ocupa el fondo, de modo que hasta la altura de un hombre el espacio parece estar libre de agua. Asperas rocas forman el suelo y ciñen el escenario. Por sus hendiduras se divisan profundos abismos donde reina la más densa oscuridad. En el centro se eleva un peñón, cuya cúspide baña el crepúsculo. Al rededor de este peñón náda y se rebulle con animados gestos una de las ninfas del Rhin.)

WOGLINDA.—Weia! Waga! Ondea, ola, hacia la cuna! Wagalaveia! Wallala weiala veia!

WELGUNDA (*su voz viene de lo alto*).—Woglinda! ¿cómo velas tú sola?

WOGLINDA.—Contigo seríamos dos.

WELGUNDA (*sale de la corriente y llega á la roca*).—Déjame ver cómo vigilas. (*Intenta coger á su compañera.*)

WOGLINDA (*se escapa nadando*).—Quiero librarme de ti. (*Juguetean y se persiguen mutuamente.*)

FLOSHILDA (*suena su voz en lo alto*).—Heiala!... ¡veia! Salvajes hermanas!

WELGUNDA.—¡Corre, ven, Floshilda! Woglinda se escapa! Ayúdame á coger á la fugitiva!

FLOSHILDA (*se sumerge en el agua y vuelve á salir entre las dos*).—Mal custodiáis el Oro; mayor vigilancia os conviene; si no, perderéis el juego.

(*Se separan con alegre gritería. Floshilda intenta cogerlas, pero se le escapan y se unen al fin para cogerla á ella. Así, entre retozos y risas, se deslizan como peces, de peña en peña. En esto, sale Alberto trepando de un oscuro abismo; se detiene, envuelto todavía en tinieblas, y observa con creciente complacencia los juegos de las ninfas.*)

ALBERTO.—Hola! hola! graciosas ninfas; de las oscuridades de Nibelheim vendría á vosotras gustoso con sólo que me tuviérais algún afecto.

(*En cuanto las ninfas oyen la voz de Alberto, cesan en sus jugueteos.*)

WOGLINDA.—¿Eh? ¿quién anda por ahí?

WELGUNDA.—Ya amanece; llaman.

FLOSHILDA.—Mirad quien nos acecha!

(*Se sumergen y ven al nibelungo.*

WOGLINDA Y WELGUNDA.—Ya está aquí ese hombre antipático.

FLOSHILDA (*apareciendo súbitamente*).—Mucho cuidado! vigilad el oro! ya sabéis que nuestro padre nos previno contra ese enemigo. (*Las otras la siguen, y las tres se agrupan en el peñón del centro.*)

ALBERTO.—Eh! las de arriba!

LAS TRES.—¿Qué quieres tú, el de abajo?

ALBERTO.—¿Os estorbaré si me quedo inmóvil admirándoos? Bajad; ya sabéis con cuánto placer juega con vosotras el nibelungo.

WELGUNDA.—¿Pues qué? ¿quiere jugar con nosotras?

WOGLINDA.—Se chancea.

ALBERTO.—¡Cuán hermosas parecéis en esta tibia claridad! ¡cuánto me gustaría estrecharos entre mis brazos, si quisiérais bajar hasta mí!

FLOSHILDA.—¡Pues no está enamorado el enemigo! (*Riéndose.*) Entonces, fuera miedo!

WELGUNDA.—¡Qué camastrón!

WOGLINDA.—Dejad que nos vea.

(*Desciende de la roca, al pié de la cual se halla Alberto.*)

ALBERTO.—Parece que ésta baja.

WOGLINDA.—¡Acércate!

ALBERTO (*trepando á la cima con diabólica agilidad, pero deteniéndose á menudo*).—¡Qué resbaladizo está ese peñasco! me agarro á él con manos y piés y no puedo detenerme; la nariz se me llena de aire. (*Estornuda.*) ¡Maldito estornudo! (*Se acerca á Woglinda.*)

WOGLINDA (*riendo*).—Estornudando viene mi galán.

ALBERTO.—Sé mi consuelo, niña mía.

(*Intenta abrazarla.*)

WOGLINDA (*huyéndole*).—Si quieres cortejarme, ven acá.

(*Se encarama á otra roca. Las otras dos hermanas se rien.*)

ALBERTO (*rascándose la cabeza*).—¡Oh desdicha! Con que... ¡te me escapas! vuelve! Lo que para ti es tan fácil, es difícil para mí.

WOGLINDA (*se lanza á otra roca situada á mayor profundidad*).—Vamos, aquí me cogerás... de seguro.

ALBERTO (*bajando precipitadamente*).—Se está mejor abajo.

WOGLINDA (*volviendo á subir*).—Pues ahora, sube.

(*Las tres se rien.*)

ALBERTO.—¿Cómo podré alcanzar de un salto á la desdeñosa? (*Intenta seguirla precipitadamente.*) ¡Aguarda, traidora!

WELGUNDA (*que ha bajado á un peñasco más hondo, situado en el otro lado*).—¡Eh, tú, gracioso! ¿no me oyes?

ALBERTO (*volviéndose*).—¿ Me llamas ?

WELGUNDA. — Oye un consejo ; acércate. Huye de Woglinda.

ALBERTO (*trepando rápidamente hacia Welgunda*).—Tú eres más hermosa que la otra ; aguárdame ; baja !

WELGUNDA (*bajando más y acercándosele*).—¿Me tienes ahora bastante cerca ?

ALBERTO.—¡ Aún no ! Cíñeme con tus brazos ; deja que pueda acariciarte en el ardor del deleite, y estrecharte contra mi pecho !

WELGUNDA.—¿ Con que, estás enamorado ? Deja que te vea. ¡ Uf ! qué velloso ! qué feo eres ! qué olor á azufre traes ! anda, vete, jorobado presumido ; vé á buscar á otra á quien gustes !

ALBERTO (*intentando sujetarla á viva fuerza*).—¿No soy de tu agrado ? Á pesar de todo, no te me has de escapar.

WELGUNDA (*subiendo á otra peña*).—Tenme; si no, me escapo ! *(Las tres rien.)*

ALBERTO (*irritado*).—Ah pérfida niña ! pez frío y lleno de escamas ; vé á que te cortejen las anguilas, si tan feo y torpe te parezco.

FLOSHILDA.—¿ Por qué te enfadas ? ¿ Cómo perdiste tan pronto la esperanza ? Si las dos te rechazaron, tal vez obtendrías de la tercera tiernos consuelos.

ALBERTO.—¡ Qué delicioso cántico llega hasta mí ! Fortuna que sois muchas ; á alguna de vosotras he de gustar. Si quieres que te crea, vente hacia acá.

FLOSHILDA (*acercándose á Alberto*).—¡Cuán torpes sois, hermanas ! no os parece hermoso éste !

ALBERTO (*acercándose ligero á Floshilda*).—Á todas las encuentro feas desde que te he visto.

FLOSHILDA (*acariciándole*).—¡ Oh ! sigue cantando con seductora y tierna voz !

ALBERTO (*acariciándola confiado*).—Me palpita el corazón al oir tan finas lisonjas.

FLOSHILDA (*rechazándole con blandura*).—¡Cómo se recrean en tus gracias mis ojos! ¡cómo me anima tu dulce sonrisa! *(Le atrae suavemente.)*

ALBERTO.—¡Oh, niña hermosa!

FLOSHILDA.—¡Ah, si me quisieras!

ALBERTO.—¡Ah, si pudieras ser mía para siempre!

FLOSHILDA (*estrechándole entre sus brazos*).—Siempre me tendrías abrazada á tu cuello, contemplando tu mirada penetrante y tu hirsuta barba. Quisiera ceñirme en torno tu cabellera majestuosa, tus punzantes rizos y admirar en silencio tu figura de sapo y tus graznidos.

(*Woglinda y Welgunda se acercan y sueltan estrepitosas carcajadas.*)

ALBERTO (*asustado y desasiéndose de Floshilda*).—¡Cómo! ¿os reís de mí, malvadas?

FLOSHILDA (*escapándose súbitamente*).—¡Qué fácil me ha sido seducirle! (*Sube con sus hermanas á lo alto.*)

ALBERTO (*con voz lastimera*).—¡Oh desdicha! oh dolor! también la tercera me engañó!... tan franca como parecía!

LAS TRES NINFAS.—Wallala! Avergüénzate, miserable, y cesa de murmurar. Oye lo que decimos. ¿Cómo no supiste retener á la que querías? Siempre somos fieles, sin engaño, al que nos alcanza. Prueba de cogernos y no temas. No es fácil escapar en esta corriente.

(*Nadan en todas direcciones para excitar á Alberto á que las persiga.*)

ALBERTO.—¡Ardiente calor me abrasa! amor salvaje y apasionado me reanima! y aunque riáis y mintáis voy á perseguiros; alguna se me rendirá. (*Hace esfuerzos desesperados para alcanzarlas, saltando con extraordinaria agilidad de roca en roca, yendo de una á otra ninfa sin poder cogerlas. Tropieza, cae, vuelve á levantarse, hasta que perdida la paciencia, jadeante, las amenaza con el puño,*

enfurecido y fuera de sí.) ¡Ah, si este puño pudiese alcanzar alguna!

(*En esto se detiene asombrado ante el siguiente espectáculo. Deslízase hasta el fondo de la corriente un rayo de luz cuya intensidad aumenta por grados y se convierte en fuego vivísimo al llegar á la roca central, desde donde se esparce, á través del agua, mágica iluminación.*)

WOGLINDA.—Ved cómo sonríe en el fondo la luz que todo lo despierta.

WELGUNDA.—Á través de las verdes ondas, saluda al ambicionado durmiente.

FLOSHILDA.—Besa sus ojos para que los abra, y como reluciente estrella centellea en el fondo.

LAS TRES (*nadando al rededor del peñón*).—¡Oro del Rhin! oro del Rhin! qué placer causa tu brillo! qué brillante resplandor se desprende de tu seno! despierta! juegos de amor serán nuestro regalo! rodearemos tu lecho cantando y bailando! oro del Rhin!

ALBERTO (*inmóvil y atónita la mirada, fija en el fulgor del oro*).—Decidme, ¿qué es aquello que deslumbra con tan intenso resplandor?

LAS TRES NINFAS.—¿De dónde sales tú, que nunca oíste hablar del oro del Rhin é ignoras que su ojo vela y duerme alternativamente? ¡Mira cuán felices nadamos en su brillo! si quieres bañarte en él, náda y juega con nosotras. (*Rien.*)

ALBERTO.—Sólo al oro dedicáis vuestros juegos; para poco me necesitais á mí.

WOGLINDA.—No le despreciaría si conociese todas sus maravillas.

WELGUNDA.—Si sacaba el anillo de Oro del Rhin, ganaría con ello la herencia del mundo y sería incalculable su poder.

FLOSHILDA.—Así lo dijo nuestro padre, y nos mandó vigilar cautelosas la peña donde se guarda. Callad pues, charlatanas.

WELGUNDA.—¿Por qué te quejas de nosotras? ¿acaso no sabes quién es el único investido del poder de forjar el oro?

WOGLINDA.—Sólo quien renuncia al amor y á su deleite podrá forjar el anillo.

WELGUNDA.—Entonces podemos seguir descuidadas; nadie existe que quiera renunciar á tales encantos.

WOGLINDA.—Y mucho menos él, torpe y voluptuoso, que se pasaría la vida buscando á quien amar.

FLOSHILDA.—No le temo; su pecho abrasaba el amor.

WELGUNDA.—Como puñado de azufre ardiendo, entre las aguas, el amor le enciende.

LAS TRES.—¡Ven acá, bobo! retoza con nosotras! ¡qué hermoso estás, al fulgor del oro que te alumbra! (*Riéndose*).

ALBERTO (*que ha escuchado la conversación de las tres hermanas, no puede desviar la vista del oro*). ¿Por ti sería el heredero del mundo, si renunciase al amor? Si no alcanzo amor alcanzaré alegría! *(Levantando la voz.)* Burlaos tanto como queráis, el nibelungo se acercará á vuestro juego.

(*Furioso se acerca á la roca de enmedio y trepa por ella con extraordinaria rapidez. Las ninfas huyen, cada cual por su lado y vuelven á salir luégo*).

LAS TRES.—¡Qué furioso está! Huyamos, huyamos! Se zambulle y chapotea! el amor le ha vuelto loco. (*Rien*).

ALBERTO (*en la cima del peñón, tiende la mano hacia el oro.*) ¿No os doy aún miedo? Pues galanteadme á oscuras. Os apagaré la luz, arrancaré el oro del peñón y forjaré el anillo vengador. ¡Óigalo la corriente! amor, maldito seas!

(*Arranca con ímpetu el oro de la roca y se sumerge con él en el fondo, donde desaparece. Reina súbitamente la más profunda oscuridad. Las ninfas se sumergen también persiguiendo al ladrón*).

LAS TRES (*gritando*). —¡Detenedle! Salvad el oro! socorro! socorro!

(*Con ellas desaparece la corriente hacia el fondo; suena en lo más profundo la risa burlona de Alberto. Las peñas se hunden en la oscuridad, é inunda el escenario la negra corriente de agua que parece descender siempre más*).

ESCENA II

(*Lentamente van transformándose las olas en nubes que se aclaran y convierten en finísima neblina y aparece tras ella un espacio libre en la cumbre de las montañas. El albor del naciente día alumbra con luz intensa, que va creciendo por grados, un castillo de relucientes almenas erigido en la punta de un peñón. Entre éste y el primer término se extiende un hondo valle por donde corre el Rhin. A la derecha recostado sobre el césped, Wotan, y junto á él Fricka, ambos dormidos.*)

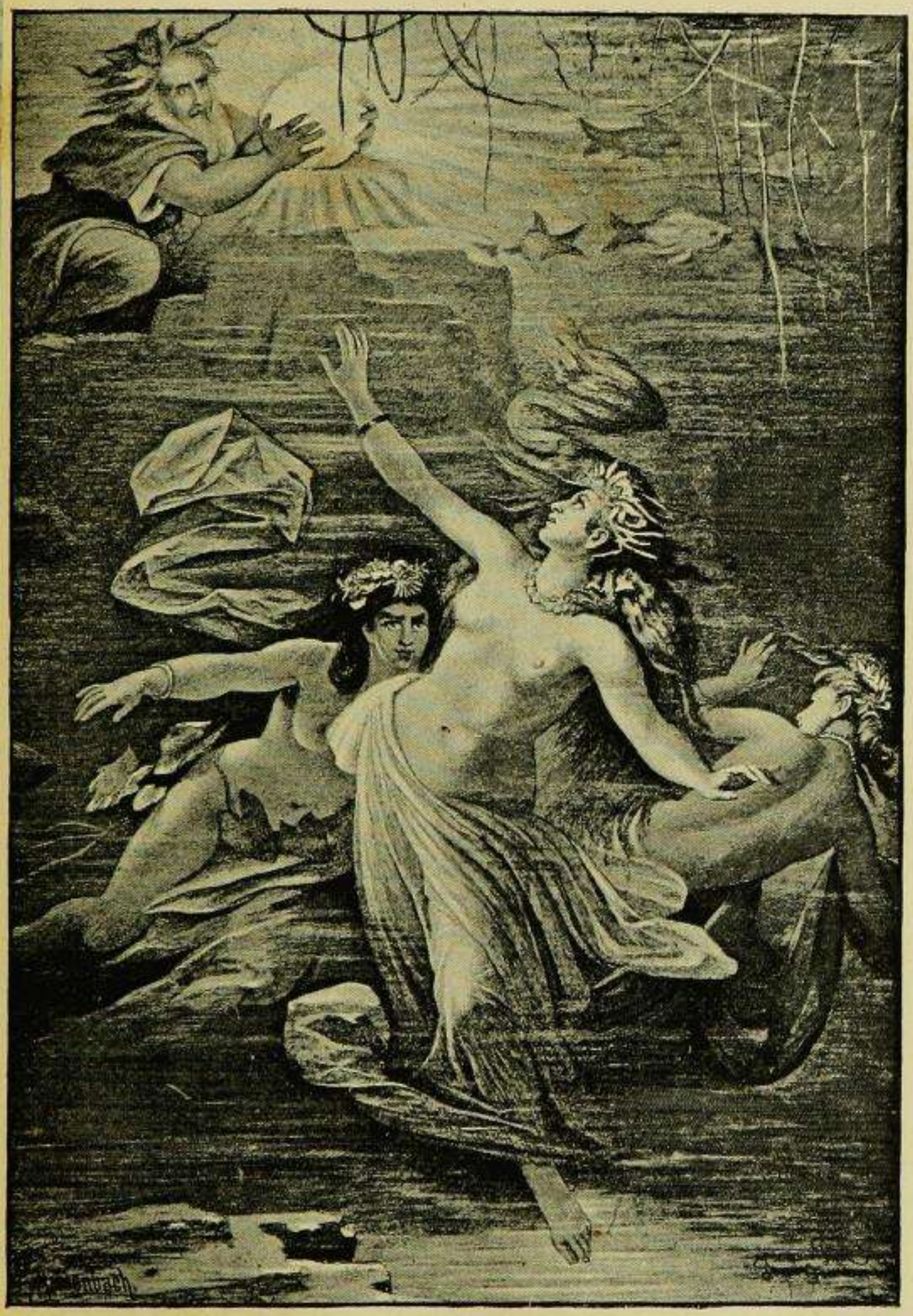
FRICKA (*despierta, mira el castillo; asombrada y con susto*).—¡Wotan, esposo, despierta!

WOTAN (*soñando, en voz baja*).—El placer y el deleite me cierran las puertas; el honor y el poder alcanzarán la gloria.

FRICKA.—Despierta del dulce engaño del sueño; despierta y reflexiona.

WOTAN (*despierta, se incorpora y clava la mirada en el castillo*).—Terminada está la obra eterna. ¡Cuán majestuoso se alza sobre aquel agreste pico el castillo de los dioses, tal como lo soñó mi fantasía, tal como lo edificó mi voluntad, hermoso y fuerte! En pié y erguido te muestras, oh edificio sublime!

FRICKA.—Lo que á ti te alegra, á mí me causa pesar. Tú te complaces en la obra; yo temo por Freia. Deja



que te recuerde lo que prometiste. Se acabó el castillo; mas olvidas lo pactado.

WOTAN.—No; bien me acuerdo. Domino desde ahora á la raza arrogante que lo erigió para mi augusta morada. No te apures por la recompensa.

FRICKA.—¡Oh culpable ligereza! oh vanidad sin corazón! Si yo hubiese sabido lo que pactabas, evitara el engaño; pero vosotros los hombres alejáis á las mujeres para entenderos con los gigantes, sin estorbo. Así les cedisteis á mi hermosa, á mi bella hermana Freia y quedasteis satisfechos de vuestro miserable negocio. ¿Qué hay para vosotros sagrado, cuando sólo ambicionáis el poder?

WOTAN.—¿Pero acaso fuiste agena á mi ambición al pedir la construcción del edificio?

FRICKA.—Inquieta por la fidelidad de mi esposo, bien tenía que pensar en cautivarle; ya que le place irse á luengas tierras, un hogar envidiable y deleitoso debía prenderte con suaves cadenas en brazos del descanso. Pero al edificar tu castillo sólo pensaste en alcanzar ilimitado poder. Sólo para resistir á la tormenta se alza hoy tu alcázar.

WOTAN.—Si tú como esposa ansiabas cautivarme, bien me concederás que intente yo cautivar el mundo. Á todos gusta la variedad y el cambio. No puedo renunciar á este juego.

FRICKA.—¡Hombre despreciable y sin amor! lo desdeñas y te burlas indignamente de él, y del valor de tu esposa, con la ociosidad del señorío.

WOTAN (*severamente*).—Por ti puse á peligro mi único ojo. ¿Á qué regañarme ahora sin motivo? Tengo en gran estima á la mujer, más de lo que tú quisieras, y nunca pensé seriamente en entregar á Freia.

FRICKA.—Pues protégela ahora que llega desolada en busca de socorro.

FREIA.—¡Socorro, hermana mía! socorro, hermano!

Desde las rocas me amenazó Fasolt con venir á buscarme.

WOTAN.—Deja que te amenace. ¿Has visto á Loge?

FRICKA.—Siempre fiaste del más astuto. Á pesar del daño que nos hizo hasta ahora, vuelve á engañarte siempre.

WOTAN.—Donde triunfa el valor nunca necesité consejos de nadie; mas para burlar la envidia del enemigo, fuerza es acudir á la astucia, como la del sagaz Loge. Él me aconsejó el contrato y él me prometió salvar á Freia.

FRICKA.—Y luégo te deja solo. Allí vienen los gigantes con rápido paso. ¿Dónde está la ayuda del sagaz?

FREIA.—¿Dónde están mis hermanos, que querían auxiliarme? Mi propio cuñado me desampara, me abandona. ¡Socorro, Donner! aquí, Froh mío!

FRICKA.—Los que te hicieron traición y prepararon la emboscada, se esconden ahora.

(*Fasolt y Fafner, ambos de gigantescas dimensiones, salen armados con tremendas porras*).

FASOLT.—Mientras las dulzuras del sueño tenían cerrados tus ojos, nosotros incansables construímos el castillo, y amontonamos piedra sobre piedra hasta rematar la esbelta torre; puertas y entradas de diversa altura protegen sus majestuosos salones. Contempla erguido á la luz del día el resultado de nuestras tareas. Entra y cúmplenos lo pactado.

WOTAN.—Decid. ¿Cuánto os he de pagar? ¿cuáles son vuestras condiciones?

FASOLT.—Pactamos las que más convenientes nos parecieron: ¿tan poca memoria tienes? La hermosa Freia es nuestra recompensa y debes entregárnosla.

WOTAN.—Estais locos. Pedid otra; yo no vendo á Freia.

FASOLT (*admirado y mudo de rabia un instante*).—¿Qué dices? ¿proyectas alguna traición? ¿intentas engañar-

nos? ¿será vano juguete el contrato que tiene tu lanza por fiador?

FAFNER (*con ironía*).—Ya ves ahora el engaño, hermano.

FASOLT.—Oye, hijo de la luz; sé fiel á tus pactos, que sólo á ellos debes cuánto eres: observa que muy limitado es tu poder, mas que tu sabiduría aventajara á nuestro ingenio. Te obligaste á mantener la paz. ¡Huya de ti para siempre y maldito sea tu saber si faltas á tu palabra! Un torpe gigante te lo aconseja con ser tú más sabio; apréndelo de su boca.

WOTAN.—¡Cómo tomas por lo serio lo que fué una chanza! No se crió para vosotros, gente ruda y miserable, la más hermosa, la más encantadora!

FASOLT.—¡Cuán sin razón nos desprecias! Vosotros que sólo á la belleza debéis vuestro poderío, despreciáis el amor por obtener un palacio de piedra! nosotros fatigamos la mano encallecida por alcanzar el cariño de una mujer que viva á nuestro lado, ¡y llamáis errado el pacto!

FAFNER.—Basta de inútiles palabras; nada hemos de sacar de ellas; de poco sirve Freia, pero mucho su compañía. Crecen en el jardín de los dioses manzanas de oro y sólo ella sabe cuidarlas; con ellas alimenta á sus parientes y les da juventud perpetua. Si les falta Freia, morirán los viejos y los débiles.

WOTAN (*aparte*).—Mucho tarda en llegar Loge!

FASOLT.—Contéstame por fin sin rodeos.

WOTAN.—Pedid otra recompensa.

FASOLT.—Ha de ser Freia; no hay otra.

FAFNER.—¡Vente con nosotros!

(*Se arrojan sobre Freia*).

FREIA (*escapando*).—¡Salvadme! salvadme!

(*Donner y Froh acuden precipitadamente*).

FROH (*cogiendo á Freia entre sus brazos*).—Ven conmigo, Freia! Quita allá, atrevido! Froh la protege!

DONNER (*colocándose enfrente de los dos gigantes*).—No habéis sentido aún el duro golpe de mi clava.

FAFNER.—¿Á qué vienen ahora las amenazas?

FASOLT.—Hemos venido á reclamar nuestro sueldo, no á combatir.

DONNER (*levantando el mazo*).—Más de una vez os he pagado ya; nunca quedé á deber á usureros. Acercaos, y satisfaré vuestra cuenta.

WOTAN (*interponiendo su lanza entre los combatientes*). —Detente, no hagas nada por la fuerza. Mi lanza defiende el pacto.

FREIA.—¡Oh desdicha! Wotan me abandona!

FRICKA.—¿Llegaré á comprender tus intenciones hombre cruel?

WOTAN.—Loge al fin! Llegas á solventar el mal contrato que hiciste.

LOGE (*viniendo del fondo del valle*).—¡Cómo! qué contrato! ¿el de los gigantes? Yo estoy por las alturas y no me placen las praderas, ni la casa, ni el hogar. Donner y Froh, como piensan casarse, gustan de eso. Wotan deseaba un salón regio y un castillo. El patio, el salón, el suntuoso alcázar están construídos ya; yo mismo examiné sus majestuosas murallas. Fasolt y Fafner ejecutaron la obra con gran maestría. No estuve pues ocioso, como otros que me oyen, y quien diga lo contrario miente.

WOTAN.—Con gran astucia eludes mis preguntas. Guárdate de engañarme. Soy entre todos los dioses tu único amigo y forcé á recibirte á los que sospechan de ti. Habla y aconséjame bien. Cuando los constructores alzaron el castillo pidieron en recompensa á Freia; yo consentí, porque tú me prometiste salvarla.

LOGE.—Prometí buscar asiduamente un medio de evadir el compromiso; pero no lo que es imposible.

FRICKA (*á Wotan*).—Mira en qué astuto malvado pusiste tu confianza.

DONNER.—Maldito! malvado!

LOGE.—Para cubrir su afrenta me insultan los necios. (*Donner y Froh intentan echársele encima*).

WOTAN (*impidiéndoselo*).—Dejad en paz al amigo. Ignoráis sus artificios. Cuanto más tarda en darlo, más vale su consejo.

FAFNER.—Basta de vacilaciones; pagadnos pronto.

FASOLT.—Mucho tardáis.

WOTAN (*á Loge*).—Oye y contesta, ¿por dónde andabas hoy?

LOGE.—Siempre premiásteis con ingratitud mis favores. Por ti iba buscando algo qué dar á los gigantes en sustitución de Freia. ¡Trabajo inútil! me convencí de que no existe en el mundo, para el hombre, nada que pueda suplir el valor y los hechizos de la mujer. (*Asombro en los presentes*). Donde quiera que existe la vida, la actividad, en el agua, en la tierra, en el aire, donde el movimiento y la fuerza obran sus prodigios, donde crecen y se desarrollan los gérmenes, nada hay que equivalga al cariño, al amor de la mujer. En ninguna parte hallé quien renunciara á él; sólo uno trueca sus delicias por el brillo del oro; las hermosas ninfas del Rhin me contaron sus pesares. El tenebroso nibelungo Alberto, después de haber solicitado en vano el amor de las ninfas, y enfurecido con sus desdenes, se vengó robándoles el oro; ahora dirigen á ti, Wotan, sus quejas, pidiendo que castigues al ladrón y les devuelvas el tesoro robado. Me encargaron que así te lo dijera y cumplo con ésto.

WOTAN.—Torpe eres, si no hablas con malicia: ¿cómo quieres que socorra á otros cuando me ves á mí mismo en tal apuro?

FASOLT (*que habrá escuchado muy atento; á Fafner*).—No consiento que posea tan gran tesoro el maldito enano; mucho nos dió qué hacer hasta ahora y siempre le salvaron sus ardides.

FAFNER.—Algún nuevo acto de envidia proyectará contra nosotros el nibelungo si el oro le da su poder; oye, Loge, dinos sin engaño ¿qué hechizo tiene el oro que así le basta al nibelungo?

LOGE.—Sumergido en el fondo de las aguas, es tan sólo un juguete para divertir á las ninfas; mas una vez haya forjado con él un anillo, tendrá Alberto en sus manos el dominio del mundo entero.

WOTAN.—Á menudo oí ponderar el valor del oro y sus rojizos fulgores, y el poderío inmenso, las riquezas sin número que se alcanzan con el anillo.

FRICKA.—¿Sirve también esa bagatela de reluciente joya para adorno de las mujeres?

LOGE.—La hermosa que llegue á poseer el anillo que están forjando los enanos, se aseguraría la fidelidad de su marido.

FRICKA.—¿Y no podría el mío obtener el oro?

WOTAN.—Muy provechoso había de ser, ¿pero cómo hacerlo, Loge? ¿cómo aprender el arte de forjar esa joya?

LOGE.—Un mágico encanto convierte el oro en anillo; nadie lo sabe, mas quien renuncia al amor lo encuentra fácilmente. (*Wotan volviéndose, desanimado*). Llegas ya tarde; Alberto no dudó, y alcanzó el poder del encanto. Forjado está el anillo.

DONNER.—Si no se lo arrebatamos, nos dominará á todos.

WOTAN.—Quiero poseerlo.

FROH.—Fácil es ahora, pues no hay que renunciar al amor.

LOGE.—Ni se requiere artificio alguno; es un juego de niño.

WOTAN.—Dime qué debo hacer.

LOGE.—Robarlo simplemente! no harás más que quitarle á un ladrón lo que él robó: ¿hay algún medio más sencillo para obtener lo ageno? Pero Alberto se

defenderá cuánto pueda y por tanto deberás acercarte á él cauteloso y astuto y reprenderle por haber despojado de su tesoro á las ninfas. Luégo se lo devuelves, que es precisamente lo que te piden.

WOTAN.—¿Á las ninfas del Rhin? ¿por qué sales ahora con este consejo?

FRICKA.—Nada quiero con ellas; á muchos hombres han seducido, por desgracia mía.

(*Wotan de pié, indeciso y absorto, parece sostener un combate consigo mismo; los demás dioses le contemplan esperando ansiosos su resolución.—Fafner y Fasolt discuten aparte.*)

FAFNER.—Créeme; más vale el oro que Freia; el que llega á poseerlo alcanza eterna juventud. (*Se vuelven á acercar á los demás*). Oye, Wotan: quédese Freia con vosotros y danos en cambio el oro del nibelungo.

WOTAN.—¿Estáis en vuestro juicio? ¿cómo queréis, desvergonzados, que os dé lo que no tengo?

FAFNER.—Mucho trabajo nos costó levantar aquel castillo; á ti en cambio te será muy fácil con tu astucia coger al nibelungo.

WOTAN.—¿Y he de tomarme por vosotros tal molestia? Á vosotros la gratitud os hace orgullosos y descarados.

FASOLT (*coge de pronto á Freia y la lleva á un lado con Fafner*).—Aquí con nosotros; servirás de rehenes.

(*Exclamaciones de Freia; consternación en los dioses*).

FAFNER.—La llevaremos lejos de aquí; hasta la caída de la tarde será considerada como prenda; volveremos luégo; si no encontramos preparado el oro...

FASOLT.—Entonces habrá acabado la tregua y Freia será para siempre nuestra.

FREIA.—¡Hermana! Hermanos! Salvadme! Ayudadme!

(*Los gigantes se la llevan precipitadamente, y suenan á lo lejos desgarradores gritos.*)

FROH.—Corramos tras ellos!

DONNER.—Arriesguémoslo todo.

(*Mira á Wotan como interrogándole.*)

LOGE (*siguiendo con la mirada á los gigantes*).—Ya trepan por rocas y colinas; ya atraviesan la corriente del Rhin; triste cuelga Freia de los hombros de aquellos crueles! ¡Cómo corren con vacilante y torpe paso por la llanura! No pararán hasta llegar á la ciudad. (*Volviéndose á los dioses.*) ¿Qué está pensando Wotan enfurecido? ¿Qué hacen los dioses? (*Invade la escena pálida neblina que va espesándose. Palidecen y envejecen por momentos los dioses; todos miran con ansia á Wotan que permanece meditabundo, fija la vista en el suelo.*) ¿Me engaña la neblina? ¿Soy víctima de algún sueño? ¡Cuán deprisa os marchitáis y palidecéis! Se extingue el fulgor de vuestras miradas! Animo! Aún es tiempo, Froh. ¡Oh, Donner, tu mano se rinde al peso del mazo! ¿qué es de Fricka? ¿nada le importa la palidez de Wotan, que le envejece?

FRICKA.—Oh desdicha! ¿qué ha sucedido?

DONNER.—Desmayan mis fuerzas.

FROH.—Se me oprime el corazón.

LOGE.—Ya acerté con la causa; oíd. Hoy no habéis comido de la dorada fruta de Freia, que os conserva fuertes y jóvenes; la que cuida de ella está ahora en rehenes; de las ramas del árbol cuelgan marchitas las manzanas y presto se podrirán y caerán; á mí poco me importa, pues no soy de tan celeste origen como vosotros y Freia se mostró siempre avara conmigo; mas vosotros lo sacrificasteis todo á la conservación de esa fruta que os rejuvenecia; no lo ignoraban los gigantes y han atentado á vuestra vida. Oíd el modo de defenderos de ellos. Sin las manzanas, la raza de los dioses envejecerá y morirá achacosa, ludibrio del mundo.

FRICKA.—Wotan, esposo mío desdichado: mira cuánta desgracia trajo tu mala ventura!

WOTAN (*irguiéndose como impulsado por firme resolución*).—Ea, Loge, vente conmigo. Vamos á la sierra del nibelungo!

LOGE.—Las ninfas del Rhin te pidieron auxilio: ¿podrán esperarlo de ti?

WOTAN (*arrebatado*).—Cállate, charlatán. Á Freia la buena, á Freia la hermosa, hemos de rescatar.

LOGE.—Te seguiré con gusto donde desees. ¿Quieres que pasemos el Rhin? ¿quieres que vayamos directamente en busca de Alberto.

WOTAN.—Por el Rhin no.

LOGE.—Pues descenderemos por los abismos; vente conmigo.

(*Precediendo á Wotan desaparece por una grieta de la cual se desprenden vapores sulfurosos.*)

WOTAN.—Vosotros aguardadme aquí, hasta el ocaso. Voy á buscar el oro con que rescatar la juventud perdida.

(*Sigue á Loge hundiéndose tras él en la grieta. El vapor de azufre que sale de ella se esparce por el escenario y lo llena de espesísimas nubes hasta hacer invisibles á los demás personajes.*)

DONNER.—Buen viaje, Wotan.

FROH.—Séate propicia la suerte.

FRICKA.—Vuelve pronto; tu mujer te espera llena de angustia.

(*El vapor de azufre se ennegrece cada vez más y se convierte al fin en áridas rocas subterráneas, de manera que parece que poco á poco se hunde el escenario en la tierra.*)

ESCENA III

(*Una luz rojiza va iluminando lentamente el proscenio que representa un abismo subterráneo cruzado en todas*

direcciones por estrechos desfiladeros. Alberto trayendo á Mime cogido de una oreja y chillando.)

ALBERTO.—Ven acá, enano ruín! Voy á atormentarte sin compasión, como no acabes pronto la joya preciosa que te he encargado.

MIME (*aullando*).—Suéltame! ya está! Con mucho trabajo pude terminarla.

ALBERTO (*soltándole*).—Pues entonces, ¿en qué piensas? ¿por qué no me la enseñas desde luégo?

MIME.—Dudaba de si aún faltaría algo.

ALBERTO.—¿Qué dices? ¿pues no está concluída?

MIME (*confuso*).—Algo falta.

ALBERTO.—Tráeme en seguida lo que hayas hecho. (*Intenta cogerle otra vez de la oreja y Mime asustado deja caer al suelo su trabajo que tenía fuertemente asido. Alberto lo levanta al instante y lo examina con detención.*) Muy bien está y tal como te había mandado. Es decir, picarón, que querías engañarme y quedarte la joya que mi destreza te enseñó á forjar? (*Se cubre la cabeza con el casco.*) El casco me va bien; veamos ahora si ejerce también el encanto. ¡Noche y tinieblas! quiero ser invisible. (*Desaparece. En su lugar se alza una columna de humo.*) ¿Me ves, hermano?

MIME (*mirando admirado á su alrededor*).—¿Dónde estás? No te veo.

ALBERTO (*invisible*).—Pues entonces, siénteme. ¡Miserable holgazán! Toma eso por tus ganas de robar. (*Mime grita y se retuerce bajo el dolor de los azotes que recibe; suena el golpe de los azotes pero no se ve la disciplina.—Alberto, invisible, se rie.*) Gracias, estúpido. Veo que tu trabajo es bueno. ¡Oh, nibelungos, inclináos ante Alberto! Por todas partes estará vigilándoos! Despedíos para siempre de la tranquilidad y el reposo! Aunque no le veáis, estaréis siempre bajo su dominio! Escuchadle; ahora se acerca el señor de los nibelungos!

(*La columna de humo va desapareciendo hacia el fondo: se oye la voz de Alberto cada vez más lejana, que regaña y grita. Salen fuertes aullidos de las cuevas subterráneas. Mime cae rendido por el dolor; Wotan y Loge que bajan por una hendidura, oyen sus hondos suspiros.*)

LOGE.—Aquí está Nibelheim. ¡Cómo centellean allí bajo aquellas chispas de fuego!

WOTAN.—Oigo tristes gemidos. ¿Quién yace aquí entre las piedras?

LOGE.—¿Qué estás lamentando aquí tendido?

MIME.—Oh! Oh! Ay! Ay!

LOGE.—Mime! Enano alegre, ¿qué te pasa? ¿qué te aflige?

MIME.—Déjame en paz!

LOGE.—No sólo te dejaré en paz, sino que voy á ayudarte.

MIME (*levantándose un poco*).—¿Quién ha de poderme ayudar? Tengo que obedecer á mi propio hermano que me ha encadenado.

LOGE.—¿Á qué debe el poder de encadenarte, Mime?

MIME.—Con maligna astucia conquistó Alberto el oro del Rhin y de él se forjó un anillo cuyo sorprendente influjo admiramos temblando todos; con él domina el ejército nocturno de los nibelungos. En otros tiempos, forjábamos sin cuidado y descansados, riéndonos en medio de tan insignificante fatiga, adornos y joyas para nuestras mujeres. Ahora este perverso nos obliga á deslizarnos por entre las peñas y á trabajar tan sólo para acumular inmensos tesoros. Por medio del mágico anillo acierta su codicia el sitio en donde se halla escondido, entre las rocas, el oro brillante. Entre las peñas tenemos que trabajar; extraerlo, fundirlo y forjar con él las joyas, y acumular tesoros para este señor.

LOGE.—¿De modo que en este momento acaba de castigarte por holgazán?

MIME.—Á mí, infeliz, me atropelló más que á nadie. Primero me mandó forjar un casco; me dió los más exactos detalles para su construcción, y conociendo yo en seguida las mágicas propiedades de mi propio trabajo, quise quedarme con él para librarme de la tiranía de Alberto y robarle luégo el anillo; así, en lugar de ser él mi señor y yo su esclavo, habia de verme libre y á él obedeciéndome.

LOGE.—Y á ti, tan listo, ¿cómo no te fué posible conseguirlo?

MIME.—¡Ah! Porque yo que hice el yelmo, no conocia bien su mágico encanto. Quien me enseñó á forjarlo y me lo arrancó de las manos, sólo me mostró después, harto tarde por desgracia, cuán grande hechizo encerraba; desapareció á mis ojos y me azotó con su brazo invisible. Esas son las gracias que yo me gané, simple de mí!

(Se pasa, gimiendo, la mano por la espalda. Los dioses rien.)

LOGE (*á Wotan*).—Ya ves que no será fácil cogerlo.

WOTAN.—Tu astucia nos ayudará á vencer al enemigo.

MIME (*sorprendido de la risa de los dioses, los mira con atención*).—¿Quién sois, extranjeros? ¿qué preguntáis de ese modo?

LOGE.—Amigos tuyos; queremos salvar de su desgracia al pueblo de los nibelungos.

(Suenan otra vez los gritos de Alberto.)

MIME.—¡Mucho cuidado! Alberto se acerca.

WOTAN.—Aquí le esperamos.

(Se sienta tranquilamente sobre una piedra; Loge está apoyado á su lado. Alberto, que se ha quitado el casco y lo ha colgado del cinturón, hace salir á fuerza de azotes, de una cueva, á un regimiento de nibelungos: van cargados de multitud de alhajas de oro y plata que depositan formando un gran montón, mientras Alberto sigue riñéndolos.)

ALBERTO.—¡Aquí, allá! ¡holgazanes! Amontonadlo todo allí. ¡Tú adelante! abajo las joyas! á ver si tendré que ayudaros! todo aquí! (*De pronto repara en Wotan y Loge.*) ¡Eh! ¿quién va allá? Aquí conmigo, Mime, tunante ruín. ¿Por ventura charlaste con este par de vagabundos? ¡Vete, holgazán, á forjar y trabajar! (*Azotándole le obliga á reunirse con los demás nibelungos.*) ¡Ea! á trabajar todos! ¡Fuera todos de aquí! Sacadme el oro de las nuevas grutas! Si no os dais prisa os haré sentir las caricias del látigo! Mime, tú te encargas de que todos trabajen sin cesar si no quieres probar la fuerza de mi brazo: ya sabes bien que estoy en todas partes aunque no me veáis. ¿Dudáis todavía? (*Se quita el anillo del dedo, lo besa y lo enseña.*) Tiembla y desespera, pueblo de esclavos: Obedeced al instante al dueño de este anillo!

(*Gritando y aullando desaparecen los nibelungos y Mime entre ellos.*)

ALBERTO (*mirando furioso á Wotan y Loge*).—¿Qué buscáis aquí?

WOTAN.—Han llegado á nosotros extrañas noticias del oscuro país de los nibelungos: nos dijeron que Alberto hacía por aquí grandes maravillas y á admirarlas nos trajo la curiosidad.

ALBERTO.—¡La envidia os trae á Nibelheim!; sé muy bien lo que son huéspedes tan atrevidos.

LOGE.—¿Con que tan bien me conoces? ¡necio! Pues dí: ¿no sabes con quién hablas que ladras de este modo! Cuando estabas tendido temblando de frío en tu oscura madriguera, ¿quién te hubiera dado luz y vivificante llama, si Loge no te hubiese sonreído? ¿De qué te serviría el forjar si no te hubiese calentado la fragua! Yo soy tu primo y fuí tu amigo: me place ahora tu gratitud.

ALBERTO.—Qué buena cara pone ahora Loge á los hijos de la luz, ¡pícaro astuto!; si eres su amigo como

lo fuiste mío, habla; entonces nada temo de ellos.

LOGE.—Creo que puedes fiarte de mí.

ALBERTO.—¡Sólo creo en tu infidelidad! Pero á todos vosotros os haré frente, sin miedo.

LOGE.—¡Mucho valor te dió tu anillo: grande es tu poder!

ALBERTO.—¿Ves el montón que me ha acumulado mi ejército?

LOGE.—¡Nunca ví nada más envidiable!

ALBERTO.—Hoy no es más que un montoncito insignificante, pero llegará á ser formidable y nunca visto.

WOTAN.—¿De qué te sirven tales tesoros en este triste país de tinieblas?

ALBERTO.—La eterna noche de Nibelheim me ayuda á acumular mis tesoros; con todo aquel montón que ves en aquella cueva, me propongo hacer la maravilla de conquistar el mundo entero!

WOTAN.—¿Cómo piensas gobernarte para conseguirlo?

ALBERTO.—Á vosotros, los que habitáis allí arriba donde sopla la brisa suave, entregados á las dulzuras del amor y de la alegría, á todos vosotros, dioses, os cogeré con mi puño de oro. Así como renuncié al amor, vosotros tenéis que renunciar á todo sér viviente; el oro ha de ser vuestro único deseo. En las deleitosas regiones celestes os divertís y despreciáis al oscuro enano. Pero poneos sobre aviso! Cuando vosotros los hombres estéis bajo mi poder, vuestras hermosas mujeres, que desprecian mis galanterías, servirán al placer del enano ya que no le sonríe el amor, ¿lo entendéis? Cuidado, cuidado con el ejército nocturno cuando salga de las profundidades de Nibelheim á la claridad del día!

WOTAN (*enfurecido*).—¡Muere, vil criminal!

ALBERTO.—¿Qué dice ese?

LOGE (*interponiéndose*).—¡Detente! (*á Alberto.*) ¿Á

quién no admira la obra de Alberto? Si llegas á alcanzar lo que te propones con este montón de alhajas, no puedo menos de proclamarte el más poderoso de todos; la luna y las estrellas y el mismo sol, ellos, como todos, tendrán que servirte y humillarse ante ti como vasallos. Pero más importante que todo esto me parece que se incline sin envidia ante ti el ejército de los nibelungos. No tienes más que tocar una sortija para que temblando caiga tu pueblo á tus plantas. Pero, ¿si mientras duermes fuese un ladrón á robarte el anillo, como lo evitarías?

ALBERTO.—Siempre se figura Loge ser un sabio y tiene á los demás por tontos: ¡al ladrón le gustaría que necesitase de sus consejos y servicios quedándole luégo obligado! Yo mismo inventé este casco maravilloso; el herrero más hábil, Mime, fué quien lo construyó: este yelmo me ayuda á transformarme cuando quiera en lo que quiera; nadie me ve cuando me busca; pero estoy en todas partes. Así, pues, estoy sin cuidado y seguro de ti, querido y cuidadoso amigo!

LOGE.—Muchas rarezas he visto, pero nunca tal maravilla. No puedo creerlo; si esto fuera posible, tu poder sería infinito.

ALBERTO.—¿Crees que miento y que soy tan fanfarrón como Loge?

LOGE.—Hasta que lo haya visto no creo, enano, en tus palabras.

ALBERTO.—Ahora reventará, de prudencia, este pobre infeliz. ¡Ya que no me crees atorméntete la envidia! ¿bajo qué forma quieres que me presente á ti?

LOGE.—Bajo la que quieras, ¡pero déjame mudo de admiración!

ALBERTO (*después de haberse puesto el casco*).—¡Serpiente gigantesca, enróscate sobre ti misma!

(*Al momento desaparece Alberto: una serpiente gigantesca*

se remueve por el suelo en su lugar ; se yergue y dirige su enorme boca abierta hacia Wotan y Loge.)

LOGE (*fingiendo asustarse*).—¡Oh! oh! serpiente tremenda! no me tragues! deja á Loge su vida!

WOTAN (*riendo*).—¡Bien, Alberto, bien! ¡Qué pronto se ha convertido el enano en gigantesco reptil!

(*La culebra desaparece y en su lugar aparece Alberto.*)

ALBERTO.—Con que, ¿me creéis ahora, sabios?

LOGE.—Ya lo ves; estoy temblando; te convertiste en un momento en serpiente; como lo ví, lo creo. ¿Pero así como creces, puedes hacerte pequeño é insignificante? Este seria el mejor modo de escapar pronto de un peligro. Pero... me parece demasiado difícil.

ALBERTO.—¡Demasiado difícil para ti, porque eres un tonto! ¿Á qué tamaño me quieres?

LOGE.—Tan pequeño que quepas en la más estrecha rendija en donde se esconde el sapo medroso.

ALBERTO.—¡Psh! nada más fácil, mira! «arrástrate por el suelo, sapo!»

(*Desaparece. Los dioses ven acercarse á ellos un sapo.*)

LOGE (*á Wotan*).—¿Ves aquel sapo? cógelo pronto!

(*Wotan pone el pié sobre el sapo: Loge le coge la cabeza teniendo el casco en la otra mano.*)

ALBERTO (*toma repentinamente su forma natural y se retuerce debajo del pié de Wotan*).—¡Oh! maldición! me ha descubierto!

LOGE.—Cógele fuerte hasta que le ate. (*Saca una cuerda y le ata con ella brazos y piernas. Entre Wotan y Loge arrastran al prisionero hacia la hendidura por donde han bajado.*) ¡Arriba! ¡Aprisa! Es nuestro.

(*Desaparecen subiendo.*)

ESCENA IV

Decoración de la escena segunda; finalmente aparece también el espacio libre sobre las alturas de las montañas,

sólo que ahora está como estaba después del robo de Freia, es decir, cubierto de pálida neblina. Wotan y Loge trayendo á Alberto atado salen de la grieta por donde descendieron.

LOGE.—¡Aquí, amigo! ya no te escapas! mira, querido, allí está el mundo que tú, despreciable criatura, querías dominar; dime ¿en qué rincón piensas ponerme una cuadra donde poder vivir?

ALBERTO.—¡Miserable usurero! pícaro! ladrón! desátame, afloja los nudos de las cuerdas con que me has atado de manos y piés; si no, te arrepentirás de tu atrevimiento.

WOTAN.—Eres prisionero y estás atado tal como tú ya veías al mundo y á cuanto en él se mueve y tiene vida. Estás encadenado á mis piés y lleno de miedo, no puedes negarlo; para salvarte sólo necesitas pagar un rescate.

ALBERTO.—¡Tonto de mí! ¿por qué dejé engañarme por estos embusteros? pero me vengaré y será atroz mi venganza.

LOGE.—Lo primero que tienes que hacer para poderte vengar es conseguir libertad; á hombre sujeto nadie paga la ofensa; si piensas en vengarte, piensa antes en tu libertad!

ALBERTO (*bruscamente*).—¡Pues decid qué queréis!

WOTAN.—¡Tus tesoros!

ALBERTO.—¡Codicioso! (*aparte.*) Mientras me quede con el anillo, puedo darles todo el oro, pues con él vuelvo á adquirirlo. Esto será tan sólo una lección que ha de enseñarme á ser otra vez más prudente; no la pago muy cara dándoles aquel montoncito.

WOTAN.—¿Nos entregas el oro?

ALBERTO.—Soltadme una mano y mandaré que lo traigan. (*Loge le desata la mano derecha. Alberto se coloca el anillo en los labios y murmura el mandato.*) Bueno, mandé á los nibelungos que me trajesen el tesoro

y oigo que, obedientes á su señor, suben á la luz del día. Ahora deshacedme estas malditas ligaduras.

WOTAN.—Antes tienes que haber pagado todo tu rescate.

(*Los nibelungos salen de la grieta cargados con los tesoros*).

ALBERTO.—¡Qué ignominiosa vergüenza el que esos tímidos criados me vean atado! Conducidlo todo allí, como yo os lo mando! Amontonad las riquezas! ¿tendré que ayudaros? holgazanes, aprisa, aprisa: y ahora idos; pobres de vosotros si no os encuentro trabajando! Os voy á seguir luégo paso á paso.

(*Después de haberlo amontonado todo, se deslizan espantados por la grieta*).

ALBERTO.—¡Ahora ya he pagado; soltadme! y devolvedme aquel yelmo que tiene Loge en la mano.

LOGE (*arrojando el casco en el montón*).—Al vencedor corresponde el botín.

ALBERTO.—¡Maldito ladrón! Paciencia! el que me hizo este me forjará otro: aún conservo el poder que hace obedecer á Mime. Malo es, en verdad, dejar en poder del enemigo astuto defensa tan poderosa! Soltadme! ya os lo dí todo.

LOGE (*á Wotan*).—¿Estás satisfecho, le suelto?

WOTAN.—En tu dedo reluce un anillo; también pertenece al rescate.

ALBERTO (*sobresaltado*).—¿El anillo?

WOTAN.—Tienes que entregarlo por tu rescate.

ALBERTO.—¡Quitadme si queréis la vida, pero no la sortija!

WOTAN.—¡Quiero el anillo! De tu vida haz lo que quieras!

ALBERTO.—Si rescato mi cuerpo y mi vida, con ellos tiene que ir el anillo; no me pertenece menos de lo que pertenece á mi cuerpo la cabeza!

WOTAN.—¿Al anillo llamas tu propiedad? ¿deliras por

ventura? Di la verdad: ¿á quién has robado el oro con el cual forjaste tu poderoso anillo? ¿Era acaso tuyo lo que arrancaste de la profundidad de las aguas? Pregúntales á las hijas del Rhin si te regalaron el oro que para forjar el anillo les robaste.

ALBERTO.—¡Desvergonzado! Pérfido! Me echas en cara, miserable, lo que de tan buena gana hubiese hecho tu sórdida codicia! ¡Qué satisfacción la tuya si hubieses podido robar al Rhin su oro! ¿Crees que es tan fácil alcanzar el poder de forjar el anillo? Que suerte has tenido, hipócrita, de que el nibelungo accediendo á ignominiosas condiciones, ganase con el anillo, que ahora te sonrie, su mágico poder. ¿Esta acción maldita é ignominiosa sirve para divertirte? ¡Guay de ti, dios ambicioso! Si yo cometo un crimen, no falto más que á mí mismo; pero si robas tú el anillo, tú, por ser eterno, faltas á todo lo que existió, existe y ha existido!

WOTAN.—¡Dame el anillo! por más que hables no me probarás que tengas ningún derecho sobre él.
(*Le arranca á Alberto, de viva fuerza, el anillo del dedo*).

ALBERTO (*lanzando un grito terrible*).—¡Maldición! arruinado! Seré el esclavo más vil de todos los esclavos!

WOTAN (*se ha puesto el anillo en el dedo y lo contempla con satisfacción*).—Al fin tengo lo que dará poder, lo que me hará el hombre más poderoso de la tierra.

LOGE.—¿Puedo soltarle?

WOTAN.—¡Suéltale!

LOGE (*desatando á Alberto*).—Libre estás ya, vete.

ALBERTO (*se levanta del suelo, riendo con rabia*).—¿Con que estoy libre? libre de veras? ¡Pues entonces llevaos el primer saludo á mi libertad! Así como por maldición obtuve este anillo, maldito sea ahora! Á mí me dió su oro riquezas y poder sin límites; pues ahora dé su magia, á quien lo lleve, la muerte! Nunca acompañe

la alegría al poseedor; á nadie sonría su brillo; véase rodeado su dueño de pena é inquietud y atormente la envidia á quien no lo sea. Que su dueño lo posea en paz, pero que le atraiga al verdugo! Sea el miedo el constante tormento del condenado á muerte, y la vida, eterna agonía para el esclavo del anillo, hasta que vuelva á pasar lo robado á mis manos! Así, bendice en el momento supremo á su tesoro el nibelungo! Quédate con el anillo y guarda, que de mi maldición no te escaparás! (*Desaparece*).

LOGE.—¿Has oído su amoroso saludo?

WOTAN (*extasiado contemplando el anillo*).—¡Déjale este placer! (*Poco á poco va aclarándose la neblina*).

LOGE (*mirando á la derecha*).—Fasolt y Fafner se acercan trayendo á Freia.

(*Por el otro lado llegan Fricka, Donner y Froh*).

FROH.—¡Volvieron!

DONNER.—Bien venido, hermano.

(*Lleno de angustia se acerca á Wotan*).

FRICKA.—¿Me anuncias algo bueno?

LOGE (*señalando el montón*).—Con fuerza y astucia logramos nuestro deseo; allí está lo que ha de rescatar á Freia.

DONNER.—Por allí viene, de la prisión de los gigantes.

FROH.—¡Cómo vuelve á embalsamar el aire fresca brisa! Qué desgracia sería, estar para siempre separados de ella, que nos da juventud inmarcesible y con ella sus alegrías!

(*La parte de delante del escenario vuelve á iluminarse y recobran los dioses su perdida juventud: el fondo está aún cubierto de nubes que impiden distinguir el castillo. Aparecen Fasolt y Fafner conduciendo á Freia entre los dos.*)

FRICKA (*abalanzándose hacia Freia para abrazarla*).—¡Hermana querida, mi dulce alegría! ¿volverás á ser mía?

FASOLT (*impidiéndoselo*).—¡ Alto ! no tocarla; aún es nuestra. Venimos de los montes de Riesenheim ; hemos guardado fielmente la prenda que ha de asegurarnos la fidelidad del contrato, y la devolvemos, si nos entregáis lo que hemos exigido.

WOTAN.—Pronto está el rescate. Medid la cantidad que exigís.

FASOLT.—El no ver más á esta hermosa mujer me causa mucho pesar ; pero puesto que así ha de ser, echad tal cantidad de oro que no pueda verla y así podré olvidarla mejor !

WOTAN.—Pues así poned la medida según el tamaño de Freia.

(*Fafner y Fasolt hincan la clava en el suelo, delante de Freia, marcando así su altura y su anchura*).

FAFNER.—Plantadas están las estacas según la medida de la prenda ; ahora amontonad entre ellas el oro.

WOTAN.—Amontonadlo pronto. El verlo me repugna.

LOGE.—¡ Ayúdame, Froh !

FROH.—Voy á ayudarte á terminar la afrenta de Freia.

(*Loge y Froh amontonan precipitadamente las alhajas entre las estacas*).

FAFNER.—No lo pongáis tan suelto; llenad y apretad bien la medida. (*Con fuerza brutal estruja el contenido ; se agacha para ver si descubre alguna abertura*). Aquí; aún veo al través, llenadme este vacío !

LOGE.—¡ Atrás, grosero, no toques nada !

FAFNER.—¡ Aquí, tapad bien esta rendija !

WOTAN (*apartándose descorazonado*).—Siento en el pecho arder esta afrenta.

(*Tiene la mirada clavada en Freia.*)

FRICKA.—Mira cuán avergonzada pide rescate la pobre. Ay ! hombre perverso, ve lo que hiciste !

FAFNER.—Aún más aquí !

DONNER. – No sé cómo contener el furor que me cau-

sa este miserable gusano! Ven acá, perro maldito! ya que quieres medir, ven y mídete conmigo!

FAFNER.—Calma, Donner! de nada sirve tu cólera!

DONNER.—¿Crees, miserable, que no me sirve ni para aplastarte? *(Levanta el brazo).*

WOTAN.—Haya paz! paréceme que ya está cubierta Freia.

LOGE.—Agotado está el tesoro.

FAFNER (*midiendo con la mirada*).—Aún veo ondear el cabello de la hermosa Freia: arrojad al montón aquel casco!

LOGE.—¿Cómo, también el yelmo?

FAFNER.—Traedlo pronto!

WOTAN.—Dáselo!

LOGE (*arrojando el casco al montón*).—Ya no nos queda nada! ¿estáis contentos?

FASOLT.—Ya no veo á Freia la hermosa! ¿está rescatada? ¿tendré que abandonarla para siempre? (*Se acerca y mira al través del montón*). Oh dolor! aún brilla su refulgente mirada, aún me alumbra esta divina estrella: la veo á través de una rendija! mientras contemple esos ojos divinos no me separo de esta mujer!

FAFNER.—Eh! os aconsejo que tapéis esta abertura!

LOGE.—No ves, insaciable, que ya os hemos dado todo el oro!

FAFNER.—Te equivocas, amigo! en el dedo de Wotan brilla una sortija; dámela para que con ella cubra aquel hueco!

WOTAN.—Cómo! ¿este anillo?

LOGE.—Recordad que aquel oro no es suyo, que pertenece á las hijas del Rhin á quienes se lo devolverá.

WOTAN.—¿Qué estás charlando? lo que me gané con tanto trabajo lo guardaré para mí!

LOGE.—Comprometida está la palabra que dí á las que gemían, pidiéndome el oro que se les robó.

WOTAN.—Á mí no me obliga lo que tú prometiste. Me quedo, como botín, el anillo.

FAFNER.—Pero tendrás que ponerlo aquí como rescate.

WOTAN.—Pedid lo que queráis: todo os lo daré, pero por nada del mundo os entrego el anillo!

FASOLT (*enfurecido, saca á Freia de detrás del montón*). Pues á lo dicho; Freia será para siempre nuestra!

FREIA.—Socorro! ayuda!

FRICKA.—¡Dios implacable! dales lo que te piden!

FROH.—No ahorres el oro, dáselo!

DONNER.—Entrégales el anillo!

WOTAN.—Dejadme en paz! No suelto el anillo!

(*Fafner retiene á Fasolt que estaba á punto de marcharse; todos permanecen aturdidos; Wotan encolerizado se aparta de ellos. El escenario ha vuelto á oscurecerse; de la gruta del lado sale un resplandor azul: en él, Wotan percibe á Erda, que sale hasta medio cuerpo de la profundidad; es de hermosa y noble figura y su cabellera negra le rodea el cuerpo.*)

ERDA (*extendiendo á Wotan la mano, con ademán de advertencia*).—Accede, Wotan, accede! Aléjate y huye de la maldición que encierra el anillo! si lo conservas te será imposible librarte de las desgracias que acarrea.

WOTAN.—¿Quién eres tú, que tal aviso me das?

ERDA.—Sé todo lo del mundo infinito; lo que ha sido, lo que es y lo que será! Erda te predice un peligro que te amenaza. Mis entrañas dieron á luz tres hijas. Lo que veo te lo dicen ellas cada noche. Pero hoy un gran peligro me trae aquí: oye! cuanto es, tiene fin; un día triste amanece para los dioses: suelta el anillo; te lo aconsejo!

(*Se hunde hasta el pecho, y el resplandor azul empieza á oscurecer*).

WOTAN.—Detente! tu voz me pareció misteriosa: espera, dime algo más!

ERDA (*desapareciendo*).—Te advertí el peligro y esto te basta: te amenazan cuidados y angustias.

(*Desaparece del todo*).

WOTAN.—¿He de temer algo y vivir con zozobra? voy á retenerte para saberlo todo!

(*Se dispone á entrar en la cueva para coger á Erda, pero Donner, Froh y Fricka le detienen*).

FRICKA.—¿Qué intentas, desdichado?

FROH.—Detente, Wotan! respétala y atiende á sus palabras!

DONNER.—Habéis oído! gigantes: atrás y aguardad! se os dará el oro.

FREIA.—¿Puedo esperarlo? ¿juzgáis á Freia digna del rescate? (*Todos miran ansiosos á Wotan*).

WOTAN (*que estaba sumido en sus propios pensamientos, hace un supremo esfuerzo para tomar una resolución*). —Con nosotros, Freia! estás rescatada! devuélvenos nuestra perdida juventud! Tomad, gigantes, ahí tenéis vuestro anillo!

(*Arroja el anillo al montón.—Los gigantes sueltan á Freia; ésta, llena de alegria, se dirige á los dioses que la colman de caricias.—Fafner extiende un enorme saco para recoger todo el montón*).

FASOLT (*arrojándose sobre el hermano*).—Detente, egoista! á cada cual su parte!

FAFNER.—Más que el oro te gustó Freia! bastante trabajo me costó el hacerte mudar de opinión; tú te hubieras quedado á Freia para ti solo; repartiré el tesoro, pero me quedaré con la parte mayor!

FASOLT.—Miserable! ¿á mí tal injuria? (*Dirigiéndose á los dioses*). Á vosotros acudo para que seáis los jueces; repartidnos el tesoro!

(*Wotan les vuelve la espalda en señal de desprecio*).

LOGE.—Déjale con todo el montón y quédate el anillo!

FASOLT (*se arroja sobre Fafner que en tanto ha empa-*

quetado una gran cantidad).—Atrás, usurero! la sortija es mía; se me dió por la mirada de Freia!

(*Echa mano al anillo*).

FAFNER.—Quita allá, el anillo es mío!

(*Luchan; Fasolt arranca á Fafner el anillo*).

FASOLT.—Ya lo tengo; mio es!

FAFNER.—¡Guárdalo bien, no lo sueltes! (*Da á Fasolt un golpe terrible con su estaca y lo tiende al suelo agonizando. En seguida le quita el anillo*).—Ahora acecha las miradas de Freia... lo que es el anillo ya no lo ves más. (*Mete el anillo en el saco y acaba luégo de empaquetarlo todo con gran calma.—Todos los dioses se quedan asombrados. Sigue un largo intervalo de silencio sepulcral*).

WOTAN.—¡Cuán terrible se me representa ahora la fuerza de la maldición!

LOGE.—¿Hay algo, Wotan, que pueda compararse con tu suerte? Mucho te conquistó el anillo, y el haberte visto obligado á cederlo te ha dado aún mucho más; mira: tus propios enemigos se destruyen con el oro que les diste.

WOTAN (*profundamente conmovido*).—De mí se apodera profundo temor; miedo y ansia fatal me roban los sentidos; Erda me enseñará á evitar la desgracia: he de bajar á buscarla.

FRICKA (*se acerca á Wotan con cariño*).—¿Por qué piensas en alejarte, Wotan? ¿No te atrae halagüeño aquel hermoso castillo que sólo espera con impaciencia la llegada de su señor, para acogerle como á su predilecto huésped?

WOTAN.—Á caro precio pagué el edificio!

DONNER (*señalando hacia el fondo que aún está cubierto de espesa neblina*).—Esos sofocantes vapores suspensos en el aire me molestan; reuniré las pálidas nubes formando de ellas una tempestad de rayos y truenos para que después de la tormenta luzca claro y en calma el cielo. (*Ha subido á una roca elevada en la vertiente*

que va á parar á la llanura y alza su martillo.) ¡Hola! Vapores y nubes, venid á mí; Donner, vuestro señor, os lo manda. Obedeced á la voz de este martillo! Nubes cargadas de vapores, reunios, Donner os lo ordena! (*Las nubes se han reunido á su alrededor de modo que va desapareciendo completamente en un nubarrón que se ennegrece cada vez más. Óyese, luégo, un golpe seco producido por el choque de su martillo contra las rocas; brota el rayo de la nube y acto seguido retumba el cóncavo són del trueno.*) Hermano, vente conmigo! Enséñale el camino que conduce al puente!

(*Froh ha desaparecido en la nube. De pronto se desvanece ésta; Donner y Froh reaparecen; delante de ellos se extiende, sobre el valle, hasta el castillo, un arco iris que iluminado ahora por el crepúsculo vespertino brilla con vívido esplendor.—Faſner que al fin ha concluído de llenar el saco, junto al cadáver de su hermano, ha desaparecido, cargando su fortuna en hombros, mientras Donner regía la tempestad.*)

FROH.—Al castillo conduce este puente ligero, pero firme. Pasad por él sin temor.

WOTAN (*extasiado contemplando el castillo*).—¡Qué hermoso reluce el alcázar bajo la mirada del sol poniente! Á la luz del crepúsculo matutino, brillaba tentador y sin dueño, mientras yo admirado lo contemplaba! Cara nos sale su conquista; desde la mañana hasta la tarde, cuántas angustias y cuántos pesares hemos pasado por él! La noche se acerca: él nos protegerá de su envidia. Así pues, libre de zozobras y temores, yo te saludo, alcázar mío! (*Á Fricka.*) Sígueme, esposa, vamos á vivir en nuestro Walhalla!

FRICKA.—¿Qué significa esa palabra? En mi vida la oí pronunciar.

WOTAN.—Cuando lo que inventó mi valor dominando al miedo, lo veas realizado ante tus ojos, entonces la comprenderás.

(*Wotan y Fricka se dirigen al puente: Froh y Freia los siguen, y tras ellos Donner.*)

LOGE (*permaneciendo en el proscenio y mirando á los dioses*).—¡Cómo corren hacia su fin, los que tan fuertes se creían! Casi me avergüenzo de tener algo que ver con los tales! De buena gana me volvería á convertir en ardiente llama para destruirlos en vez de perderme con ellos. Y aunque fuesen los dioses más divinos, no me parece mala la idea; lo pensaré bien: veremos!

(*Corre para juntarse, con aire de desprecio, á los dioses. En lo más hondo suena el canto de las tres ninfas del Rhin.*)

LAS TRES NINFAS DEL RHIN.—Oro del Rhin! oro purísimo! por ti gemimos, por ti que con tanto cariño y con tan suave brillo nos iluminabas! ¡Oh! devolvédnoslo, dadnos el oro puro!

WOTAN (*al ir á poner el pié en el puente, se detiene volviendo el rostro*).—¿Qué quejas escucho?

LOGE.—Son las hijas del Rhin que lamentan el robo del oro.

WOTAN.—¡Pícaro maldito! Hazlas callar!

LOGE (*gritando hacia la profundidad del valle*).—Vosotras, hijas del agua, escuchad lo que os dice Wotan. Ya que no os ilumina el brillo del oro, regocijáos con el nuevo esplendor de los dioses.

(*Los dioses se ríen y pasan el puente*).

LAS NINFAS DEL RHIN (*desde el fondo*).—Oro del Rhin, oro puro! Oh, si aún brillases con tu esplendor en el fondo de las aguas! Sólo en el fondo de las aguas hay sinceridad y franqueza; lo de allí arriba todo es cobardía y fingimiento.

(*Los dioses han atravesado el puente. Cae el telón.*)

EL ANILLO DEL NIBELUNGO

PRIMERA PARTE

LA WALKIRIA

PERSONAJES

SEGISMUNDO.

HUNDING.

WOTAN.

SIGELINDA.

BRUNILDA.

FRICKA.

Ocho walkirias.

ACTO PRIMERO

Interior de una habitación.—En el centro, el tronco de un fresno colosal, cuyas elevadas raíces se pierden en el suelo; á la altura de las ramas, hay un techo de madera que cubre el flotante ramaje. Al rededor del tronco se ha construído una habitación; las paredes son de madera sin pulimento alguno, y revestidas de esteras. En el proscenio, á la derecha, se halla el hogar cuya chimenea atraviesa el techo: detrás del hogar hay un cuarto, parecido á una despensa, al cual se sube mediante un par de escalones: una estera sirve de puerta. En el fondo, una puerta de entrada con un sencillo cerrojo de madera. Á la izquierda, otra que conduce á un cuarto interior al que se sube también por unos cuantos escalones; en el mismo sitio, pero más hacia el proscenio, una mesa; á la derecha, un banco adherido á la pared; á la izquierda, algunos taburetes.—La orquesta empieza con una introducción muy viva y arrebatada. Al levantarse el telón, entra Segismundo abriendo precipitadamente la puerta de entrada: anochece; va cesando la tempestad.—Segismundo se detiene un momento sin soltar el cerrojo y mira en torno suyo; parece estar rendido de cansancio y su traje y su aspecto indican que viene huyendo. No viendo á nadie, cierra tras de sí la puerta, se dirige al hogar y se echa sobre una piel de oso.

SEGISMUNDO.—Sea de quien fuere este hogar, aquí descansaré.

(Se echa en el suelo y permanece algunos instantes sin moverse. Sigelinda entra por la puerta del cuarto interior

creyendo que ha vuelto su marido, y manifiesta su sorpresa al ver tendido á un extraño.)

SIGELINDA (*desde el fondo*).—¡Un hombre! Voy á interrogarle. (*Se le acerca tranquilamente algunos pasos más.*) ¿Quién entró en casa y se tendió junto al hogar? (*Como Segismundo no se mueve, se adelanta unos pasos más y le observa.*) Cansado está de las fatigas del camino; ¿se habrá desmayado? ¿estará enfermo? (*Se inclina hacia él.*) Todavía respira; sólo cerró los ojos; animoso parece, aunque rendido de fatiga.

SEGISMUNDO (*levantando de pronto la cabeza*).—¡Agua! una fuente!

SIGELINDA.—¡Voy á traerte el alivio que pides! (*Coge un cuerno, sale de la casa y lo vuelve á traer lleno, ofreciéndoselo á Segismundo.*) Toma; ahí tienes agua con que apagar tu sed.

(*Segismundo bebe y le devuelve el cuerno. Después de haber movido la cabeza dando las gracias, fija, con creciente interés, su mirada en las facciones de Sigelinda.*)

SEGISMUNDO.—Mucho me ha aliviado el agua, de las penas del cansancio; animó mi espíritu abatido y dió á mis ojos el delicioso placer de la mirada. ¿Á quién debo tan singular beneficio?

SIGELINDA.—Esta es la casa de Hunding, y yo soy su mujer; su dueño te ofrece con gusto hospitalidad; ¡quédate aquí hasta que vuelva!

SEGISMUNDO.—Voy desarmado: al huésped herido, no ha de negarla tu esposo.

SIGELINDA (*angustiada*).—¡Muéstrame tus heridas!

SEGISMUNDO (*haciendo un gesto de indiferencia se sienta con ademán violento*).—Son leves y no merecen que hablemos de ellas; aún conservo mi vigor. Si lanza y escudo hubiesen resistido la mitad que mi brazo, nunca hubiera vuelto la espalda al enemigo; pero me los destrozaron. Un tropel de adversarios quiso darme caza, me rendía la fuerza de la tempestad; pero más

veloz que yo de mis perseguidores, huyó de mí el cansancio; sobre mis párpados se posó la noche y ahora luce de nuevo el sol.

SIGELINDA (*le ofrece un cuerno lleno de aguamiel*).—Acepta esta dulce bebida.

SEGISMUNDO.—Toma tú antes un sorbo para que me sepa mejor.

(*Sigelinda toma un sorbo y se lo da; Segismundo bebe luégo; le devuelve el vaso. Los dos se miran con ternura por algunos momentos.*)

SEGISMUNDO (*con voz temblorosa*).—Diste de beber á un infortunado. ¡Dios aleje de ti la desgracia! (*Se levanta.*) He descansado lo bastante; he de proseguir mi camino.

SIGELINDA (*volviéndose de pronto*).—¿Quién te persigue que ya te quieres ir?

SEGISMUNDO (*atraído por sus palabras se vuelve lentamente y melancólico*).—¡La desgracia! la desgracia que me acompaña y me rodea donde quiera que voy. ¡Dios la aleje de ti! He de irme.

(*Se dirige apresuradamente á la puerta y levanta el pestillo.*)

SIGELINDA (*olvidada de sí misma, le llama*).—¡Aguarda; ven! no has de traerla aquí donde mora tiempo há.

SEGISMUNDO (*se detiene conmovido y examina atentamente á Sigelinda, que avergonzada y triste baja los ojos. Largo silencio. Segismundo vuelve atrás y se reclina en el hogar*).—Esperaré á Hunding.

(*Sigelinda sigue callada; de pronto se anima, escucha, y oye á Hunding que lleva el caballo á la cuadra; se dirige veloz á la puerta y la abre. Hunding armado de lanza y escudo, entra y se pára en la puerta al reparar en Segismundo.*)

SIGELINDA (*contestando á la severa mirada de Hunding.*)—Cansado y yaciendo junto al hogar encontré á este hombre. La necesidad le trae á casa.

HUNDING.—¿Le diste de beber?

SIGELINDA.—He apagado su sed y le prodigué los cuidados de la hospitalidad.

SEGISMUNDO (*mirando fija y tranquilamente á Hunding*). —Le debo casa y bebida; ¿quieres reprenderla por eso?

HUNDING.—Sagrada es para todos mi casa; séalo también para ti. (*A Sigelinda, dejando las armas y dándoselas.*) Dispón la cena.

(*Sigelinda cuelga las armas en el tronco del árbol y coloca sobre la mesa algunos manjares y bebidas que ha sacado de la despensa.*)

HUNDING (*observa detenidamente y admirado las facciones de Segismundo, las compara con las de su mujer, y dice hablando consigo mismo*): —¡Cómo se parecen! ¡el mismo fulgor en su mirada! (*Oculta su admiración y se dirige á Segismundo.*) ¿Vienes de muy lejos? ¿Ibas á caballo? ¿Qué malos caminos son, los que tanto te han cansado?

SEGISMUNDO.—La tempestad y mi dura suerte hicieron que me lanzase á través de bosques y praderas: no conozco el camino que crucé é ignoro á dónde me llevaron mis pasos: esto quisiera saber.

HUNDING (*sentado á la mesa y ofreciendo un sitio á Segismundo*).—La casa que te presta refugio y el techo que te cubre pertenecen á Hunding; si desde aquí te diriges hacia el oeste, encontrarás gente que lo enaltecen. Si ahora me dices tu nombre, me honrarás con ello.

(*Segismundo que se ha sentado á la mesa, mira pensativo delante de sí. Sigelinda sentada junto á Hunding y enfrente de Segismundo, le contempla con vivo interés.*)

HUNDING (*observando á los dos*).—Si temes confiarme á mí tu nombre, díselo á esta mujer. ¿No ves con qué interés te lo pregunta su mirada?

SIGELINDA (*con franqueza é interés*).—Huésped, mucho me complacería saber tu nombre.

SEGISMUNDO (*levanta su mirada, la fija en Sigelinda y dice con seriedad*).—No puedo llamarme Friedmund; Frohwalt me gustaría ser: pero tengo que llamarme Wehwalt (1). Lobo fué mi padre; juntos vinimos al mundo mi hermana y yo. Muy pronto me quedé sin madre y sin hermana; apenas las he conocido. Valiente y fuerte era mi padre y tenía muchos enemigos; con él iba yo á la caza, muy á menudo, hasta que un día, al regresar de una muy grande y esforzada, encontramos vacía la cueva de los lobos, reducido á cenizas el suntuoso salón, y carbonizado el tronco de la robusta encina; muerto estaba, tendido en el suelo el cuerpo gentil de mi madre; entre las cenizas ardientes no se encontró el menor vestigio de mi hermana: el destino fatal nos entregó á la furia de nuestros enemigos. Desterrado huyó conmigo mi padre; largos años vivió con el lobo su tierno cachorro, y aunque mucho nos persiguieron, con valor supimos defender nuestras vidas. (*Dirigiéndose á Hunding.*) Un descendiente de lobos te habla, Hunding; muy conocido soy ya como tal.

HUNDING.—Terribles y extraordinarios acontecimientos nos cuentas. Me parece haber oído oscura leyenda, de este par de lobos, aunque no conocía ni al padre ni al cachorro.

SIGELINDA.—Prosigue: ¿dónde está ahora tu padre?

SEGISMUNDO.—Los enemigos nos persiguieron con furor, muchos de ellos cayeron á nuestras manos; al fin nos separaron, y una vez alejado de mi padre no le ví más. Sólo encontré en el bosque un pellejo de lobo, que ya no le cubría; ¡no le ví más! Dejé de amar el bosque desde entonces. Y quise salir de él y entrar

---

(1) *Friedmund* significa literalmente: boca de la paz; *Frohwalt:* dominador de la alegría; *Wehwalt:* dominador del dolor; *Wolf.* lobo; *Siegmund:* boca de la victoria.

en el mundo, pero siempre me acompañó la desgracia; si procuré atraerme un amigo, si solicité una mujer, siempre, siempre fuí desechado. Si algo bueno aconsejaba, sabíale á otro mal; lo que á mí detestable, á todos parecía bien. Desafiado donde quiera, perseguido de la ira, hallando mi desventura donde busqué el amor, ¡cómo no llamarme á mí mismo Wehwalt, si sólo el dolor y la desdicha son mis dominios?

HUNDING.—No te amaría la Parca cuando te destinó tan mala suerte: no puede saludarte con alegría el hombre de quien eres huésped.

SIGELINDA.—¡Sólo los cobardes temen al que camina solo y sin armas! Cuéntanos aún, cómo perdiste en el combate las tuyas.

SEGISMUNDO *(animándose más cada vez)*.—Pidióme amparo una niña, á quien un pariente quería casar con un hombre que no amaba, y partí para protegerla y librarla de aquella opresión: cayó el enemigo á mis piés, muertos yacían los hermanos, y la niña abrazaba sus cadáveres bañándolos en un mar de lágrimas de desesperación; la pena dominaba al furor. En esto los enemigos se nos echaron encima con ímpetu violento y sedientos de venganza nos sitiaron, pero la niña no se movió de allí y largo tiempo la protegí con mi escudo y con mi lanza, hasta que me destrozaron lanza y escudo. Estaba desarmado, moribunda la doncella: á mí me perseguía enfurecido el ejército... muerta yació á mis piés. *(Con una mirada de doloroso entusiasmo á Sigelinda)*. ¡Ahora ya sabes, mujer, por qué no me llamo Friedmund!

(Se levanta y se va hacia el hogar. Sigelinda mira al suelo pálida y conmovida).

HUNDING *(muy sombrío)*.—Conozco una raza salvaje, para quien no hay nada sagrado; todos y yo particularmente la odiamos. Fuí llamado para vengar la sangre de mis parientes; llegué tarde y volví para en-

contrar en mi propia casa al fugitivo criminal. Hoy, te protege mi hogar; para esta noche, te admití como huésped: pero defiéndete mañana con fuertes armas, porque es el día que elijo para el combate: me pagarás la deuda de los muertos. *(Dirigiéndose á Sigelinda que llena de angustia se coloca entre los dos.)* Sal; dispón mi bebida y aguárdame.

(Sigelinda toma pensativa un cuerno de la mesa, saca de un armario algunas raíces y se dirige al cuarto del lado: se pára en el último escalón y contempla á Segismundo que reprimiendo su cólera sólo á ella mira. Permanecen así breve instante y al fin Sigelinda le señala un punto en el tronco del fresno. Hunding, que ha notado que se ha detenido, la hace salir con imperativo gesto, á cuya señal obedeciendo ella, desaparece por la puerta con el cuerno y el candil).

HUNDING (*descolgando sus armas del árbol*):—Con armas se defiende el hombre. Mañana te encontraré; ya me has oído. ¡Guay de ti!

(*Entra con las armas en el cuarto*).

SEGISMUNDO (*solo*).—Ha cerrado la noche; y sólo alumbra el cuarto el tenue resplandor del fuego del hogar. *(Segismundo se tiende cerca de él sumido por largo tiempo en honda meditación.)* Mi padre me dijo que en mi mayor peligro encontraría una espada. Casi desarmado en poder de mi enemigo, ahora soy prenda de su venganza. He visto una mujer augusta y hermosa, cuyo dulce encanto me atrae y que se encuentra en poder del hombre que me provoca á mí, indefenso. ¡Welsa! ¡Welsa! ¿Dónde está tu espada, la que esgrimiste en las batallas? (*Se apaga el fuego del hogar; de él se escapa una chispa reluciente que va á parar al punto del fresno que ha indicado la mirada de Sigelinda y en el cual ahora se distingue claramente el puño de una espada.*) ¿Qué es lo que brilla al resplandor de la llama que se extingue? ¿Qué rayo de luz sale del tronco de aquel

fresno? ¡cómo me alegra el corazón! ¿Será la mirada de aquella seductora mujer, que, al irse, dejó olvidada allí? (*El fuego del hogar se extingue lentamente.*) La oscuridad de la noche cubría mis ojos, y el fuego de los suyos rozando mis párpados, me dió calor y luz. Ciñóme aquel sol la frente con su deliciosa aureola hasta que se puso detrás de los montes. Mas por despedida me volvió á alumbrar y al mismo tronco del viejo fresno no negó su favor: se apaga la luz, ya vuelve la noche á cubrir la mirada: sólo en el fondo de mi pecho arde aún un calor que no alumbra.

(*El fuego se ha apagado del todo; oscuridad completa. Se abre lentamente la puerta del aposento contiguo: sale Sigelinda con un traje blanco y se dirige á Segismundo.*

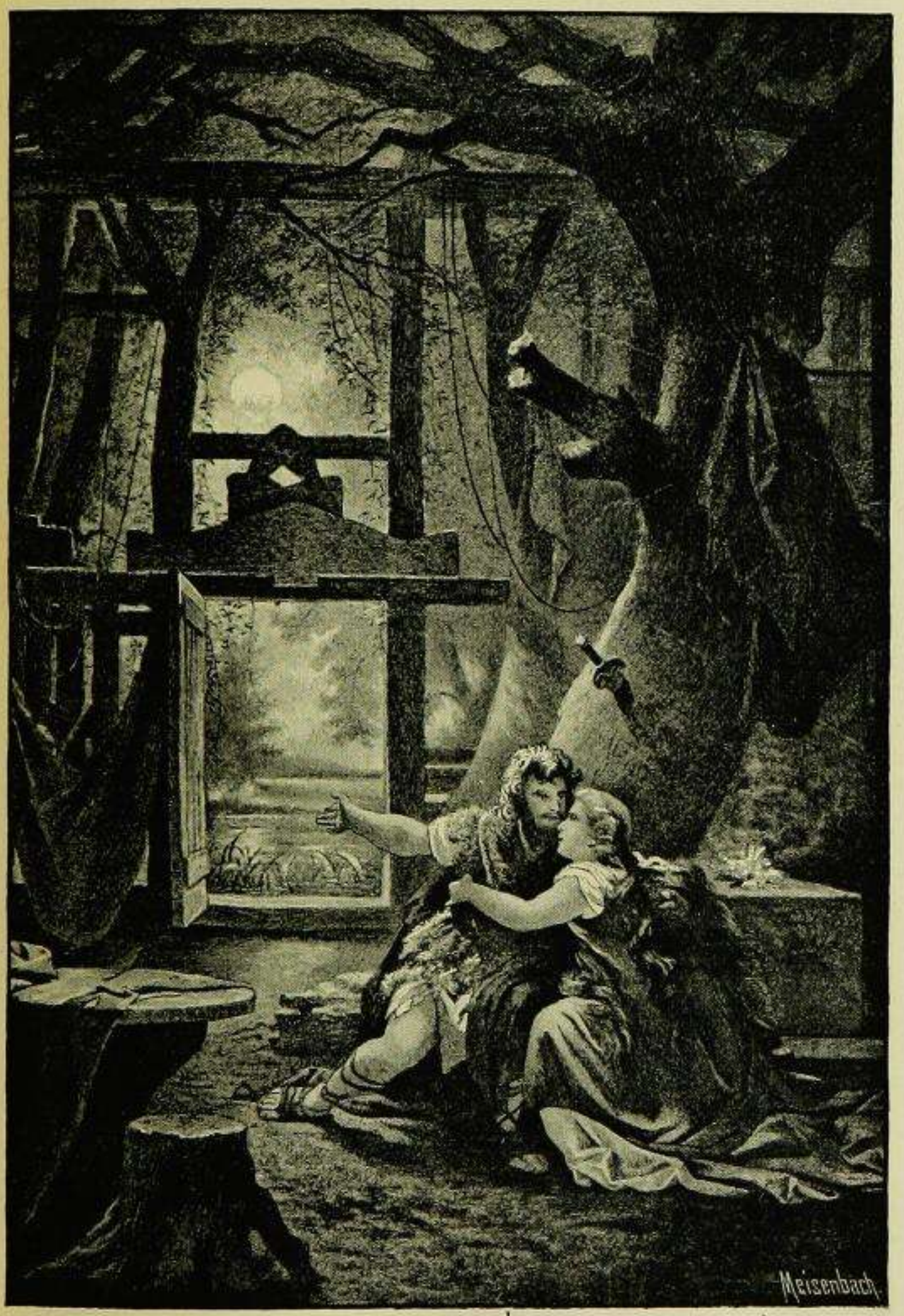
SIGELINDA.—¿Duermes, huésped?

SEGISMUNDO (*se levanta de golpe agradablemente sorprendido*).—¿Quién se acerca?

SIGELINDA (*rápidamente y con mucho misterio*).—Soy yo: ¡escúchame! Hunding yace en profundo sueño; yo le preparé adormecedora bebida; aprovecha esta noche!

SEGISMUNDO (*interrumpiéndola*).—¡Qué bien me hace el que estés cerca de mí!

SIGELINDA.—Voy á enseñarte una espada; serás el más augusto entre todos los héroes si la ganas; fué destinada al más fuerte. Oye bien lo que voy á contarte. Aquí se reunieron todos los guerreros convidados por Hunding á la boda: casó con una mujer que gente criminal, sin consultarla, le dieron por esposa. Triste estaba yo mientras los demás bebían: en esto entró un forastero, era un anciano en traje gris; inclinábasele el sombrero á un lado tapándole un ojo; pero el brillo del otro á todos infundió temor; sólo á mí me animó y dió consuelo aunque me arrancó algunas lágrimas. Dirigía su mirada á mí y á ellos al blandir en la mano una espada que hundió en el tronco del fresno; hasta el puño la metió: dijo que el acero pertene-


M. Eisenbach.

cía á aquel que del fresno lo arrancase; entraron y salieron los convidados, los más fuertes tiraron de ella, pero la espada no cedió un ápice; allí está clavada todavía. Entonces supe quién fué el que me saludó en medio de mi dolor, y á quién destinó la espada. ¡Oh si le encontrase hoy! ¡si viniese á mí desde lejanas tierras! por todo lo que he sufrido en crudo dolor, por lo que siempre me ha dolido en medio de mi desgracia ¡qué grata me parecería la venganza si alcanzase por fin lo que tanto he deseado y tanto he llorado! ¡Oh! si pudiese encontrarle, le estrecharía entre mis brazos!

SEGISMUNDO (*la abraza entusiasmado*).—Á ti te abraza ahora, mujer sublime, quien está destinado á poseer la mujer y la espada. En mi pecho arde una llama que ha de unirme á ti. Encuentro en ti lo que siempre busqué y tanto deseé; tú padeciste el oprobio, yo sufrí la pena; tú fuíste deshonrada, yo desterrado. Me sonríe la venganza, teniéndote á ti entre mis brazos, junto á mi palpitante corazón!

SIGELINDA (*asustada; se desprende de sus brazos*).—¡Ah! ¿quién entró? ¿quién se ha ido?

(*De pronto se abre la puerta; se ve una hermosísima noche de primavera; la luna con su clara luz los alumbra á ambos.*)

SEGISMUNDO.—Nadie se ha ido, pero álguien entró. ¿No ves cómo nos sonríe la primavera? (*La atrae con suavidad hacia su lecho.*) Venció á las tempestades del invierno; en el bosque y en los prados se mece su templado ambiente, á todos sonríen sus ojos abiertos, su armonioso canto es el dulce trinar de los alegres pajarillos; respira exhalando agradables perfumes y de su sangre brotan hermosísimas flores. Con delicadísimas armas adornada, subyuga al mundo. De ella huyen el invierno y las borrascas. Así, bien debía al esforzado y valiente guerrero rendirse la puerta que

de ella nos separaba. Á su hermana quería acercarse; el amor, que ahora se alegra á la luz de la hermosa luna y que se esconde en nuestros pechos, la atraía. Vencido está el obstáculo que separa la primavera y el amor!

SIGELINDA.—Tú eres la primavera que yo anhelaba durante todo el invierno frío. Á ti te saludó mi corazón, con ferviente entusiasmo, cuando por vez primera me animaste con tu mirada. Siempre me era desconocido todo lo que veía, triste cuanto me rodeaba. Pero á ti siempre te he conocido: mío eras desde que te ví; lo que escondido tenía en mi pecho, lo que yo soy, veo ahora claro como la luz del día; como música divina sonabas en mis oídos, cuando aún en triste tierra extraña veía vagar mi amor.

(*Se abraza á su cuello en amoroso éxtasis, y le contempla acercándose á él.*)

SEGISMUNDO.—¡Oh dulce amor! Mujer divina!

SIGELINDA.—Deja que me acerque á ti, que pueda contemplar el resplandor que de tus ojos y de tu semblante irradia y que con tanta fuerza me cautiva.

SEGISMUNDO.—Á la luz de luna primaveral ondea tu hermosa cabellera, envolviéndote en ella; ya sé lo que tanto en ti me extasía: es mi propia mirada que se baña en amor.

SIGELINDA (*le aparta los rizos de la frente y le admira arrobada*).—Tu noble frente descubierta me seduce y encanta; tengo miedo á mi propio amor; me parece maravilla que te vea hoy por vez primera; ¿no te vieron ya mis ojos?

SEGISMUNDO.—También á mí me dice un sueño, que te ví en ardiente ansiedad.

SIGELINDA.—Yo ví en el arroyo mi propia imagen, y ahora la vuelvo á ver: como el reflejo del agua me la presentas tú ahora.

SEGISMUNDO.—Tú eres la imagen que siempre soñé.

SIGELINDA (*apartando la mirada*).—¡Oh, calla! Déjame escuchar esta voz: me parece que cuando niña oí su sonido: pero no,... la oí hace poco cuando resonó en el bosque el eco de la mía.

SEGISMUNDO.—No hay sonido más grato que el de la voz que escucho!

SIGELINDA (*volviendo á fijar en los ojos de Segismundo los suyos*). — El fuego de tus ojos me iluminó ya otra vez: asi me contemplaba, saludándome, el anciano que me dirigió su consoladora mirada. En ella, en su osadía le conoció su hija; ya quería llamarle con su nombre... (*interrumpiéndose, sigue en voz más baja*). ¿De veras te llamas Wehwalt?

SEGISMUNDO.—Desde que me amas dejé de llamarme así; ahora domino las delicias del amor!

SIGELINDA.—¿Y no puedes llamarte Friedmund?

SEGISMUNDO.—Llámame tú como me quieras. Llevaré el nombre que me dés.

SIGELINDA.—¿No llamaste Lobo á tu padre?

SEGISMUNDO.—Era un lobo para zorras cobardes! Pero aquel en cuyos ojos brillaba el fuego como en los tuyos brilla, se llamaba Welsa.

SIGELINDA (*fuera de sí*).—Welsa era tu padre y tú eres un welsa; para ti hundió en el tronco del fresno la espada; deja pues que te llame como te quiero: ¡Segismundo!... así te llamo yo.

SEGISMUNDO (*se lanza al tronco del árbol y coge el puño de la espada.*)—Segismundo me llamo y Segismundo soy: sea de ello testigo esta espada que empuña mi mano! Welsa me dijo que la encontraría, en la mayor necesidad: pues bien, ya la tengo! El amor sagrado me pone en peligro; amor anhelante, la necesita; amor arde en mi pecho y me impele á la lucha y á la muerte. Nothung! así te llamo, espada! Nothung! Nothung, acero envidiado, enséñame el filo de tu escondida hoja, sal de la vaina! (*Arranca de un fuerte tirón la espada del*

tronco y la enseña á la admirada Sigelinda.) Á Segismundo el Welsa estás viendo, hermosa. Te trae esta espada como regalo de novio; así se desposará con la mujer más ideal; así la arrancará al enemigo. Síguele, pues, lejos de aquí; vente con él á donde habita la hermosa primavera; allí te protegerá Nothung, la espada, cuando amándote perezca Segismundo.

SIGELINDA (*en el paroxismo del amor*).—Tú eres Segismundo, sí; yo soy Sigelinda, que te esperaba ansiosa; á tu propia hermana ganaste, junto con tu espada!

SEGISMUNDO.—Esposa y hermana eres para tu hermano. Surja pues de nosotros la sangre de los Welsas!

(*La atrae con irresistible ardor; ella, dando un grito, se echa en sus brazos.—Telón rápido.*)

ACTO II

Rocas abruptas.—Desde el fondo sube, yendo á parar á unas rocas elevadas, un desfiladero, desde el cual el escenario desciende hasta el primer término en suave declive.—Wotan, en traje de guerrero y con la lanza: delante de él Brunilda, como walkiria, también armada completamente.

ESCENA PRIMERA

WOTAN.—Prepara tu caballo, joven guerrera! Pronto estallará sangriento combate; recuérdalo, Brunilda: prometíste al welsa la victoria. Declárese Hunding por quien quiera; á mí no me conviene para el Wallhalla. Date, pues, prisa en partir al lugar del combate.

BRUNILDA (*gritando y saltando de roca en roca en la altura, á la derecha del escenario*).—¡Ea! ¡Hola! (*Llegada á la cumbre de un peñón se pára, mira hacia el desfiladero del fondo y dice á Wotan*): Oye mi consejo, padre; dispónte tú mismo á combatir; tendrás que sostener un duro ataque: se acerca Fricka, tu mujer, en un carro tirado por chivos. ¡Ah! cómo restalla su látigo de oro!

los pobres animales tiemblan de miedo; va á escape; enfurecida se lanza al combate. No me gusta mezclarme en esta clase de refriegas; prefiero el valeroso combatir de hombres esforzados; por lo tanto, cuida tú de rechazar el ataque; te dejo solo.

(*Ha desaparecido detrás de los picos de las rocas mientras sale del desfiladero Fricka, en un carro tirado por dos chivos; allí se apea y se dirige luégo precipitadamente hacia Wotan.*)

WOTAN (*viéndola llegar*).—Siempre las mismas tempestades, siempre el mismo trabajo. Pero lo que es ahora, no me vencerá!

FRICKA.—Ando en tu busca recorriendo las montañas. ¿Dónde te escondes huyendo de tu mujer? Es preciso que me ayudes.

WOTAN.—¿De qué se trata?

FRICKA.—Oí las penas de Hunding clamando venganza: la protectora de la unión conyugal, le escuchó y prometió castigar duramente á los que con tal descaro ofendieron al esposo.

WOTAN.—¿Qué crimen cometieron si amándose los unió la primavera? Encantóles la magia del amor; ¿quién ha de expiar su fuerza?

FRICKA.—¡Cuán torpe y sordo á la razón te finges! Como si en verdad no supieses que vengo á clamar venganza á favor del ofendido por los que rompieron el juramento sagrado de fidelidad á la unión!

WOTAN.—No tengo por sagrado el juramento que une á dos que no se aman. Y en verdad que no deberías quererme obligar á sostener por fuerza lo que no te importa.

FRICKA.—Pues consideras digno de alabanza romper el juramento, sigue haciendo de ello ostentación y preconiza como cosa sublime que nazcan vástagos de vergüenza de la unión de dos gemelos. Á mí se me estremece el corazón y se ofusca mi entendimiento al

Meisenbach

pensar que una hermana abrace como esposo á su hermano. ¿Cuándo se vió que dos hermanos se amasen?

WOTAN.—Hoy lo has visto: apréndelo pues aunque antes no haya sucedido. Que los dos se aman, bien lo ves; oye mi razonable consejo: ¡si quieres que tu bendición te sea propicia, aprueba cariñosa la unión de Segismundo y Sigelinda!

FRICKA (*fuera de sí*).—¿Se acabaron por ventura los dioses eternos desde que engendraste los welsas salvajes? Claro lo he dicho, ¿lo adiviné? Nada te importa el origen sagrado de los dioses; así pisoteas todo lo que en un tiempo respetaste; rompes los lazos que uniste; burlándote deshaces lo que hizo el cielo; ¡que puedan á su capricho y antojo hacer lo que quieran los criminales gemelos, vergonzoso fruto de tu infidelidad! Siempre engañando á tu fiel esposa, recorriste alturas y valles ganoso de dar variedad á tus placeres, sin condolerte de mi pobre corazón; ¡y todo hube de soportarlo! Á los combates te acompañan esas hijas que tuviste de ilícitos amores, las nueve hermanas, las walkirias, y aun gracias que consideraste á tu esposa lo bastante para someterlas á su voz, sin exceptuar siquiera á tu predilecta Brunilda. Después, adoptando nombres nuevos, como Welsa, por ejemplo, anduviste por los bosques, á manera de famélico lobo, y cuando, degradándote á bajezas mayores, no te avergonzaste de dar el sér, en el seno de mísera mortal, á un par de gemelos, ahora arrojas á tu mujer á los piés de la loba! Acaba, pues; colma la medida; pisotea á tu víctima.

WOTAN (*con acento tranquilo*).—En vano me empeñaría en explicarte lo que no podrías comprender hasta que surja el hecho á la luz del día. Tú sólo entiendes aquello á que estás acostumbrada; discurro yo lo que aún nunca ha sido! Oye lo que voy á decirte: es preciso que haya un héroe, que sin la ayuda de la protec-

ción divina, se separe de las leyes de los dioses; pues sólo así puede ejecutar el hecho que, por necesario que les sea, les está, como á dioses, prohibido.

FRICKA.—¡Quieres engañarme con tus profundas ideas! ¿Qué actos sublimes podrán llevar á cabo los héroes, que no puedan los dioses, si éstos son los que les ayudan para ejecutarlos?

WOTAN.—Desprecias su propio valor.

FRICKA.—¿Quién se lo dió á los mortales? ¿Quién, el fuego á su mirada? Parecen fuertes cuando están bajo tu amparo. Tú eres quien los anima. Con nuevas astucias pretendes engañarme, y evadirte con nuevos manejos; pero no te ganarás este welsa: en él te encuentro á ti, pues solo por ti es tan arrogante.

WOTAN.—Nunca le defendió mi protección: solo se crió, rodeado de terribles penas.

FRICKA.—Pues no le protejas hoy; quítale la espada que le diste.

WOTAN.—¡La espada!

FRICKA.—Sí, la espada, la mágica espada que has regalado á tu hijo.

WOTAN.—Segismundo se la ganó por sí mismo cuando más falta le hacía.

FRICKA.—Tú fuiste quien le puso en el caso de ganársela. ¿Quieres engañar á la que día y noche sigue tus pasos? Para él hundiste en el fresno la espada; y á él dedicaste esta defensa sublime: ¿pretendes acaso negar que sólo tu astucia le llevó á donde estaba? (*Wotan hace un gesto de disgusto.*) Con esclavos no pelea ningún libre, sólo éstos castigan al criminal; estoy dispuesta á luchar contra tu poder, pero Segismundo está sujeto al mío. (*Wotan se vuelve, desanimado.*) ¿Tiene que obedecer, tu esposa eterna, al que te pertenece y de quien tú eres dueño absoluto? ¿Acaso debo servir de oprobio á las gentes más viles, ó á los insolentes, de escarnio, ó de desprecio á los libres? ¡Esto no pue-

de quererlo un esposo; no ha de profanarse así á una diosa!

WOTAN (*taciturno*).—¿Qué exiges de mí?

FRICKA.—¡Que abandones al welsa!

WOTAN (*con voz reprimida*).—Haga lo que quiera.

FRICKA.—Pero no le ayudes cuando le llame el vengador á combate.

WOTAN.—Yo... no le ayudaré.

FRICKA.—¡Mírame frente á frente y no pienses en engañarnos! aleja también de él á la walkiria.

WOTAN.—Obre ésta como quiera.

FRICKA.—¡No es eso! ella obra sólo según tu voluntad: ¡prohíbele que dé á Segismundo la victoria!

WOTAN (*luchando interiormente*).—¡No puedo hacerle perecer; encontró mi espada!

FRICKA.—¡Quítale su fuerza mágica; rómpesela al esclavo: indefenso le encontrará el enemigo! (*Óyese el salvaje grito de la walkiria desde la altura; en seguida aparece Brunilda á caballo en la cumbre de las rocas, á mano derecha.*) Aquí viene tu valiente hija: cantando se acerca.

WOTAN (*entre dientes*).—Yo le ordené que combatiese á favor de Segismundo.

FRICKA.—¡Cubra hoy tu escudo el sagrado honor de tu esposa! Con las burlas de los hombres y destituídos del poder, nos hundiríamos todos los dioses, si no vengase hoy mi derecho esta valerosa doncella. El welsa caerá por mi honor si me jura Wotan lo prometido.

WOTAN (*muy desanimado é interiormente enfurecido, recostándose sobre un peñón*).—¡Cuenta con mi juramento!

(*Al reparar Brunilda en Fricka, interrumpe de pronto su canto; apéase, y guiando á su caballo de la brida por un camino entre las rocas, lo esconde en una gruta cuando Fricka para irse á su carro pasa por su lado.*)

FRICKA (*á Brunilda*).—¡El padre de los ejércitos te espera; vé á que te comunique sus órdenes!

(*Monta en el carro y se aleja á escape.*)

BRUNILDA (*con triste y angustiado semblante se presenta á Wotan, que sentado en una roca y apoyada la cabeza en una mano, está sumido en profunda meditación*). —¡Mal me parece que acabaría la reyerta cuando salió de ella Fricka sonriendo...! ¿Qué debes decirme, padre? pareces triste y sombrío.

WOTAN (*deja caer el brazo y alza la cabeza*).—Me cogí en mis propias redes; ¡soy de todos el menos libre!

BRUNILDA.—Nunca te ví de este modo; ¿qué es lo que tanto te apena?

WOTAN.—¡Oh insulto á la divinidad! oh injuria ignominiosa! oh pena divina! furia sin límites! eterno dolor! Soy el más desgraciado de todos!

BRUNILDA (*asustada, arroja lejos de sí lanza, escudo y casco y se arrodilla á los piés de Wotan*).—¡Padre! padre! Dí, ¿qué te pasa? ¿por qué llenas de ansiedad á tu hija? Confíamelo todo, yo te soy siempre fiel; oye á tu angustiada Brunilda.

(*Apoya la cabeza sobre las rodillas de Wotan.*)

WOTAN (*la contempla largo rato acariciando sus rizos: luégo, como despertando de profunda meditación, empieza en voz baja*):—Si yo se lo digo, ¿no faltaré á mi primera voluntad?

BRUNILDA (*contestando en el mismo tono*). —¿De la voluntad de Wotan hablas? ¿Quién soy yo, si no tu voluntad?

WOTAN.—Lo que á nadie digo con palabras, secreto queda para siempre; cuando contigo hablo, creo hablarme á mí propio. (*Con voz aún más profunda y conmovedora, conservando fija su mirada en los ojos de Brunilda.*) Cuando se apagó en mí el fuego del amor, mi valor deseó el poder: impelido por esta pasión conquisté el mundo entero; sin darme de ello cuenta, fuí

infiel; con astucia me engañó Loge, que ahora me abandona. Del amor no quise separarme; amores busqué en el poder: la noche dió á luz al temeroso nibelungo; Alberto rompió la alianza maldiciendo el amor y por esta maldición obtuvo el oro y con él un poder sin límites. Con astucia le quité el anillo que forjó; pero no se lo devolví al Rhin, sino que pagué con él el precio del Walhalla, el castillo levantado por los gigantes, desde cuyo sitio domino el mundo. La que sabe todo lo que en el mundo fué, Erda, me aconsejó que me desprendiese del anillo, me previno que él pondría fin á la eternidad si lo conservaba. Deseaba saber más de este fin; pero la mujer desapareció. Entonces perdí el valor que me animaba; la sabiduría es la virtud en un dios; bajé al mundo; con la magia del amor conquisté á la mujer que siempre ha sido, deshice el orgullo que le daba el saber y me dijo lo que yo quería. Ella me dió consejos, pero de mí obtuvo una prenda: la mujer más sabia del mundo te dió á ti á luz, Brunilda. Te crió con ocho hermanas: por medio de vosotras, walkirias, quería alejar lo que Erda me predijo: el vergonzoso fin de los eternos dioses. Os encargué que creáseis héroes para que encontrase el enemigo poderosa resistencia; aquellos á quienes nosotros teníamos sujetos á las leyes que les dimos, á quienes limitamos el valor y que por medio de falaces convenios sujetamos á ciega obediencia, á esos debéis ahora excitar á rudo combate, para que reuna á los guerreros más esforzados en el Walhalla.

BRUNILDA.—El Walhalla llenaremos de valientes; muchos hemos llevado ya. ¿Qué te aflige, pues, si nunca hemos tardado en complacerte?

WOTAN.—Además, óyelo bien; ¡Erda me advirtió otra cosa! Nuestro fin nos amenaza por medio del ejército de Alberto: el nibelungo me profesa rencorosa envidia, pero no temo sus ejércitos nocturnos; mis héroes

sabrán alcanzarme la victoria. Sólo si volviese el nibelungo á obtener el anillo, perdería yo Walhalla. Únicamente quien maldijo al amor, puede valerse de la fuerza mágica del anillo para saciar su envidia afrentando á todos los nobles ; obligaría á los valientes á pelear contra mí y con ellos me haría la guerra. Así, pues, mi mayor deseo estriba en arrancar al enemigo el anillo. Tal vez uno de los gigantes, á quienes en recompensa de su trabajo entregué el oro maldito, guarda el tesoro por el cual mató á su hermano. Á éste tendría que arrancar el anillo que yo mismo le entregué ; pero no puedo luchar contra aquel con quien yo mismo cerré un contrato ; sin poder alguno, sucumbiría ante él mi valor. Estos son los lazos que me atan: yo, siendo señor, me convierto en esclavo de mis promesas. Sólo un mortal podría alcanzar lo que me está vedado, un héroe á quien yo no ayudase, que extraño á los dioses, libre de su amparo, sin saberlo y sin plan ninguno, en defensa propia, sin consejo mío, ejecutase la acción que yo no puedo. ¿Dónde encontrar al enemigo y amigo que luche á favor mío y contra un dios ? ¿De dónde sacar al hombre á quien yo nunca he protegido y que combatiendo en su propio favor me favoreciese á mí ? ¡Oh divino oprobio ! oh vergonzosa pena ! Los disgustos me rodean. No diviso lo que espero; sólo me he creado esclavos ! El libre debe obrar por su propia voluntad.

Brunilda. — ¿Pero Segismundo el welsa no obra según su voluntad ?

Wotan.—Como un salvaje recorrí con él los bosques; le excité á batallar contra el consejo de los dioses; contra el furor de estos le defendió sólo la espada que le dí. ¿Cómo he de querer engañarme á mí mismo? ¡Cuán fácilmente descubrió Fricka el engaño! Me adivinó hasta lo más secreto; tengo que acceder á su voluntad.

BRUNILDA.—¿Apartarás de Segismundo la victoria?

WOTAN (*entregándose á la desesperación*).—Dueño fuí del anillo de Alberto; codicioso, retuve el oro. Ahora me persigue la maldición. He de abandonar lo que amo, inmolar lo que quiero, engañar á quien en mí se fía. Lejos, pues, de mí, altivo esplendor y divina magnificencia! Húndase cuánto creé! Concluída está mi obra, sólo una cosa quiero aún, el fin... el fin... (*se pára pensativo*) y del fin se cuida Alberto! Ahora comprendo el mudo significado de las atroces palabras de Erda: «Cuando el nocturno enemigo del amor en su furor engendre un hijo, cercano estará el fin de la divinidad.» Oí, que el enano domina á una mujer cuyos favores alcanzó con el oro. Una mujer esconde el fruto del odio; la fuerza de la envidia se revuelve en sus entrañas; ese prodigio ha logrado el que maldijo el amor, y yo que siempre lo adoré nunca he creado al libre que combata por mí! (*enfurecido*). Recibe, pues, mi bendición, hijo del nibelungo! Lo que yo más odio y más aborrezco, la pompa vana de la divinidad, te lego en herencia; que tu envidia la roa con ansia voraz!

BRUNILDA (*asustada*).—Oh díme, ¿qué será pues de tu hija?

WOTAN (*amargamente*).—Pelea leal por Fricka. Defiende su honor y sus juramentos. Apruebo su decisión. ¿Qué puede contra ella mi propia voluntad? No logré obtener un defensor libre; combate, pues, á favor de los esclavos de Fricka.

BRUNILDA.—¡Oh dolor! Retira, arrepentido, la palabra. Tú amas á Segismundo; por lo que te quiero, protegeré al welsa.

WOTAN.—Debes derrotar á Segismundo y dar á Hunding la victoria. Pon cuidado y pelea sin esfuerzo; despliega en el combate todo tu valor. Segismundo lleva una espada victoriosa. No caerá sin resistir.

BRUNILDA.—Nunca me obligará tu inconstante palabra á combatir contra aquel á quien me enseñaste á amar y que por sus esclarecidas virtudes te es tan caro.

WOTAN.—¡Ah, atrevida! ¿me ultrajas? ¿quién eres tú, sino una walkiria sujeta á mi voluntad? ¿Al consultar contigo me rebajé tanto que soy escarnio de mis propias criaturas? ¿No conoces, hija, mi cólera? Desespera de tu valor cuando aplastándote caiga sobre ti! En mi pecho guardo la cólera que en terror y desolación hundirían al mundo que un tiempo me sonrió. ¡Desgraciado de aquel á quien alcance! Tan sólo desgracias le acarrearía su temeridad! Por esto te aconsejo que no me excites, haz lo que te ordeno: rinde á Segismundo! Sea esta la obra de la walkiria.

(Con precipitado paso desaparece por el lado izquierdo, en el monte.)

BRUNILDA *(permanece largo tiempo aturdida y asustada).*—Nunca ví tan encolerizado al padre de las victorias, ni en el ardor de la disputa! *(Recoge y vuelve á ceñirse las armas).*—¡Cuánto me pesan las armas! ¡Cuán ligeras me fueron cuando me batí con gusto! ¡Con cuánta inquietud parto hoy á esa batalla ruín! ¡Oh dolor, mi welsa! En tu peligro mayor tengo que serte infiel!

(Se vuelve y percibe á Segismundo y Sigelinda subiendo el desfiladero; observa un momento á los que se acercan y se va luégo á la cueva donde está su caballo.)

(Salen Segismundo y Sigelinda; ésta corriendo; él intenta detenerla.)

SEGISMUNDO.—Detente aquí, descansa.

SIGELINDA.—¡Adelante, adelante!

SEGISMUNDO (*La coge dulcemente*).—No más lejos ya, esposa querida! La dicha del amor te anima, y andas

tan deprisa que apenas puedo seguirte; sin pronunciar una palabra atraviesas bosque y pradera, y no pude detenerte. (*Mira fija y ávidamente delante de sí.*) Descansa, pues; habla conmigo, disipa la angustia que tu silencio me causa! Atiende; tu hermano te sostiene, tu Segismundo te acompaña!

(*La lleva, sin que ella lo advierta, al asiento de piedra.*)

SIGELINDA (*Contempla absorta á Segismundo con creciente embeleso; luégo apasionada se abraza á su cuello. Al fin se levanta asustada, mientras Segismundo la tiene cogida*). Vete! Vete! huye de la mujer profana! Manchado está el brazo que te estrecha; deshonrado mi cuerpo. Aléjate del cadáver, suéltalo! Deja que se lleve el viento á la que deshonrada se entregó á ti, el hombre más noble que existe! Cuando la estrechó amorosa, porque adoraba á aquel hombre que dispertó en ella amor, aun en medio de las más gratas alegrías, de aquella dicha encantadora, horror y espanto invadieron su alma; porque había obedecido á un hombre que sin amarla la retenia. ¡Suelta á esa maldita, deja que huya de ti; soy una mujer despreciable é infame! Suéltame, que soy indigna de un hombre tan puro; si nunca he de ser tuya, suéltame; sólo puedo ser causa de ignominia y vergüenza para ti.

SEGISMUNDO.—Pagará con su sangre el criminal; no temas, espera al enemigo; aquí ha de caer en mi poder; cuando hinque la espada en su corazón, estarás vengada!

SIGELINDA (*Se asusta y escucha*).—¿Oyes? ¿Oyes el sonido del cuerno que llama á la pelea? Gritos furiosos resuenan á nuestro alrededor y se esparcen retumbando por el bosque y la campiña. Hunding despierta de su sueño profundo; llama á las tribus y á los perros: los excita á que aullando pidan al cielo venganza para los perjuros! (*Rie como loca; luégo, de pronto, se sobrecoge asustada.*) Segismundo, ¿dónde estás? ¿te veo

aún ? ¡ Hermano querido ! Deja que vea una vez más siquiera, brillar las estrellas de tus ojos ; no rechaces el beso de la mujer perdida ! Oye ! Escucha ! Ese es el sonar de Hunding. Sus jaurías se acercan armadas de formidables colmillos. Ninguna espada sirve contra estas manadas de perros feroces, tírala, Segismundo!... Segismundo, ¿ dónde estás ? ¡ Ah! allí, ya te veo. ¡ Qué repugnantes cabezas !... Los dientes rechinan buscando carne; no respetan tu noble mirada ; aquellas formidables quijadas te cogen por los piés... caes... la espada se te hace pedazos... el fresno cae... se quiebra el tronco!... Hermano! hermano mío!... Segismundo... ah !... (*Cae desmayada en los brazos de Segismundo.*)

SEGISMUNDO.—Hermana ! querida mía !

(*Escucha su respiración y advierte que aún vive. La deja que vaya poco á poco resbalando, de modo que al sentarse descansa su cabeza sobre su falda. En esta postura se quedan ambos hasta el final de la escena siguiente. —Largo silencio, durante el cual Segismundo se inclina con cariñosa solicitud hacia Sigelinda y posa sobre su frente un largo beso.—En esto, Brunilda ha salido despacio y solemnemente de la gruta, teniendo de la brida á su caballo, y se pára á poca distancia junto á Segismundo. Lleva en una mano espada y escudo, y con la otra se apoya en el caballo, y observa así durante un rato, silenciosa y pensativa, á Segismundo.*)

BRUNILDA.—¡ Segismundo ! Levanta hacia mí la mirada ! Soy yo, á quien seguirás bien pronto.

SEGISMUNDO (*mirándola*).—¿ Quién eres, dí, que tan hermosa y severa me pareces ?

BRUNILDA.—Sólo me ven los que están condenados á muerte. En el combate tan sólo á los valientes aparezco: escojo para mí á quien me percibe.

SEGISMUNDO (*La mira un rato fijamente, baja luégo pensativo la cabeza y se dirige al fin otra vez á ella, con gravedad*).—¿ Á dónde conduces al héroe que te sigue ?

BRUNILDA.—Te conduciré al padre de las batallas que te ha escogido para sí; te llevaré á Wallhalla.

SEGISMUNDO.—¿Encontraré sólo allí al padre de las batallas?

BRUNILDA.—Las almas de infinidad de héroes muertos te recibirán con júbilo.

SEGISMUNDO.—¿Veré allí á Welsa mi padre?

BRUNILDA.—Allí estará.

SEGISMUNDO.—¿Habrá en Walhalla una mujer que cariñosa me reciba?

BRUNILDA.—Las hay hermosísimas: la hija de Wotan te presentará la copa.

SEGISMUNDO.—Eres sublime: veo en ti á la hija sagrada de Wotan. Contesta á esta última pregunta: ¿acompañará al hermano la prometida hermana? ¿abrazará allí Segismundo á Sigelinda?

BRUNILDA.—Mucho tiempo debe respirar todavía aire de la tierra: ¡Sigelinda no verá allí á Segismundo!

SEGISMUNDO.—Pues saluda á Walhalla de mi parte, saluda á Wotan, al Welsa y á todos los héroes; saluda también á las niñas cariñosas: yo no te sigo.

BRUNILDA.—¡Viste la abrasadora mirada de la walkiria y tendrás que seguirla!

SEGISMUNDO.—Donde esté Sigelinda, en penas ó alegrías estará también Segismundo. Aún no me dió la muerte tu mirada: ¡nunca me obligará á que no me quede!

BRUNILDA.—Mientras vivas, nada te obligará; pero la suerte te forzará á ello. Para anunciártela he venido aquí.

SEGISMUNDO.—¿Dónde está el héroe que tiene que vencerme?

BRUNILDA.—Hunding te matará en el combate.

SEGISMUNDO.—¡Amenázame con contrarios más fuertes que Hunding! Si quieres llevarte un héroe, escoge al que espero vencer en el combate.

BRUNILDA (*meneando la cabeza*).—¡Óyeme bien! Á ti, welsa, te ha escogido ya el destino.

SEGISMUNDO.—¿Conoces esta espada? el que me la dió, me dió con ella la victoria: ¡á tus amenazas hago con ella frente!

BRUNILDA *(levantando mucho la voz).*—¡El que te la dió te condena ahora á muerte: le quita á la espada su poder!

SEGISMUNDO (*con pasión*).—¡Calla y no asustes á la que duerme! *(Se dobla hacia ella con cariño sin poder ocultar su dolor.)* ¡Oh dolor! oh tú, mujer adorada! la más desgraciada de todas las fieles! ¡Contra ti pelea en armas el mundo entero, y yo, el único en quien tienes puesta tu confianza, no puedo ampararte con mi brazo! ¿Á ti la más decidida, he de abandonarte en medio de la lucha? ¡Vergüenza para quien me dió la espada, ya que en lugar de concederme la victoria me condena al oprobio! ¡Si sucumbo en el combate, no quiero que me lleven á Walhalla! sosténme cuando muera!

BRUNILDA (*conmovida*).—¿Tan poco te importan las delicias eternas? ¿lo es todo para ti esta mujer que cansada y desfallecida sostienes en tus rodillas? ¿no hay para ti nada más sublime?

SEGISMUNDO (*mirando á Brunilda*).—Cuán joven y hermosa te yergues delante de mí; pero cuán dura y fría te siente mi corazón! ¡Si tan sólo para despreciarme estás aquí, vete, mujer cruel! Mas si quieres apacentarte en mi dolor y que regocije mi pena tu corazón envidioso, ¡sólo te pido que no me hables de las groseras delicias de Walhalla!

BRUNILDA (*muy conmovida*).—Veo el dolor que te traspasa el corazón; siento el pesar que aflige al héroe. ¡Segismundo, confíame tu mujer; yo la protegeré!

SEGISMUNDO.—Nadie más que yo la ha de tocar. ¡Si ha de morir, la mataré antes yo mismo, ahora que no siente nada!

BRUNILDA.—Escucha, ¡deliras! por el fruto que lleva de tu amor, encomiéndame á tu mujer!

SEGISMUNDO (*tirando de la espada*).—Esta espada que dió un traidor á un fiel; esta espada, que me hace traición, ya que no sirva para el enemigo, sirva para tu propio amigo! (*Blandiéndola sobre Sigelinda*). Dos vidas aquí te sonríen: tómalas, Nothung, espada envidiosa! cortalas de un solo golpe!

BRUNILDA (*en un arranque de compasión*).—¡Detente, welsa! Siga viviendo Sigelinda y Segismundo con ella! resuelto está; yo trueco la suerte del combate: á ti, Segismundo, doy la victoria y la felicidad (*Se oye á lo lejos el sonar de las bocinas*). ¿Oyes el toque de llamada? ¡prepárate pues! fíate en la espada y combate con confianza: fiel te será y con ella la ayuda de la walkiria! En el combate volveremos á vernos!

(*Se va precipitada y desaparece con el caballo por un desfiladero de la derecha. Segismundo la mira alegre y animado. Poco á poco ha ido oscureciendo y densas nubes de tempestad bajan por el fondo y cubren los montes, el desfiladero y la cumbre de las rocas. De todos lados se oyen las llamadas de los ejércitos que durante lo siguiente van oyéndose más cerca.*)

SEGISMUNDO (*inclinándose hacia Sigelinda*).—Con mágica fuerza domina un sueño sus penas y su dolor. ¿Sería la walkiria quien al acercarse le proporcionó este dulce consuelo? ¿No puede, acaso, asustar una batalla semejante á una mujer llena de penas? Parece muerta, pero aún vive: á la infeliz la acaricia tal vez algún sueño agradable. (*Nuevos toques de bocina.*) Sigue durmiendo hasta concluir la batalla y sonríate la paz. (*La tiende suavemente sobre la roca, la besa en la frente y se va después de volver á sonar las bocinas.*) Prepárese el que allí me llama; Nothung le pagará lo que le debo.

(*Se va corriendo hacia el fondo y desaparece en la cima de las rocas entre densos nubarrones*).

SIGELINDA (*soñando*).—¿ Ha vuelto el padre? Aún está con el niño en el bosque. ¡ Madre, madre! el valor me abandona: esa gente extraña no me parece ni amiga ni pacífica. ¡ Qué oscuros vapores! el aire pesa, el fuego abrasador se nos acerca, la casa arde, ¡ socorro, hermano! ¡ Segismundo, Segismundo! *(Relampaguea, un trueno espantoso despierta á Sigelinda, que se levanta sobresaltada)*. ¡ Segismundo! ¡ Ah!

(Mira con creciente espanto á su alrededor. Invaden el escenario tempestuosas nubes, mientras va acercándose más el toque de las bocinas).

HUNDING (*cuya voz suena detrás de las rocas*).—Wehwalt! Wehwalt! Preséntate al combate, si no quieres que te detengan los perros

SEGISMUNDO (*desde el desfiladero*).—¿ Dónde te escondes, que pasé por delante de ti y no te he visto? ¡ Párate ya..., que te pueda encontrar!

SIGELINDA (*que escucha con mortal angustia*).—¡ Hunding, Segismundo! si les pudiese ver!

HUNDING (*sin vérsele*).—¡ Aquí, amante criminal: véngate ahora, Fricka!

SEGISMUNDO (*cuya voz suena, también ahora, en la cumbre*).—¿ Me crees aún indefenso? ¡ miserable! no me amenaces con mujeres, más vale que combatas tú mismo; sino, te abandonará Fricka! Mira; esta espada la arranqué sin temor del tronco que crece en tu casa; prueba ahora su filo!

(Un relámpago ilumina la cumbre sobre la que se ven peleando á Hunding y á Segismundo).

SIGELINDA (*exaltada*).—¡ Deteneos! matadme primero á mí!

(Se precipita á la cumbre de las rocas: pero un rayo de luz que sale de la derecha pasando por encima de los guerreros la deslumbra de tal modo que la hace vacilar. Alumbrada por este resplandor se ve á Brunilda por los aires cubriendo con su escudo á Segismundo).

BRUNILDA (*dentro*).—Dale el golpe, Segismundo; confía en la espada de la victoria.

(*Al descargar Segismundo á Hunding el golpe mortal, sale de la izquierda un resplandor rojizo de entre las nubes, y aparece Wotan por encima de Hunding y presenta la lanza á Segismundo.*

WOTAN.—¡Atrás ante la lanza! Rómpase tu espada!

(*Brunilda espantada retrocede al ver la lanza de Wotan. Al dar un golpe contra ésta la espada de Segismundo se rompe. Hunding hunde la suya en el pecho del indefenso. Segismundo cae. Sigelinda que ha oído sus últimos suspiros, dando un grito cae también desfallecida. Súbitamente se retiran los dos rayos de luz de ambos lados; reina profunda oscuridad: en medio de ella se advierte, aunque poco distintamente, á Brunilda que se dirige veloz hacia Sigelinda.*

BRUNILDA (*á caballo*).—¡Voy á salvarte!

(*Coloca á Sigelinda sobre su caballo que estaba cerca del desfiladero y desaparece con ella. Se disipa la neblina del centro, y se ve á Hunding arrancando su espada del pecho de Segismundo. Wotan, rodeado de nubes, está detrás de él sobre una roca, apoyado en su lanza y contemplando con vivo dolor el cadáver de Segismundo*).

WOTAN (*después de un corto silencio, dirigiéndose á Hunding*).—¡Vé allá, esclavo! arrodíllate ante Fricka: anúnciale que la lanza de Wotan ha vengado el ultraje. ¡Vete, vete!

(*A su despreciativo ademán, Hunding cae muerto al suelo*).

WOTAN (*enfureciéndose de pronto*).—¡Y Brunilda! ¡Tiemble la infeliz! Cuán duro será mi castigo si llego á alcanzarla! (*Desaparece entre rayos y truenos*).

TELÓN RÁPIDO

ACTO III

En la cumbre de un monte escarpado.—Á la derecha, un bosque de pinos que cierra el horizonte por aquel lado. Á la izquierda, la entrada de una cueva que forma una gruta. Sobre ésta se alza una roca gigantesca. Hacia el fondo, la vista se espacia libremente; grandes peñascos rematan el borde de un precipicio que se supone existe más allá. Algunas nubes pasan como empujadas por el viento por encima de las más altas rocas.—Los nombres de las ocho walkirias, que además de Brunilda, salen en esta escena son: Gerilda, Ortlinda, Waltrauta, Schwerleita, Helmwigia, Sigruna, Grimguerda, Rossweisa.—Gerilda, Ortlinda, Waltrauta y Schwerleita, se han colocado en la cima de la roca. Van armadas.

GERILDA (*colocada en lo más alto y de cara al fondo del escenario*).—¡Aquí, Helmwigia! aquí tu caballo!

(*En un nubarrón que pasa se ve á una walkiria á caballo. Cuelga de su silla el cadáver de un guerrero. Se oye gritar á Helmwigia.*)

HELMWIGIA (*desde fuera*).—¡Eh! Hola!

ORTLINDA, WALTRAUTA Y SCHWERLEITA (*llamando á la que se acerca*).—¡Hola! hola!

(*La nube con la walkiria ha desaparecido detrás del pinar.*)

ORTLINDA (*gritando en dirección al pinar*).—Trae tu potro al lado de mi yegua: á tu tordo le gusta apacentar junto á mi bayo!

WALTRAUTA (*gritando del mismo modo*).—¿Quién cuelga de tu silla?

HELMWIGIA (*saliendo del pinar*).—¡Sintolt el Hegelingo!

SCHWERLEITA.—Separa á tu bayo del tordo; la yegua de Ortlinda lleva á Wittig el Irmingo!

GERILDA (*se ha bajado un poco*).—Como enemigos sólo ví á Sintolt y Wittig.

ORTLINDA (*se va corriendo al pinar*).—¡La yegua está dando de coces al bayo!

SCHWERLEITA Y GERILDA (*soltando la carcajada*).—Continúan la contienda de los jinetes!

HELMWIGIA (*gritando dentro del bosque*).—¡Quieto, bayo! no perturbes la paz!

WALTRAUTA (*relevando á Gerilda en el punto más elevado*).—¡Aquí, Sigruna! ¿Dónde has estado tanto rato?

(*Como antes Helmwigia, conducida por una nube, pasa ahora Sigruna en dirección al pinar*).

SIGRUNA (*cuya voz viene de la derecha*).—Tuve que hacer: ¿están ya las demás aquí?

LAS WALKIRIAS.—¡Hola!...

(*Sigruna ha desaparecido detrás del pinar. Desde lo más hondo se oyen dos voces á la vez.*)

GRIMGUERDA Y ROSSVEISA (*desde abajo*).—¡Quien va!

WALTRAUTA.—Grimguerda y Rossveisa.

GERILDA.—¡Montan juntas!

(*Ortlinda ha salido del pinar con Helmwigia y con Sigruna, que acaba de llegar; las tres hacen señas hacia abajo desde la última roca.*)

ORTLINDA, HELMWIGIA Y SIGRUNA.—¡Bienvenidas, guerreras! Rossweisa y Grimguerda!

TODAS LAS DEMÁS WALKIRIAS.—¡Bienvenidas!

En una nube vivamente iluminada por los relámpagos suben Grimguerda y Rossveisa á caballo y desaparecen

como las demás detrás del pinar. Cada una lleva á un vencido pendiente de la silla.

GERILDA.—¡Al bosque los caballos; que apacienten y descansen!

ORTLINDA (*gritando hacia el bosque*).—¡Separad las yeguas hasta que los héroes hayan depuesto su cólera!

GERILDA (*mientras rien las demás*).—Á la torda alcanzó el furor de los héroes.

(*Grimguerda y Rossveisa salen del bosque.*)

LAS WALKIRIAS.—¡Bienvenidas! bienvenidas!

SCHWERLEITA.—¿Vosotras tan valientes fuísteis juntas?

GRIMGUERDA.—Iba por su lado cada cual, pero hoy nos hemos encontrado.

ROSSVEISA.—Estamos ya reunidas; no tardemos pues y vamos á Walhalla para llevar á Wotan los muertos.

HELMWIGIA.—No somos más que ocho; aún falta una.

GERILDA.—Brunilda estará aún entretenida con el welsa.

WALTRAUTA.—Aquí tenemos que esperarla hasta que venga: el padre de las batallas nos recibiría enfurecido si llegásemos sin Brunilda.

SIGRUNA (*en la punta del peñón, desde la cual mira hacia fuera*).—Aquí! aquí! Brunilda se acerca á todo escape.

LAS WALKIRIAS (*corriendo hacia la punta de la roca*).—¡Brunilda! ah!

WALTRAUTA.—Hacia el pinar dirige su vacilante caballo.

GRIMGUERDA.—¡Jadeante llega Grane!

ROSSVEISA.—¡Nunca ví á una walkiria precipitarse en tan veloz carrera!

ORTLINDA.—¿Qué sostiene en la silla?

HELMWIGIA.—No es ningún héroe.

SIGRUNA.—Es una mujer.

GERILDA.—¿Dónde la habrá encontrado?

SCHWERLEITA.—¡No nos saluda!

WALTRAUTA.—¡Brunilda! ¿no nos oyes?

ORTLINDA.—¡Ayudad á la hermana á apearse!

(*Gerilda y Helmwigia se precipitan al pinar.*)

ROSSVEISA.—Rendido cae al suelo Grane el fuerte.

(*Sigruna y Waltrauta siguen á las otras dos.*)

GRIMGUERDA.—¡Baja deprisa de la silla á la mujer!

LAS DEMÁS WALKIRIAS (*corriendo hacia el pinar*).—Hermana! hermana! ¿qué ha sucedido!

(*Todas las walkirias vuelven al escenario; con ellas sale Brunilda sostenida y acompañada por las demás.*)

BRUNILDA (*pudiendo apenas respirar*).—¡Protegedme y ayudadme en mi mayor peligro!

LAS WALKIRIAS.—¿De dónde vienes tan precipitada? Sólo corre así quien huye.

BRUNILDA.—¡Por primera vez huyo y soy perseguida! el padre de las batallas me sigue!

LAS WALKIRIAS (*vivamente asustadas*).—¿Estás en tu juicio? ¡Habla, dí! ¿Te persigue el padre de los ejércitos?... ¿huyes de él?

BRUNILDA (*llena de temor*).—¡Oh hermanas, mirad si desde la cima de aquella roca le veis acercarse! (*Ortlinda y Waltrauta suben para observar.*) ¡Decid, le veis ya?

ORTLINDA.—La tempestad se acerca por el norte.

WALTRAUTA.—De allí se levantan gruesos nubarrones.

LAS WALKIRIAS.—¡El padre de los ejércitos monta su caballo sagrado!

BRUNILDA.—El furioso cazador que viene á mi alcance se acerca por el norte! protegedme, hermanas! custodiad esa mujer!

LAS WALKIRIAS.—¿Quién es ella?

BRUNILDA.—Escuchadme, brevemente os lo contaré todo! Es Sigelinda, la hermana y desposada de Segismundo: contra los welsas arde Wotan enfurecido.

Yo tenía que arrancar hoy la victoria á Segismundo pero no lo hice, antes le protegí con mi escudo, haciendo frente al dios. Allí mismo le rindió con su lanza. Segismundo cayó, pero yo huí con la mujer: para salvarla acudo á vosotras y á pediros que también á mí me protejáis contra el castigo; estoy temblando.

LAS WALKIRIAS *(consternadas)*.—¿Qué hiciste, hermana imprudente? Desgraciada Brunilda. ¡Desobedeciste el mandato sagrado!

WALTRAUTA (*desde la cumbre de la roca*).—Del norte se acerca oscura, tempestuosa nube.

ORTLINDA (*desde el mismo lugar*).—Con furor se dirige hacia aquí.

LAS WALKIRIAS (*dirigiendo al fondo la mirada*).—Encolerizado relincha el caballo del padre de la batallas; furioso se nos acerca.

BRUNILDA.—Desdichada de mí si me alcanza Wotan; á todos los welsas amenaza la destrucción. ¿Cuál de vosotras puede prestarme su caballo que aleje de él á esa mujer?

LAS WALKIRIAS.—¿También á nosotras quieres aconsejarnos que nos rebelemos?

BRUNILDA.—¡Rossveisa, hermana! préstame tu caballo!

ROSSVEISA.—Nunca huyó mi caballo ante el padre de los combates.

BRUNILDA.—¡Helmwigia, óyeme!

HELMWIGIA.—Obedezco al padre.

BRUNILDA.—Waltrauta! Gerilda! prestadme vuestro caballo. Ortlinda! Sigruna! ved mi angustia! ¡Oh sedme tan fieles, como fiel he sido para vosotras: salvad á esa pobre mujer!

SIGELINDA *(Hasta ahora había permanecido triste y fría, mirando impávida delante de sí, cuando la abraza Brunilda como para protegerla)*.—¡No te angustie mi suerte: sólo la muerte me consuela! ¿Por qué me has alejado del

combate? Allí en el ataque la misma espada que dió muerte á Segismundo habría acabado con mi vida! juntos hubiéramos espirado! ¡Oh Segismundo! yo lejos de ti! ¡Oh muerte, cúbreme! que no pueda ya pensar más en él! Si no quieres que por haberme salvado te maldiga, ¡oye mi súplica anhelante, húndeme tu espada en el corazón!

BRUNILDA.—¡Vive, mujer! oh vive tan sólo por el amor! salva la prenda que de él recibiste: en tus entrañas llevas un welsa.

SIGELINDA (*de pronto se estremece: luégo brilla en su semblante un rayo de alegría*).—¡Sálvame! salva á mi hijo! prestadme vuestro poderoso apoyo!

(*Se desencadena una tempestad: el trueno se acerca.*)

WALTRAUTA (*desde lo alto*).—La tempestad se aproxima.

ORTLINDA (*como la anterior*).—Huya quien la tema.

LAS WALKIRIAS.—¡Afuera esa mujer! que ninguna walkiria la proteja!

SIGELINDA (*arrodillada ante Brunilda*).—¡Sálvame, joven doncella, salva á una madre!

BRUNILDA (*con pronta resolución*).—¡Huye pronto y huye sola! Yo aquí me quedo y me ofrezco á la ira de Wotan: en mí haré que vengue su enojo mientras tú escapas á su furor.

SIGELINDA.—¿Á dónde dirigirme?

BRUNILDA.—¿Cuál de vosotras, hermanas, recorre el oeste?

SIGRUNA.—Un bosque muy grande puebla el occidente; allí en una cueva guarda Fafner, convertido en dragón, el anillo del nibelungo.

GRIMGUERDA.—Poco seguro es aquel lugar para una mujer desamparada.

BRUNILDA.—Y con todo, no hay otro que mejor la proteja contra la venganza de Wotan.

WALTRAUTA.—Terrible se acerca á la roca.

LAS WALKIRIAS.—Brunilda, oye el estruendo que anuncia su llegada!

BRUNILDA (*enseñando á Sigelinda la dirección que debe seguir*).—Vete, pues, al oeste. Sufre con valor todas las penas y fatigas; tanto si te aflige el hambre como la sed, tanto si las piedras como si las espinas hieren tus veloces piés ó si te martiriza la pena, súfrelo todo sonriendo! Pues sabe, oh mujer, que llevas al héroe más valiente en tu seno protector. *(Le entrega los pedazos de la espada de Segismundo.)* Guárdale los fuertes trozos de la espada; logré recogerlos del combate donde sucumbió su padre; el que, de nuevo forjada, vuelva á blandirla, lleve el nombre que yo le doy, llámese Sifredo y goce en paz de la victoria.

SIGELINDA.—Oh prodigio maravilloso! guerrera admirable! Á ti debo el más dulce consuelo! Pueda un día, en recompensa, sonreirte mi gratitud. El dolor de Sigelinda te bendice!

(Se va deprisa por la derecha del proscenio. La cumbre de las rocas está rodeada de negros nubarrones; espantoso huracán sopla del fondo; un resplandor, como de fuego, ilumina el bosque por un lado. En medio del trueno se oye el grito de Wotan.)

WOTAN.—Detente, Brunilda!

LAS WALKIRIAS.—Jinete y caballo llegaron al peñón; desdichada de ti, Brunilda; su venganza te alcanzó!

BRUNILDA.—Ay, hermanas, ayudadme! Á mí me tiembla el corazón. Su cólera me aniquilará si no le calmáis.

LAS WALKIRIAS.—Ven acá. Que no te vea. Acércate á nosotras y no contestes aunque te llame! (*Todas se suben á la roca y esconden debajo de ella á Brunilda.*) Lleno de furia se apea Wotan del caballo. Aquí se dirigen sus pasos vengadores.

(*Wotan sale del pinar enfurecido, y se pára ante el grupo*

de las walkirias que están colocadas de tal modo en la altura, que esconden á Brunilda.)

WOTAN.—¿Dónde está Brunilda la criminal? ¿Os atrevéis á esconderla?

LAS WALKIRIAS.—Terrible es tu furia. ¿Qué hicieron, padre, tus hijas, para excitarte á tal furor?

WOTAN.—¿Os burláis de mí? Guardáos de hacerlo: ya sé que escondéis á Brunilda. Apartáos de ella, de la rechazada para siempre, de la que se despojó de su propia dignidad!

LAS WALKIRIAS.—Solicitó nuestro amparo. Tu ira la llenó de miedo y espanto. En favor de la tembloro-sa hermana te pedimos que depongas tu excesivo furor.

WOTAN.—¡Ah tiernos corazones femeninos! ¿Acaso os eduqué valerosas y os dí duro pecho, para que cuando castigase á una infiel os echaseis á llorar? ¿Sabéis qué falta cometió la que ahora excita vuestra ternura? Ninguna, como ella, conocía mis profundos pensamientos; ninguna sabía, tan bien como ella, el secreto de mis deseos. Y ella fué quien rompió la sagrada alianza, ella quien hizo frente á mi voluntad y abiertamente se burló de mi mandato; ella la que empleó contra mí el arma que yo mismo le diera. ¿Lo oyes, Brunilda, tú á quien dí coraza, yelmo y armas, amor y encanto y nombre y vida? ¿Oyes que te acuso, y te escondes, cobarde, para eludir el castigo?

BRUNILDA (*sale de entre las walkirias y se dirige con humilde, pero seguro paso, después de bajar de las rocas, á Wotan, parándose á corta distancia*).—Aquí estoy, padre, dispuesta á recibirlo.

WOTAN.—No soy yo quien te castiga; tú misma lo hiciste. Sólo dependías de mi voluntad: te sublevaste contra ella; eras mi heraldo; te opusiste á mis deseos; eras mi escudero: levantaste contra mí tu escudo; eras mi consejera: contra mí díste consejos; tenías que

llamar á los héroes á batalla: contra mí los llamaste. Wotan te acaba de decir lo que fuiste, ahora te diré quién eres. Ya no eres mi heraldo; ya no eres walkiria. Sé, pues, en adelante, lo que preferiste ser.

BRUNILDA (*asustada*).—¿Me rechazas? ¿no me engaño?

WOTAN.—No serás ya mi mensajera; no te señalaré ya más héroes á quienes conducir al combate: ya no llevarás valientes á mi palacio; ya no me presentarás la copa en los alegres festines de los dioses; ya no volveré á besar tu boca inocente. Quedas separada del ejército divino y expulsada de la raza de los dioses; rompióse el lazo que nos unía; desterrada estás de mi presencia.

LAS WALKIRIAS (*con desesperación*).—¡Oh dolor! Oh desgracia! Oh hermana..... hermana!

BRUNILDA.—¿Me quitas cuánto me díste?

WOTAN.—Aquí te destierro, en esta montaña; te sujeto á un sueño del cual sólo te despertará el primero que pase y te haga suya.

LAS WALKIRIAS.—Detente, padre! retira tu maldición! ¿Acaso debe marchitarse la doncella esperando al que la despierte? Oh! Aparta esta vergüenza ignominiosa; hasta nosotras llegaría el oprobio!

WOTAN.—¿No oísteis cuánto os he dicho? La hermana infiel se ha separado de vuestro ejército; ya no cabalgará más con vosotras por los aires; sus femeninos atractivos le alcanzarán un esposo á quien en adelante obedecerá, é hilará junto al hogar sirviendo de blanco á todas las burlas (*Brunilda se postra de rodillas á los piés de Wotan; las walkirias lanzan un grito de horror.*) ¿Os espanta la sentencia? Pues huid de la expulsada para siempre. ¿Cuál de vosotras se atreve á quedarse con ella, afrentando mi furor? La que tal hiciere, con ella compartirá el castigo! Ahora alejáos de aquí y evitad en adelante esa roca. Idos pronto; aquí os acecha la desgracia.

(*Las walkirias se separan unas de otras con gritos de dolor y entran en el pinar; en breve se oye el galopar de sus caballos. Poco á poco va calmándose la tempestad; las nubes desaparecen. Crepúsculo vespertino y finalmente noche clara y despejada.—Wotan y Brunilda, que aún yace á los piés del primero, quedan solos.—Largo y majestuoso silencio; siguen Wotan y Brunilda en la misma postura.*)

BRUNILDA (*alzando lentamente la cabeza y poniéndose en pié, busca la mirada de Wotan, que dirige los ojos á otra parte*).—¿Fué tan grande mi culpa que mereciese tan vergonzoso castigo? ¿Fué tan vil lo que hice, que á tal punto me rebajas? ¿Tan deshonrosa mi falta que hasta la honra me quitas por ello? Oh padre, dí! mírame bien: aplaca tu ira. Hazme ver claro este oscurísimo hecho que con tan inviolable rigor te obliga á separar de ti á tu hija más amada!

WOTAN.—¡Examina lo que hiciste y comprenderás tu falta!

BRUNILDA.—Cumplí tu mandato.

WOTAN.—¿Te mandé acaso que combatieses en ayuda del Welsa?

BRUNILDA.—Así me lo mandaste como señor del combate.

WOTAN.—Mas luégo retiré la orden.

BRUNILDA.—Cuando Fricka te sustrajo tu propia voluntad: siguiendo sus consejos, te hiciste enemigo de ti mismo.

WOTAN (*amargamente*).—Siempre creí que me habías entendido, y por esto castigué tu imprudente desobediencia; mas si me creíste cobarde y torpe, no tendría que castigar una traición, sino condenarte sencillamente al desprecio.

BRUNILDA.—Aunque no lo sé todo, constábame que amabas al Welsa; conocía la discordia que te subyugaba y que tenías que posponer todo tu amor á distin-

tas consideraciones, negando tu apoyo á Segismundo, aunque tu corazón se desgarrase.

WOTAN.—¿Y á pesar de saber esto te atreviste á protegerle?

BRUNILDA. — Porque en tu lugar veía lo que tú, ofuscado, no alcanzaste á advertir. La que en el combate sirve de escudo á Wotan, vió lo que tú no viste. ví á Segismundo. Á él me presenté anunciándole la muerte, sentí su mirada y escuché su voz; ví el dolor que le devoraba; entristecióme su pena... la desgracia de su pasión; percibí el poderoso esfuerzo de su gran valor: escucharon mis oídos y vieron mis ojos lo que en lo más profundo de mi pecho estremecía mi oprimido corazón. Acobardada y admirada, sólo pude pensar en ayudarle, sólo en compartir con Segismundo la victoria ó la muerte; quise seguir en todo su propio destino! Por el que infundió ese amor en mí y subyugó mi voluntad, me sublevé contra tu mandato.

WOTAN.—Con esto hiciste lo que tanto deseaba yo, y á lo que hube de renunciar después obligado por imperiosa necesidad. ¿Con tanta facilidad pensaste en gozar de las delicias del amor, mientras mi corazón soportaba indecibles angustias; cuando por fuerza, tuve que mostrarme enfurecido, y mientras por un mundo, tuve que impedir que siguiese manando en mi pecho la fuente misma del amor! ¿Mientras yo luchaba conmigo mismo y, despertando del desfallecimiento que me produjo el mismo pesar, tan sólo pensé en enterrar mi eterno dolor en las ruinas del mundo, tú te recreabas bebiendo y apurando sonriente la copa hasta el fondo? Déjate pues guiar de tu ligero pensamiento. Ya que te separaste de mí, vive apartada de mi lado. Ya no atenderé más á tus consejos; ya nada podemos llevar á cabo juntos; mientras haya vida y aire, no volverá á verte el dios!

BRUNILDA.—De poco te sirvió la sencilla doncella,

que no supo comprenderte, creyendo que le aconsejabas amar lo que amabas tú. Tengo, pues, que partir y no puedo. He de renunciar á verte más, ya que de ti alejas á un trozo de tu mismo sér. Pero tú no querrás exponèr al oprobio á tu hija, que llegaría á avergonzarse de ti, si la hicieses objeto de escarnio.

WOTAN.—Contenta fuiste en pos de las delicias del amor; sigue pues ahora al que tendrás que amar!

BRUNILDA.—Si he de partir del Walhalla alejándome de ti para siempre; si he de someterme á un hombre que me domine, no me entregues á cualquier cobarde y fatuo! no sea un sér indigno el que me obtenga.

WOTAN.—Te has separado del padre de las batallas; ya no puede escoger nada para ti.

BRUNILDA.—Tú engendraste noble raza; ningún cobarde puede nacer de ella: el héroe más valiente, lo sé, saldrá de los welsas.

WOTAN.—¡No hables de la generación de los welsas! separándome de ti me separo de ellos: ¡víctimas serán de la envidia!

BRUNILDA.—Yo, la que se separó de ti, yo los salvaré. En sus entrañas lleva Sigelinda el fruto sagrado; ella dará á luz con dolores, como nunca tuvo una mujer, al que temerosa en su seno abriga.

WOTAN.—No me pidas nunca que proteja á esta mujer ni al fruto de sus entrañas.

BRUNILDA.—Sigelinda conserva la espada que diste á Segismundo.

WOTAN.—Y que yo hice pedazos. ¡No intentes, hija, quebrantar mi firmeza! Forzoso te será resignarte á tu suerte: ¡yo no te la puedo escoger! Hora es ya de irme y alejarme de ti; tiempo há debería haberlo hecho; no debo conocer tus deseos; sólo, sí, ver cumplido el castigo.

BRUNILDA.—¿Qué castigo me impones?

Wisenbach

WOTAN.—Te sumiré en profundo sueño: el que logre despertarte, aquél será tu esposo.

BRUNILDA (*arrojándose á sus piés*).—Ya que tu sentencia me condena á profundo letargo, exponiéndome á ser fácil botín de un hombre cobarde, oye la única súplica que te dirijo: protéjame, dormida, algo que infunda espanto y terror: que sólo un héroe audaz y sin miedo logre llegar junto á mí, en la roca!

WOTAN.—¡Pides demasiado!

BRUNILDA.—¡Esto solo imploro de ti! destroza, rompe en pedazos á tu hija, que se abraza á tus rodillas; pisotéala, máteme tu lanza: ¡pero no la entregues cruel á vergüenza tan atroz! (*Con exaltación.*) Haz que circuyan la roca ardientes llamas que devoren á quien á ella se atreva á acercarse!

WOTAN (*la mira conmovido*).—¡Adiós, pues, oh hija valiente y hermosa! noble orgullo de mi corazón! adiós, para siempre adiós! ya que debo alejarme de ti y no puedo dirigirte cariñosas palabras; ya que nunca volverás á cabalgar junto á mí, ni á ofrecerme en el festín la dorada copa; ya que he perdido, para siempre, á quien amaba, á la alegría de mis ojos... ¡un fuego nupcial, como nunca ardió para novia alguna, te rodeará! Abrasadoras llamas circundarán la peña; atemorizado huirá el cobarde de la roca en que descansa Brunilda. ¡Sólo obtendrá la doncella quien sea más libre que yo, que soy un dios!

(*Brunilda se arroja contristada y agradecida en sus brazos*).

WOTAN.—Esos relucientes ojos, que tantas veces sonriendo besé, en tu entusiasmo por el combate, ó cuando tus amorosos labios balbucientes elogiaban al héroe; esos relucientes ojos que tantas veces brillaron para mí en la refriega cuando mi deseo pedía mundos enteros de delicia llenos, ¡por última vez me extasío en ellos con el beso de la despedida! Bri-

llen sus estrellas para el más feliz de los hombres! Así, se separa de ti un dios: así besándote, te despoja de tu divinidad. (*La besa en los ojos, y se cierran inmediatamente: Brunilda se deja caer suavemente en sus brazos. Wotan la conduce á un blando lecho de plumas, sobre el cual extiende un pino las frondosas ramas. Una vez más, contempla su agraciado rostro; después, le ciñe el casco, y por fin cubre su cuerpo con el escudo de acero. Luégo se encamina majestuosamente y con firme resolución al centro del escenario, dirigiendo la punta de su lanza hacia una gigantesca roca.*) ¡Óyeme, Loge! ven acá! Tal como te encontré, cual fuego ardiente; tal como luégo tú huiste de mí cual errante llama: así como antes te sujeté te sujeto hoy! sube ahora, llama oscilante, y rodea el peñón! Loge! Loge! aquí! (*Dicho esto golpea tres veces seguidas con la lanza la roca de la cual surge una fuente de fuego que convertida luégo en ardiente mar forma inmenso círculo al rededor del peñón.*) ¡Quien tema mi lanza, no pase nunca á través de este fuego! (*Desaparece entre llamas, en dirección al fondo.*)

CAE EL TELÓN

El Anillo del Nibelungo

SEGUNDA PARTE

SIFREDO

PERSONAJES

SIFREDO.

MIME.

UN VIAJERO.

ALBERTO.

FAFNER.

ERDA.

BRUNILDA.

ACTO I

Un bosque.—El proscenio representa una gruta cuyo lado izquierdo se extiende hacia el interior del escenario, ocupando el derecho unas tres cuartas partes del mismo. Dos entradas naturales permiten penetrar en la gruta: la una en el fondo y la otra, más ancha, también en el fondo pero á un lado. En la pared interior de la gruta, hacia la izquierda, se ve un grande hornillo de fragua formado á pico en las mismas rocas; el único objeto artificial del horno será un gran fuelle; la chimenea, que es también natural, pasa al través de las rocas. Un gran yunque y otros instrumentos de herrería.

ESCENA PRIMERA

MIME *(después de un corto preludio, sentado al lado del yunque, da martillazos sobre la hoja de una espada; al fin se detiene abatido).*—¡Tormento pesado! Trabajo sin fruto. La mejor espada que forjé en mi vida resistiría á los puños de los gigantes, y aquel débil mozuelo la hace pedazos como si fuese un juguete! *(Tira desanimado la espada sobre el yunque, se apoya en ambos codos y mira pensativo al suelo.)* Una hay que no rom-

pería. Los pedazos de Nothung resistirían, si supiese soldarlos, pero mi arte no alcanza á tanto. Si pudiese forjársela á éste, aún alcanzaría premio mi infame proceder! (*Se echa más hacia atrás é inclina pensativo la cabeza.*) Fafner, aquel ogro salvaje, está tendido en el bosque oscuro; con el enorme peso de su cuerpo guarda el tesoro de los nibelungos. La fuerza infantil de Sifredo vencería el peso del cuerpo de Fafner, y yo me ganaría el anillo del nibelungo. Sólo una espada hay para esto; sólo Nothung sirve á mi ambición, cuando Sifredo la blanda sembrando la muerte:... ¡y no puedo forjarla! (*Sigue, con visible desaliento, dando martillazos.*) Tormento pesado! Trabajo sin fruto! La mejor espada que en mi vida forjé, no sirve para esta única acción! Golpeo el yunque porque así lo quiere aquel mozalbete; la rompe y tira los pedazos y me riñe luégo si no le forjo lo que quiere!

(*Sifredo llega del bosque en rústico traje de caza y con una bocina de plata pendiente de una cadena; sujeto á una cuerda, hecha de corteza de árbol, trae consigo un enorme oso, á quien con maliciosa alegría excita á que ataque á Mime; éste lleno de espanto deja caer la espada y se esconde detrás del hornillo; Sifredo le acosa por todos lados con el oso.*)

SIFREDO.—Muérdelo! cómelo! cómete á ese forjador chapucero. (*Se ríe á carcajadas.*)

MIME.—Aparta á ese animal. ¿De qué te sirve este oso?

SIFREDO.—Lo traigo para poderte atormentar mejor: á ver, pregúntale por la espada.

MIME.—Eh! deja al animal! ahí está el arma; hoy la acabaré de pulir.

SIFREDO.—Pues entonces, por hoy te librarás del apuro! (*Quita la cuerda al oso y le da un golpe en la espalda.*) Vete, no te necesito más.

(*El oso se va.*)

MIME (*sale temblando de su escondrijo.*)—Que mates osos no me parece mal, pero ¿por qué traes á ese, vivo á casa?

SIFREDO (*Se sienta para reponerse de la risa*).—Es que busco un compañero mejor que el que aquí tengo: en el fondo del bosque hice resonar la bocina para ver si se me presentaba un buen amigo. De entre los matorrales salió un oso que me escuchó refunfuñando; me gustó más que tú, pero puede que aún encuentre algo mejor; con esa cuerda le até para que viniese á pedirte la espada, bribón!

(*Se levanta de pronto y va á coger la espada.*)

MIME (*la coge primero*).—Le hice muy afilada la punta, quedarás contento de su hoja.

SIFREDO (*coge la espada*).—¿De qué me sirve su brillo si no es fuerte el acero? (*La prueba con la mano.*) ¿Qué chisme es este? ¿á ese débil hierrecito llamas espada? (*La hace pedazos contra el yunque, y saltan los fragmentos por el aire: Mime retrocede asustado.*) Aquí tienes los pedazos, miserable chapucero; debí romperlos sobre tu cabeza. ¿Hasta cuándo has de engañarme, fanfarrón? Me hablas de gigantes y combates sangrientos, de hechos heróicos y esforzadas defensas; quieres ofrecerme armas, forjarme espadas; alabas tu arte como si en él fueses maestro, y en cuanto tomo entre las manos lo que has forjado, se hace pedazos. Si no fuese tan repugnante este gusano, yo mismo lo forjaría con sus propias herramientas y así acabarían de una vez tantas molestias.

(*Se sienta furioso sobre un banco de piedra á la derecha.*)

MIME (*que ha ido evitándole con prudencia*).—Ya vuelves á enfurecerte como un loco. Grande es, en verdad, tu ingratitud. Si no se lo arreglan todo á su gusto á este niño mal criado, olvida al momento los beneficios recibidos. ¡Qué! ¿no te acuerdas ya de las lecciones

que sobre el agradecimiento te dí? Á tu bienhechor tienes que obedecerle siempre. (*Sifredo vuelve malhumorado el rostro á la pared, dando la espalda á Mime.*) Eso no lo quieres oir! Pero comer, sí querrás. Toma este trozo de sabroso asado; ¿quieres probar la bebida que he preparado para ti?

(*Ofrece á Sifredo la comida. Éste, sin volver el rostro, tira el plato al aire.*)

SIFREDO.—Ya he comido: ese brebaje insípido bébetelo tú.

MIME (*resentido*).— Así agradeces mi cariño! Así pagas mis desvelos! Desde niño te he criado, te vestí; te dí de comer y de beber, te protegí como á mi propio pellejo; te arreglé un lecho en que poder dormir tranquilo; te forjé juguetes y una sonora bocina, y me esmeraba en recrearte; te dí buenos consejos, te enseñé cuánto sabía y mucho más. Mientras estoy en casa trabajando, tú paseas y te diviertes á medida de tu gusto; yo, por ti, dale que dale, y lleno de afanes, sólo por ti, me consumo, pobre y viejo enano! Y en premio de tantas angustias, consigo que este muchacho colérico me atormente y me aborrezca. (*Empieza á gemir.*)

SIFREDO (*que ha vuelto el rostro y escudriña con calma la mirada de Mime*).—Muchas cosas me has mostrado y muchas aprendí de ti; pero lo que más empeño tuviste en enseñarme nunca pude aprenderlo: el tenerte cariño. Me repugna la comida que me traes; me preparas para el descanso blando lecho, y con dificultad acude el sueño á cerrar mis cansados ojos; quieres enseñarme á ser mañoso y diestro, y yo preferiría quedarme torpe y tonto. Cuando considero lo que haces, veo tu mala intención; cuando te contemplo en pié ó andando vacilante, encorvado, doblado y parpadeando sin cesar, me entran ganas de cogerte por el pescuezo y mandarte á paseo! Ahí tienes, Mime, cómo aprendí á tenerte cariño. Pero ya que tan sabio eres, enséñame

una cosa sobre la que en vano tan á menudo discurrí; ¿cómo es que huyendo al bosque por no estar contigo, vuelvo otra vez á casa? Todos los animales me son más gratos que tú: los pájaros, los peces en el arroyo, los árboles en el bosque, todos los prefiero á ti; ¿cómo, pues, vuelvo? Ya que tan sabio eres, explícamelo.

MIME (*se coloca familiarmente delante de él, á corta distancia*).—Eso te demuestra, hijo mío, cuán cerca estoy de tu corazón.

SIFREDO (*riéndose*).—Ya sabes que no te puedo sufrir; no lo olvides tan pronto.

MIME.—Eso es culpa de tu ferocidad, que deberías corregir. Los pequeñuelos claman por el nido de sus padres, el amor es el deseo; así tú, sediento de amor, te vienes hacia mí! Lo que el ave para su hijuelo cuando le alimenta en el nido antes de poder volar, esto es para ti Mime que con tanto desvelo te cuida.

SIFREDO.—Oye, Mime, ya que eres tan ingenioso, dime otra cosa. Los pájaros cantan alegres en la primavera y el uno llama al otro: tú mismo me dijiste, cuando lo pregunté, que eran macho y hembra. Se tratan con tanto amor y no quieren separarse! Construyeron un nido y allí incubaron y luégo los pequeñuelos revolotean en derredor y ambos cuidan de la prole. Así descansaban, también aparejados, en el bosque los ciervos; hasta el mismo lobo y las zorras: el macho lleva la comida á los cachorros y la hembra los alimenta. Allí aprendí lo que era amor; nunca robé á la madre sus hijuelos. ¿Dónde tienes tu hembra, Mime, para que pueda llamarla madre?

MIME (*de mal humor*).—¿Qué te pasa? ¿Estás loco? No seas torpe. ¿Acaso eres pájaro ó zorro?

SIFREDO.—Tú criaste al niño balbuciente, abrigaste con vestidos al pobre gusanillo. Pero, ¿de dónde sacaste al niño? ¿quizá lo tuviste sin madre?

MIME (*muy apurado*).—La verdad; yo soy tu padre y tu madre al mismo tiempo.

SIFREDO.—En eso mientes, miserable truhán! He visto que los hijos se parecen á los padres; me acerqué al arroyo cristalino y ví que en él se reflejaban fielmente los árboles y los animales; el sol y las nubes aparecían en el fondo del arroyo. Allí contemplé también mi propia imagen, y me ví enteramente distinto de ti; así se parecería al sapo el pez esbelto; pero nunca salió de un sapo un pez.

MIME *(muy enojado)*.—¡Vaya un modo de disparatar!

SIFREDO (*cada vez más animado*).—Ahora se me ocurre lo que tanto me daba qué pensar: el por qué vuelvo á casa cuando me alejé para dejarte. (*Se levanta sobresaltado.*) De tu propia boca he de saber quién es mi padre y mi madre.

MIME *(evitándole)*.—¡Qué padre ni qué madre! Vaya una pregunta inútil!

SIFREDO *(le coge del pescuezo)*.—Á buenas no alcanzo nada; todo he de arrancártelo á la fuerza; hasta el dón de la palabra tuve que sacarle así á este pillo; dí, en seguida: ¿quiénes son mis padres?

MIME (*logrando desasirse de Sifredo*). — Me estrangulas! Suelta; te diré lo que tanto anhelas saber, tal como lo sé. Muchacho desagradecido! Sabe, al fin, por qué razón me odias! No soy tu padre ni tu pariente, y á pesar de esto me debes la existencia. Me eres enteramente extraño; sólo por compasión te dí albergue y no logré en cambio cariñosa recompensa! ¿Por qué, loco de mí, la llegué á esperar alguna vez? Tiempo há, yacía gimiendo en el bosque desierto una mujer; la trasladé como pude á esta cueva para cuidarla junto al calor del hornillo. En su seno llevaba un niño á quien aquí, tristemente, dió á luz; ayudéla como mejor supe en sus dolores: la angustia fué grande... y al fin murió... pero se salvó Sifredo.

SIFREDO (*sentado*).—¿Con que murió mi madre al darme á luz?

MIME.—Te fió á mi cuidado y acepté gustoso el encargo. ¡Cuánto se esmeró Mime contigo! Como niño balbuciente te eduqué...

SIFREDO.—Me parece que esto ya lo has dicho; ahora dí, ¿por qué me llamo Sifredo?

MIME.—Así me dijo tu madre que te llamase, que este nombre te haría fuerte y hermoso..... Calenté con abrigos al recién nacido...

SIFREDO.—Ahora dí, ¿cómo se llamaba mi madre?

MIME.—¡De veras, ya casi no me acuerdo!... Te dí de comer y de beber...»

SIFREDO.—¡Su nombre, díme su nombre!

MIME.—¿Se me habrá olvidado? espera! Sigelinda! me parece que así se llamaba la que te confió á mis cuidados.... Yo te cuidé como á mi propio...

SIFREDO.—Y ahora, dí: ¿cómo se llamaba mi padre?

MIME (*con sequedad*).—Á éste nunca le he visto.

SIFREDO.—¿Pero mi madre pronunció su nombre?

MIME.—Que murió en un combate; sólo esto dijo y á ti, huérfano, te me recomendó... Te cuidé mientras crecías; te arreglé un lecho en que pudieses dormir dulcemente...

SIFREDO.—¡Cállate ya con ese necio canto de cuna! ¡Si quieres que crea que no has mentido, dame una prueba de lo que dices!

MIME.—¿Qué prueba quieres?

SIFREDO.—Á ti no te creo sólo por la palabra; necesito algo más para convencerme. ¿Qué prueba puedes darme?

MIME (*después de pensarlo un rato, trae los dos pedazos de una espada rota*).—Esto me dió tu madre: es la débil recompensa que me dejó en cambio de mis afanes y cuidados. Mira, ¡una espada rota! dijo que tu padre la llevaba cuando pereció en su última batalla.

SIFREDO.—¡Y esos son los pedazos que tienes que recomponer: entonces blandiré la espada que me corresponde! ¡Date prisa, Mime; si entiendes tu arte, demuéstralo! No quieras engañarme con otra chapucería cualquiera; sólo en estos pedazos confío. Si te encuentro ocioso ó mal unido el fuerte acero, entonces aprenderás de mí la manera de pulirlo! porque te juro que quiero para hoy esta espada.

MIME (*asustado*).—¿Para qué la quieres hoy?

SIFREDO.—Quiero salir de este bosque y entrar en el mundo y jamás volver. ¡Cuánta alegría me da la libertad! nada me obliga, ni nada me liga; tú no eres mi padre; lejos de aquí estaré en mi patria; tu hogar no es el mío, mi techo no es el tuyo. ¡Como náda el pez alegre en la corriente, como vuela libre el pájaro por los aires, así volaré yo; como huye el viento que pasa rozando el bosque, huiré yo, Mime, para no volver á verte! (*Se va corriendo.*)

MIME (*sumamente angustiado*).—¡Alto! alto! ¿á dónde vas? (*Grita en el bosque con toda la fuerza de sus pulmones.*) ¡Eh! Sifredo! Sifredo! Allá va corriendo! Y yo aquí me quedo con esta nueva pena! estoy lucido! ¿cómo me arreglo ahora? ¿cómo le retengo? ¿cómo conducirle á la guarida de Fafner? ¿cómo unir los pedazos de este acero? ¡No hay horno con suficiente ardor para ablandarlos; no hay martillo de enano que venza su dureza: ni el trabajo, ni el sudor de la envidia del nibelungo son capaces de soldar á Nothung! (*Desesperado se deja caer en su banquillo detrás del yunque.—Un viajero (Wotan) sale del bosque y se acerca á la puerta trasera de la cueva. Lleva un manto de color azul oscuro; en vez de bastón una lanza; cubre su cabeza un sombrero de anchas alas, muy inclinado hacia el ojo tuerto.*)

EL VIAJERO.—¡Salud á ti, hábil herrero; dígnate conceder franca hospitalidad al fatigado viandante!

MIME (*se levanta asustado*).—¿Quién me busca, quién me persigue en el bosque desierto?

EL VIAJERO.—El mundo me llama viajero: muchos países he recorrido, mucho me he movido sobre la capa de la tierra.

MIME.—Pues sigue moviéndote y no descanses aquí.

EL VIAJERO.—Noble hospitalidad me ofrecieron los buenos, algunos me colmaron de regalos. Desgracias tema quien me reciba mal.

MIME.—Siempre vivió conmigo la desgracia; ¿quieres aumentármela aún?

EL VIAJERO (*entrando*).—He aprendido y he conocido muchas cosas: ¡á cuántos podría revelar importantes noticias! Á no pocos alivié la pena que les roía el corazón.

MIME.—Aunque hayas observado sabiamente las cosas y hayas espiado mucho, aquí no necesito observador, ni espía; quiero estar solo. Á los holgazanes les dejo que sigan su camino.

EL VIAJERO (*acercándose unos pasos más*).—Alguno pensaba ser sabio y precisamente ignoraba lo que más le convenía saber; hice que me preguntase lo que quisiera: y mi palabra le dió la solución.

MIME (*cada vez más alarmado, cuanto más se le acerca el viajero*).—¡Muchos saben mil nimiedades; yo me sé lo necesario; y á ti que tan sabio eres, te enseño la puerta!

EL VIAJERO (*se sienta en el hogar*).—Aquí me siento en tu hogar, y apuesto la cabeza á que contestaré satisfactoriamente á las preguntas que me hagas.

MIME (*asustado y perplejo, aparte*):—¿Cómo me desharé de este importuno? Voy á hacerle algunas preguntas que le pongan en aprieto. (*En voz alta.*) Contra tu cabeza apuesto mi hornillo; tres preguntas voy á dirigirte; cuida, pues, de contestarlas bien!

EL VIAJERO.—Empieza.

MIME (*después de pensarlo un rato*).—Ya que tanto te has movido sobre el haz de la tierra, y tanto has viajado por el mundo: díme, pues, ¿qué especie vive en sus profundidades?

EL VIAJERO.—En las profundidades de la tierra viven los nibelungos: Nibelheim es su patria. Son negros; el negro Alberto fué en un tiempo su soberano: el mágico poder de un misterioso anillo subyugaba á su pueblo activo. Le amontonaron riquísimos tesoros, que debían ganarle el mundo. Venga la segunda pregunta, enano.

MIME (*pensativo*).—Mucho sabes, viajero, del lugar de las tinieblas: díme ahora, ¿qué especie descansa sobre la corteza terrestre?

EL VIAJERO.—Sobre la corteza de la tierra descansa la generación de los gigantes; su patria es Riesenheim; Fasolt y Fafner envidiaron el poder del nibelungo; se ganaron el poderoso tesoro y con él, el anillo; por éste se encendió cruda guerra entre los dos hermanos; cayó Fasolt y Fafner guarda el tesoro. Oigamos la pregunta tercera.

MIME (*que está como soñando*).—Mucho sabes, viajero, del áspera corteza de la tierra: dime ahora, ¿qué especie habita la región de las nubes?

EL VIAJERO.—En las regiones de las nubes viven los dioses: Walhalla se llama su morada; son gente de luz; Wotan los rige. Del fresno del mundo, de la rama sagrada se hizo una lanza; el tronco se seca, pero nunca se pudre la lanza; con su punta domina Wotan el mundo. En el asta escribió fórmulas misteriosas; quien posee esta lanza dueño es del mundo; ahora Wotan la tiene en la mano. Ante él se inclinó el ejército de los nibelungos, la raza de los gigantes acató sus consejos: todos para siempre obedecen al poderoso señor de la lanza. (*Da, como involuntariamente, un golpe en el suelo con ella; se oye un trueno*

que asusta en alto grado á Mime.) Ahora dí, sabio enano; ¿contesté bien á las preguntas? ¿conservo libre mi cabeza?

MIME (*despertando de su letargo, atónito y sin atreverse á mirar al viajero*).—¡Has contestado á las preguntas y has salvado la cabeza: ahora, viajero, sigue tu camino!

EL VIAJERO.—Habías de preguntar algo que te fuera de provecho; mi cabeza respondió de la solución. Ahora quiero la tuya en prenda de que no sabes lo que más te conviene. Tu saludo no me ofreció hospitalidad, puesto que puse en tus manos mi vida para poder gozar de tu albergue. ¡Si no resuelves las tres preguntas que á dirigirte voy, mía es tu cabeza: ánimo, pues, Mime!

MIME (*con timidez y gran humildad*).—Tiempo hace que abandoné mi patria, y me separé de mi madre; un día la mirada de Wotan me iluminó en la cueva; ante él pierdo mi ingenio. Sin embargo, tal vez obligado por la necesidad logre salvar mi cabeza!

EL VIAJERO.—Contesta pues, buen enano, á la primera pregunta: ¿cuál es la generación que Wotan trata peor y que no obstante le es más querida?

MIME.—He oído hablar poco de la raza de los héroes: pero, voy á responder á tu pregunta. La generación maravillosa que Wotan ama tiernamente aunque al parecer la aborrezca, es la de los welsas. Segismundo y Sigelinda, dos desdichados gemelos, descienden de ellos: ellos mismos engendraron á Sifredo el más vigoroso entre los de su raza. ¿Salvo por la primera pregunta mi cabeza, viajero?

EL VIAJERO.—Conoces perfectamente esta generación: ¡eres muy astuto! Resolviste la primera pregunta; contéstame á la segunda, enano. Un sabio nibelungo guarda á Sifredo, quien, para conquistar el mágico anillo, ha de combatir con Fafner. ¿Qué espada blandirá Sifredo para matar á Fafner?

MIME (*olvidando cada vez más su presente situación, y atraído por el asunto de que trata*).—Nothung se llama la espada. Wotan la hundió en un fresno, destinándola á quien de allí la arrancase: los héroes más fuertes lo intentaron pero nadie pudo; sólo Segismundo el valiente lo logró; con ella peleaba en el combate hasta que la hizo pedazos la lanza de Wotan. Ahora guarda los trozos un hábil herrero, sabiendo que sólo con la espada de Wotan, Sifredo, niño sencillo y osado, vencerá al fiero dragón. (*Muy satisfecho.*) ¿Continúa dueño de su cabeza el enano?

EL VIAJERO.—Ingenioso eres como ninguno: ¿quién te igualará en sabiduría? Pero ya que tanto sabes, que hasta quieres utilizar á un héroe niño para tus proyectos, ¡allá va la tercera pregunta! Dime, hábil herrero, ¿quién forjará con los pedazos de Nothung la espada?

MIME (*se levanta con el mayor sobresalto*).—¡Los pedazos! ¡La espada! oh desgracia, no sé lo que me pasa! ¿Qué hago? ¿qué digo? ¡Maldito acero! ¿Por qué te robé? me ha llenado de miseria y dolor; se resiste á mis esfuerzos, no puedo ablandarlo, no puedo malearlo: el herrero más sabio no encuentra solución: ¿quién soldará los pedazos si no lo hago yo? ¿Cómo podré acertar con esta maravilla?

EL VIAJERO (*levantándose del hogar*).—Tres preguntas podías hacer, tres veces me expuse: preguntaste sobre regiones lejanas; pero lo que más cerca tenías y lo que para ti más necesario era, no se te ocurrirá. Si doy solución á esta pregunta, te vuelves loco: he ganado tu ingeniosa cabeza. Ahora escucha, enano vencido, vencedor de Fafner: Sólo aquel que no sabe lo que es miedo, forjará de nuevo á Nothung. (*Mime le mira pasmado, Wotan se dispone á marcharse.*) Desde hoy está empeñada tu cabeza, la cederé á quien nunca conoció el temor. (*Se ríe y sale en dirección al bosque*).

MIME (*se deja caer abatido en el banquillo junto al yunque: extasiado mira hacia el bosque que está iluminado por el sol. Al poco rato empieza á temblar*).—Maldita luz! ¿qué arde allí en el aire?... ¿qué brilla y se agita en el ardoroso sol? ¡Se acerca, viene! atraviesa el bosque! es el dragón! Fafner! Fafner!

(*Grita y cae rendido detrás del ancho yunque*).

SIFREDO (*saliendo de los matorrales del bosque y gritando desde fuera*).—¡Eh! holgazán! ¿has acabado? veamos: ¿cómo está la espada? (*Entra y se pára asombrado.*) ¿Dónde está el herrero? se habrá escapado! ¡Ea! Mime, mandria! ¿Dónde estás? ¿dónde te has escondido?

MIME (*con voz apagada, detrás del yunque*).—¿Eres tú, hijo mio? ¿vienes solo?

SIFREDO.—¿Detrás del yunque? ¿dí, qué hacías allí? ¿me afilabas la espada?

MIME (*perturbado y distraído*).—¿La espada? ¿cómo había de soldarla? (*Aparte.*) «Solo el que no conozca lo que es miedo, forjará de nuevo Nothung»... No seré yo, porque yo harto sé lo que es.

SIFREDO.—¿Quieres hablar?

MIME (*como antes*).—¿De dónde sacar un buen consejo? En la apuesta he perdido mi cabeza; desde entonces pertenece á quien nunca conoció el temor.

SIFREDO (*enojado*).—¿Qué es eso? ¿te burlas de mí?

MIME (*volviendo poco á poco en sí*).—Huiría de aquel que aprendió á temer. ¡Pero esto no se lo enseñé al niño! Yo, tonto de mí, olvidé lo único bueno: que aprendiese á quererme; ¡eso no lo logré! ¿Cómo le enseño á temer?

SIFREDO (*le coge*).—¡Eh! ¿tendré que ayudarte? ¿qué has hecho hoy?

MIME.—He estado pensando en enseñarte algo nuevo é importante.

SIFREDO (*riendo*).—¿Y por eso te tendiste en el suelo? ¿qué sabiduría te comunicó?

MIME (*reponiéndose cada vez más*).—Aprendí á tener miedo, para podértelo enseñar á ti.

SIFREDO.—¿Qué es eso de miedo?

MIME.—¿No lo sabes? ¿y quieres salir del bosque para correr mundo? ¿De qué te serviría el acero más fuerte, si no supieses lo que es miedo?

SIFREDO.—¡Estás ideando algún mal consejo!

MIME.—Tu madre habla por mi boca: he de cumplir lo prometido: no dejarte ir al mundo astuto, sin que hayas aprendido antes lo que es miedo.

SIFREDO.—¿Es esto un arte? ¿no lo conozco? dí pronto ¿qué es?

MIME (*cada vez más entusiasmado*).—¿Nunca sentiste en bosque umbrío á la luz del crepúsculo, en sitio oscuro, cuando de lejos se oye un murmullo, un zumbido, que se acerca cada vez más, cuando luces confusas te rodean; no sentiste entonces correr por todos tus miembros un frío aterrador, perturbados los sentidos, oprimido el pecho y tembloroso el corazón! ¡Si no has sentido aún esto, no sabes lo que es miedo!

SIFREDO.—¡Extraña cosa debe de ser! mi corazón siempre late fuerte y tranquilo. Con gusto quisiera sentir ese calofrío y ese terror, esa intranquilidad, ese tembloreo, ese perder los sentidos. ¿Pero cómo me lo enseñarás, Mime? ¿cómo quieres tú, tan cobarde, ser mi maestro?

MIME.—Sígueme; ya dí con el medio de que conozcas el temor. Hay cerca de aquí un dragón fiero, cuyas víctimas son ya numerosas: Fafner te enseñará lo que es el miedo; vamos á su madriguera.

SIFREDO.—¿Donde está?

MIME.—En una cueva que se llama de la envidia: está situada en la parte que mira á levante, al extremo del bosque.

SIFREDO.—¿De modo que no está lejos del mundo?

MIME.—Este se encuentra muy cerca de la cueva de la envidia.

SIFREDO. — Pues condúceme allá. Una vez haya aprendido lo que es el miedo, me voy al mundo! ea! dame pronto la espada, quiero blandirla en el mundo!

MIME.—¿La espada ? ¡oh qué apuro!

SIFREDO.—Pronto..... al yunque, veamos lo que has hecho.

MIME.—¡Maldito acero! no lo sé soldar! No hay martillo de enano que venza el tenaz encanto. Sólo podrá lograrlo quien no conozca el miedo.

SIFREDO. — ¡Cómo te escurres, holgazán! confiesa que eres un chapucero, y no vengas á disculparte con embustes. ¡Dame los pedazos! quita de ahí, remendón; en mis manos se ablandará el acero de mi padre: ¡yo mismo forjaré la espada!

MIME.—Si hubieses cultivado con aplicación este arte, ahora te sería utilísimo; pero siempre fuiste indolente en aprender: ¿qué te propones, muchacho?

SIFREDO. — Lo que no pudo hacer el maestro ¿lo haría el aprendiz aunque siempre te hubiese escuchado? Déjame hacer, no te metas en ello: si no, te me caerás en el fuego!

(*Ha amontonado gran cantidad de carbón sobre el hornillo y mientras prenden las llamas coloca los pedazos de la espada en el fuego, y los lima.*)

MIME (*mirándole*).—¿Qué estás haciendo? ¡Empieza á soldar! hace tiempo que tengo preparado el estaño!

SIFREDO.—No lo necesito: ¡no pego con cola una espada!

MIME.—Estás gastando la lima, ¿cómo quieres pulverizar el acero?

SIFREDO.—He de reducirla á polvo: así se une lo roto.

MIME (*mientras Sifredo sigue limando*). — Aquí no sirven para nada los consejos del experto, ya lo veo:

¡aquí le ayuda al tonto su propia torpeza! qué pena se toma y cómo se entusiasma; va desapareciendo el acero pero él no se cansa! ¡Soy tan viejo como la cueva y el bosque y nunca ví cosa semejante! Conseguirá recomponer la espada, lo estoy viendo: el viajero tenía razón; no conociendo el miedo, la acabará. ¿Cómo salvo yo ahora mi cabeza? Cae en poder de este valeroso muchacho, si Fafner no le enseña lo que es miedo. Pero, desgraciado de mí, ¿cómo ha de matar al dragón, si de él mismo lo aprende? ¿cómo he de conseguir el anillo? Perdido estoy, si no encuentro un modo de vencer á este valiente.

SIFREDO *(ha limado los pedazos y los ha metido en un crisol, que coloca ahora sobre las ascuas: luégo, aviva el fuego con el fuelle)*.—¡Eh! ¿qué te parece? ¿cómo se llama la espada, que he convertido en polvo?

MIME (*saliendo de su ensimismamiento*).—Nothung se llama la espada deseada: tu madre me lo dijo.

SIFREDO (*trabajando*).—¡Nothung! Nothung! espada deseada ¿por qué te has roto? Á polvo reduje tus agudos filos! puse en el crisol las limaduras! ah! sopla las ascuas, fuelle! sopla las ascuas! he cortado el fresno que crecía en el bosque, lo carbonicé y ahora lo tengo amontonado en el hornillo! sopla fuelle, sopla las ascuas; ¡qué alegre y reluciente arde el carbón del árbol! ¡Se deshace en chispas fugaces, ya derrite el polvo del acero; pronto te blandiré, espada mía, Nothung, acero deseado!

MIME (*sentado á corta distancia de Sifredo y hablando consigo mismo*).—Forjará la espada y vencerá á Fafner, estoy seguro de ello; en la lucha le ganará el tesoro y el anillo: ¿cómo me apropio el botín? Con ingenio y astucia lo lograré, y pondré mi cabeza en salvo. Cuando, después de pelear con el dragón, esté cansado, le ofreceré una bebida, preparada con sabrosas hierbas que recogí; unas cuantas gotas bastarán para que

concilie profundo sueño. Con la misma espada que ha forjado en un momento, lo quitaré de en medio y me ganaré tesoro y anillo. ¡Eh! sabio viajero, ¿me tenías por tonto? ¿qué te parece mi ingenio?... ¿encontré consejo y tranquilidad?

(*Se levanta muy satisfecho, coge una vasija de la cual saca algunas raíces, colocándolas luégo en un puchero*).

SIFREDO (*vierte el acero derretido en un molde redondo que luégo mete en el agua, y óyese el chisporroteo que produce al enfriarse*).—Corrió dentro del agua un río de fuego; le anima furiosa resistencia, el frío le domina; se ha solidificado y endurecido y convertido en orgulloso acero; pero pronto circulará por él ardiente sangre. Ahora vuelve á sudar para que pueda forjarte, Nothung, espada deseada! (*Mete el acero entre las ascuas y lo enrojece. Luégo se vuelve á Mime, que coloca su puchero á otro lado del hornillo.*) ¿Qué hace allí aquel zopenco con la vasija? ¿mientras estoy yo aqui templando el acero, tú te entretienes en cocer porquerías?

MIME.—Avergonzado quedó un herrero á quien enseñó su aprendiz; acabó ya el viejo para el arte y sirve al mozo de cocinero; mientras hace éste del acero una papilla, él le cuece una bebida y huevos.

(*Sigue cociendo.*)

SIFREDO (*trabajando siempre*).—El artista Mime está aprendiendo á cocer; el forjar ya no le gusta; todas sus espadas las he roto, y lo que él cuece no lo probaré. Quiere enseñarme á temer; otro será; ni lo que sabe mejor me pudo enseñar! Es un remendón en todo lo que hace. (*Ha sacado el ardiente acero y lo golpea sobre el yunque con un gran martillo, cantando entre tanto la siguiente canción:*) Forja, martillo mío, forja la resistente espada! Hubo un tiempo en que la roja sangre tiñó tu pálido azul: tú te reías con frialdad! Ahora te ha enrojecido ardiente calor, tu dureza se doma bajo el peso de mi martillo, é irritada

me arrojas chispas porque á ti, indomable, te dominé! Fórjame, martillo, una espada resistente! ¡Cómo me alegran estas chispas brillantes! La cólera es un adorno para el valiente; alegre me sonríes aunque parezcas enojada y ofendida. Con las ascuas y el martillo lo conseguiré; con fuertes golpes he de hundirte; ahora deja tu rubor, enfríate y endurécete tanto como puedas.

(*Sumerge el acero en el agua y se rie al oir el chisporroteo.*)

MIME (*mientras Sifredo une la hoja al puño; otra vez en el proscenio.*)—Mientras él se fabrica una espada para matar a Fafner, el enemigo de los enanos, yo estoy preparando una bebida venenosa para matarle á él. Por fuerza surtirá su efecto mi astucia. Lo he ganado ya; es mío el misterioso anillo que creó mi hermano, que le hace á uno dominador del orbe entero, mio es ya. Yo subyugaré al mismo Alberto que en su tiempo me subyugó á mí. Bajaré como señor de los nibelungos; todo el ejército tendrá que obedecerme. ¡Cómo respetarán entonces al despreciado enano! Á todos atrae el tesoro, así á los dioses como á los héroes, y á la menor señal se humillará el mundo entero y temblará ante mi ira! Entonces sí que no se cansará ya más Mime; otros trabajarán para amontonarle eterno tesoro. Mime el valiente, Mime es rey, príncipe de los espíritus, dominador de todos! Ay, Mime, ¿cómo lo lograste? ¡Quién lo creyera de ti!

SIFREDO (*limando y puliendo y dando golpes á la espada con un martillito, mientras habla Mime*).—Nothung! Nothung! espada envidiada! ya estás otra vez unida á la empuñadura. Rota te encontré, mas yo te compuse de modo que ningún golpe pueda ya romperte. Al padre moribundo se le hizo el acero pedazos; el hijo le creó de nuevo: ahora su brillo le sonríe y corta su filo. Nothung! Nothung! rejuvenecida y nueva! Otra vez te

dí la vida. Allí estaba tirada hecha pedazos y ahora centellea tu clara luz. Haz que tu golpe alcance al malvado. Mira, herrero Mime : así corta la espada de Sifredo.

(*Al llegar al verso segundo blande la espada y da luégo con ella un golpe sobre el yunque y lo parte en dos pedazos, abriéndole de arriba abajo, y cayendo al suelo con gran estrépito. Mime, vivamente pasmado, se cae al suelo. Sifredo, con la mayor alegría, alza al aire la espada. Telón rápido.*)

ACTO II

Interior de un bosque. En el fondo se ve la entrada de una cueva. El suelo se va elevando hasta la mitad del escenario, en donde forma un pequeño llano; desde allí declina hacia el fondo en dirección á la cueva, de modo que de ésta sólo se divisa la parte superior de su abertura. Hacia el lado izquierdo se distingue, al través de los árboles del bosque, una pared de rocas llena de grietas. Todo lo domina la noche oscura, siendo la oscuridad mayor en el fondo, de modo que al principio el espectador no puede distinguir nada.

ALBERTO.—En el bosque y de noche vigilo la cueva de la envidia; mi mirada está acechando la oscuridad; mis oídos se empeñan en percibir el menor ruido. ¿Tiemblas ya, día de angustia? ¿amaneces á través de la umbría? (*De la derecha del bosque sale un viento borrascoso.*) ¿Qué resplandor reluce allí abajo? Va acercándose un claro fulgor, corre como un caballo luminoso, atraviesa hacia aquí el bosque resoplando. ¿Se acercará ya el matador del dragón? ¿será ya aquel en cuyo poder tiene que caer Fafner? (*El viento cesa; el resplandor desaparece.*) El resplandor desaparece, su brillo se esconde á la mirada; vuelve á ser de noche. ¿Quién se acerca por allí relumbrando en la oscuridad?

EL VIAJERO (*sale del bosque y se pára frente á Alberto*). —De noche fuí á la cueva de la envidia; ¿á quién percibo allí en las tinieblas?

(*La luna aparece como si de pronto se hubiese rasgado una nube que la cubria, é ilumina al viajero.*)

ALBERTO (*reconoce al viajero y retrocede asustado*).—¿Tú mismo en persona te atreves á venir? (*Se enfurece.*) ¿Qué quieres aquí? Vete, desvergonzado ladrón.

EL VIAJERO.—Alberto, ¿por qué vagas tú por ahí? ¿guardas la casa de Fafner?

ALBERTO.—¿Vas en busca de alguna mala acción? Vete de aquí! Este sitio está ya lleno de muchos engaños tuyos. Insolente, líbrale ya de tu presencia.

EL VIAJERO.—Vine á ver, no á hacer nada; ¿quién prohibirá que siga su camino el viajero?

ALBERTO (*se rie maliciosamente*).—Oh tú, consejero de astucias! Para darte gusto tendría que ser tan tonto como cuando me ataste. ¡Cuán fácil sería volverme á robar el anillo! Ponte sobre aviso: ya conozco tus mañas y no pasaron inadvertidas para mí tus debilidades. Con mis tesoros pagaste tus deudas y mi anillo premió el trabajo de los gigantes que edificaron tu castillo; lo que con ellos contrataste está aún grabado en tu lanza. No debes arrebatar á los gigantes lo que como salario les diste: tú mismo harías que el asta de tu lanza se hiciese astillas; en tu mano se convertiría en polvo tu fuerte bastón de mando.

EL VIAJERO.—Las fórmulas del contrato no tienen nada que ver contigo; mi lanza poderosa te sujeta á mí; por esto la conservo para la guerra.

ALBERTO.—¡Con qué orgullo me amenazas mientras en tu interior tiemblas y vacilas desconfiando de ti mismo! Fafner, el que guarda el tesoro, está condenado á muerte por mi maldición: ¿quién le heredará? ¿Volverá á pertenecer el deseado anillo al nibelungo? Esta idea no te deja descansar ni un momento. Por-

que si llega á estar de nuevo en mi poder, usaré de otro modo que los torpes gigantes, de la fuerza que me comunica; tiembla entonces, protector sagrado de los héroes, porque con el ejército Hella asaltaré las alturas de Walhalla y luégo seré yo quien gobernará el mundo!

EL VIAJERO.—Conozco tu intención; pero no me da cuidado: disponga del anillo quien lo gane.

ALBERTO.—¡Cuán encubierto dices lo que yo sé tan claro! Tu arrogancia se apoya en hijos de héroes que brotan de tu sangre. Muy bien cuidaste de un niño que discreto te alcanzará el fruto que tú no debes coger.

EL VIAJERO.—Conmigo no, dispútate con Mime; tu hermano te trae peligro; viene con un joven que ha de matar á Fafner. Nada sabe él de mí; el nibelungo le utiliza para él; por esto te digo que obres como quieras. Óyeme bien y ponte sobre aviso: el joven no sabe nada del anillo y Mime procurará obtenerlo.

ALBERTO.—¿Y tú alejarás del tesoro tu mano?

EL VIAJERO.—Dejo á quien yo quiero, que salga fiador de sí mismo; si vence ó sucumbe, él es su propio señor; sólo héroes pueden convenirme.

ALBERTO.—¿Entonces sólo con Mime tengo que pelear por el anillo?

EL VIAJERO.—Fuera de ti, sólo él lo desea.

ALBERTO.—¿Y á pesar de esto no lo ganaré?

EL VIAJERO.—Se acerca un héroe á libertar el tesoro; dos nibelungos lo desean; cae Fafner que guarda el anillo: quien se apodere de él lo ha ganado. ¿Quieres más aún? Allí yace el dragón: si le adviertes del peligro que corre su vida, con gusto te cedería el anillo. Yo mismo voy á despertarle. (*Se vuelve hacia atrás.*) Fafner! Fafner! despierta, dragón!

ALBERTO (*con admiración y atento, por lo bajo*).—¿Qué hace este salvaje? ¿me lo cede de veras?

(*Desde la más oscura profundidad del escenario se oye la voz de Fafner.*)

FAFNER.—¿Quién turba mi sueño?

EL VIAJERO.—Quien viene á anunciarte el peligro que corres y que te salvará la vida si tú en cambio le das el tesoro.

FAFNER.—¿Qué quiere?

ALBERTO.—¡Alerta, Fafner! Alerta, dragón! Un héroe se acerca que quiere vencerte.

FAFNER.—Tengo hambre de él.

EL VIAJERO.—Muy osado es el mozo y muy afilada su espada.

ALBERTO.—Sólo desea conquistar el anillo de oro: yo evitaré el combate, y en premio me lo darás; te quedarás con el tesoro y vivirás tranquilo.

FAFNER (*bostezando*).—Estoy echado y lo poseo; dejadme dormir.

EL VIAJERO (*soltando la carcajada*).—Alberto, no surtió efecto la treta, pero no me trates ya más de pillo. Una cosa te aconsejo, atiéndeme bien: cada clase tiene su modo de ser que no puede mudarse. Te dejo el campo libre: colócate en sitio fuerte; prueba de competir con tu hermano: á los de tu clase los entenderás mejor. Pero aprende también lo que esté fuera de esta.

(*Desaparece por el bosque. Se levanta un viento borrascoso y se calma en seguida.*)

ALBERTO (*después de haberle estado mirando enfurecido mucho rato*).—Se va, montado sobre veloz caballo, y me deja burlado con viva angustia! Seguid riendo vosotros, inadvertida raza de los dioses: os estoy viendo desaparecer á todos! Mientras brille á la luz el oro, cuidará de él un sabio. Su valor os engañará.

(*Amanece. Alberto se esconde entre las rocas.*)

(*Mime y Sifredo se presentan al rayar el alba. Sifredo lleva la espada pendiente de la cintura. Mime examina el lugar con detención y finalmente también el fondo, el cual, mientras se va iluminando la altura, permanece oscuro.*)

MIME.—Hemos llegado al lugar; quédate aquí.

SIFREDO.—¿Aquí tengo que aprender lo que es miedo? Muy lejos me has llevado; toda la noche hemos andado por el bosque. Ahora, Mime, tendrás que dejarme. Si no aprendo aquí á temer, seguiré andando solo: al fin me libraré de ti.

MIME (*se sienta frente á Sifredo pero de modo que queda de cara á la cueva*).—Créeme, querido; si no aprendes hoy aquí lo que es miedo, difícilmente lo aprenderás en otra ocasión y otro lugar. ¿Ves abajo, la oscura boca de la cueva? Pues allí vive un dragón que es terriblemente feroz y de colosales dimensiones; su boca, desmesurada; es capaz, aquel monstruo, de tragársete de un bocado.

SIFREDO.—Bueno será cerrársela; por esto no me acerco á sus dientes.

MIME.—Su baba es venenosa y corroe la carne y los huesos.

SIFREDO.—Para que no me devore con tal veneno, me echaré á un lado.

MIME.—Tiene una cola de serpiente, con la cual le rompe á uno los miembros como si fuesen de vidrio.

SIFREDO.—Para librarme de los golpes de la cola no he de perderle ni un momento de vista. Pero dime, ¿tiene corazón?

MIME.—Muy duro y fiero.

SIFREDO.—Pero lo tendrá donde todo viviente, así los hombres, como los animales.

MIME.—Cierto que sí; ¿va entrándote el miedo?

SIFREDO.—Hundiré en su corazón mi espada; ¿á esto le llamas miedo? ¿Esto es lo que toda tu sabiduría

alcanza á enseñarme? Sigue tu camino, que yo aquí no aprenderé á temer.

MIME.—Espera y verás. Lo que te digo te parecen palabras huecas: tú mismo tienes que verle y que oirle; ya perderás los sentidos! Cuando se te ofusque la mirada, el suelo tiemble bajo tus piés y en el pecho te lata agitado el corazón, entonces no agradecerás que te haya conducido aquí, y te acordarás de lo mucho que Mime te quiere.

SIFREDO (*se levanta sobresaltado*).—¿No te he dicho ya que no me has de querer? Apártate de mis ojos, déjame solo: no me quedo ni un momento más aquí si empiezas á hablar de tu cariño. ¿Cuándo acabarás de mover enternecido la cabeza y de guiñar el ojo? ¿Cuándo podré librarme de ese necio?

MIME.—Ya te dejo; voy á tenderme al lado de la fuente. Tú quédate; en cuanto amanezca saldrá el dragón de la cueva y vendrá hacia aquí: dará por aquí la vuelta é irá á beber á la fuente.

SIFREDO (*riendo*).—Mime, si estás en ella, dejaré que vaya allí el dragón; no le hundiré la espada en los riñones hasta que te haya tragado á ti con el agua. No: atiende mi consejo; no te estés mucho rato en la fuente, vete tan lejos como puedas y no me vuelvas á encontrar.

MIME.—Después del esforzado combate, no me despreciarás un refresco. Llámame también si necesitas algún consejo ó bien si te decides por asustarte.

(*Sifredo le despide con violento ademán.*)

MIME (*al irse se dice á sí mismo*).—Fafner y Sifredo, Sifredo y Fafner! Oh, si ambos se matasen!

(*Se mete en el bosque.*)

SIFREDO (*solo; se sienta al pié de un gran tilo*).—¡Cuánto me alegro de que aquel no sea mi padre! Sólo ahora empieza á gustarme la frescura del bosque, y me parece grato el albor del nuevo día, puesto que

aquel hombre ruín se ha separado de mí para siempre. (*Meditando.*) ¿Cómo sería mi padre? Ah! seguramente igual á mí, pues si en algún lado existiese un hijo de Mime, ¿no se le parecería completamente? Sería igual á él, feo, moreno, pequeño, cojo y torcido, jorobado, y como él tendría las orejas colgantes y los ojos llorosos. ¡Afuera ese muñeco... no quiero verle más! (*Se echa hacia atrás y mira la cima del árbol. Largo silencio. Movimiento en el bosque.*) Pero ¿qué aspecto tendría mi madre? Esto sí que no puedo llegármelo á imaginar! De seguro brillaban sus ojos como los de una corza, sólo que serían mucho más hermosos!... Me dió con pena á luz, pero ¿por qué murió entonces? ¿Se mueren todas las madres por culpa de sus hijos? ¡Qué triste sería esto! ¡Ay, si yo pudiese conocer á mi madre!... (*Suspira y se echa hacia atrás. Largo silencio. El canto de los pájaros atrae por fin su atención. Escucha á un hermoso pájaro que está sobre él.*) Hermoso pajarillo, á ti nunca te oí: ¿vives aquí en este bosque? Si entendiese su dulce gorjeo, de seguro que me contaría algo, quizás, de mi buena madre. Un enano regañón me ha dicho que podía llegarse á entender el trinar de los pájaros: ¿sería posible? (*Fija la mirada en un cañaveral cerca del tilo.*) Ah! ya sé cómo probarlo; cantaré lo que él cante, reproduciré en la caña su propia melodía. Le adivinaré las palabras y cantando así entenderé lo que dice. (*Corta con la espada una caña y prueba de hacer de ella una flauta.*) Calla y escucha, pues voy á empezar á hablar. (*Intenta imitar con la flauta el canto del pájaro, pero viendo que no puede lograrlo mueve la cabeza y lo deja.*) No suena bien; con esta flauta no puedo imitar su dulce melodía. Ay, pajarillo! me parece que no lo lograré; no es fácil aprender tu melodioso trinar! Casi me avergüenza este picarón que me escucha: mira y no puede entender nada. Ah! Pues

entonces oye la voz de mi cuerno. Con ese grosero canuto no lograré nada; escucha, pues, una de mis alegres melodías del bosque. Siempre busqué con ella compañeros alegres; jamás encontré otra cosa que lobos y osos. Voy á ver ahora á quién me trae. ¿Será algún buen camarada?

(*Ha tirado la flauta y toca una alegre melodía con su bocina de plata.*)

(*Algo se mueve en el fondo. Fafner, en forma de un enorme lagarto, se ha levantado de su lecho en la cueva, atraviesa los matorrales y se revuelca desde lo más hondo á lo más elevado, de modo que ya ha llegado á ella de medio cuerpo arriba. Exhala un gran suspiro.*)

SIFREDO (*se vuelve, ve á Fafner, le mira admirado y se ríe*).—Esta vez sí que me ha traído mi melodía algo gordo... un buen compañero!

FAFNER (*se ha parado al reparar en Sifredo*).—¿Quién va?

SIFREDO.—Ah! ¿eres un animal que sabe hablar? Tal vez algo se podría aprender de ti. Aquí tienes á quien no sabe lo que es miedo: ¿podrías tú enseñárselo?

FAFNER.—Eres muy arrogante!

SIFREDO.—¡Arrogancia y valor! Qué sé yo! Pero voy á acercarme á ti, como no me enseñes lo que es miedo!

FAFNER (*se ríe*).—Quería beber: ahora tengo también para comer. (*Abre la boca y le enseña los dientes.*)

SIFREDO.—¡Magnífica garganta! Delicadísimos dientes tienes en ese hocico goloso! Bueno sería cerrarte esa boca, que se te abre demasiado.

FAFNER.—Para soltar frases huecas no sirve, pero sí para tragarte. (*Le amenaza con la cola.*)

SIFREDO.—¡Oh animal furioso y cruel! no me haría mucha gracia ser digerido por ti: me parece mejor que revientes en seguida.

FAFNER (*rugiendo*).—Pruh! Ven acá, niño fanfarrón!

SIFREDO.—Alerta, que se acerca el fanfarrón.

(*Se coloca delante de Fafner: éste sube un poco más alto y le escupe por las narices. Sifredo salta á un lado. Fafner echa la cola hacia adelante para coger á Sifredo; éste la evita saltando sobre la espalda del dragón; al verse amenazado con la cola, Sifredo la hiere con su espada, Fafner la recoge, ruge y se abalanza erguido para aplastarle con todo su peso; así le ofrece el pecho; Sifredo busca rápidamente el lugar del corazón y le hunde la espada hasta el puño. Fafner se alza impelido por el dolor y cae luégo después de clavarle Sifredo la espada.*)

SIFREDO.—Yace aquí, animal venenoso; llevas en el corazón mi espada.

FAFNER (*con voz más débil*).—¿Quién eres tú, joven valiente, que me has herido en el corazón? ¿Quién animó tu valor de niño para cometer esta acción criminal? No fuíste tú quien meditó lo que acabas de hacer.

SIFREDO.—Poco sé todavía... ni siquiera quién soy yo; tú mismo fuíste quien me excitó á empeñar contigo este combate.

FAFNER.—Joven valiente, que á ti mismo te desconoces, voy á anunciarte á quién diste muerte. Los que en un tiempo dominaron el mundo, los de la raza esclarecida de los gigantes, Fasolt y Fafner, ambos hermanos cayeron. Por oro maldito, regalo de los dioses, dí muerte á Fasolt: al que ahora, bajo la forma de dragón, guardaba el tesoro, mató un héroe. Vive siempre alerta, joven; la traición rodea al dueño del tesoro; el que á ti, ciego, te excitó á cometer este

acto, está meditando tu muerte. (*Muriendo.*) Observa cómo acaba: fíjate en mí!

SIFREDO.—Díme... adivina, antes de morir, de dónde desciendo, ya que pareces deber á la muerte mayor cordura; adivínalo por mi nombre: me llaman Sifredo.

FAFNER.—¡Sifredo!... (*Suspira, se levanta y muere.*)

SIFREDO.—Para dar noticias no sirve un muerto. Guíeme, pues, mi espada! (*Fafner se ha vuelto del otro lado al morir. Sifredo le arranca la espada del pecho, con lo cual su mano se tiñe de sangre y la retira con un movimiento convulsivo.*) Como fuego quema la sangre. (*Lleva involuntariamente la mano á la boca para chupar la sangre. Cuando mira pensativo delante de sí, le atrae su atención el canto de los pájaros del bosque. Los escucha deteniendo la respiración.*) Me parece que las avecillas me están hablando: claramente oí sus palabras! ¿obrará esta virtud la sangre que he bebido? Y este raro pajarito, ¿qué me estará cantando?

VOZ DE UN PÁJARO DEL BOSQUE (*en el tilo*).—Á Sifredo pertenece ahora el tesoro de los nibelungos: oh! si lo encontrase en la cueva! Si quisiera ganar el casco con él alcanzaría los favores del amor. Pero si obtuviese el anillo, dominaría el mundo entero.

SIFREDO.—Gracias, amable pajarillo, por tu buen consejo; voy á seguirlo con gusto.

(*Se va y baja á la cueva donde desaparece.—Mime se acerca poco á poco y mira temeroso por todos lados para cerciorarse de la muerte de Fafner.—Al mismo tiempo viene por el otro lado Alberto, saliendo de las rocas; y observa á Mime detenidamente. Cuando éste ya no ve á Sifredo y se dirige con cuidado hacia el fondo del escenario, Alberto se precipita sobre él y le impide el paso.*)

ALBERTO.—¿Á dónde tan deprisa y tan astuto, mal compañero?

MIME.—Maldito hermano! Á ti te necesitaba aquí! ¿Qué te trae?

ALBERTO.—¿Codicias, ladrón, mi oro? ¿deseas poseer lo mío?

MIME.—Vete! Este sitio es mío: ¿qué buscas aquí?

ALBERTO.—¿Es que te estorbo en este tranquilo negocio de robar?

MIME.—No se me ha de escapar lo que yo me gané con tanta fatiga.

ALBERTO.—¿Eres acaso tú quien ha robado al Rhin el oro? ¿ó comunicaste acaso tú al anillo el tenaz encanto?

MIME.—¿Quién creó el yelmo encantado que trueca las formas? Tú que lo necesitabas, ¿lo has imaginado bien?

ALBERTO.—¿Qué hubieras entendido tú de forjar, remendón? ¿Fué el enano quien confirió al anillo su mágico poder?

MIME.—¿Dónde lo tienes? Los gigantes te lo han robado. Lo que tú has perdido, lo ganó para mí, mi astucia.

ALBERTO.—¿De la proeza del joven guerrero quieres aprovecharte, avaro? ¿Acaso te pertenece?

MIME.—Yo le eduqué y por ello me paga ahora; hace tiempo que espero el premio de mis cuidados y fatigas.

ALBERTO.—¡Por la educación del muchacho se atreve este avaro vil á pretender, presumido y desvergonzado, el ser ahora rey! Al perro más leproso le convendría el anillo antes que á ti; nunca lo alcanzarás, miserable contrahecho.

MIME.—Quédate con él: guárdalo bien... el brillante anillo. Sé tú su dueño, pero llámame hermano. Te lo cedo en cambio de mi yelmo; á los dos nos pertenece; repartámonos así el botín.

ALBERTO *(con risa burlona)*.—¡Repartirlo contigo! ¿y precisamente el casco es lo que quieres? ¡Qué listo! Nunca dormiría tranquilo de tu traición.

MIME (*fuera de sí*).—¿No quieres ni siquiera cambiar? ¿ni siquiera repartir? ¿Tengo que irme vacío, sin recompensa alguna? ¿no quieres cederme nada?

ALBERTO.—Nada; no te llevarás ni siquiera un clavo.

MIME.—Pues ni anillo ni yelmo has de llevarte; ya no quiero repartos. Contra ti reclamaré el consejo de Sifredo y la espada del valiente: júzguete él.

ALBERTO.—Vuélvete, ya viene de la cueva.

MIME.—Seguramente habrá escogido algún juguete infantil.

ALBERTO.—Trae el casco!

MIME.—Y también el anillo!

ALBERTO.—¡Maldición! también el anillo!

MIME (*riendo maliciosamente*).—Haz que te lo entregue! Ya me lo sabré ganar.

(Se vuelve al bosque.)

ALBERTO.—No obstante, á su dueño ha de pertenecer tan solo.

(Desaparece entre las hendiduras de las rocas.)

(En esto, Sifredo ha salido de la cueva con el anillo y el casco, despacio y pensativo; mira atento su botín y se pára en la altura, cerca del árbol. Reina gran silencio.)

SIFREDO.—No sé de qué me sirven; pero os tomé del montón de oro, porque así me lo indicó buen consejero; sea, pues, vuestro adorno testimonio de mis hazañas. Á mí me recuerdan estos juguetes que peleando vencí á Fafner, pero que no aprendí á temer.

(Se cuelga el casco del cinturón y coloca el anillo en el dedo. Silencio. Creciente movimiento en el bosque. Sifredo vuelve á reparar en el pájaro y le escucha deteniendo la respiración.)

VOZ DEL PÁJARO (*en el tilo*).—Á Sifredo pertenece ahora el casco y el anillo! Oh, que no se fíe de Mime el traidor. Si Sifredo oye atento las palabras del ladrón, comprenderá sus propósitos; para esto le habrá servido haber chupado la sangre.

(*Los gestos y la expresión de Sifredo demuestran que lo ha entendido todo bien. Ve cómo se le acerca Mime y permanece inmóvil, apoyado en su espada, mirándole ensimismado, y se queda en su sitio en la parte más elevada del escenario hasta el final de la siguiente escena.*)

MIME (*saliendo poco á poco*).—Piensa y pesa el valor del botín: quizás pasaría por aquí algún sabio viajero y persuadiría al niño con astutos consejos. Pues doblemente astuto tiene que ser ahora el enano; voy á echarle el lazo; voy á engañarle con amistosas frases. (*Se le acerca.*) Bien venido, Sifredo. Dime, valiente, ¿has aprendido ya á temer?

SIFREDO.—Aún no encontré al maestro.

MIME.—Pero al dragón, bien le mataste. Este sí que era un mal compañero.

SIFREDO.—Á pesar de su ferocidad y astucia, me da su muerte pena, pues viven aún tantos malvados! Tengo más odio á quien hizo que lo matase, que al mismo dragón.

MIME.—Poco á poco. Ya no me verás mucho más; pronto te cerraré los ojos para el sueño eterno! Hicíste lo que necesitaba; ahora sólo quiero ganarte el botín; y me parece que lo lograré, porque no es difícil engañarte.

SIFREDO.—¿De modo que estás pensando en hacerme algún daño?

MIME.—¿Cuándo he dicho eso? Oye, Sifredo, hijo mío, á ti y á tu raza siempre os odié; no te eduqué á ti por amor, sino para alcanzar el tesoro de Fafner, que era lo único que deseaba. Conque, si no me das

á buenas el oro, Sifredo, hijo mío,... tú mismo puedes figurártelo... me tendrás que dar la vida.

SIFREDO.—Que me odias lo oigo con gusto; ¿pero la vida tengo que darte?

MIME.—No digo esto, me entiendes mal. (*Se ve que se da todo el trabajo posible para disimular.*) Tú estás cansado de la esforzada lucha; ardiendo está tu cuerpo; no dejé de prepararte refrigerante bebida para apagar tu sed. Mientras forjabas el acero, la preparé: si la bebes, ganaré tu espada querida y con ella el casco y el anillo. (*Con risa forzada.*)

SIFREDO.—¿De modo que quieres robarme lo que yo me he ganado, el anillo y el botín?

MIME.—Me entiendes mal. ¿Acaso no hablo claro? Pongo el mayor cuidado en ocultar mis secretos pensamientos y tú, torpe, todo lo entiendes al revés. Oye bien y entiende lo que quiere decir Mime! Toma, bebe y refréscate! Muchas veces te animó ya mi bebida, y aunque hacías ascos y la recibías de mal humor, siempre la tomaste.

SIFREDO (*muy tranquilamente*).—Una buena bebida me gustaría; ¿cómo has hecho esta?

MIME.—¡Ah! pues entonces bebe y fíate de mi arte! Con esta bebida pronto se te anublarán los sentidos y en seguida se te estirarán los miembros. Estando tú tendido, fácilmente podría quitarte el botín y esconderlo, pero al despertar nunca estaría seguro de ti aunque tuviese el anillo. Por esto, con la espada á que tú mismo tan buen filo le diste, le corto al niño la cabeza; y así tendré tranquilidad y tesoro.

(*Vuelve á reirse con esfuerzo*).

SIFREDO.—¿Mientras duerma quieres asesinarme?

MIME.—¿Esto he dicho? Yo no quiero, hijo mío, nada más que cortarte la cabeza! Porque aunque no te odiase tanto y no tuviese tanto que vengar, por tus insultos y la vergonzosa pena que por ti me he

tomado: no puedo tardar ya más en quitarte de en medio; ¿cómo podría, sino, alcanzar de otro modo el botín, puesto que Alberto también lo quiere? Toma y bebe, mi welsa, hijo de lobo, traga y muere: ¡esta es la última vez que bebes!

(*Se ha acercado á Sifredo y le ofrece con importuna amabilidad un cuerno que había llenado con el líquido de la vasija. Sifredo coge la espada y cediendo de pronto á la repugnancia que le causa el enano, le tiende muerto de un golpe. Sale Alberto de las rocas riéndose con risa burlona*).

SIFREDO.—¡Ya has probado mi espada, charlatán repugnante! Nothung pagó una deuda de envidia: para esto se forjó. (*Coge el cadáver de Mime y lo arrastra á la gruta y lo arroja dentro.*) Aquí en la cueva, descansa sobre el tesoro! con astucia obstinada quisiste alcanzarlo: ¡ahora goza de tu deseo! También te daré un buen guardián que te proteja de ladrones.

(*Hace rodar el cuerpo del dragón muerto hasta la entrada de la cueva, de manera que ésta queda del todo cubierta*).

¡Yace tú también, aquí en la cueva, oscuro dragón! Guarda este brillante tesoro en compañía de tu enemigo: ¡así ambos encontrasteis al fin tranquilidad! (*Después de este trabajo vuelve á aparecer. Es medio día.*) ¡Cansancio y calor me ha causado tanta fatiga! hirviendo me circula por las venas la sangre; la frente me quema la mano. El sol está ya muy alto: desde el claro azul del cielo caen sus rayos sobre mi cabeza. ¡El verde tilo me prestará su grata sombra! (*Se tiende otra vez debajo del árbol. Profundo silencio. Movimiento en el bosque. Después de largo silencio:*) Otra vez escucharía, amable pajarillo, después que nos han interrumpido, tu grato gorjeo: te veo contento mecerte en las ramas; tus hermanos y hermanas te rodean alegres y cariñosos! Pero yo estoy tan solo! no tengo ni hermano ni hermana, mi padre pereció, murió mi

madre; ¡nunca vieron á su hijo! Mi único compañero fué un enano repugnante; nunca nos unió el amor; lazos traidores me tendia el astuto: ¡hasta he tenido que matarle!

Á ti pregunto ahora, alegre pajarillo: ¿podrás darme un buen compañero? ¿quieres decirme quién sería el mejor? ¡Lo he buscado muchas veces, pero siempre en vano! tú lo encontrarías mejor! Una vez me aconsejaste ya muy bien: ¡canta, te escucho! (*Silencio; luégo*):

La voz del pájaro.—¡Ay! Sifredo mató al enano malvado! Ahora sé para él la más hermosa mujer. Duerme en altas rocas rodeada de fuego: ¡si atraviesa las llamas y despierta la doncella, Brunilda será suya!

Sifredo (*se levanta sobresaltado*).—¡Oh! cómo me abrasa tu dulce canto! cómo me devora el pecho! se me agita y estremece el corazón: ¿qué siento? ¡dímelo tú, buen amigo!

El pájaro.—Alegre en mi pena, canto el amor; en delicias y en desdichas se mece: sólo los que anhelan por él entienden mi trinar!

Sifredo.—Me siento impelido á salir del bosque para ir á la roca! Dime otra vez, cantor amable: ¿podré atravesar el fuego? ¿Podré despertar á la novia?

El pájaro.—¡Ningún cobarde obtiene la novia, ni puede despertarla; sólo será de aquel que nunca supo lo que era temor!

Sifredo (*riéndose*).—Ese muchacho torpe, que no sabe lo que es miedo, pajarillo mío, ese soy yo! Hoy mismo me afané inútilmente por aprenderlo de Fafner. Ahora quisiera que me lo enseñase Brunilda: ¿cómo encontraré el camino que me conduzca al peñón? (*El pájaro revolotea sobre Sifredo y se va volando.*)

Sifredo (*alegre*).—Tú me enseñas el camino: ¡allí á donde vueles te seguiré! (*Corre tras del pájaro*).

CAE EL TELÓN

ACTO III

Paisaje desierto al pié de una montaña de rocas, que por el lado izquierdo desciende formando una cuesta muy empinada. Es de noche; viento, rayos y truenos. Á la entrada de un portal en forma de gruta se halla en pié el Viajero.

El viajero.—¡ Alerta! ¡ Alerta! ¡ Wala, despierta de tu largo sueño! ¡ Yo te llamo, sube! sal de esta oscura gruta! Erda! Erda! mujer eterna! abandona tu profunda morada y ven aquí á la altura! entono la canción que ha de despertarte; cantando te despertaré de tu sueño. ¡ Mujer que todo lo sabes! que existes desde que hay mundo! Erda! Erda! mujer eterna! vela! despierta!

(La gruta ha empezado á iluminarse: envuelta en una nube azul sube Erda, del fondo. Parece estar cubierta de escarcha; sus cabellos y vestido brillan con centelleante resplandor).

Erda.—Fuerte resuena tu canto; el poder del hechizo es grande; ¿quién me privó de mi letargo?

El viajero.—Yo, que acostumbro á despertar á quien domina profundo sueño. He recorrido todo el

mundo para adquirir conocimientos y alcanzar eternos consejos. No existe nadie más sabio que tú: conoces lo que esconden las profundidades, lo que se agita sobre montes y praderas y en el agua y en el aire. Donde hay vida, está tu aliento; donde se piensa, tu inteligencia: se dice que todo lo sabes. Para alcanzar noticias te he despertado de tu sueño.

ERDA.—Mi dormir es soñar, mi soñar pensar; mi pensamiento domina el saber. Mientras yo duermo vigilan las Parcas: ellas tejen la cuerda é hilan lo que yo sé. ¿Por qué no las diriges tus preguntas?

EL VIAJERO.—Porque ellas viven sujetas, sin dirigir ni mudar el destino, y en cambio tú puedes decirme el medio de parar el giro de la rueda.

ERDA.—Las acciones de los hombres oscurecen mi saber: á mí misma, me dominó en un tiempo un poderoso. Dí á luz una niña á Wotan. Es valiente y sabia también; ¿por qué me despertaste á mí? ¿por qué no preguntas á la hija de Erda y de Wotan?

EL VIAJERO.—¿Quieres decir la walkiria, la niña Brunilda? Ella hizo frente al dominador de las batallas, en el mismo instante en que él luchó contra sí mismo: lo que él intentó, mas sin permitírselo, en perjuicio propio, quiso realizarlo ella en medio del sangriento combate. El padre de las batallas castigó á la muchacha aletargándola hondamente; está profundamente dormida sobre las rocas: sólo despertará para ser la esposa de un mortal. ¿Cómo podía interrogarla?

ERDA (*abismada en sus pensamientos; después de breve pausa*).—Aturdida me encuentro desde que desperté: ¡confuso veo rodar el mundo! La walkiria, la hija de Wala, ha sido castigada con profundo sueño mientras dormía su sabia madre? ¿El que enseñó la arrogancia es el que ahora la castiga? ¿el que promovió este acto, es el que castiga el acto? ¿El que protege la ra-

zón y el juramento? Déjame volver á bajar : deja que vuelva á sepultarme en mi sueño.

El viajero.—No, no lo permitiré ya que estoy en posesión del encanto. Con tu gran acierto, clavaste la espina de la inquietud en el corazón atrevido de Wotan : del temor de un fin vergonzoso, le ha llenado tu saber; la angustia ató su valor. Si eres la mujer más sabia del mundo, dime cómo el Dios inmortal puede vencer este temor.

Erda.—¡Tú no eres lo que finges ser! ¿Por qué viniste á turbar, feroz, el sueño de Wala? ¡Dame libertad, hombre que no sabes lo que es paz! ¡Suelta la fuerza del encanto!

El viajero.—¡Ni tú eres lo que te figuras! La sabiduría de la madre que siempre fué, toca á su fin: este depende de mi voluntad. ¿Sabes lo que quiere Wotan? Á ti, ignorante, te lo digo; que duermas eternamente. No me angustia ya el fin de los dioses, desde que mi voluntad así lo quiere! Lo que en un tiempo en la discordia resolví con profundo dolor, con alegría y placer lo ejecuto hoy : si cedí, con repugnancia, el dominio del mundo al Nibelungo, al más hermoso welsa destino ahora como heredero. Mi escogido, que nunca me conoció, muchacho valiente y privado de mi protección, alcanzó el anillo del Nibelungo : ageno á la envidia y deseoso de amar , contra éste se paraliza la maldición de Alberto, puesto que desconoce el miedo. Á Brunilda, la que tú me diste, despertará cariñoso el héroe. ¡Duerme, cierra tus ojos, soñando verás mi fin! El Dios le cederá con gusto su inmortalidad. ¡Baja pues, Erda, toda temores, toda cuidados, desde que existes! baja al sueño eterno! Allí veo acercarse á Sifredo.

(Erda se hunde. La gruta ha vuelto á quedarse del todo oscura: el viajero se apoya sobre las piedras de la misma,

y espera así á Sifredo. La luz de la luna ilumina algo el escenario. La tempestad cesa del todo).

SIFREDO (*entrando por la derecha en el proscenio*).—Mi pajarillo se me escapó; revoloteando y cantando me enseñaba el camino: y ahora ha huído muy lejos. Tendré que hallar yo mismo la senda según me lo indicó mi guía... voy á andar hacia aquella dirección. (*Se dirige al fondo*).

EL VIAJERO (*quedándose en su posición, apoyado en la gruta*).—¿Á dónde te conduce tu camino, joven?

SIFREDO.—Alguien habla aquí: quizás éste me lo enseñará. Busco un peñón que está cercado de fuego: allí duerme una mujer que quiero despertar.

EL VIAJERO.—¿Quién dijo que buscases aquel peñón? ¿quién, que deseases á la mujer?

SIFREDO.—Me lo indicó cantando un pajarillo del bosque.

EL VIAJERO.—Muchas cosas dice un pajarillo; pero ningún hombre las puede entender; ¿cómo pudiste interpretar sus gorjeos?

SIFREDO.—Maravilla fué que obró la sangre de un dragón feroz, que maté delante de la cueva de la envidia: apenas humedecí con la sangre la lengua cuando comprendí el canto del pajarillo.

EL VIAJERO.—¿Mataste al gigante? ¿quién te ha animado á luchar con tan fuerte dragón?

SIFREDO.—Mime, enano traidor, que deseaba enseñarme lo que era miedo: pero al golpe de espada que lo mató, me animó el mismo animal amenazándome con tragarme.

EL VIAJERO.—¿Quién hizo la espada tan fuerte y de tal filo que derribó á su más poderoso enemigo?

SIFREDO.—Yo mismo la forjé, porque el herrero no supo; sino, probablemente carecería de espada.

EL VIAJERO.—¿Pero, quién hizo los fuertes pedazos con que forjaste la nueva?

SIFREDO.—¡Lo ignoro! Sólo sé que de nada me hubieran servido si no me hubiese forjado con ellos otra hoja.

EL VIAJERO (*se ríe complaciente y con buen humor*).—¡Eso, ya me lo figuro!

SIFREDO.—¿Por qué te ríes de mi? ¡viejo preguntón! acaba de una vez; ¡no me hagas charlar más! Si puedes enseñarme el camino, dilo: si no, cállate!

EL VIAJERO.—¡Paciencia, muchacho! Ya que te parezco viejo, debes tenerme respeto.

SIFREDO.—¡No me parece mal! En toda mi vida siempre se me puso un viejo por medio. Á ese hoy lo he barrido del camino. Si sigues oponiéndote con esa arrogancia á mi paso, mira no te ocurra como á Mime! (*Se acerca al viajero.*) ¿Qué pareces? Vaya un sombrero grande que usas; ¿cómo es que te cuelga tanto hacia un lado?

EL VIAJERO.—Es la costumbre de los viajeros cuando el viento sopla de frente.

SIFREDO.—Pero debajo te falta un ojo. De seguro que alguno á quien tú impediste el camino te lo quitaría... Lárgate, no sea que pierdas también el otro.

EL VIAJERO.—Veo, hijo mío, que cuando no sabes nada, te sales bien del paso; con este ojo que falta, por otro motivo, ves tú mismo el otro que me quedó para ver.

SIFREDO (*se ríe*).—¡Muy chancero estás hoy! Pero escucha, ya no charlo más; enséñame enseguida el camino y sigue luégo el tuyo. No te considero útil para nada más; pero habla pronto; sino, te hago yo saltar de aquí.

EL VIAJERO.—Si me conocieses, joven valiente, no me insultarías de este modo; conociéndote tanto, me son muy dolorosas tus amenazas. Siempre amé tu raza, pero ha experimentado los efectos de mi cólera; no la provoques hoy, pues seríamos ambos víctimas de ella.

SIFREDO.—¿No me contestas, miserable? Vete de este sitio. Yo sé que por aquí se va al lugar de la mujer dormida; así me lo dijo mi pajarillo, que voló al llegar aquí. (*Va oscureciendo lentamente.*)

EL VIAJERO *(enfurecido)*.—Se te escapó por tu bien, porque advirtió aquí al señor de los cuervos; ¡pobre de él si le alcanzan! No has de seguir el camino que te enseñó!

SIFREDO.—¡Ah!... no lo intentes. ¿Quién eres tú para disputarme el paso?

EL VIAJERO.—¡Teme al guardián de la peña! Mi poder tiene encerrada á la niña dormida: el que la despertare, y ganare, me arrebataría para siempre mi poder. Un mar de fuego la rodea, llamas ardientes lamen la roca y se oponen á quien la codicia. (*Hace una seña con la lanza.*) ¡Mira hacia arriba! ¿ves la luz? Su brillo aumenta el fuego, hierven las nubes encendidas, olas de llamaradas bajan precipitadamente. Un mar de fuego rodea tu cabeza, pronto te devorará. ¡Atrás, joven atrevido!

SIFREDO.—¡Atrás tú, baladrón! Donde arden tales llamas, y duerme Brunilda, allí he de ir!

(*Se dirige hacia allá.*)

EL VIAJERO (*impidiéndole el paso con la lanza*).—¡Pues si no temes al fuego, ciérrete el paso mi lanza! Aún empuña mi mano el poder; la espada que llevas se rompió contra esta lanza un día: estrèllese otra vez contra mi arma eterna!

SIFREDO (*tirando de la espada*).—¡Por fin encuentro al enemigo de mi padre! ¡Magnífica ocasión para vengarle! en vano esgrimes tu lanza; nada podrá contra mi espada invencible!

Lucha con el viajero y rompe su lanza en dos pedazos. Trueno espantoso.)

EL VIAJERO (*retrocediendo*).—¡Sigue adelante! no puedo detenerte!

(*Desaparece.*)

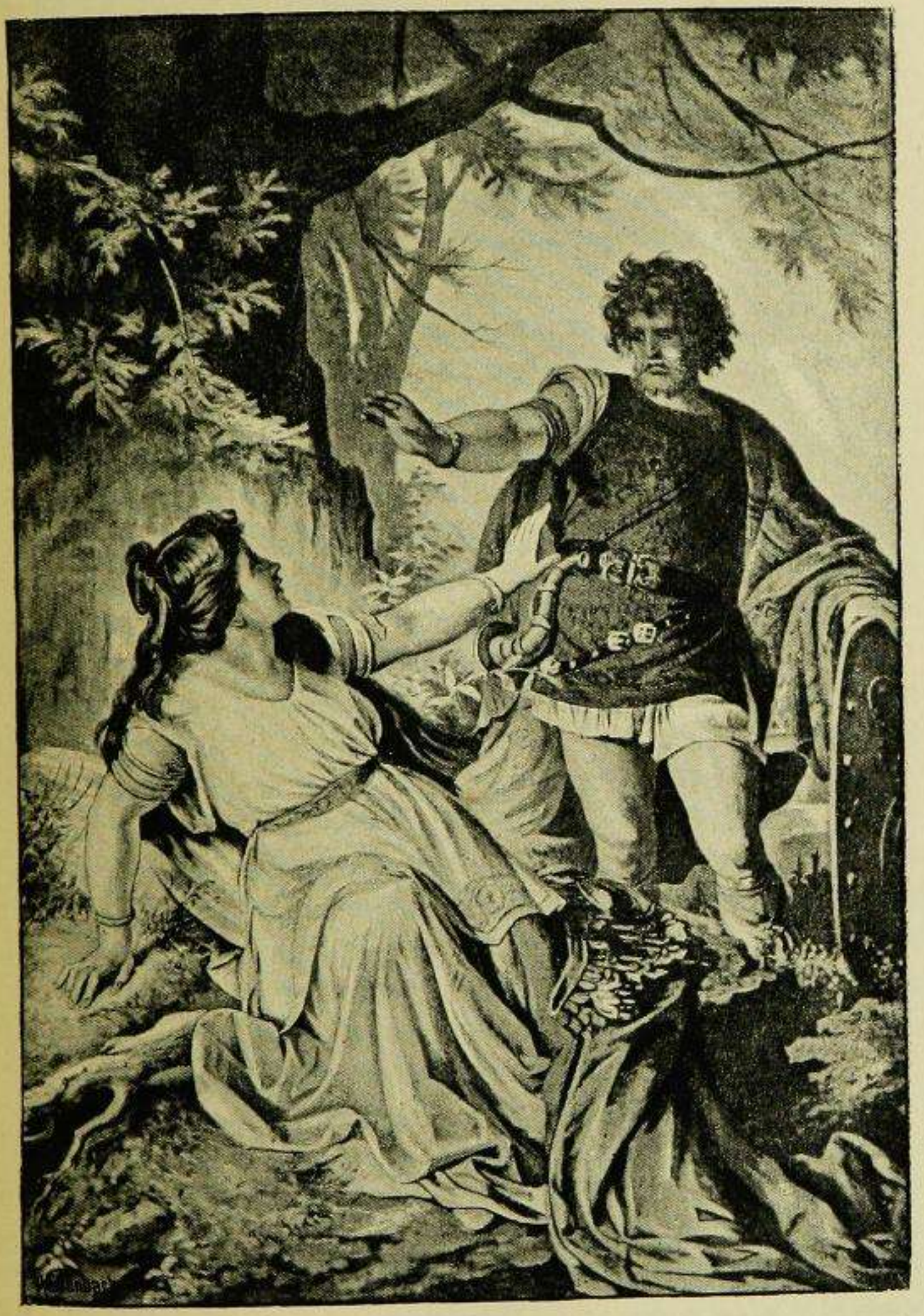
SIFREDO.—¡Con el arma destrozada huyó el cobarde!
(Con creciente claridad han bajado las llamas de la altura al fondo: todo el escenario se llena de un ondeante mar de fuego.)
SIFREDO.—¡Oh fuego delicioso! brillante resplandor que alumbras mi camino. ¡Bañarme en fuego! encontrar á mi novia entre llamas! mágica ventura!
(Lleva á los labios su argentada bocina, y se arroja á las llamas que invaden todo el proscenio. Óyese la bocina de Sifredo, primero cerca, luégo más lejana. Las nubes de fuego van acercándose á la boca del escenario, de modo que Sifredo, cuya bocina vuelve á oirse en lontananza, parece dirigirse hacia la cumbre situada en el fondo de la escena. — Al fin, extinguiéndose el fuego, se va disolviendo su velo finísimo y transparente, que acaba por reducirse en puro y azulado éter, en clarísimo dia. —El escenario, ya completamente despejado de nubes, representa la cumbre de un peñón (como en el tercer acto de LA WALKIRIA*): á la izquierda, la entrada de un aposento natural entre las rocas; á la derecha, grandes pinos; el fondo enteramente libre. En el proscenio, bajo la sombra de un pino de ancha copa, yace Brunilda, en sueño profundo: está completamente vestida de brillante armadura, con el casco en la cabeza y cubierto el cuerpo con ancho escudo de acero. — Sifredo, que acaba de llegar á la cumbre de las rocas, mira asombrado á su alrededor.)*
SIFREDO.—¡Dichosa soledad en estas alturas bañadas por el sol! (*Dirigiendo la vista al pinar.*) ¡Qué veo! un caballo reposando en profundo sueño! (*Sigue avanzando, y al divisar á corta distancia á Brunilda, se detiene admirado.*) ¡Qué fulgor deslumbra mis ojos! ¡me ciega aún el resplandor de las llamas! (*Se acerca más.*) ¡Armas relucientes! ¿las levanto? (*Levanta el escudo y ve el rostro de Brunilda, que está medio cubierta con el casco.*) ¡Ah! Un hombre armado; ¡grata aparición! ¡tal vez el

yelmo le moleste! ¡quitémosle este estorbo! (*Desata cuidadosamente el yelmo, dejando libre la cabeza de la doncella, cuya rizada cabellera se esparce en derredor. Sifredo se conmueve.*) ¡Qué hermoso es! (*Permanece embebido contemplando su rostro*): parece que respira con dificultad; quitémosle el acero que oprime su pecho! (*Lo prueba con mucho cuidado, pero no puede.*) ¡Ven, espada mía: corta el acero! (*Va cortando con anhelante precaución, poco á poco, los anillos que ciñen la coraza, y levantando la mitad anterior de la armadura descubre el ligero y blanco traje de Brunilda. Sorprendido y admirado se levanta.*) ¡No era un hombre! Mágica sensación arde en mi pecho; mis sentidos desfallecen. ¿Á quién invoco en mi ayuda? ¡Madre! madre! acuérdate de mí! (*Cae apoyando la frente en el pecho de Brunilda. Largo silencio. Luégo se levanta suspirando.*) ¿La despertaré? ¿me deslumbrará su mirada? ¿se atreverá mi audacia á soportar tu esplendor? Todo gira confuso en torno mío; tiemblo al oprimir mi palpitante corazón. ¿Tendré miedo, acaso? ¡Oh madre, madre, á tu valiente hijo enseñó lo que era miedo una mujer dormida! ¿Cómo vencerlo? ¿cómo recobrar el valor? ¡para despertarme yo mismo, he de despertar á esta mujer! ¡Qué hermosos, los sonrosados labios! ¡cuál me acobardan con su tierna sonrisa! ¡Qué perfume el de su aliento! ¡Despierta! ¡despierta, mujer divina! No me oye. ¡Pidamos vida á estos labios aun á trueque de sufrir mil muertes!

(*La besa apasionado. Enseguida retrocede. Brunilda ha abierto los ojos. Ambos permanecen largo rato extasiados contemplándose.*)

BRUNILDA (*levantándose lenta y solemnemente*).—¡Salud á ti, oh Sol! ¡salud á ti, oh Luz! Yo te saludo, luz del día! Largo fué el sueño: ¿quién es el héroe que del letargo me sacó?

SIFREDO (*conmovido*).—Yo atravesé el fuego que cer-



caba el peñón ; yo te quité el fuerte casco : Sifredo se llama quien te despertó.

BRUNILDA.—¡ Salud á vosotros, oh dioses ! ¡ Salud á ti, oh mundo ! Yo te saludo, tierra floreciente ! Acabóse al fin mi sueño ! Un héroe, sí, me despertó !

SIFREDO (*enagenado*).—Oh ! salud á la madre que me dió á luz ! ¡ Salud á la tierra que me alimentó : gracias á ella puedo contemplar los ojos que alumbran mi felicidad !

BRUNILDA.—¡ Oh, salud á la madre que te dió á luz; salud á la tierra que te alimentó : sólo tus ojos podían verme, sólo por ti podía despertar! ¡Oh, Sifredo! Sifredo ! héroe bendito! tú que me volviste á la vida! si supieses cuánto te he amado siempre! Tú eras mi pensamiento, tú mi cuidado! Antes que nacieses, te protegió mi escudo; ¡ cuánto tiempo hace que te amo, Sifredo!

SIFREDO *(bajo y con temor).*—¿ De modo que no murió mi madre ? ¿ no hacía más que dormir ?

BRUNILDA (*sonriendo*).—Oh hijo tierno! tu madre no volverá más. Yo soy tú mismo, si me amas. Lo que tú no sabes, lo sé yo por ti ; pero sólo lo sé porque te quiero. ¡Oh, Sifredo ! Sifredo ! Luz vencedora ! Á ti siempre te amé ; sólo yo adiviné el pensamiento de Wotan. El pensamiento que nunca pude nombrar, que sólo pude sentir ; por él me batí, peleé y batallé ; por él hice frente á quien lo concibió ; por él fuí castigada, porque sólo lo sentí y no lo advertía ! Este pensamiento, Sifredo, era amor hacia á ti.

SIFREDO.—Como canto mágico resuena en mí lo que dices ; pero su sentido me es oscuro. Veo de tus ojos el resplandor ; percibo el calor de tu aliento ; oigo el acento de tu voz; pero lo que dices, aunque lo admiro, no lo entiendo. No puedo entender lo que me cuentas, porque todos mis sentidos sólo á ti ven y sólo á ti sienten. Tú me has enseñado á temer. Has atado con fuertes cadenas el valor que mi pecho abrigaba.

BRUNILDA (*se separa dulcemente y dirige su mirada al bosque*).—Allí veo á Grane, mi noble caballo, paciendo alegremente ; conmigo le ha despertado Sifredo.

SIFREDO.—Mi mirada se apacienta en tu boca querida, pero mis labios arden, ansiosos de que los refresquen los tuyos !

BRUNILDA.—Allí veo el escudo que protegió á héroes; allí el casco que cubrió mi cabeza : ya no me protegerán más !

SIFREDO.—Una doncella preciosa abrasó mi corazón y mi mente ; ¡ vine sin casco ni escudo !

BRUNILDA (*con tristeza*).—Veo el brillante acero de mi coraza : una espada afilada la partió en dos; rompió la defensa del cuerpo virginal. ¡Estoy sin protección ni amparo... soy una triste mujer !

SIFREDO.—Atravesando ardiente fuego llegué hasta ti ; no cubrió mi cuerpo, ni armadura, ni coraza : contra mi pecho chocaban las llamas ; mi sangre hervía, un fuego devorador se encendió en mí y ahora el que ardiente rodeaba á Brunilda, está abrasando mi propio pecho. ¡Oh! mujer celestial ! apaga este fuego devorador; extingue, al fin, estas voraces llamas !

(*La estrecha entre sus brazos. La doncella se desprende de ellos vivamente sobresaltada y huye al otro lado.*)

BRUNILDA.—Nunca osó tocarme un dios : humildes los héroes ante mí se inclinaron : pura salí del Walhalla ! ¡ Oh dolor ! oh dolor ! oh vergüenza ! contra mí se atreve mi noble despertador ! rompióme coraza y casco : ¡ ya no soy Brunilda !

SIFREDO.—Aún eres para mí la dormida doncella ; aún no interrumpí el sueño de Brunilda. ¡ Despierta ! sé mi esposa !

BRUNILDA.—Mis sentidos se conturban ; se ofusca mi mente ; ¿ acaso perderé mi ciencia ?

SIFREDO.—¿ No me dijiste que tu ciencia era el amor hacia mí ?

BRUNILDA.—¡Triste oscuridad ofusca mis miradas; mis ojos no ven ya claro: confusos me rodean entre tinieblas la angustia y el temor!

(Cúbrese los ojos con las manos.)

SIFREDO (*apartándole amorosamente las manos*).—¡Siempre rodea la noche á ojos vendados; separa tus manos y mira cuán hermoso brilla el sol!

BRUNILDA (*agitada*). —¡Claro como su luz, brilla el día de mi angustia! ¡Oh Sifredo! Sifredo! eterna fuí y dejé de serlo; pero seré eterna en amor á ti, siempre para tu bien! ¡Oh Sifredo! tesoro del mundo! vida de la tierra! héroe sonriente! ¡Oh! déjame, no te me acerques violento! ¡piedad, compasión, para tu amada! ¿Viste alguna vez en el arroyo tu clara imagen? ¿no te alegró? Y cuando movías el agua, y se agitaba la tranquila superficie, ¿no viste cómo desapareció con el agitado movimiento de las ondas? No me toques, pues; no me enturbies: así cuando yo te sonría, tu mismo te sonreirás. ¡Oh Sifredo! Sifredo, quiérete á ti propio: no destruyas á quien es tu mismo sér!

SIFREDO.—¡Cuánto te amo! Así me quisieras tú! Yo mismo ya no me pertenezco! ¡oh, si tú me pertenecieses! El agua agitada ondea ante mí; con todos mis sentidos sólo á ella veo, á esa oleada de amor: destruí mi imagen clara para apagar en el arroyo cristalino el ardor que me devora. ¡Oh! si sus olas, amándome, me tragasen en la corriente, saciaría mi deseo! Despierta, Brunilda! despierta, doncella! vive y sonríe en dulce amor! Sé mía! sé mía!

BRUNILDA.—¡Oh Sifredo! siempre fuí tuya!

SIFREDO.—Pues si siempre lo fuíste, ¿por qué no serlo ahora!

BRUNILDA.—¡Siempre seré tuya!

SIFREDO.—¡Sé desde ahora lo que siempre serás! Cuando mis brazos te enlacen, y mi pecho lata contra

el tuyo, encendidas las miradas, confundidos los alientos, unidos nuestros labios, ¡entonces dejaré de dudar de que sea mía Brunilda!

(*La estrecha en sus brazos.*)

BRUNILDA.—¿Que si soy tuya? Mágico encanto invade mi pecho; la luz del amor me ilumina. ¿Si soy tuya? ¡Oh Sifredo! Sifredo! ¿no me ves? ¿no te ciega mi mirada ardiente? ¿no te abrasan al enlazarte mis brazos? ¿no sientes el fuego de la sangre que agitada en mi circula? ¿no temes, Sifredo, la pasión de la mujer?

SIFREDO.—¡Ah! dulcísimo fuego recorre mis venas todas! ventura sin igual! Renazca el osado valor y huya para siempre el miedo que por breves momentos aprendí á conocer!

(*Dicho esto se desprende un momento de los brazos de Brunilda.*)

BRUNILDA.—¡Oh joven héroe! oh mancebo ideal! Tesoro de las más sublimes acciones! risueña he de amarte; ciega quiero entregarme á ti; sonriendo nos perderemos; nos hundiremos sonriendo! ¡Adiós, Walhalla! truéquense en polvo tus orgullosos muros! ¡Adiós, esplendor de los dioses! muere en amor, generación eterna! ¡Romped vuestras cuerdas, oh Parcas! ¡Acércate, crepúsculo de los dioses! asoma la noche de la destrucción! Para mí brilla ahora la estrella de Sifredo; será eternamente mi todo y mi dicha: mientras luzca el amor, dulce será la muerte.

SIFREDO.—Sonriente para mí despertaste: Brunilda vive! Brunilda sonríe! Bendito el sol que nos alumbra! Salud al día que nos acaricia con su luz! Salud al mundo, para el que Brunilda despierta! vive! habla! me sonríe! fulgente me ilumina la estrella de Brunilda! Será para siempre mi todo y mi dicha: mientras luce el amor, sonríe la muerte!

(*Brunilda cae en brazos de Sifredo. Baja el telón.*)

EL ANILLO DEL NIBELUNGO

TERCERA PARTE

EL CREPÚSCULO DE LOS DIOSES

PERSONAJES

SIFREDO.
GUNTHER.
HAGEN.
ALBERTO.
BRUNILDA.
GUTRUNA.
WALTRAUTA.
LAS PARCAS.
LAS NINFAS DEL RHIN.
VASALLOS, GUERREROS Y MUJERES.

PRELUDIO

En la roca de las walkirias.—La escena como en el final de la segunda parte.—Es de noche. En el fondo se observa resplandor de fuego.—Las tres Parcas (mujeres altas y envueltas en óscuras túnicas). La primera (la más vieja) se halla tendida á la derecha bajo un pino de anchurosa copa; la segunda, yace sobre una roca colocada delante de la cueva; la tercera (la más joven) está sentada sobre una roca elevada en el fondo del escenario: reina durante algunos momentos melancólico silencio.

La primera Parca *(sin moverse)*.—¿Qué luz relumbra allí?

La segunda.—¿Amanece ya?

La tercera.—El ejército de Loge rodea con llamas la roca. Aún es de noche; ¿por qué no hilamos ni cantamos?

La segunda (*á la primera*).—Cantemos é hilemos; ¿dónde sujetas la cuerda?

La primera Parca (*de pié ata mientras canta una cuerda de oro por uno de sus extremos á una rama del pino*).—Vaya bien ó vaya mal, ato la cuerda y canto. Un día, estaba hilando al pié del fresno del mundo, de cuyo

tronco brotaba un bosque de ramas; por aquella amena sombra corría cristalino un arroyuelo; sus olas murmuraban á mi oído profundas palabras; entonces entoné sagrada canción. Atrevido acercóse á beber á la fuente un dios y su osadía le costó un ojo; entonces Wotan rompió una rama de aquel fresno, haciendo con ella el mango de una lanza. Andando el tiempo, se resintió aquel bosque de la herida, cayeron las hojas y se secó el árbol, y cesó la fuente de manar. Triste fué el canto, pero ya que no puedo hilar á la sombra del fresno, me ha de servir el pino para atar mi cuerda; canta, hermana, ahí va la cuerda; sin duda no olvidaste cómo pasó esto.

La segunda Parca (*enroscando la cuerda al rededor de una piedra que sobresale de las demás, á la entrada de la cueva*).—Wotan grabó en el mango de su lanza cláusulas de contratos; con ella dominó el mundo. Un héroe joven quebróla en pedazos y así se destrozó el contrato sagrado. Entonces mandó Wotan á los héroes del Wallhalla que destrozasen las ramas secas y el tronco del fresno del mundo; cayó el fresno y la fuente quedó para siempre seca. Y así ato hoy mi cuerda á la puntiaguda roca: canta, hermana; ahí va la cuerda; ¿sabes lo que sucederá?

La tercera Parca (*cogiendo la cuerda y echando tras de sí una de sus extremidades*).—Álzase el castillo por gigantes construído: sentado está Wotan en su sala rodeado de los sagrados dioses y héroes. Allí se ve amontonada la madera que un tiempo fué el fresno del mundo. Si arde destruyendo con sus sagradas llamas el recinto, llegó el fin, para siempre, de los eternos dioses. Si aún sabéis algo más, seguid hilando la cuerda; desde el norte os la entrego; hila y canta, hermana.

(*Echa la cuerda á la segunda y ésta á la primera.*)

La primera Parca (*atando la cuerda á otra rama*).—

¿Amanece ya ó brillan las llamas? ¿Se engañan mis turbios ojos? No acierto á distinguir lo pasado. Loge se convirtió en relucientes llamas; ¿sabes tú qué fué de él?

La segunda Parca (*enroscando la cuerda al rededor de la piedra*).—Con la mágica fuerza de su lanza le dominó Wotan; daba consejos al dios: buscaba ansioso el medio de deshacerse del contrato. Wotan le obligó á rodear de fuego la roca de Brunilda; ¿qué será de él?

La tercera Parca (*volviendo á echar tras de sí la cuerda*).—Los punzantes pedazos de la destrozada lanza hundióselos Wotan en el pecho; de la herida brotó fuego devorador; el dios le arrojó el fresno del mundo en astillas convertido. Si queréis saber lo que sucederá, dad vueltas, hermanas, á la cuerda.

(*Echa la cuerda á la segunda y ésta á la primera.*)

La primera Parca.—La noche se aleja: ya nada distingo; ya no acierto á desenredar las hebras. Una visión horrible ofusca mis sentidos: ¿qué fué del oro del Rhin que robó Alberto? ¿sabes qué fué de él?

La secunda Parca (*muy deprisa y con suma dificultad, enroscando la cuerda al rededor de la piedra*).—Los cantos de la piedra cortan la cuerda; los hilos no quieren alargarse; enredado está el tejido. Envidioso lo roe el anillo del nibelungo: la maldición de la venganza destroza las hebras de mi labor: ¿sabes tú qué resultará?

La tercera Parca (*cogiendo precipitadamente la cuerda*).—La cuerda está demasiado floja; no me bastará. si tengo con ella que señalar al norte, habré de tirar mucho de ella.

(*Tira con fuerza de la cuerda y ésta se rompe por el medio.*)

La segunda.—Se rompió la cuerda!

La tercera.—Se rompió!

La primera.—Se rompió!

(*Las tres Parcas asustadas se levantan y se agrupan en el centro del escenario, y recogiendo los pedazos de la cuerda se ciñen con ella las tres juntas.*)

LAS TRES PARCAS.—Acabóse el eterno saber! Ya no podemos anunciar nada al mundo! Bajemos, bajemos con nuestra madre.

(*Desaparecen.—El crepúsculo, que poco á poco ha ido desapareciendo, se convierte en claro día, amortiguando el resplandor de fuego del fondo.*)

(*Sifredo y Brunilda salen de la cueva. Sifredo, completamente armado; Brunilda lleva de la brida su caballo.*)

BRUNILDA.—¡Cuánto me gustaría que llevases á cabo nuevas empresas heróicas, si no tuviese que dejarte! Sólo siento una cosa, y es el poco provecho que te alcanza mi cariño! Te conferí el dón que me otorgaron los dioses: ciencia y rico tesoro; el héroe ante quien me inclino, me arrebató mi pureza y con ella la ciencia; sólo me queda el amor, aunque despojado del valor antiguo; no desprecies, sin embargo, á la infeliz que sólo puede amarte y con cuya posesión nada alcanzas.

SIFREDO.—Más me concediste, mujer adorada, de lo que yo sé apreciar. No te enoje si á pesar de tus enseñanzas quedéme sin aprender. Tan sólo una cosa sé: que Brunilda vive para mí; y otra he aprendido: pensar siempre en Brunilda.

BRUNILDA.—Si quieres mostrarme tu cariño piensa tan sólo en ti, piensa en tus propios hechos! Acuérdate del fuego ardiente que rodeaba la roca y que sin miedo atravesaste...

SIFREDO.—Para lograrte fué.

BRUNILDA.—Piensa en la mujer cubierta con el escudo, que encontraste sumida en profundo sueño, y á la que sin dificultad lograste desarmar.

SIFREDO.—Para despertarte.

BRUNILDA.—Acuérdate del juramento que nos une; acuérdate de nuestro amor y siempre arderá Brunilda en tu corazón.

SIFREDO.—Ya que me veo obligado á dejarte, querida mía, bajo el amparo de ese fuego, guarda este anillo en cambio de tus consejos. En él han consistido todas mis proezas. Se lo arranqué á un dragón salvaje, que por mucho tiempo lo guardó. Ahora conserva tú su poder como símbolo de mi fidelidad.

BRUNILDA (*llena de gozo se pone el anillo*).—Avara voy á ser de tu anillo como de mi único bien; toma en cambio mi corcel; antes volaba por los aires con brío sin igual, mas perdió conmigo ese mágico poder; ya no se remontará hasta las tempestuosas nubes. Por donde le lleves, aunque sea al través del fuego, impávido te conducirá Grane, y siempre obedecerá á tu voz; cúidale bien.

SIFREDO.—Sólo por tus virtudes alcanzaré heróicas acciones; tú designarás mis combates, y tuyas serán mis victorias. Montado en tu corcel y cubierto por tu escudo, ya no veré á Sifredo en mí: tan sólo seré el brazo de Brunilda!

BRUNILDA.—¡Oh, si fuese Brunilda tu alma!

SIFREDO.—Ella es causa de mi valor.

BRUNILDA.—Así, eres tú á un tiempo Sifredo y Brunilda.

SIFREDO.—Donde estoy estamos ambos.

BRUNILDA.—¡Cuán sola se quedará, pues, mi morada en esta roca!

SIFREDO.—Unidos nos cobijará.

BRUNILDA (*exaltada de amor*).—¡Oh dioses sagrados!

¡Oh raza sublime! Dirigidnos vuestra mirada! Alejados, estaremos unidos! nunca podremos separarnos.

SIFREDO.—Salud á ti, Brunilda! Estrella luminosa! Reluciente amor!

BRUNHILDA.—Salud á ti, Sifredo! Luz vencedora! Amor de mi vida!

(*Sifredo se aleja, llevando el caballo de la brida. Brunilda le contempla largo rato desde la cumbre de la peña. En el fondo se oye el alegre sonar de la bocina de Sifredo. Cae el telón.—La orquesta imita el sonido de la bocina, reforzándolo progresivamente. Luégo empieza el primer acto.*)

ACTO I

La sala de los Guibijungos á orillas del Rhin. Ancha puerta en el fondo; á través de ella se divisa un vasto paisaje rodeado de altas rocas hasta las orillas del Rhin.

GUNTHER, HAGEN y GUTRUNA

(*Gunther y Gutruna en un sitio algo elevado están sentados á la mesa, provista de vasos y copas. Hagen, delante de ellos.*)

GUNTHER.—¿No te parece, Hagen, que es hermosa mi posesión á orillas del Rhin, para gloria de los guibijungos?

HAGEN.—Envidiable es tu felicidad. Grimilda, que á entrambos nos parió, me lo dió á comprender perfectamente.

GUNTHER.—¡Yo he de envidiarte, y no tú á mí! Si heredé las riquezas de primogénito, á ti en cambio te dieron la ciencia: por esto nunca fueron nuestros bienes causa de discordia entre hermanos naturales; sólo alabo de tus consejos la sabiduría, cuando la comparo con mi fama.

HAGEN.—Pequeña ha de ser, pues pequeña es aún la fama: muchos tesoros conozco, que aún no posee el guibijungo.

GUNTHER.—Si me los ocultas, me veré precisado á reprenderte.

HAGEN.—Á ti, Gunther, te veo sin mujer, y á ti, Gutruna, sin esposo, ya en edad madura para casaros.

GUNTHER.—¿Con quién me aconsejas que me case que sea digna de nuestro nombre?

HAGEN.—Yo sé de una mujer, la más hermosa del mundo: tiene su morada en la cumbre de unas rocas, rodeadas por ardientes llamas: sólo quien logre atravesarlas poseerá á Brunilda.

GUNTHER.—¿Podrá hacerlo mi valor?

HAGEN.—Destinado está para ello alguien más valeroso que tú.

GUNTHER.—¿Y quién es el héroe que en valor me aventaja?

HAGEN.—Sifredo, el último descendiente de los welsas: el héroe más fuerte. Un par de gemelos á quienes venció el amor, Segismundo y Sigelinda, engendraron á ese héroe valiente, educado en el bosque: esposo de Gutruna debiera ser.

GUTRUNA.—¿Qué hizo para aclamarle por el más esforzado entre los héroes?

HAGEN.—En la cueva de la envidia custodiaba el tesoro del nibelungo un monstruoso dragón: Sifredo con victoriosa espada le quitó la vida. Hecho tan extraordinario aclamó la fama del héroe.

GUNTHER.—Oí hablar del tesoro del nibelungo, que encierra la más envidiable joya.

HAGEN.—Á quien supiese emplearla bien se le humillaría el mundo entero.

GUNTHER.—¿Y Sifredo la ha ganado?

HAGEN.—Esclavos suyos son los nibelungos.

GUNTHER.—¿Y tan sólo él puede obtener á Brunilda?

HAGEN.—El fuego no cedería el paso á ningún otro.

GUNTHER (*levantándose de mal humor*).—¿Por qué despiertas en mí la duda y la discordia? ¿Por qué hacerme desear lo que alcanzar no puedo?

HAGEN.—¿Si Sifredo te trajese la novia á tu casa, no sería entonces tuya?

GUNTHER (*paseando conmovido de uno á otro lado de la estancia*).—¿Y qué poder lograría que ese héroe famoso me ofreciese á Brunilda?

HAGEN.—Fácilmente lo conseguiría tu súplica, si antes Gutruna le sedujese.

GUTRUNA.—¿Cómo había yo de seducir á Sifredo? Siendo el héroe más valiente del mundo, sin duda le habrán ofrecido su amor las más hermosas mujeres.

HAGEN.—Acuérdate de la bebida que guardas en ese armario: el héroe á quien tú desees, quedará sujeto a ti con cadenas de amor. Si viniese, pues, Sifredo y bebiera de este licor, aunque antes haya amado y se haya entregado á otra mujer, la olvidaría por ti. Y ahora decid, ¿qué os parece mi consejo?

GUNTHER (*que, sentándose de nuevo, ha escuchado con grande atención*).—¡Honor á Grimilda que nos dió semejante hermano!

GUTRUNA.—¡Si pudiese ver á Sifredo!

GUNTHER.—¿Dónde le encontraremos?

HAGEN.—Como anda recorriendo el mundo en busca de aventuras, no será difícil que llegue hasta el alcázar de Guibij.

GUNTHER.—Con placer le vería aquí. (*Suena á lo lejos la bocina de Sifredo. Escuchan.*) Del Rhin parece llegar el sonido de la bocina.

HAGEN (*acercándose á la orilla, y mirando al río*).—En una misma barca se aproximan un guerrero y su caballo. Diríase que los remos obedecen al impulso de cansada mano, y sin embargo la pesada lancha deslízase ligera remontando la corriente! Sólo quien mató

el dragón es capaz de tal empresa! Será Sifredo, sí; ¡no puede ser otro!

GUNTHER.—¿Pasa de largo?

HAGEN (*llamando hacia la barca*).—¡Eh! hola! ¿á dónde vas, héroe insigne?

SIFREDO (*desde el río*).—Á encontrar al poderoso hijo de Guibij.

HAGEN.—¡Te ofrezco su morada: atraca aquí! Yo te saludo, noble héroe!

(*Sifredo arriba á la orilla.— Gunther se dirige hacia ella acompañado de Hagen. Gutruna observa á Sifredo desde su sitio con gozosa sorpresa; cuando van á entrar sus hermanos y el forastero, se aleja por una puerta de la izquierda que conduce á su cuarto.*)

SIFREDO (*que ha conducido su caballo á tierra, y está tranquilamente apoyado en él*).—¿Cuál de vosotros es el hijo de Guibij?

GUNTHER.—Yo soy.

SIFREDO.—Desde muy lejos, en el Rhin, oí alabar tu fama: vengo, pues, á luchar contigo ó á ofrecerte mi amistad.

GUNTHER.—¿Á qué luchar? ¡Bienvenido seas!

SIFREDO.—¿Dónde dejo mi caballo?

HAGEN.—Descuida; yo le daré sitio en que descansar.

SIFREDO.—Me llamaste Sifredo; ¿acaso me habías visto alguna vez?

HAGEN.—Te conocí sólo por tu vigor.

SIFREDO.—Cúidame bien á Grane; de seguro que nunca llevaste de la brida caballo de más noble raza.

(*Hagen conduce el caballo á la derecha, detrás de la casa, y vuelve luégo. Gunther entra con Sifredo en la sala.*)

GUNTHER.—Saluda con alegría, oh héroe, la mansión de mi padre; considera como tuyo cuanto veas: tuyos son mi herencia, mis tierras, mis caballos, y aun mi propia persona.

SIFREDO.—Ni herencia, ni tierras, ni vasallos, ni paternal morada puedo ofrecerte; mi persona y mi espada es lo único que poseo, lo único que te ofrezco.

HAGEN (*detrás de ellos*). —Pero la fama te dice dueño del tesoro del nibelungo!

SIFREDO.—Casi me olvidaba de él; en tanto estimo su inútil posesión! Lo dejé en una gruta que un tiempo guardaba una fiera.

HAGEN.—¿Y no te llevaste nada de él?

SIFREDO (*señalando el casco pendiente de su cinturón*).—Este casco, cuya virtud ignoro.

HAGEN.—De ese casco he oído hablar; es la obra más perfecta de los nibelungos. Poniéndotelo puedes tomar cualquier forma; si quieres encontrarte en el más apartado lugar, allí te conducirá en un momento. Y, ¿nada más te llevaste del tesoro?

SIFREDO.—¡Un anillo!

HAGEN.—Que debes tener muy bien guardado.

SIFREDO.—Lo guarda una mujer sublime.

HAGEN (*para sí*).—¡Brunilda!

GUNTHER.—No tienes que ofrecerme tus tesoros en pago de mi hospitalidad. Te serviré con gusto sin recompensa.

(*Hagen se ha dirigido al cuarto de Gutruna y abre la puerta. Gutruna sale llevando un cuerno lleno de licor, y se acerca á Sifredo.*)

GUTRUNA.—¡Bienvenido sea el huésped en casa de Guibij! su hija te ofrece el licor de la hospitalidad.

SIFREDO (*se inclina respetuoso, coge el cuerno, queda pensativo por breve rato y dice en voz baja*):—Aunque olvidase cuánto me has dado, no dejaría de acordarme de una cosa. Á tu amor, Brunilda, dedico la primera libación. (*Bebe y devuelve el cuerno á Gutruna, que avergonzada y aturdida baja los ojos. Con repentina pasión, fija en Gutruna su mirada.*) Tú que como un rayo has herido mi corazón; ¿por qué ante mí bajas los ojos?

(*Gutruna ruborizándose levanta los ojos.*) ¡Ah, mujer hermosa, cierra esos ojos; sus rayos me abrasan: mi sangre circula en corrientes de fuego convertida! (*Con temblorosa voz.*) Gunther, ¿cómo se llama tu hermana?

GUNTHER.—Gutruna.

SIFREDO.—¿Serán de buen augurio para mí las miradas que me dirige? (*Coge la mano de Gutruna con ardor.*) Ofrecí á tu hermano mi persona; y él, orgulloso, rehusó mi amistad. ¿Si á ti ofreciese mi corazón, me rechazarías también altiva?

(*Gutruna inclina la cabeza, como no considerándose digna de él y sale con inseguro paso de la estancia.*)

SIFREDO (*la sigue con la vista extasiado, mientras Hagen y Gunther le observan atentos; luégo, sin volverse, pregunta*): Gunther, ¿tienes mujer?

GUNTHER.—No la tengo aún y considero difícil obtenerla. En una puse mis pensamientos, sin que me sea dado alcanzar su mano.

SIFREDO (*volviéndose á él con viveza*).—¿Qué no podras alcanzar tú, estando yo contigo?

GUNTHER.—Sobre altas rocas se yergue su morada; el fuego la rodea.

SIFREDO (*admirado y como recordando algo ya olvidado tiempo há, repite en voz baja*):—¿Sobre altas rocas se yergue su morada? ¿El fuego la rodea?...

GUNTHER.—Sólo aquel que impávido atraviese el fuego...

SIFREDO (*interrumpiéndole súbitamente*).—¿Sólo aquel que impávido atraviese el fuego...?

GUNTHER.—Será el libertador de Brunilda (*Sifredo da á entender por un gesto, al oir el nombre de Brunilda, que se habia olvidado completamente de ella*). Yo no puedo llegar á su morada; el fuego nunca ha de cederme el paso.

SIFREDO (*contestando precipitadamente*).—No le temo:

para ti alcanzaré á la mujer; tu aliado soy y tuyo es mi valor, si en cambio me das á Gutruna.

GUNTHER.—Gustoso te la otorgo.

SIFREDO.—Pues yo te alcanzaré á Brunilda.

GUNTHER.—¿Cómo lograras engañarla?

SIFREDO.—Me valdré de la virtud de mi yelmo.

GUNTHER.—Préstame juramento de fidelidad.

SIFREDO.—Confirme nuestra propia sangre el juramento.

(*Hagen llena un cuerno de vino; Sifredo y Gunther se hacen una cortadura en sus brazos con las espadas y dejan manar su sangre, por espacio de algunos instantes, en la vasija.*)

SIFREDO Y GUNTHER.—Dejemos caer á gotas en ese brebaje la sangre y con ella la vida: únanos por su medio fraternal amor. Fidelidad bebo, florezca libre y alegre nuestra unión. Si rompe uno de los dos el juramento, lo que hoy en gotas bebimos salga á torrentes del pecho del traidor, y expíe su infidelidad. Así, te brindo alianza. Así, te ofrezco serte fiel.

(*Beben cada uno la mitad del contenido; luégo Hagen, que durante esta ceremonia estaba á un lado, rompe con su espada el cuerno. Sifredo y Gunther se dan las manos.*)

SIFREDO (*á Hagen*).—¿Por qué no tomaste parte en el juramento?

HAGEN.—Mi sangre os hubiera enturbiado la bebida; no es pura y noble como la vuestra; es áspera y fría, incapaz de colorearme las mejillas. Por esto me alejé de vuestro ardiente juramento.

GUNTHER.—Deja á ese hombre melancólico.

SIFREDO.—En marcha, pues! Allí está mi barca; presto nos conducirá á la roca; pasarás una noche esperándome en la barca, y luégo te llevarás á tu casa a la mujer.

GUNTHER.—¿No quieres antes descansar?

SIFREDO.—Ansío regresar pronto. (*Se va á la orilla.*)

GUNTHER.—Hagen, guarda tú la casa.

(*Sigue á Sifredo. Gutruna aparece en la puerta de su cuarto.*)

GUTRUNA.—¿Á dónde van tan precipitadamente?

HAGEN.—Á embarcarse para seducir á Brunilda.

GUTRUNA.—Sifredo?

HAGEN.—Mira cuánto anhela verte su esposa!

(*Se sienta con lanza y escudo enfrente de la habitación. Sifredo y Gunther se alejan.*)

GUTRUNA.—Mío... Sifredo! (*Entra en su habitación.*)

HAGEN (*después de largo silencio*).—Aquí estoy para guardar su morada contra el enemigo. Á merced del viento navega el hijo de Guibij; anda en busca de una esposa. Empuña un héroe el timón; por ella quiere exponerse al peligro; á su propia desposada le entregará, pero á mí me traerá el anillo; vosotros, hombres libres, compañeros alegres, dejáos conducir allá por el viento. Aunque os parezca despreciable, vosotros serviréis al hijo del nibelungo.

(*Cae un telón que oculta la decoración anterior. Después de ejecutar la orquesta un breve intermezzo y de la mutación de escena, vuelve á levantarse el telón.*)

La altura en las rocas, como en el prólogo

BRUNILDA (*sentada á la entrada de la gruta, admira en silencio el anillo de su amante; luégo, abismada en amorosos recuerdos, lo cubre de besos, cuando de pronto oye lejano rumor, presta atención y mira á uno de los lados del fondo del escenario*).—Paréceme conocido ese rumor

que viene de lo lejos; á escape se acerca un caballo, volando por los aires. Llega en una nube á esta roca! ¿Quién vendrá á perturbar mi soledad?

WALTRAUTA (*cuya voz suena á lo lejos*).—Brunilda! hermana! ¿duermes ó estás despierta?

BRUNILDA (*levantándose*).—¡Es la voz de Waltrauta! ¿Vienes aquí, hermana? Apéate allí en el bosque que tan bien conoces, y deja descansar tu corcel. ¿Tan atrevida eres que vienes á verme? ¿no temes, dí, saludar á Brunilda?

(*Waltrauta ha salido precipitadamente del pinar; Brunilda, dirigiéndose veloz hacia ella, en su alegría no advierte la turbación de Waltrauta.*)

WALTRAUTA.—Sólo por ti vine.

BRUNILDA (*muy contenta*). —¿Con que te atreviste tan sólo por amor á mí á quebrantar el mandato del padre de los combates? ¿Ó acaso se habrá calmado el furor de Wotan contra mí? Cuando, contrariando las órdenes del dios, protegí á Segismundo, cumplía á pesar de todo su deseo: ya sé que algo menguó su furor; pues aunque me condenase al sueño y me sujetase á la roca, otorgóme que no fuese cualquier caminante quien pudiese despertarme, rodeando mi lecho de ardientes llamas para amedrentar á los cobardes. Así su castigo me llenó de ventura; el héroe más valiente me hizo su mujer; su amor me hace ahora feliz y dichosa. ¿Envidias mi suerte? ¿quieres gozar de mi dicha y compartir conmigo lo que la fortuna me deparó?

WALTRAUTA.—¿Compartir contigo el vértigo que se apoderó de ti, loca de amor? Otra cosa fué la que me obligó en mi angustia á romper el mandato de Wotan.

BRUNILDA.— Temor y miedo te dominan. De modo que no ablandó su cólera el dios riguroso?

WALTRAUTA.—Si yo pudiese temerla, tendría fin mi pesar.

BRUNILDA.—Me sorprendes; no te entiendo!

WALTRAUTA.—Calma tu emoción y escucha. La misma angustia que del Walhalla aquí me trajo, me vuelve allí.

BRUNILDA (*asustada*).—¿Qué es de los dioses eternos?

WALTRAUTA.—Atiende y medita cuánto voy á decirte. Desde que se separó de ti, no nos ha vuelto á guiar Wotan al combate. Indecisas y siempre temerosas seguimos al ejército. Evita encontrar á los valerosos héroes del Walhalla; sólo y sin descanso viaja por el mundo á caballo. Últimamente llegó empuñando su lanza hecha astillas: un héroe se la había destrozado. Sin decir palabra ordenó á los nobles del Walhalla que fuesen al bosque á derribar el fresno del mundo, y mandó amontonar al rededor del sagrado recinto los pedazos del árbol. Luégo convocó el consejo de los dioses; él mismo lo presidió, y á su alrededor se sentaron todos angustiados; los héroes llenaron la estancia. Sentado estaba él presidiendo, mudo é inmóvil, en su sagrado trono, y teniendo en la mano los trozos de la lanza; ya no prueba las manzanas de Holda: dominados están los dioses por la angustia. Mandó á sus dos cuervos á viaje: una vez volvieron con buenas noticias; luégo otra, y fué la última; por postrera vez se sonrió el eterno. Á sus rodillas abrazadas yacíamos nosotras las walkirias: mas permaneció indiferente á nuestras suplicantes miradas; á todas nos devoraba el temor y la angustia. Contra su pecho yo misma me abracé llorando: entonces alzó los ojos, pensó en ti, Brunilda, exhaló profundo suspiro, cerró otra vez los párpados, y como soñando dijo: «Si devolviese el anillo á las hijas del hondo Rhin, libertaría al dios y al mundo de su maldición.» Entonces pensé en lo que dijo; abandoné, sin ser vista, la silenciosa multitud que le rodeaba; monté á caballo, y á escape vine

á verte. Y ahora te suplico y te conjuro, hermana, que hagas lo que puedas, poniendo término al eterno sufrir.

BRUNILDA.—Tristes hechos me cuentas. Yo no pertenezco ya á la raza de los dioses, ni comprendo lo que dices. Locas y sin ilación me parecen tus palabras; en tus cansados ojos brilla ardiente llama; ¿qué quieres de mí?

WALTRAUTA *(con precipitación)*.—Ese anillo que llevas en tu mano..... despréndete de él en favor de Wotan.

BRUNILDA.—¿Desprenderme del anillo?

WALTRAUTA.—Devuélvelo á las hijas del Rhin.

BRUNILDA.—¿Yo, á las hijas del Rhin, la prenda de amor de Sifredo? ¿Estás en tu juicio?

WALTRAUTA.—Óyeme: considera mi angustia! En él estriba el mal del mundo todo. Arrójalo de ti á las olas, para librar al Walhalla de la desgracia; tira el anillo maldito.

BRUNILDA.—¡Ah! ¿no sabes lo que para mí representa este anillo? Es más que las delicias del Walhalla, más que la gloria de los dioses eternos; porque en él brilla para mí el amor divino de Sifredo. ¡Ah! si pudiese decirte lo que es este amor! Por él conservo ese anillo; en él depositó su cariño! Vé, y en el consejo de los dioses díles que jamás lo obtendrán, que nunca les daré mi amor, aunque se derrumbe y se convierta en escombros la brillante pompa del Walhalla.

WALTRAUTA.—¿Es esa tu fidelidad? ¿Así abandonarás a tu hermana, cuando la ves sumida en la mayor zozobra?

BRUNILDA.—Vete de aquí; monta tu corcel y aléjate: no lograrás arrancarme el anillo.

WALTRAUTA.—¡Oh dolor! ¡desgraciada de ti, hermana! ¡desgraciados los dioses del Walhalla!

(Se va precipitadamente en dirección al pinar, y á poco rato óyese el vuelo rápido de su corcel).

BRUNILDA *(sigue con la mirada á su hermana, llevada por tempestuosa nube, que no tarda en perderse en lontananza)*. Alejaos, nubes y relámpagos por el viento empujados: idos, y no volváis á acercaros aquí. *(Anochece; el fuego empieza á brillar en el fondo.)*—El crepúsculo vespertino ilumina el cielo con luz suave; en brillo aumentan las llamas que me protegen. ¿Por qué se elevarán ondeantes hasta alcanzar la cumbre de esta escarpada roca? *(Suena en el fondo la bocina de Sifredo. Brunilda escucha, y luégo dice henchida de ternura)*: ¡Sifredo!... ¿de vuelta ya Sifredo? ¡me anuncia su llegada! Voy, voy á salir á su encuentro! Voy á echarme en los brazos de mi dios.

(Llena de alegría corre hacia el fondo. Llamas de fuego saltan sobre la cumbre de las rocas: de ellas sale Sifredo é inmediatamente las llamas vuelven á retroceder y á resplandecer como antes en el fondo del escenario. Sifredo lleva en la cabeza el yelmo, que le cubre toda la frente y tan sólo le deja libres los ojos; aparece en forma de Gunther.)

BRUNILDA (*asombrada*).—¿Traición? ¿quién vino hasta aquí?

(Retrocede hasta el fondo y contempla asombrada y muda á Sifredo).

SIFREDO (*en el fondo, sobre la roca la observa largo tiempo, apoyado en su escudo; luégo, con voz fingida y profunda*).—¡Brunilda! hasta aquí vino quien no teme el fuego. ¡En tu busca llegué; sígueme y sé mi esposa!

BRUNILDA (*agitada por vivo temblor*).—¿Quién es ese hombre?... ¿cómo logró lo que sólo al más fuerte estaba destinado?

SIFREDO (*continuando en el mismo lugar*).—Un héroe que te dominará por la fuerza si la fuerza puede obligarte.

BRUNILDA (*horrorizada*).—Algún brujo es quien subió hasta esa piedra; volando vino un águila, á despe-

Meisenbach.

dazarme. ¿Quién eres tú, horrible aparición? (*Sifredo calla.*) ¿Desciendes de hombres? ¿Ó acaso del nocturno ejército de Hella?

SIFREDO (*después de largo silencio*).—Un guibijunjo soy; Gunther se llama el héroe á quien como esposa habrás de seguir.

BRUNILDA (*desesperada*). —¡Wotan, dios furioso y cruel! ¡Oh desdicha! ahora comprendo el rigor de tu castigo: ¡me entregas al dolor y á la vergüenza!

SIFREDO (*salta de la roca y se acerca á Brunilda*).—Cercana está la noche: conmigo has de desposarte en tu morada.

BRUNILDA (*mostrándole con aire amenazador el dedo en que lleva el anillo*).—¡Lejos de mí! ¡Teme ese símbolo! no lograrás forzarme á ese oprobio, mientras me proteja este anillo.

SIFREDO.—Cásate con Gunther; por su poder te casarás con él.

BRUNILDA.—¡Atrás, ladrón! atrás..... bandido! ¡No oses acercarte! con el anillo soy fuerte como el acero: ¡nunca me lo quitarás!

SIFREDO.—Tú misma me indicas que debo despojarte de él.

(*Se precipita sobre ella; luchan. Brunilda se desprende de sus brazos y huye. Sifredo la alcanza. Luchan de nuevo: la coge y le arranca el anillo. Brunilda suelta un grito y se deja caer como rendida sobre la roca en forma de banco, delante de la cueva.*)

SIFREDO.—¡Ya eres mía! ¡Brunilda, esposa de Gunther, llévame ahora á tu aposento!

BRUNILDA (*casi desmayada*).—¿Cómo has de poderte defender, mujer miserable!

(*Sifredo la hace entrar con imperioso ademán: temblando y con inseguro paso entra en su cuarto).*

SIFREDO (*tirando de la espada y volviendo á hablar con su voz natural*).—Ahora, Nothung, sé tú testigo de que

honestamente alcancé á esta mujer guardando al hermano fidelidad; líbrame pues ahora de su novia!

(*Sigue á Brunilda*).

CAE EL TELÓN

ACTO II

La orilla del rio enfrente del alcázar de Guibij: á la derecha la entrada de la casa; á la izquierda la orilla del Rhin desde la cual hacia la derecha del fondo atravesando parte del escenario, se elevan altas rocas cortadas de vez en cuando por algunos senderos. Entre esas rocas se ven tres, consagradas, una á Fricka, otra mayor y situada á mayor altura, á Wotan, y á un lado otra igual, á Donner.—Es de noche.—Hagen, con la lanza en una mano y el escudo en la otra, está sentado y dormido en el dintel. De pronto brilla la luna iluminando al centinela: Alberto, encogido delante de Hagen y con los brazos apoyados en las rodillas.

ALBERTO.—¿Duermes, Hagen, hijo mio? ¿Duermes y no me oyes, á mí, á quien el sueño hizo traición?

HAGEN (*en voz baja y sin moverse, de modo que parece seguir durmiendo, á pesar de tener los ojos abiertos*).—Ya te oigo, enano; ¿qué tienes que decirme mientras duermo?

ALBERTO.—Atiende al poder de que dispones, si eres tan valiente como la madre que te dió á luz.

HAGEN.—Aunque me dió mi madre valor, no puedo estarle agradecido de que sucumbiera á tus astucias: viejo me veo y pálido, siendo aún joven, y odio á la gente jovial; ¡no sé lo que es alegría!

ALBERTO.—¡Hagen, hijo mío, odia á la gente jovial! así me amarás como debes, á mí que siempre viví reñido con la alegría! Si eres fuerte, valeroso y prudente, pesares dará nuestra enemistad á los que combatimos. Quien una vez me quitó el anillo, Wotan el feroz ladrón, fué derrotado por su propia raza: el welsa le arrebató poder y dominio. Toda la generación de los dioses ve espantada acercarse su fin. ¡Ya no le temo! ha de caer con todos ellos! ¿Duermes, Hagen, hijo mío?

HAGEN (*sin variar de postura*).—¿Quién heredaría entonces el inmenso poder?

ALBERTO.—Nuestro sería el mundo si no me faltase tu fidelidad, y si arden en ti mi furor y mi deseo de venganza. El welsa rompió la lanza de Wotan; en rudo combate mató al dragón y se hizo dueño del anillo: el Walhalla y todo el país de los nibelungos se le postran; en ese héroe, que nunca conoció el miedo, se embota mi propia maldición: ignorando el valor del anillo no utiliza su fuerza envidiable; sonríe y nada en amor y dicha. Sólo en su perdición estriba nuestra completa victoria. ¿Me escuchas, Hagen, hijo mío?

HAGEN.—Él mismo coadyuva á mi plan con su propia perdición.

ALBERTO.—Lo que importa es recobrar el anillo de oro. El welsa adora á una mujer; si ella le llega á aconsejar que se lo devuelva á las hijas del Rhin, á quienes yo en otro tiempo engañé en la profundidad de las aguas, para siempre habría perdido el oro, ya no tendría medio de volverlo á alcanzar. Vé, y sin titubear, dirige al anillo tus pasos: con ese objeto te engendré... para que te hicieses poderoso contra los héroes. Verdad que no te dí suficiente fuerza con que hacer frente al dragón, lo que sólo al welsa fué concedido, mas te eduqué para que pudieses alimentar

en tu pecho odio tenaz; con él lograrás vengarme y hacerme recobrar el anillo para escarnio del welsa y de Wotan! ¿Me lo juras, Hagen, hijo mío?

HAGEN.—¡Descuida, obtendré el anillo!

ALBERTO.—¿Me lo juras?

HAGEN.—Á mí mismo me lo juro; acalla tus temores.

(*La sombra cada vez más densa vuelve á cubrir á Hagen y á Alberto: empieza á amanecer por la parte del Rhin.*)

ALBERTO (*mientras va desapareciendo á la vista, en voz más baja*).—¡Sé fiel, Hagen, hijo mío! héroe querido, sé fiel! sé fiel!

(*Alberto ha desaparecido completamente. Hagen, que ha conservado su primitiva actitud, mira sin moverse y fijamente hacia el Rhin. Sale el sol y se refleja en el agua*).

(*Sifredo aparece de pronto en la orilla saliendo de entre unos matorrales. Preséntase en su propia figura, pero con el yelmo puesto: se lo quita y lo cuelga del cinturón.*)

SIFREDO.—¡Hola! perezoso Hagen! ¿no me ves llegar?

HAGEN (*levantándose poco á poco*).—¡Ah! Sifredo! héroe querido! ¿De dónde vienes tan precipitadamente?

SIFREDO.—De la peña de Brunilda. Tan rápido fué mi viaje, que allí tomé el aliento con el que ahora te llamaba: más despacio me sigue una pareja pasando en una barca el río.

HAGEN.—¿De modo que obligaste á Brunilda...?

SIFREDO.—¿Está despierta Gutruna?

HAGEN.—¡Hola! Gutruna! ha llegado Sifredo! ¿qué aguardas?

SIFREDO.—Á los dos os diré cómo vencí á Brunilda.

(*Gutruna saliendo, acude presurosa á su encuentro.*)

SIFREDO.—Bienvenida, hija de Guibij. ¡Buenos mensajes traigo!

GUTRUNA.—En nombre de todas las mujeres te saluda Freia.

SIFREDO.—Recibe amorosa y alegre á quien en breve será tu esposo.

GUTRUNA.—¿ De modo que sigue á mi hermano Brunilda ?

SIFREDO.—Fácil fué conquistarle la mujer.

GUTRUNA.—¿ No le repelió el fuego ?

SIFREDO.—Aunque me hubiese podido devorar, gustoso lo desafié por él, pues de ese modo alcanzaba tu mano.

GUTRUNA.—¿ Pero no te ha lastimado ?

SIFREDO.—Á mí me alegraba aquel ardor.

GUTRUNA.—¿ Brunilda te tomó por Gunther ?

SIFREDO.—Ni en un ápice me diferenciaba de él; gracias al poder del yelmo, según me lo predijo Hagen.

HAGEN.—Buen consejo te dí.

GUTRUNA.—¿ Así lograste dominar á aquella valiente mujer ?

SIFREDO.—Cedió á la fuerza de Gunther.

GUTRUNA.—¿ Y se desposó contigo ?

SIFREDO.—Durante toda la noche de boda, obedeció á su marido.

GUTRUNA.—¿ Pero te tuvo por tal ?

SIFREDO.—Sí ; pero mi pensamiento estaba contigo.

GUTRUNA.—¿ Pero á tu lado estaba Brunilda ?

SIFREDO *(señalando á su espada)*. — Tan cerca, como cerca está el Norte del Este y Oeste : tan lejos estaba Brunilda de mí.

GUTRUNA.—¿ Cómo recibió á Gunther cuando la dejaste ?

SIFREDO.—Al rayar el alba, atravesando las llamas que iban extinguiéndose, me la llevé de allí y la conduje á la llanura, y llegado que hubimos al sitio destinado donde tenía que esperarnos tu hermano, ocupó el Gunther verdadero el puesto del falso, y yo por

medio del poder del yelmo, en un momento me transporté aquí. Ahora, empujados por favorable brisa, se acercan los desposados; disponeos á recibirlos.

GUTRUNA.—¡Ah, Sifredo! miedo tengo de tu poder.

HAGEN (*mirando desde el fondo, río abajo*).—Á lo lejos veo una vela.

SIFREDO.—¡Dad, pues, las gracias al mensajero!

GUTRUNA.—Recibámosla con júbilo, para que se quede aquí gustosa y alegre! Hagen, llama á todos los vasallos para que estén presentes á las bodas de la corte de Guibij! Alegres mujeres llamaré á la fiesta, que gustosas os seguirán. *(Atravesando la sala y dirigiéndose á la entrada en donde estaba Sifredo.)* ¿Descansas?

SIFREDO.—¡Descanso para poderte ayudar mejor!

(Sifredo la sigue. Ambos se dirigen á la sala.)

HAGEN *(de pié en la altura, de cara á la pradera, hace sonar con toda su fuerza una bocina, que es un gran cuerno de toro).*—¡Hola!... ¡Eh! ¡Vasallos de Guibij, levantaos! Prestad al país vuestras armas! Disponeos para el combate!

(Vuelve á tocar el cuerno. De distintas direcciones contestan los ejércitos. De las cumbres como del llano llegan precipitadamente diferentes vasallos, todos armados.)

LOS VASALLOS (*primero llegan sueltos, luégo van viniendo cada vez en mayor número*).—¿Por qué nos llamas? ¿por qué reunes los ejércitos? ¡Venimos armados y dispuestos á la batalla, Hagen! ¿Qué pasa? ¿qué enemigo se acerca? ¿contra quién tenemos que pelear? ¿necesita Gunther de nuestra ayuda?

HAGEN *(desde la altura).*—Estad sobre aviso y no descanséis: tenéis que recibir á Gunther que se ha desposado.

LOS VASALLOS.—¿Se acecha algún peligro? ¿le oprimen enemigos?

HAGEN.—Conduce á su morada á una preciosísima mujer.

Los VASALLOS.—¿ Acaso los enemigos de sus vasallos los persiguen ?

HAGEN.—Solos vienen ; nadie los persigue.

Los VASALLOS.—¿ De modo que venció el peligro y soportó la lucha ?

HAGEN.—El vencedor del dragón fué quien venció el peligro : Sifredo, el héroe, quien le dió la dicha.

Los VASALLOS.—¿ Y en qué tienen ahora que ayudarle los héroes ?

HAGEN.—Tenéis que inmolar vuestros mejores bueyes ; que vea Wotan correr su sangre en el ara para él consagrada.

Los VASALLOS.—¿ Qué más quieres de nosotros ?

HAGEN.—Tenéis que inmolar al dios de la alegría un jabalí, un morueco á Donner y ovejas á la diosa Fricka, á fin de que les conceda feliz unión.

Los VASALLOS (*demostrando cada vez más su alegria*). —¿ Qué haremos luégo de haber inmolado á esos animales ?

HAGEN.—Tomad los vasos que os servirán las mujeres, llenos de hidromiel.

Los VASALLOS.—¿ Y qué haremos con los vasos en la mano ?

HAGEN.—Beberéis hasta que os venza la embriaguez : todo en honor de los dioses para que les concedan feliz unión.

Los VASALLOS (*soltando la carcajada*).—¡Sonríe la grandeza, la dicha y la alegría sonríe al Rhin, pues hasta el sombrío Hagen se alegra !

HAGEN (*que ha estado siempre muy serio*).—¡ Cesad ya de reir, valientes vasallos ! Recibid á la prometida de Gunther ; allí viene con él Brunilda. (*Ha bajado y se ha metido entre los vasallos.*) ¡ Sed fieles y obedientes á vuestra soberana : si alguna vez la aflige alguna desventura, estad prontos á la venganza !

(Gunther y Brunilda. Llegan en la barquilla. Algunos va-

sallos saltan al río y empujan la barca á tierra. Mientras Gunther y Brunilda son conducidos á la orilla, los vasallos cruzan las armas. Hagen está en el fondo á un lado.)

LOS VASALLOS.—¡Bienvenidos! bienvenidos Gunther, el héroe y su prometida!

GUNTHER (*dando la mano á Brunilda para ayudarla á salir del bote*).—Al Rhin os traigo á Brunilda, á la mujer más hermosa: jamás fué desposada otra más noble! Los dioses fueron propicios á la raza de los guibijungos, y por fin obtiene ahora el más alto honor!

LOS VASALLOS (*golpeando las armas*).—¡Salud á ti, Gunther, el más feliz de los guibijungos!

(Brunilda pálida, y baja la mirada, sigue á Gunther que la conduce hacia el portal, del cual salen Sifredo y Gutruna acompañados de algunas mujeres.)

GUNTHER (*parándose con Brunilda en el umbral*).—¡Yo te saludo, héroe querido; yo te saludo, hermana mía! Satisfecho te veo al lado del que por esposa te obtuvo. Dos parejas felices veo en mi casa. Brunilda y Gunther, Gutruna y Sifredo!

(Brunilda se asusta, alza los ojos, ve á Sifredo: suelta la mano de Gunther, llena de emoción da un paso hacia Sifredo, retrocede luégo espantada y clava en él la vista. Asombro general.)

VASALLOS Y MUJERES.—¿Qué le pasa?

SIFREDO (*se adelanta tranquilamente hacia Brunilda*).—¿Qué te sorprende?... ¿qué te aqueja, Brunilda?

BRUNILDA (*medio desmayada*).—Sifredo... aquí!... Gutruna?...

SIFREDO.—Me he desposado con la bella hermana de Gunther, como tú con él.

BRUNILDA.—¿Yo... Gunther?... mientes! Todo está á mi alrededor sumido en tinieblas...

(Vacila, y próxima ya á perder los sentidos, Sifredo acude á sostenerla.)

BRUNILDA (*débil y en voz baja á Sifredo*).—¡Sifredo... no me conoces ya!...

SIFREDO.—Gunther, tu mujer está enferma! (*Gunther se acerca.*) ¡Despierta, mujer! aquí está tu esposo. (*Mientras Sifredo diciendo eso señala á Gunther, repara Brunilda en el anillo de Sifredo.*)

BRUNILDA (*muy sobresaltada*).—¡Ah! el anillo... en su mano! Él... Sifredo?

VASALLOS Y MUJERES.—¿Qué le pasa?

HAGEN (*desde el fondo saliendo entre los vasallos*).—Atended á las quejas de esa mujer!

BRUNILDA (*haciendo un poderoso esfuerzo para ocultar su grande emoción*).—Ví en tu mano un anillo: no es tuyo, á mí me lo arrancó ese hombre! (*Señalando á Gunther.*) ¿Cómo te ha de haber entregado el anillo?

SIFREDO (*mirando atentamente el anillo que lleva*).—No lo recibí de su mano!

BRUNILDA (*á Gunther*).—Si fuiste tú quien me quitó el anillo, por el cual me casé contigo, reclámale el derecho que tienes sobre él.

GUNTHER (*confundido*).—¡El anillo!... yo no le dí ninguno; pero, ¿lo conoces bien?

BRUNILDA.—¿Dónde está, pues, el que robaste?

(*Gunther, más perplejo, calla.*)

BRUNILDA (*furiosa*).—¡Ah! Ese fué quien me arrancó el anillo: Sifredo, ese ladrón traidor!

SIFREDO (*que sumido en la contemplación del anillo se acuerda de pasados tiempos*).—No alcancé el anillo de ninguna mujer; y no obstante luchando, á una mujer se lo arranqué: reconozco muy bien lo que una vez gané venciendo á aquel formidable dragón en la cueva de la envidia.

HAGEN (*interponiéndose entre ambos*).—Brunilda, mujer valiente, ¿conoces bien el anillo? Si es el que diste á Gunther, entonces es tuyo, y Sifredo lo ganó por traición, que tiene que purgar el infiel!

BRUNILDA (*con profundo dolor*). — ¡ Mentira ! engaño ! traición ! cobarde traición... como jamás castigó venganza alguna !

GUTRUNA.—¡ Traición !

LOS VASALLOS.—¿ Á quién se hizo traición ?

BRUNILDA.—¡ Dioses sagrados ! ¡celestiales guías del destino ! ¿ Fué tal vuestra voluntad ? ¿Queréis probarme con tales tormentos como jamás padeció mortal alguno ? ¿ Me hacéis sufrir tal ignominia como nadie sufrió ? ¡ Aconsejadme ahora pues una venganza cual nunca haya existido ! Encended en mí una ira que nunca haya podido domarse ! Haced que se despedace el corazón de Brunilda para que pueda aniquilar á quien le hizo traición !

GUNTHER.—¡ Brunilda, esposa ! cálmate !

BRUNILDA.—¡ Lejos de mí, traidor ! traidor á ti mismo ! Sabedlo todos : no con Gunther, sino con Sifredo estoy desposada.

VASALLOS Y MUJERES. —¿Sifredo, el esposo de Gutruna ?

BRUNILDA.—Él me forzó á que le entregase mi amor.

SIFREDO. —¿ En tan poco tienes tu propio honor? ¿Tendré que acusar de mentirosa la lengua que te ofende ? ¡ Juzgad si fuí infiel ! Yo he jurado á Gunther fraternidad : Nothung, mi espada, protegió mi juramento ; su filo me separó de esa desolada mujer.

BRUNILDA.—¡ Cómo mientes, astuto ! Conozco muy bien el filo de Nothung, pero también la vaina en que blandamente reposaba mientras su dueño se desposó conmigo !

LOS VASALLOS (*se agrupan indignados*).—¿ Cómo rompió el juramento ?... ¿ manchó el honor de Gunther ?

GUNTHER.—Lo había perdido y cubierto estaría de oprobio si no pudieses contestar á lo que dice.

GUTRUNA.—Infiel Sifredo, ¿meditaste cuán grande era tu traición? Pruébanos que es falso lo que Brunilda dice.

Los vasallos.—¡Defiéndete de aquella acusación! confunde á la que te acusa; ¡júralo!

Sifredo.—Si confundo á la acusadora, si lo juro, ¿quién se batirá por él?

Hagen.—Yo te presento la punta de mi lanza para que ella guarde el honor del juramento.

(*Los vasallos forman un círculo al rededor de Sifredo; Hagen presenta á éste la punta de la lanza: Sifredo coloca sobre ella los dos dedos de la mano derecha.*)

Sifredo.—Apoya, arma sagrada, mi juramento! Por la punta de la lanza lo pronuncio: atiéndeme bien. Donde pueda cortarme un filo, córtame tú; donde pueda herirme la muerte, hiéreme tú, si dice verdad aquella mujer... si falté al juramento!

Brunilda (*furiosa, entra en el círculo, separa la mano de Sifredo de la lanza, y en cambio pone la suya*).—Apoya, arma sagrada, mi juramento! Por la punta de la lanza lo pronuncio: atiéndeme bien: Yo consagro tu furor á que le aniquile; conjuro tu filo á que le corte; pues falta á todos sus juramentos, perjuro es ese hombre.

Los vasallos (*en tumulto*).—Ayúdanos, Donner; suelta tus tempestades para acallar las voces de ese oprobio.

Sifredo.—Gunther, prohibe á tu esposa tan falsas acusaciones. Dejad que repose y se sosiegue la salvaje mujer de las rocas, para que temple ese su desvergonzado furor, que alguna brujería anima contra nosotros. Vosotros, valientes guerreros, evitad el conflicto; no os mezcléis en esas contiendas mujeriles. Si con palabras nos hace la guerra, me doy por vencido. (*Acercándose mucho á Gunther.*) Créeme, más que á ti me irrita que no haya podido engañarla bien; paréceme, casi, que el yelmo no me ha cubierto del todo. Pero pronto se apacigua el furor de las mujeres; de seguro que más tarde me agradecerá que la haya en-

tregado á tu poder. (*Vuelve á dirigirse á los guerreros.*) Regocijáos, vosotros; seguidme al banquete. Ayudad, vosotras, mujeres, á reanimar la alegría de la boda! Sonríenos ahora el deleite; donde quiera que estemos habéis de verme á mí, siempre jovial entre todos vosotros. Cuando el amor alegra mi ánimo, iguáleme si puede el más dichoso!

(Sin contener su alegría rodea con sus brazos á Gutruna y la conduce consigo á la casa; los guerreros y mujeres los siguen.)

(Brunilda, Gunther y Hagen. Gunther, lleno de vergüenza y desconcertado, se sienta á un extremo).

BRUNILDA (*en el proscenio y mirando fijamente ante sí.*) —¿Qué magia maldita se esconderá aquí dentro? ¿Qué brujería será la causa de todo eso? ¿Qué fué de mi saber, que no pudo aclararme tal enigma? ¡Oh desgracia! ¡Oh dolor! Entera le dí mi sabiduría; y ahora tiene cogida á la sierva; en sus lazos me prendió en rehenes gimiendo por mi perdido honor, que entregó á otra. ¿Quién será el que me ofrezca la espada con que poder cortar mis ataduras?

HAGEN (*acercándose mucho*).—Confía en mí, mujer engañada. Yo vengaré la traición que te hicieron.

BRUNILDA.—¿En quién?

HAGEN.—En Sifredo... el traidor.

BRUNILDA.—¿Tú vengarme de Sifredo? (*Se ríe amargamente.*) Tan sólo una mirada de sus ojos radiantes que, hasta en medio de su hipocresía, me enviaban su brillo, haría temblar tu más esforzado valor.

HAGEN.—¿Pero acaso crees que no podría mi lanza castigar su perjurio?

BRUNILDA.—Juramento y perjurio... Inútil cuidado! Á más fuertes tendría que haber vencido tu lanza si quieres con ella derribar al más poderoso de todos!

HAGEN.—Ya conozco cuán difícil es vencer en combate á Sifredo; aconséjame tú el medio que debo emplear para que sucumba.

BRUNILDA.—¡Oh ingratitud! ¡Oh vergonzosa recompensa! Ni un solo medio me fué conocido que no le sirva ahora en defensa propia, y haga su cuerpo invulnerable.

HAGEN.—¡Qué!... ¿No puede ofenderle arma alguna?

BRUNILDA.—En el combate, no; pero sí cuando pudieses herirle por la espalda. Pero eso nunca lo lograrás; nunca, lo sé, dió Sifredo la espalda al enemigo; nunca le verás huir, y es por tanto inútil que pienses en eso.

HAGEN.—Allí será donde le herirá mi lanza. (*Se vuelve á Gunther.*) Ánimo, Gunther, noble guibijungo. ¿Por qué te abismas en tu pena, mientras se muestra tan fuerte tu mujer?

GUNTHER (*apasionadamente, levantándose*).—¡Oh vergüenza! Oh ignominia! Desdichado de mí, el hombre más desgraciado que existe!

HAGEN.—Cargado estás de oprobio, ¿lo desmiento acaso?

BRUNILDA.—¡Oh! cobarde! mal compañero! detrás del héroe te escondiste para que él te conquistase nuevas glorias. Mucho ha degenerado tu noble raza cuando tales hombres engendró.

GUNTHER (*fuera de sí*).—¿Yo engañador y engañado? ¿Yo traidor y vendido? Rasgadme el pecho. Hagen, ven en ayuda de mi honor; ¡por mi madre que también á ti te dió á luz!

HAGEN.—Á ti nadie puede salvarte más que la muerte de Sifredo.

GUNTHER.—¡La muerte de Sifredo!

HAGEN.—Sólo ella borrará tu afrenta.

GUNTHER (*lleno de horror, fija inmóvil su mirada delante de sí*).—Nos hemos jurado mutua fraternidad.

HAGEN.—Con su sangre pague el perjurio.

GUNTHER.—¿Perjuró acaso?

HAGEN.—Puesto que te hizo traición.

GUNTHER.—¿Pero me hizo traición?

BRUNILDA.—Te hizo traición á ti, y á mí vosotros todos. Si de ello quisiera tomar justa venganza, la sangre del mundo entero no sería bastante para borrar vuestro crimen. Pero la suya lavará la afrenta de todos. Caiga Sifredo en castigo de su falta y de la vuestra.

HAGEN (*acercándose á Gunther*).—Caiga por tu bien. Alcanzarás inmenso poder si logras obtener el anillo, que sólo la muerte puede arrancarle.

GUNTHER.—¿El anillo de Brunilda?

HAGEN.—El anillo del nibelungo.

GUNTHER (*suspirando profundamente*).—Eso sería la muerte de Sifredo.

HAGEN.—Á todos nosotros nos conviene.

GUNTHER.—¿Pero y Gutruna? ¡ah! yo que le dí á Sifredo: si castigamos así al esposo, ¿cómo nos presentamos luégo ante ella?

BRUNILDA (*con furia*).—Ahora lo veo claramente, en medio de mi mayor desamparo: Gutruna se llama el mágico poder que robó al esposo. Hiera su corazón angustia eterna!

HAGEN (*á Gunther*).—Si su muerte ha de causarle pesar, ocultémosela. Mañana partiremos para alegre cacería: el héroe nos precederá, luégo le matará un jabalí.

GUNTHER Y BRUNILDA.—Sea! Caiga Sifredo: borre su muerte la mancha que me hizo. Ha faltado á la fidelidad del juramento; pague con su sangre la infamia! Oh tú, dios sabio y vengador, tú que defiendes todos

los juramentos: Wotan! Wotan! Dirige á nosotros tu mirada... manda aquí todo el séquito sagrado para que oiga el de nuestra venganza.

HAGEN.—Sea! Sucumba Sifredo; muera el héroe afamado! Mío es el tesoro, á mí me pertenecerá; arranquémosle el anillo! Padre de los enanos! Príncipe caído! señor de los nibelungos! Alberto! Alberto! Atiende mis palabras; llama de nuevo tu ejército para obedecerte á ti, el dueño del anillo.

(Gunther y Brunilda se dirigen apresuradamente á la casa, de donde les salen al encuentro Sifredo y Gutruna, invitándoles á que entren. Sifredo lleva en la cabeza una corona de hojas de encina, Gutruna se adorna con flores de colores varios. Gunther da la mano á Brunilda y los sigue. Hagen se queda solo.—Cae el telón.)

ACTO III

Bosque abrupto y rocas situadas á orillas del Rhin, que corre por el fondo del escenario en lo más hondo de un declive

LAS TRES HIJAS DEL RHIN *(Woglinda, Welgunda y Floshilda, salen á la superficie del agua y nadan en círculo durante el canto siguiente)*:—El sol nos lanza sus rayos luminosos; la noche reina en lo profundo: iluminado estuvo en otro tiempo, pues en él refulgía el oro del padre, oro del Rhin! oro brillante! ¡Cuán hermosa resplandecías en otros tiempos, radiante estrella de la profundidad! Mándanos, oh Sol, al héroe que nos devuelva el oro; si lo volviésemos á alcanzar, no te envidiaríamos tus relumbrantes rayos! Oro del Rhin! Oro brillante! ¡Cuán hermosa resplandeciste en otros tiempos, radiante estrella de la profundidad!

(Suena en la altura la bocina de Sifredo.)

WOGLINDA.—Oigo el sonido de su bocina.

WELGUNDA.—Se acerca el héroe.

FLOSHILDA.—Ocultémonos. *(Se sumergen de súbito.)*

(Sifredo aparece en la altura, completamente armado.)

SIFREDO.—Un duende hizo que perdiese la pista. Eh, pícaro! ¿en qué montaña escondiste la caza?

LAS TRES HIJAS DEL RHIN (*asomando por la superficie*). —Sifredo!

FLOSHILDA.—¿Qué nos estás diciendo?

WELGUNDA.—¿Qué espíritu te enfurece?

WOGLINDA.—¿Qué duende se burló de ti?

LAS TRES.—Dínoslo, Sifredo; cuéntanoslo á nosotras.

SIFREDO (*observándolas y sonriente*).—¿Habéis atraído con vuestras gracias al velludo sujeto que voy buscando? Si es vuestro amante, os lo cedo gustoso, alegres mujeres. (*Las niñas se ríen.*)

WOGLINDA.—¿Qué nos das, Sifredo, si te entregamos la caza?

SIFREDO.—Como aún no he cazado nada, podéis pedir lo que queráis.

WELGUNDA.—En el dedo te reluce un anillo de oro!

LAS TRES NIÑAS (*juntas*).—Dánoslo!

SIFREDO.—Para alcanzarlo maté un monstruoso dragón, ¿y queréis que os lo dé por las miserables patas de un oso?

WOGLINDA.—¿Tan usurero te muestras?

WELGUNDA.—¿Tan avaro?

FLOSHILDA.—Generoso deberías ser con mujeres.

SIFREDO.—Si os diese mi tesoro, me reñiría la mía.

FLOSHILDA.—¿Será muy mala?

WELGUNDA.—¿Te pegará tal vez?

WOGLINDA.—¿Si habrá ya sentido el héroe su mano? (*Se ríen*).

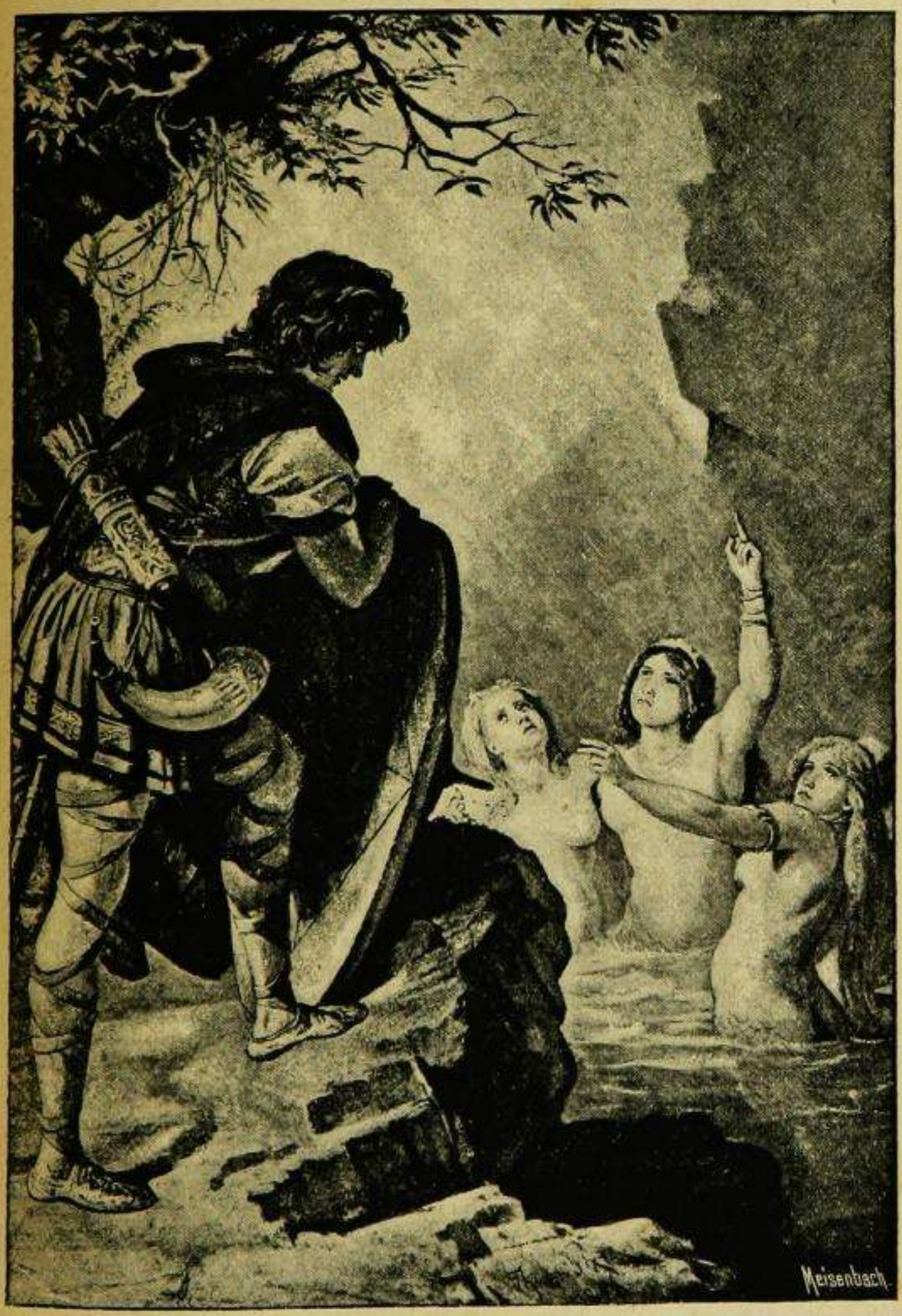
SIFREDO.—Reid cuanto queráis, vais á quedaros con las ganas.

FLOSHILDA.—¡Tan hermoso!

WELGUNDA.—¡Tan fuerte!

WOGLINDA.—¡Tan envidiable!

LAS TRES (*á la vez*).—¡Qué lástima que sea tan avaro! (*Se ríen y se sumergen en el agua otra vez*).


Meisenbach

SIFREDO (*bajando más*).—¡Cuánto siento estos elogios! ¿debería dejar que se mofen de mí de esa manera? Si vuelven á subir, les doy el anillo. ¡Ea! Eh! vosotras, alegres amores de agua, salid, y os lo regalo.

LAS HIJAS DEL RHIN (*vuelven á salir serias y graves*).—Quédatelo, héroe, y guárdalo bien; que adviertas todo el mal que encierra. Entonces te alegrarás de que te libremos de la maldición que lleva consigo.

SIFREDO (*volviéndose á poner con calma el anillo*).—¡Ahora cantadme lo que sepáis!

LAS HIJAS DEL RHIN (*cantando ya alternativamente, ya á coro*).—¡Sifredo! Sifredo! Malo es lo que sabemos. Guardas por tu desgracia el anillo! Forjado está de oro del Rhin. El que astutamente lo forjó y lo ha perdido vergonzosamente, lo maldijo para siempre condenando á muerte al que lo llevase. Te anunciamos que así como pereció el dragón, perecerás también tú y será hoy mismo, si no nos das el anillo para esconderlo en lo más profundo del Rhin. Tan sólo la corriente en donde estuvo, le librará de la maldición!

SIFREDO.—No digáis tal, mujeres astutas; si apenas creo en vuestras palabras cariñosas, menos me engañarán aún vuestras amenazas.

LAS HIJAS DEL RHIN.—¡Sifredo! Sifredo! Te decimos la verdad: huye! huye de la maldición! Las parcas la hilaron de noche en la cuerda del destino irrevocable!

SIFREDO.—Mi espada hizo pedazos una lanza. Si las parcas entretejen salvajes maldiciones en la cuerda del destino, la cortará Nothung. Bien me advirtió un dragón de este peligro, mas no me enseñó á temer! Un anillo me ha alcanzado el dominio del mundo y con gusto lo cedería por las delicias del amor. Yo os lo cedo si en cambio me ofrecéis mayor deleite. Pero si me amenazáis con perder la vida, no habéis de conquistarlo. Pues si tuviese que sujetar mi vida y cuerpo con las cadenas del miedo, sin poder amar

nunca, mirad, así arrojaría mi vida y mi cuerpo! (*Diciendo esto coge un puñado de tierra y lo arroja por encima de su cabeza*).

LAS HIJAS DEL RHIN.—¡Venid, hermanas! huyamos de ese loco! Se tiene por muy sabio y fuerte y está ciego y vive esclavo. Hizo juramentos y no los cumplió; sabe enigmas y no los quiere descifrar; se le concedió un bien sublime y le rechazó sin conocer su valor: tan sólo el anillo, que es su muerte, eso es lo que con más empeño guarda! Adiós! Sifredo! Hoy mismo será tu heredera una mujer orgullosa: ella nos atenderá mejor que tú. ¡Vamos á ella! Vamos á ella!

(*Se van nadando y cantando*).

SIFREDO (*las contempla riendo*).—He aprendido á conocer á las mujeres. Á quien no hace caso de sus caricias, procuran asustarle con amenazas, y si á pesar de ellas, afronta sus iras, le tratan entonces con aspereza. Con todo, si no fuera de Gutruna, me hubiera gustado una de esas mujeres!

(*Suenan muy cerca algunos toques de caza: Sifredo contesta alegremente con su bocina*).

(*Gunther, Hagen y algunos vasallos salen por la altura*)

HAGEN (*aún en la altura*).—¡Eh!

SIFREDO.—¡Quién va!

LOS VASALLOS.—¡Eh! ¡Hola!

HAGEN.—¿Daremos por fin con tu escondite?

SIFREDO.—¡Bajad! eso está muy fresco y agradable!

HAGEN.—Aquí descansaremos y dispondremos la comida. Dejad el botín, y refrescad la garganta!

(*Colocan la caza en un montón; sacan algunos cuernos para beber. Luégo se echan todos á descansar.*)

HAGEN.—Vais ahora á admiraros de lo que ha cazado el que nos asustó la caza.

SIFREDO (*riendo*).—Pobre sería hoy mi comida: tendré que pediros de la vuestra.

HAGEN.—¿Tú, sin caza?

SIFREDO.—Al bosque fuí á buscarla, pero no ví mas que caza acuática: muy tentado estuve de cazaros tres pájaros que me anunciaban mi muerte para hoy mismo. (*Gunther se asusta y mira contristado á Hagen*).

HAGEN.—Pesada chanza sería que el trasquilado cazador diese en las garras de alguna fiera!

SIFREDO.—Tengo sed.

(*Se halla sentado entre Hagen y Gunther; estos le ofrecen de beber*).

HAGEN.—He oído decir, Sifredo, que entendías el canto de los pájaros: ¿es cierto?

SIFREDO.—Tiempo há que no atiendo á su trinar. (*Bebe y ofrece luégo su cuerno á Gunther.*) ¡Bebe, Gunther! bebe! tu hermano te lo ofrece.

GUNTHER (*mirando, sumido en sus pensamientos, la bebida*).—¡En ella has mezclado tan solo tu sangre pálida y sin color!

SIFREDO (*riendo*).—¡Pues la mezclaré con la tuya! (*Echa del cuerno de Gunther en el suyo de modo que se vacía.*) Ahora se ha derramado la mezcla: ¡será un refresco para la madre tierra!

GUNTHER (*suspirando*).—¡Ay de ti, incauto!

SIFREDO (*bajo á Hagen*).—¿Brunilda te da cuidado?

HAGEN.—¡Así la entendiese tan bien como tú el canto de los pajaros?

SIFREDO.—Desde que oí el de las mujeres, me olvidé del de los pájaros.

HAGEN.—¿Pero en otro tiempo bien lo entendiste?

SIFREDO.—¡Ea! Gunther! hombre melancólico, si me lo agradeces, te cantaré mis proezas juveniles.

GUNTHER.—Las escucharé con gusto.

HAGEN.—¡Canta pues, héroe!

(*Todos se tienden al rededor de Sifredo que es el único que está sentado*).

SIFREDO.—Mime se llama un enano regañón, que me crió por codicia para que cuando el niño llegase á hacerse mayor, fuerte y valeroso, para él matase un dragón que descansadamente en el bosque guardaba un tesoro. Enseñábame á forjar y fundir el hierro; mas lo que el mismo maestro nunca pudo, con su arte lo logró el valor del aprendiz: soldar los pedazos de una espada rota. Forjé de nuevo el acero de mi padre, obtuve á Nothung; el enano la juzgó bastante fuerte para el combate y me condujo al bosque y allí maté á Fafner, el dragón. Pero ahora atended bien á las maravillas y mágicos sucesos que voy á narraros. La sangre del dragón me abrasaba los dedos, llévela á los labios: y apenas hecho cuando entendí el trino de un alegre pajarillo: se mecía sobre una rama y decía: « Á Sifredo pertenece ahora el tesoro del Nibelungo: ¡oh si lo encontrase en la cueva! Si alcanzase el yelmo con él obtendría los favores del amor; mas, si encuentra el anillo, será el dominador del mundo!»

HAGEN.—¿Y te llevaste el casco y el anillo?

LOS VASALLOS.—¿Volviste á oir el pájaro?

SIFREDO.—Ya tenía el casco y el anillo cuando volví á escuchar al amable cantor que estaba en la cumbre de un árbol y decía: «¡Ay! de Sifredo es ahora el tesoro del Nibelungo: ¡que no se fíe de Mime el traidor! para él tenía Sifredo que alcanzar el tesoro. Ahora está acechando contra la vida de Sifredo. ¡Que no se fíe de Mime!»

HAGEN.—¿Te dijo el pajarillo la verdad?

LOS VASALLOS.—¿No le diste á Mime su recompensa?

SIFREDO.—Ofrecióme una bebida envenenada; temblando y pudiendo apenas hablar, me confesó sus malas intenciones; pero acabó con él mi espada.

HAGEN (*riendo*).—¡Por lo menos probó lo que no alcanzó á forjar!

LOS VASALLOS.—¿Qué más te volvió á decir el pajarillo?

HAGEN (*después de haber destilado en la bebida el jugo de una planta*).—Bebe antes de mi vaso: yo te preparé refrigerante bebida que renovará en tu memoria los pasados hechos!

SIFREDO (*después de haber bebido*).—Volví á escuchar: allí estaba aún en la copa del arbol y cantaba: «Ah, Sifredo mató al malvado enano! Ahora sé dónde está para él la mujer más hermosa: duerme sobre altas rocas, el fuego la circunda; si atraviesa las llamas y despierta á la doncella, suya será entonces Brunilda!

(*Gunther escucha con creciente interés*).

HAGEN.—¿Y seguiste el consejo del pájaro?

SIFREDO.—Pronto y sin detenerme partí de allí y no paré hasta encontrar la peña rodeada de fuego; atravesé las llamas y hallé en premio una preciosísima mujer, dormida y cubierta por reluciente armadura. Quitéle el casco y con un beso desperté á aquella doncella divina! ¡Oh! cuán ardientes me ciñeron los brazos de la hermosa Brunilda!

GUNTHER.—¿Qué oigo?

(*Dos cuervos salen de unos matorrales, revolotean al rededor de Sifredo y se van*).

HAGEN.—¿No adivinaste el graznido de esos cuervos?

(*Sifredo se levanta sobresaltado, y sigue con la vista el vuelo de los cuervos, vuelto de espaldas á Hagen*).

HAGEN.—¡Me aconsejan venganza!

(*Hunde su lanza en la espalda de Sifredo: Gunther le detiene, pero tarde*).

GUNTHER Y LOS VASALLOS.—¿Hagen, qué haces?

(*Sifredo levanta con ambas manos su escudo para aplastar con él á Hagen, pero le abandonan las fuerzas, se le cae el escudo y él encima*).

HAGEN (*señalando al tendido en el suelo*).—¡Vengo un perjurio!

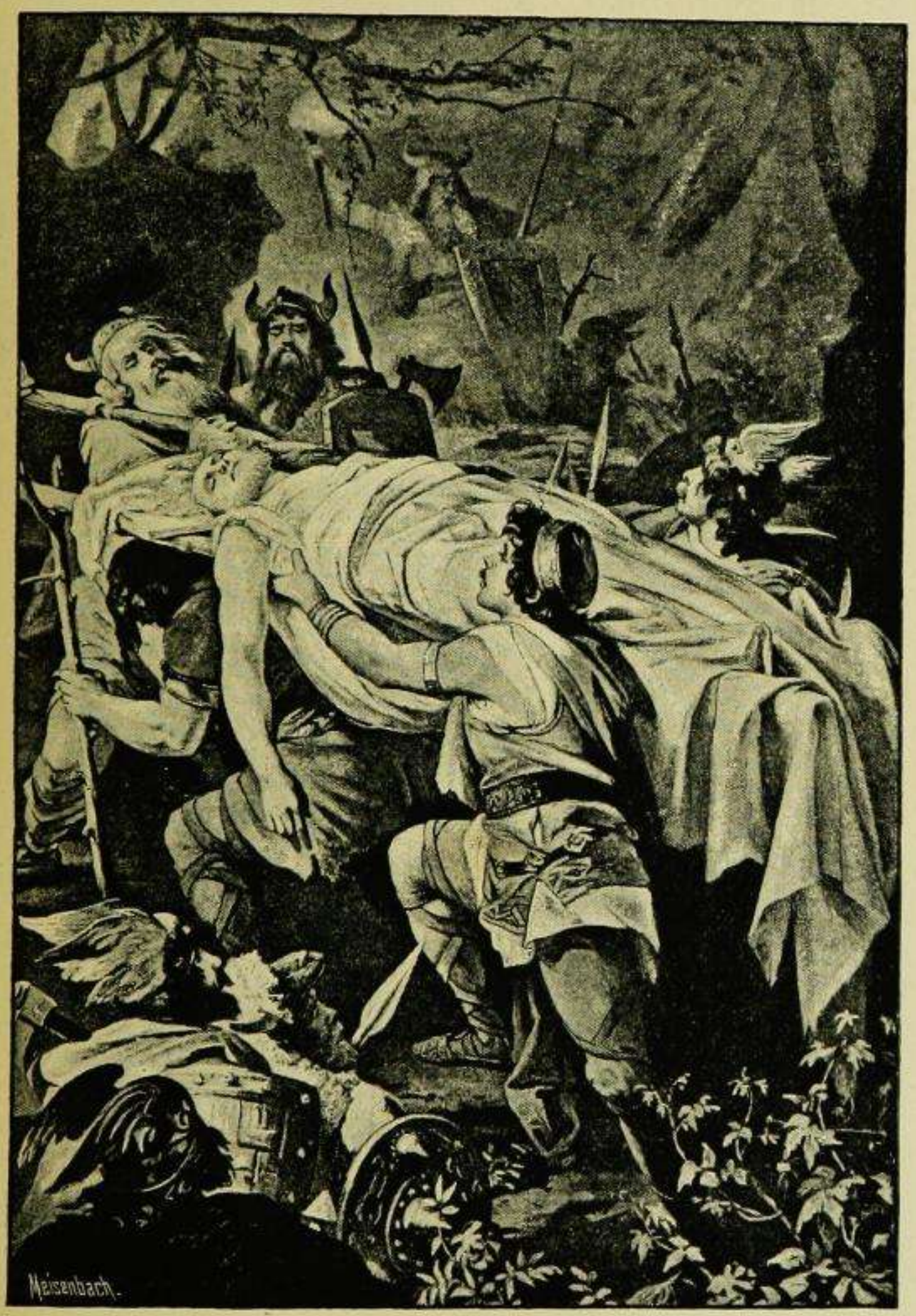
(Se retira tranquilamente á un lado y se pierde luégo en dirección á la altura por donde se le ve salir á paso lento. Gunther lleno de dolor se coloca al lado de Sifredo. Los vasallos rodean contristados al moribundo. Largo silencio y profunda emoción. Desde la aparición de los cuervos ha empezado á oscurecer.)

SIFREDO (*alzando todavía la mirada fulgurante, dice con voz solemne*).—¡Brunilda, esposa sagrada, despierta, abre tus ojos! ¿Quién te volvió á sumir en el sueño? Llegó el que tiene que despertarte, lo hará con un beso y volverá á romper los lazos que te encadenan. ¡Luégo le sonreirá el amor de Brunilda! ¡Oh! esos ojos tuyos, ¡quién me diera verlos siempre abiertos! Poder respirar siempre tu amoroso aliento! Oh muerte suave... Brunilda me saluda amorosa!

(Muere.—Los vasallos colocan el cadáver sobre el escudo y se lo llevan de allí pasando despacio por la altura de las rocas. Gunther sigue inmediatamente al cadáver.—La luna asoma al través de las nubes, y alumbra la fúnebre procesión. Se levanta del Rhin una neblina que cubre todo el escenario. En cuanto se disipan las nubes aparece la casa de los Guibijungos).

La casa de los Guibijungos como en el primer acto.—Es de noche.—La luna riela en el Rhin.—Gutruna sale de su cuarto y se dirige al portal.

GUTRUNA.—¿Era esa su bocina? *(Escucha.)* No, aún no llega; ¡qué pesadilla perturbó mi sueño! Oía furioso relinchar su caballo: la risa de Brunilda me despertó. ¿Quién era la mujer que ví dirigirse al Rhin! Temo


Meisenbach.

á Brunilda! ¿Está en casa? (*Aplica el oído á la puerta de la derecha y llama luégo bajo*): ¡Brunilda! Brunilda! ¿estás despierta? (*Se alza temerosa y mira al interior.*) Vacío está su aposento. Ella fué la que ví dirigirse hacia el Rhin. (*Se asusta y atiende á los rumores lejanos.*) ¿Era ese el sonido de su cuerno? No! todo sumido en el silencio y oscuridad. ¡Si volviese á ver pronto á Sifredo!

(*Quiere volverse á su cuarto cuando oye la voz de Hagen, y se pára, un momento, con pavor.*)

HAGEN (*dentro; poco á poco va acercándose*).—¡Eh! ¡Hola! Despertad! despertad! traed luces! alumbrad! Os traemos buen botín de caza. ¡Hola! hola! (*Luces y resplandor de fuego por fuera.—Entrando.*) ¡Levántate, Gutruna; saluda á Sifredo! ¡Á casa vuelve el héroe!

(*Vasallos, guerreros y mujeres acompañan con luces el cadáver y séquito de Sifredo y entre ellos llega Gunther.*)

GUTRUNA (*muy angustiada*).—¿Qué ha sucedido, Hagen? No oí su bocina!

HAGEN.—El pálido héroe no aplicará á ella sus labios; ni se arrojará otra vez á la pelea y á la caza, ni obtendrá más las caricias de las mujeres.

GUTRUNA (*con creciente terror*).—¿Qué traen aquellos?

HAGEN.—¡La víctima de un jabalí feroz: Sifredo; tu esposo muerto!

(*Gutruna da un grito y se arroja sobre el cadáver, que han colocado en el centro del escenario.*)

GUNTHER (*procurando levantar á la desmayada*).—¡Gutruna! hermana mía! respóndeme!

GUTRUNA (*volviendo en sí*).—Sifredo! Sifredo muerto! (*Rechaza enérgicamente á Gunther.*) ¡Atrás! hermano infiel! asesino de mi esposo! ¡Oh desgracia! socorro! Han muerto á Sifredo.

GUNTHER.—¡No me acuses á mí! quéjate de Hagen: él es el maldito jabalí que mató á ese noble!

HAGEN.—¿Y has de conservarme por esto rencor?

GUNTHER.—¡Sé para siempre presa del miedo y de la desgracia!

HAGEN (*adelantándose con mucho orgullo*).—¡Pues sí! yo le he muerto, yo, Hagen! Le atravesó mi lanza! la lanza por la cual perjuró! Con su muerte me gané el sagrado derecho al botín; exijo ese anillo!

GUNTHER.—¡Atrás; jamás has de obtener lo que me corresponde á mí!

HAGEN.—¡Vosotros, vasallos, juzgad mi derecho!

GUNTHER.—¿Quieres acaso robar á Gutruna su herencia? ¡desdichado hijo de un enano!

HAGEN *(tirando de su espada)*.—¡Así lo exige el hijo del enano! (*Ataca á Gunther, éste se defiende, pelean. Los vasallos intentan separarlos. Gunther cae muerto á un golpe de Hagen.*) ¡Mío es el anillo!

(Va á coger la mano de Sifredo, ésta se levanta amenazadora. Terror general. Gutruna y las mujeres gritan. Por el fondo entra Brunilda majestuosamente y con firme paso adelantándose hacia el proscenio.)

BRUNILDA *(desde el fondo)*.—¡Cesad en tales sollozos! Su mujer viene ahora á vengar tamaña traición.

(Sigue adelantándose con calma.)

GUTRUNA.—¡Ah, envidiosa Brunilda! Tú eres la causa de tan gran desventura! Tú fuiste quien excitó á los guerreros á cometer tal infamia; contigo trajiste á esta casa la desdicha!

BRUNILDA.—¡Calla! miserable! tú nunca fuíste su esposa: tan sólo lograste ser su amante. Yo sola fuí esposa, pues él me juró fidelidad mucho antes de verte á ti.

GUTRUNA (*desesperada*).—¡Hagen maldito! ¡traidor! ¿por qué me aconsejaste que le diese la bebida que le arrebataba su amor? ¡Oh desdicha! ahora sé que era Brunilda su amada esposa á quien el maldito filtro hizo olvidar!

(Llena de vergüenza se aparta de Sifredo, y se inclina ape-

Meisenbach

sadumbrada hacia el cadáver de Gunther; así permanece inmóvil hasta el fin. Largo silencio.—Hagen apoyado en su lanza y su escudo, meditabundo, en el otro lado del escenario.)

BRUNILDA (*sola en el centro: después de haber estado observando muy abatida el semblante de Sifredo, se vuelve con ademán majestuoso á los vasallos y mujeres y les dice*): —¡Alzad una pira á orillas del Rhin: elévense bien altas las llamas ardorosas y brillantes que han de devorar el cuerpo del más sagrado de todos los héroes! Traedme su corcel: yo misma quiero tener parte en la gloria del héroe. Id; haced lo que os mando. (*Los más jóvenes forman un gran montón de leña delante de la entrada, cerca de la orilla del Rhin: las mujeres lo adornan con colgaduras y tapices, sobre los cuales echan flores y yerbas.—Brunilda sumida de nuevo en la contemplación del cadáver.*) Fulgura á mi vista su semblante luminoso como los rayos del sol. (*Hace seña á los guerreros de levantar el cadáver de Sifredo y de llevarlo á la pira; al mismo tiempo le quita del dedo el anillo, que contempla mientras dice lo que sigue y al fin se lo pone.*) ¡Vuelvo á poseer lo que fué mío! ¡Maldito anillo! tomo tu oro para devolverlo. ¡Á vosotras, sabias hermanas de las profundidades del Rhin, debo ese buen consejo! Yo os daré lo que deseáis: recogedlo de entre mis cenizas! el fuego que va á devorarme purificará el anillo de su maldición; vosotras fundidlo de nuevo en vuestra morada y guardad el oro reluciente, la brillante estrella del Rhin, que tan sólo trajo á la tierra desventura. (*Se dirige al fondo y le quita de la mano á un guerrero la ardiente antorcha.*) ¡Idos á vuestra morada, cuervos! contad á vuestro señor lo que aquí á orillas del Rhin habéis oído! Pasad sobre la roca de Brunilda y decid á Loge, que aún rodeándola arde, que vuelva al Walhalla! (*Arroja la antorcha en la pira que se enciende al instante. De la orilla se levantan dos cuervos que volando*

desaparecen por el fondo. Brunilda retrocede de nuevo unos pasos.) ¡Vosotros, los que aquí os quedáis, oh raza poderosa, atended lo que voy á deciros! Cuando veáis devorados por las llamas los cuerpos de Sifredo y Brunilda y á las hijas del Rhin llevarse hacia el fondo el anillo, dirigid, al través de la noche oscura, hacia el norte, vuestras miradas! Si brilla en el cielo sagrado fuego, sabed que estáis viendo el fin del Walhalla! Si desaparece la generación de los dioses, como leve brisa, y dejo al mundo sin dominador, os daré en cambio el tesoro más sublime de mi saber. No consiste la felicidad ni en el oro, ni en los bienes, ni en la pompa, el hogar, el poderío; ni en los lazos con que atan traidores pactos, hipócritas costumbres, duras leyes; sólo el amor trae consigo la dicha en el júbilo como en los pesares. (*Dos jóvenes entran el caballo; Brunilda lo coge y le quita los arreos.*) ¡Yo te saludo, Grane! ¿Sabes, amigo, á dónde te llevo? Allí en medio del fuego resplandece tu señor, Sifredo, mi héroe sagrado. ¿Relinchas acaso de alegría porque vas á seguirle? ¿Te atrae á él la sonriente llama? También mi pecho siente su ardor, y mi corazón inflama ardiente fuego para abrazarle, desposarme con él, unirme á él con indisoluble lazo. ¡Ea! Grane! saluda al amigo. ¡Sifredo! Sifredo!... ¡Henchida de júbilo... me lanzo á ti!

(*De un salto monta á caballo y se lanza con él en medio del fuego. Al instante se aviva la llama, de modo que invade el espacio y amenaza incendiar la casa. Horrorizadas se precipitan todas las mujeres al proscenio. De pronto se derrumba la pira, de modo que sólo se ve moverse encima de ella ardorosa neblina; ésta se eleva más y más y mengua en intensidad hasta desaparecer; el Rhin se ha desbordado por la orilla más cercana al fuego y el agua llega hasta la entrada de la casa. Las tres hijas del Rhin se acercan nadando sobre las olas. Hagen, que durante lo que antecede ha estado observando á Bru-*

nilda con creciente interés, á causa de su deseo de obtener el anillo, al ver á las hijas del Rhin se llena de temor de perderlo; suelta súbitamente el escudo y la lanza, y con el grito de: «¡No toquéis el anillo!» se arroja á la corriente. Woglinda y Welgunda se cogen á su cuello y le atraen á la profundidad: Floshilda, delante de ellas, sostiene el anillo recuperado. En esto reluce en el norte un resplandor parecido á una aurora boreal que va aumentando en brillo y magnitud. Los vasallos, guerreros y mujeres lo miran admirados.—Cae el telón.)

FIN DEL ANILLO DEL NIBELUNGO

PARSIFAL

FESTIVAL SAGRADO EN TRES ACTOS

TRADUCIDO POR

E. FUMEI

PERSONAJES

AMFORTAS.
GURNEMANCIO.
KLINGSOR.
TITUREL.
PARSIFAL.
KUNDRÍA.

CABALLEROS DEL GRAL Y ESCUDEROS.—HECHICERAS DE KLINGSOR

Sitio de la acción: El dominio y castillo de los guardianes del Gral en Montsalvat: el aspecto de la comarca es el de las montañas septentrionales de la España gótica.—El castillo encantado de Klingsor en la vertiente meridional de las mismas montañas, figurando estar situado de frente á la España árabe. —El traje de los caballeros del Gral y de los escuderos, como el de los templarios: armaduras blancas y capas; pero en vez de la cruz roja, una paloma volando bordada en el escudo y en la capa.

ACTO PRIMERO

Bosque umbroso y triste, pero no oscuro. Terreno rocalloso. Un claro en el medio. Á la izquierda el camino que conduce al castillo del Gral. En la parte central del fondo el terreno se ahonda, formando un lago.—Amanece.—Gurnemancio (viejo robusto) y dos escuderos (jóvenes de corta edad), duermen tendidos debajo de un árbol. A la izquierda, procedentes del castillo del Gral, se oyen los alegres acordes de las trompetas que tocan diana.

GURNEMANCIO (*despertando y sacudiendo á los escuderos*). —¡Sús, guardianes! ¡Ea, dormilones! ¡velad á lo menos por la mañana! (*Los dos escuderos se levantan y caen avergonzados de rodillas.*) ¿Ois el toque de llamada? ¡Dad gracias á Dios que os ha concedido oirla! (*Se arrodilla con ellos; rezan juntos la oración matutinal; cuando las trompetas cesan, se levantan.*) ¡Levantaos, muchachos! Id á ver si está pronto el baño; ya es hora que esperéis allí al rey; allá se acercan los mensajeros que preceden su litera. (*Salen dos caballeros por el lado del castillo.*) ¡Salud! ¿Qué tal está hoy Amfortas? Me parece que se dirige muy temprano al baño. Supongo que la

hierba medicinal que Gawan ha obtenido con tanta astucia como temeridad, le habrá producido algún alivio.

PRIMER CABALLERO.—Y ¿ tú lo supones, tú que todo lo sabes ? Ha recrudecido el dolor y por cierto con más intensidad que antes : no le ha dejado cerrar los ojos en toda la noche y por esto mandó disponer temprano el baño.

GURNEMANCIO (*bajando con tristeza la frente*). — ¡ Es locura esperar si el único alivio para él consiste en la salud! Ya podéis buscar y probar todas las hierbas y todas las pócimas del mundo : no hay sino un remedio ; uno solamente.

PRIMER CABALLERO.—¡ Dílo pues !

GURNEMANCIO (*evasivamente*).—¡ Cuidad del baño !

PRIMER ESCUDERO (*dirigiéndose hacia el fondo con el otro escudero y mirando hacia la derecha*). —¡Miradla, allá, la salvaje amazona.

SEGUNDO ESCUDERO.—¡ Cómo ondean las trenzas de aquella diabólica mujer !

PRIMER ESCUDERO.—Sí, es Kundría.

SEGUNDO ESCUDERO.—¿Quién sabe si trae noticias importantes ?

PRIMER ESCUDERO.—¡ Con qué vertiginosa rapidez se acerca !

SEGUNDO ESCUDERO.—¿ Ha cruzado los aires volando?

PRIMER ESCUDERO.—Ahora se arrastra por el suelo.

SEGUNDO ESCUDERO.—Barre el musgo con las trenzas.

PRIMER ESCUDERO.—Ya baja, la salvaje.

(*Kundría entra precipitadamente, casi corriendo. Traje burdo y alto de cintura; cinturón de piel de sierpes colgando ; pelo negro y esparcido en trenzas ondeantes ; tez de un pardo rojizo subido ; ojos negros y penetrantes, á veces de mirada feroz, á menudo como cadavéricos é inmóviles.—Se acerca apresuradamente á Gurnemancio y le entrega un frasco de cristal.*)

KUNDRÍA.—¡ Toma, aquí tienes el bálsamo !

GURNEMANCIO. —¿ De dónde lo trajiste ?

KUNDRÍA.—De mucho más lejos de lo que puedes presumir. Si este bálsamo no es eficaz, te aseguro que la Arabia no encierra otro que pueda curarle. No preguntes más, porque estoy fatigada.

(Se tiende en el suelo. Un séquito de escuderos y caballeros comparecen por la izquierda llevando y acompañando la litera en que está echado Amfortas. Gurnemancio se aparta de Kundria y se dirige hacia el cortejo.)

GURNEMANCIO (*mientras el cortejo llega al escenario*).—Ya se acerca: le traen en andas. ¡Ay! ¡Cuánto me pesa ver al rey del más glorioso linaje, esclavo de una camilla en la flor de la edad! (*A los escuderos.*) ¡ Mucho cuidado! ¿ Oís ? El rey gime.

(*Aquellos se paran y depositan la litera.*)

AMFORTAS (*incorporándose levemente*).—¡ Bueno! Gracias! ¡Dejadme descansar un poco! Después de una noche de crueles sufrimientos, bueno es contemplar la magnificencia del bosque iluminado por la aurora ; la ola del lago sagrado me refrigera, me alivia : el dolor se aplaca y se aclara la noche tormentosa. ¡ Gawan !

PRIMER CABALLERO.—Señor, Gawan no quiso aguardar. Viendo que la virtud de la hierba obtenida á costa de tantos sacrificios frustró tu esperanza, ha corrido en busca de otro remedio.

AMFORTAS.—¿ Sin mi permiso ? ¡ Ya expiará su desobediencia á los preceptos del Gral ! Si ese hombre atrevido y obstinado cae en los lazos que le tiende Klingsor, ¡pobre de él ! Que nadie perturbe mi paz. Espero la venida del predestinado. «El loco casto...» ¿ No es así ?

GURNEMANCIO.—Así nos lo dijiste.

AMFORTAS. — «Iluminado por la compasión....» Creo que le reconozco. ¡ Ojalá pudiera llamarle : la muerte!

GURNEMANCIO.—No tan pronto, señor ; primero prueba de este bálsamo. (*Le da el frasco de cristal*).

AMFORTAS (*contemplándolo*).—¿Quién ha traído este frasco misterioso?

GURNEMANCIO.—De la Arabia ha venido para ti.

AMFORTAS.—¿Quién lo ha encontrado?

GURNEMANCIO.—Esa mujer salvaje que ves allí tendida. ¡Kundría! ¡Levántate, ven acá! (*Ella se resiste.*)

AMFORTAS.—¿Tú, Kundría? ¿Otra vez te haces acreedora á mi agradecimiento, incansable y feroz muchacha? ¡Veamos! Quiero probar también ese bálsamo; mas que sea para demostrarte mi gratitud por tu fidelidad.

KUNDRÍA (*tendida en el suelo é inquieta*).—¡No me dés gracias! ¡Ja, ja! ¿Crees que eso te servirá de algo? ¡No me dés gracias! ¡Véte, véte! ¡Al baño!

(*Amfortas da señal de partir; el cortejo se aleja hacia el fondo.—Gurnemancio, apesadumbrado, le sigue con la vista y Kundría permanece tendida en el suelo; ambos se quedan. Los escuderos van y vienen.*)

TERCER ESCUDERO (*muchacho joven*).—¡Eh! tú! ¿Cómo estás allí tendida, como un animal salvaje?

KUNDRÍA.—¿No son sagrados los animales en esta tierra?

TERCER ESCUDERO.—Sí. Pero, ¿quién ha dicho que tú seas sagrada?

CUARTO ESCUDERO.—Me temo que con su mágico zumo acabará por arruinar completamente la salud de nuestro rey.

GURNEMANCIO.—¡Vamos! ¿Acaso os ha hecho algún daño á vosotros? En los mayores apuros, cuando se ha de enviar algún mensaje á los hermanos que luchan en lejanas tierras, y vosotros ni siquiera sabéis por dónde se va; ¿quién sino ella lo lleva y vuelve con fidelidad y con una prontitud de que apenas os dais cuenta? Ni le dais de comer, ni ella os trata, ni tiene nada común con vosotros; pero cuando el peligro amenaza y necesitamos ayuda, ella acude presu-

rosa cruzando los aires y no pretende ni siquiera vuestro agradecimiento. ¿De qué la culpáis, pues, si el mal que le atribuís redunda en beneficio vuestro?

TERCER ESCUDERO.—Sí; pero el caso es que nos odia. ¿No ves con qué desprecio nos mira?

CUARTO ESCUDERO.—Es una pagana, una hechicera.

GURNEMANCIO.—Sí; podrá ser una condenada y todo lo que queráis; ahora vive quizá una vida nueva para expiar las culpas de la pasada, que aún no le perdonó el cielo. Y si su expiación consiste en favorecer á la orden de caballería á que pertenecemos, por Dios que hace muy bien, porque nos sirve á nosotros y al mismo tiempo á sí misma.

TERCER ESCUDERO.—Pues entonces, ¿quién sino ella tiene la culpa de todas las desgracias que hemos sufrido hasta ahora?

GURNEMANCIO.—Sí; cuando ella ha permanecido mucho tiempo lejos de nosotros, nos ha ocurrido siempre algún desastre. Hace mucho que la conozco: pero Titurel la conocía de más tiempo todavía. Cuando consagró aquel castillo, la encontró durmiendo entre las malezas de este bosque, rígida, inmóvil, como muerta. Así la encontré también yo no hace mucho, poco después de ocurrirnos el desastre que nos trajo aquel malvado que vive allá en aquel monte. (*A Kundria.*) ¡Eh! tú! Escucha y respóndeme: ¿dónde estabas cuando nuestro rey perdió la lanza? (*Kundria se calla.*) ¿Porqué no nos ayudaste entonces?

KUNDRÍA.—Yo nunca ayudo.

CUARTO ESCUDERO.—Ella misma lo dice.

TERCER ESCUDERO.—Si es tan fiel y audaz como dices; si se interesa por nuestro bien, ¿cómo no la envías á buscar la lanza perdida?

GURNEMANCIO (*con tristeza*).—Eso es otra cosa: nadie puede hacerlo. (*Muy conmovido.*) ¡Oh, lanza milagrosa y sagrada, que tantas heridas inferiste, que tantos mi-

lagros obraste! Estos ojos han visto cómo te blandían manos sacrílegas! (*Abismándose en su recuerdo.*) ¿Quién te impidió vencer al hechicero, oh temerario Amfortas! cuando estabas armado de esa lanza? Cerca del castillo, nuestro héroe nos fué arrebatado; una mujer extraordinariamente hermosa le encantó: se arrojó en sus brazos embriagado de amor y la lanza le cayó de la mano; oí un grito de terror; acudí precipitadamente: Klingsor desapareció riendo y mofándose, con la sagrada lanza en las manos. Yo ayudé al rey en su fuga luchando por él; pero le atormentaba una herida en un costado: es la herida que nunca quiere cerrarse.

TERCER ESCUDERO.—Pues así, ¿conociste á Klingsor?

GURNEMANCIO (*dirigiéndose á los escuderos 1.° y 2.° que vienen del lago*).—¿Cómo está el rey?

SEGUNDO ESCUDERO.—Parece que el baño le alivia.

PRIMER ESCUDERO.—El dolor se ha calmado con el bálsamo.

GURNEMANCIO (*después de un breve silencio*).—¡Es una herida que no quiere cerrarse nunca!

TERCER ESCUDERO.—Pero, padre, haz el favor de explicárnoslo. ¿Conociste á Klingsor? ¿cómo puede ser esto?

(*A las últimas palabras de Gurnemancio el 3.° y 4.° escudero se habrán echado á sus piés; ahora se unen á ellos también los otros dos.*)

GURNEMANCIO.—Titurel, el héroe piadoso, le conocía muy bien. Cuando las artimañas y el poderío de los salvajes enemigos amenazaban el reinado de la verdadera fe, se le presentaron una vez, en noche solemne y sagrada, los bienaventurados mensajeros del Redentor. El cáliz sagrado, en que bebió en la última cena, el vaso bendito que recogió su sangre divina cuando estaba en la cruz, así como la lanza que lo derramó; estas reliquias preciosísimas entre las más mila-

grosas, las entregaron á nuestro rey para que las guardara. Éste erigió al efecto un santuario. Vosotros que habéis llegado á su servicio por caminos desconocidos á los pecadores, sabéis que sólo á los hombres puros les es dado unirse á los hermanos que, fortificados por las milagrosas virtudes del Gral, atienden á las más elevadas obras de salvación. Por esto, aquel por quien me preguntáis, Klingsor, no puede lograrlo por más padecimientos que le cueste. Al otro lado del valle se hizo ermitaño; á su alrededor se hallaba la lejana tierra de los paganos. Ignoro las culpas que allí habrá cometido; pero lo cierto es que se estableció allí para hacer penitencia y alcanzar por este medio la santidad. Impotente para dominar sus malas inclinaciones, pecó por su propia mano, la tendió hacia el Gral, siendo rechazada con desprecio por su guardián. Entonces, el furor que se apoderó de Klingsor, le enseñó que el ignominioso acto de su sacrificio podría servirle para ejercer funesto influjo; y lo encontró: un hechizo convirtió su desierto en jardín de voluptuosidad. En el mismo se crían mujeres de una gracia encantadora; allí espera á los caballeros del Gral para que gusten los placeres y sientan luégo un horror infernal. El que se deja seducir, ya es suyo; y de este modo hemos perdido ya á muchos de los nuestros. Cuando Titurel, agobiado por el peso de los años, confió el poder á su hijo Amfortas, éste no se dió punto de reposo para conjurar la plaga del hechizo; ya sabéis lo que sucedió; la lanza se halla ahora en poder de Klingsor; y como con ella puede herir hasta á los santos, creen algunos firmemente que nos ha quitado también el Gral.

(*Kundría se ha vuelto muchas veces repentinamente con furiosa inquietud.*)

CUARTO ESCUDERO.—¡Ante todo pensemos en recuperar la lanza!

TERCER ESCUDERO.—¡Qué gloria y qué honor para aquel que la devolviera!

GURNEMANCIO (*después de un breve silencio*).—Amfortas estaba arrodillado delante del santuario, huérfano de su más preciosa reliquia y rezaba con fervor, implorando un signo de salvación: entonces se desprendió del Gral una luz celeste y una figura fantástica y divina, le dijo, marcando bien las palabras: «El casto loco, iluminado por la compasión, espera al que yo he elegido.»

(*Los cuatro escuderos repiten conmovidos estas palabras: Por la parte del lago se oyen gritos y exclamaciones de los caballeros y escuderos.*)

CABALLEROS Y ESCUDEROS.—¡Oh! ¡Ay, ay! Sús! ¿Quién es el criminal?

(*Gurnemancio y los cuatro escuderos se sobresaltan y se vuelven asustados.—Un cisne silvestre viene revoloteando y alicaído, desde el lago; va herido, le cuesta sostenerse y cae agonizante al suelo.—Entre tanto dice Gurnemancio:*)

GURNEMANCIO.—¿Qué es eso?

PRIMER ESCUDERO.—¡Allá!

SEGUNDO ESCUDERO.—¡Mira! Un cisne silvestre.

TERCER ESCUDERO.—¡Un cisne silvestre!

CUARTO ESCUDERO.—Está herido.

OTROS ESCUDEROS (*llegan presurosos por el lado del lago*).—¡Ay, ay, ay!

GURNEMANCIO.—¿Quién ha muerto al cisne?

SEGUNDO CABALLERO (*saliendo*).—El cisne revoloteaba sobre el lago; el rey le saludó como un feliz presagio, cuando, de repente, una flecha.....

OTROS ESCUDEROS (*trayendo á Parsifal*).—¡Este es el que disparó la flecha! He aquí el arco! He aquí la flecha, igual á las que él lleva!

GURNEMANCIO (*á Parsifal*).—¿Eres tú quien ha muerto á este cisne?

PARSIFAL.—Yo mismo. Al vuelo mato yo cualquier cosa.

GURNEMANCIO.—¿Tú lo hiciste? Y ¿no te remuerde la conciencia por este acto?

Los ESCUDEROS.—¡Castiga al culpable!

GURNEMANCIO.—¡Crimen inaudito! Y ¿tú te atreviste á matarlo? ¿Aquí, en el bosque sagrado, de cuya paz disfrutabas? ¿Acaso los animales de esta selva no se acercaron á ti y te saludaron cordial y piadosamente? ¿Qué te dijeron las aves, cantando desde las ramas de los árboles? ¿Qué te hizo el cisne? Elevóse para buscar á su compañera y revolotear con ella sobre el lago y bendecir el baño prodigioso: ¿su vista no cautivó tu ánimo y te dejaste inducir puerilmente á dispararle una flecha? El ave nos era propicia: ¿qué has hecho? Mira, aquí la heriste: aún brota la sangre, tiene las alas caídas: su plumaje, blanco como la nieve, está manchado..., el ojo herido; ¿ves cómo mira? ¿Comprendes tu falta? (*Parsifal le ha escuchado hasta aquí con creciente emoción: rompe su arco y arroja las flechas lejos de sí.*) ¡Habla, muchacho! ¿Reconoces tu gran culpa? (*Parsifal se pasa la mano por los ojos*). ¿Cómo pudiste cometerla?

PARSIFAL.—Yo no lo sabía.

GURNEMANCIO.—¿De dónde eres?

PARSIFAL.—No lo sé.

GURNEMANCIO.—¿Quién es tu padre?

PARSIFAL.—No lo sé.

GURNEMANCIO.—¿Quién te ha enviado aquí?

PARSIFAL.—Tampoco lo sé.

GURNEMANCIO.—¿Y tu nombre?

PARSIFAL.—Tenía muchos, pero ya no recuerdo ninguno.

GURNEMANCIO.—¿Nada de esto sabes? (*Aparte.*) Hasta ahora no he encontrado á nadie más que á Kundria tan torpe como este muchacho. (*A los escuderos, que se*

han ido reuniendo en número cada vez mayor.) ¡Ahora, idos! ¡No descuidéis al rey que está en el baño! Ayudadle!

(*Los escuderos han recogido respetuosamente el cisne y se alejan con él hacia el lago*).

GURNEMANCIO (*volviéndose otra vez á Parsifal*).—¡Vamos á ver! Ignoras cuánto te pregunto: ahora díme lo que sabes, pues algo sabrás

PARSIFAL.—Tengo una madre; se llama Herzeleide; vivíamos en el bosque y en parajes desiertos.

GURNEMANCIO.—¿Quién te dió el arco?

PARSIFAL.—Yo mismo me lo hice para ahuyentar las feroces águilas del bosque.

GURNEMANCIO.—No obstante, me pareces de noble linaje y de alta alcurnia: ¿por qué tu madre no te hizo aprender el manejo de armas mejores? (*Parsifal se calla*).

KUNDRÍA (*tendida en un ángulo del bosque y fija la mirada en Parsifal, grita hacia el escenario con voz estridente*):—Á ese bastardo le parió su madre cuando Gamuret pereció en la batalla; la loca, para preservar al loco de su hijo de la muerte prematura de los héroes, le crió en el desierto, extraño á las armas. (*Se rie*).

PARSIFAL (*que la ha escuchado con mucha atención*).—¡Si! Una vez pasaron por el lindero del bosque unos hombres relucientes, montados en hermosos animales. Quise imitarlos; se echaron á reir y se alejaron. Yo los seguí, pero no pude alcanzarlos; crucé espesuras, subí á los montes, bajé á los valles; muchas veces me sorprendió la noche; otras tantas amaneció: mi arco me defendió de las fieras y de los hombres grandes.

KUNDRÍA (*con viveza*).—Verdad que derribó á malhechores y gigantes: todos temían al débil muchacho.

PARSIFAL.—¿Quién me temía? ¡Habla!

KUNDRÍA.—Los malos.

PARSIFAL.—Los que me amenazaban, ¿eran malos, dices? ¿Y á quién llamáis bueno? (*Gurnemancio se rie*).

GURNEMANCIO (*serio*).—Á tu madre, de quien te escapaste y que sufre y se desespera ahora por tu desaparición.

KUNDRÍA.—Su dolor ya cesó: tu madre ha muerto.

PARSIFAL (*muy asustado*).—¿Muerta? ¿Mi madre? ¿Quién lo dice?

KUNDRÍA.—Yo pasé por delante de ella y la ví morir: me dijo que te saludara á ti, loco.

(*Parsifal se precipita furiosamente sobre Kundría y la agarra por el cuello*).

GURNEMANCIO (*deteniéndole*).—¡Insensato! ¿Otra vez violencias? ¿Qué te ha hecho esa mujer? Ha dicho la verdad. Kundría no miente; no ha mentido nunca y tantas cosas nos ha referido ya...

(*Cuando Gurnemancio ha librado á Kundría, Parsifal se queda un rato inmóvil; luégo le dan fuertes convulsiones*).

PARSIFAL.—¡Ay!... ¡me muero!

(*Kundría corre apresuradamente á un manantial del bosque, trae agua en un cuerno, rocía á Parsifal y después le da de beber*).

GURNEMANCIO. — ¡Bien hiciste! Devolver bien por mal. Los preceptos del Gral así lo mandan.

KUNDRÍA (*se vuelve con tristeza*).—¡Yo nunca hago el bien! Lo que yo quiero es reposo. (*Mientras Gurnemancio cuida solícitamente de Parsifal, Kundría penetra inadvertida en una mata.*) ¡Reposo! ¡Reposo á la extenuada! ¡Sueño! ¡Ojalá nadie me despierte! (*Levantándose con ímpetu.*) No, no; ¡no sueño! ¡Estoy aterrorizada! (*Después de un grito sordo, le dan fuertes convulsiones; luégo deja caer los brazos como extenuada de fatiga, inclina profundamente la cabeza y se aleja vacilando.*) ¡Inútil resistencia! La hora ha llegado. Á dormir, á dormir: no puedo más.

(*Se cae detrás de la mata y permanece inadvertida. Desde el lago suena un alboroto y se descubre en el fondo el sé-*

quito de caballeros y escuderos que se van acercando con la litera).

GURNEMANCIO.—El rey vuelve del baño; el sol está ya muy alto; ahora deja que te acompañe, pues si eres puro, el Gral te dará de comer y beber.

(Obliga á Parsifal á que le ciña suavemente el cuello con sus brazos, y le sostiene abrazándolo á su vez; así le acompaña andando á pasos lentos).

PARSIFAL.—¿Quién es el Gral?

GURNEMANCIO.—Esto no se dice; pero si tú también eres de los elegidos, sabrás quien es. ¡Mira! Me parece que te conozco bien: no hay camino material que conduzca á él y no pueden recorrerlo los que él mismo no guíe.

PARSIFAL.—Apenas ando, y ya me parece que estoy lejos.

GURNEMANCIO.—Ya ves, hijo mío; aquí el tiempo se convierte en espacio.

(En tanto que Gurnemancio y Parsifal parecen empezar á andar, la escena se transforma insensiblemente de izquierda á derecha: de este modo desaparece el bosque; en un peñasco se abre una puerta, por la que entran ambos; luégo se les vuelve á ver en galerías ascendentes, las que recorren en apariencia. Se oyen de lejos las trompas, cuyos acordes sostenidos crecen gradualmente: el tañido de las campanas parece acercarse. Por fin llegan á una gran sala, que remata en la parte superior una cúpula, por la que penetra la luz. Desde lo alto de la misma se oye un tañido cada vez mayor.)

GURNEMANCIO (*dirigiéndose á Parsifal que está como encantado*).—Ahora presta atención y veamos si eres loco y puro, cualquiera que sea el saber que te está reservado.

(En ambos lados del fondo se abre una gran puerta. Por la derecha entran los caballeros del Gral en procesión solemne y se colocan junto á dos largas mesas puestas,

que se corren paralelamente, de modo que quede libre el centro de la sala; en las mesas hay copas, pero no viandas. Los caballeros entran cantando lo siguiente):

CABALLEROS DEL GRAL.—Estamos cada día preparados para el último banquete, aunque lo fuese el que hoy celebramos. Al que practica buenas obras, séale dado repetirlo: acérquese á la mesa y reciba el supremo bien.

VOCES DE HOMBRES MÁS JÓVENES (*procedentes de media altura de la sala*).—Como el héroe de la redención humana derramó gustoso su sangre por los pecados del mundo, sufriendo mil atroces dolores, pueda yo hoy derramar la mía en su nombre. El cuerpo que se ha sacrificado para redimirnos, viva en nosotros por su muerte.

VOCES DE MUCHACHOS (*procedentes de la parte más elevada de la cúpula*).—La fe vive; la paloma mensajera propicia del cielo, revolotea. Bebed el vino que por vosotros se ha vertido y recibid el pan de la vida.

(Por la puerta opuesta entra Amfortas traído en la litera por escuderos y hermanos sirvientes. Delante de él avanzan algunos muchachos llevando una caja cubierta de un manto purpúreo. Este cortejo se dirige hacia la parte central del fondo, donde se halla un lecho elevado y cubierto por un baldaquino, en el que se deposita á Amfortas; delante del mismo hay una mesa de mármol prolongada en forma de altar, sobre la que los muchachos depositan la caja cubierta; y cuando todos los caballeros han tomado ya asiento en las mesas, sucede al canto un silencio algo prolongado. Desde el extremo del fondo, de un nicho abovedado que se halla detrás del lecho de Amfortas, sale, como de un sepulcro, la voz del viejo).

TITUREL.—¡Amfortas, hijo mío! ¿Estás oficiando ya? (*Silencio.*) ¿Tendré hoy la dicha de ver de nuevo al Gral y vivir? (*Silencio.*) ¿Habré de morir sin que me acompañe el Salvador?

AMFORTAS (*en un arranque de dolorosa desesperación*). —¡Ah! ¡Desdichado de mí! ¡Padre mío, oficia tú otra vez! ¡Vive y deja que me muera yo!

TITUREL.—Por la gracia del Redentor, yo vivo en la tumba; pero soy demasiado débil para servirle: ¡expía tu culpa en su servicio! ¡Descubrid al Gral!

AMFORTAS (*apartando á los muchachos*).—¡No! ¡Dejadle cubierto! ¡Ay! ¡Que nadie, nadie sienta el dolor que yo experimentaría á la vista de lo que á vosotros os entusiasma! ¿¡Qué es la herida, la crueldad de sus dolores, comparada con la pena, con la pena infernal de estar condenado... á este oficio!? ¡Dolorosa herencia, la que me ha tocado! á mí, único pecador entre todos, obligado á guardar el más sagrado de todos los santuarios y á implorar la bendición para los puros! ¡Oh, castigo, castigo sin igual, que me inflige la cólera de Dios todo misericordioso! Fuerza es que implore su gracia desde lo más profundo de mi corazón y que la merezca por medio de la penitencia expiatoria: la hora se acerca: ya desciende un rayo de luz sobre la obra sagrada; el velo cae; el divino contenido del vaso sagrado empieza á enrojecerse é iluminarse; embriagado del celeste placer producido por el dolor, siento verterse en mi corazón la fuente de la sangre divina: la corriente de la mía pecadora retrocede precipitadamente y refluye con ímpetu al mundo de la expiación de los pecados; de nuevo rompe la presa y brota de esta herida, igual á la inferida con la misma lanza en el costado del Salvador, de aquel que por el ardor divino de su piedad lloró con lágrimas de sangre los pecados del mundo; y en este sagrado lugar brota la sangre impura, del cuerpo del guardián de los bienes divinos y del bálsamo de la Redención! ¡Piedad, piedad! ¡Dios todo misericordioso, piedad! ¡Despójame de mi herencia, cierra mi herida, haz que muera santamente y renazca en tu gracia! (*Cae desmayado.*)

VOCES DE MUCHACHOS (*de la cúpula*). «El loco casto, iluminado por la compasión: espera al que yo he elegido.»

LOS CABALLEROS (*en voz baja*).—Así se te anunció; espera y no desmayes; ¡hoy oficia!

LA VOZ DE TITUREL.—¡Descubrid el Gral!

(Amfortas se ha vuelto á levantar silenciosamente. Los muchachos descubren la caja dorada, sacan de la misma el «Gral» (copa de cristal antiguo), quitan la envoltura que le cubre y lo colocan delante de Amfortas).

LA VOZ DE TITUREL.—¡La bendición!

(En tanto que Amfortas se inclina hacia el vaso con devoción y rezando en voz baja, luz crepuscular, cada vez más intensa, invade la sala).

MUCHACHOS (*desde la cúpula*).—¡Tomad mi sangre, por nuestro amor! ¡Tomad mi cuerpo y acordaos de mí!

(Un rayo de luz deslumbradora baja de la cúpula sobre el vaso y éste se va colorando de púrpura cada vez más vivo. Amfortas, en éxtasis levanta al «Gral» y lo agita suavemente en todas direcciones. Á la entrada del crepúsculo todos están ya arrodillados y dirigen devotamente sus miradas hacia el «Gral».)

LA VOZ DE TITUREL.—¡Oh, placer divino! ¡Cuán brillante se nos presenta hoy el Señor!

(Amfortas vuelve á depositar el «Gral,» el cual palidece á medida que se va desvaneciendo el crepúsculo; luégo los muchachos encierran otra vez el vaso en la caja y la cubren como antes. Al reaparecer la claridad primitiva, se vuelven á divisar las copas que se hallan sobre las mesas y que ahora están llenas de vino, teniendo cada una un pan á su lado. Todos se sientan para celebrar el banquete y así también Gurnemancio, quien deja un puesto libre junto á sí é invita con un signo á Parsifal á participar de la comida: pero Parsifal permanece á un lado inmóvil y mudo, como extático.—Cantos que alternan durante la comida).

VOCES DE MUCHACHOS (*de la parte superior de la cúpula*). —El señor del Gral, por la fuerza de su amor y de su piedad, convirtió el vino y el pan de la última cena en la sangre que derramó y en el cuerpo que ofreció en holocausto.

VOCES DE JÓVENES (*de media altura de la cúpula*).—El Redentor, á quien ensalzáis, ha convertido por vuestro bien la sangre y el cuerpo de su sacrificio en el vino que bebéis y en el pan que hoy os alimenta.

LOS CABALLEROS (*primer coro*). — Tomad el pan y fortificad vuestro cuerpo; sed fieles hasta la muerte y esforzados en las penas para realizar las obras del Salvador. (*Segundo coro.*) Tomad el vino y convertidlo en sangre vigorosa; estad unidos como buenos hermanos y luchad con valor.

(*Se levantan con solemnidad y se tienden las manos*).

TODOS LOS CABALLEROS.—¡Bienaventurados en la fe! ¡Bienaventurados en el amor!

LOS JÓVENES. — (*desde media altura de la cúpula*).— ¡Bienaventurados en el amor!

MUCHACHOS (*desde la parte más elevada*).—¡Bienaventurados en la fe!

(Durante la comida, en la cual no ha tomado parte, Amfortas vuelve poco á poco en si de su éxtasis: inclina la cabeza y pone la mano en la herida. Los muchachos se le acercan; sus gestos indican que la herida vuelve á manar sangre: cuidan á Amfortas, vuelven á colocarlo en litera y mientras todos se preparan para marcharse, se llevan á Amfortas y la caja sagrada con el mismo orden en que han venido. Los caballeros y escuderos se disponen también en orden de marcha y abandonan lentamente la sala, de la que desaparece gradualmente la luz del dia. Las campanas tañen de nuevo.—Cuando Amfortas suelta un grito de dolor, Parsifal hace un movimiento repentino con la mano hacia el corazón y la mantiene un rato sobre el mismo temblando: luégo per-

manece largo rato como encantado é inmóvil. Cuando los últimos abandonan la sala y las puertas se vuelven á cerrar, Gurnemancio se acerca enojado á Parsifal y le sacude cogiéndolo por un brazo.)

GURNEMANCIO.—¿ Qué haces aquí todavía ? ¿ Sabes lo que has visto ? (*Parsifal sacude un poco la cabeza.*) ¡Eres un verdadero loco! (*Abre una estrecha puerta lateral.*) ¡Fuera! ¡Anda por donde viniste! Y acuérdate que Gurnemancio te aconseja dejar en paz en lo sucesivo á los cisnes de este lugar. ¡Á cazar á otra parte!

(*Da un empujón á Parsifal y cierra la puerta estrepitosamente y con enojo. Mientras sigue á los caballeros, cae el telón*).

ACTO II

Castillo encantado de Klingsor.—Interior de una torre con una abertura en el techo; gradas de piedra conducen al borde de las almenas de la torre; oscuridad en el fondo, al que conduce una prominencia del muro, representada por las tablas. Instrumentos y aparatos de nigromántico. Klingsor sentado á un lado de la prominencia del muro, delante de un espejo de metal.

KLINGSOR.—Ya ha llegado el momento; mi castillo encantado atrae ya al loco que, con infantil alegría, se viene acercando de lejos. La maldición mantiene en sueño letal á esa infeliz, á quien sé librar de su letargo. ¡Ea, pues; á la obra! *(Desciende algún tanto hacia el medio y enciende una sustancia que pronto llena una parte del fondo de un humo azulado. Luégo vuelve á su sitio primitivo y con ademanes misteriosos grita hacia el precipicio que tiene á sus piés):* ¡Arriba! ¡Hacia acá! ¡Ven á mí! Tu dueño te llama, innominada. ¡Archidiablo en figura de mujer, rosa del infierno! Fuiste Herodías y ¿qué más! Allá Grundigya, aquí Kundría: ¡ea, ven, Kundría! ¡Tu dueño te llama!

(*Envuelta en la azulada luz aparece la figura de Kundria. Se la oye dar un grito de horror como si despertara de un profundo sueño.*)

KLINGSOR.—¿Despiertas ó no? ¡Ah! Hoy también has acudido á tiempo á mi llamamiento. (*Kundria suelta un grito de dolor muy vivo que se apaga gradualmente, terminando en un ligero gemido.*) ¿Dónde estabas? ¡Quiá! ¿Allá con esa pandilla de caballeros que te tratan como á una bestia? ¿No prefieres estar conmigo? Cuando me cogiste á su Rey... ¡já, já!... el casto guardián del Gral, ¿por qué te fuiste otra vez?

KUNDRÍA (*con voz ronca é intermitente, como esforzándose en recobrar el habla*).—¡Ah! ¡Ah! ¡Tétrica noche! ¡Delirio! ¡Ah! ¡Furor! ¡Oh, dolor! ¡Sueño, profundo sueño! ¡Muerte!

KLINGSOR.—¿Otro te ha despertado, eh?

KUNDRÍA (*como antes*).—¡Sí! ¡Mi maldición! ¡Oh, deseo irresistible!

KLINGSOR.—¡Ah, ah! ¿Deseas ver á los castos caballeros?

KUNDRÍA.—Allí, allí servi yo.

KLINGSOR.—¡Ya! ¿Para resarcirles del daño que tan malignamente les causaste? Es inútil: todos ellos son venales si yo les ofrezco el premio que desean; el más tenaz cae en tus brazos y sucumbe á la lanza que yo mismo arranqué de las manos de su rey. Hoy se trata de vencer al más peligroso, que viene protegido por el escudo de la locura.

KUNDRÍA.—¡No lo quiero! ¡No, no!

KLINGSOR.—Has de quererlo, porque lo debes.

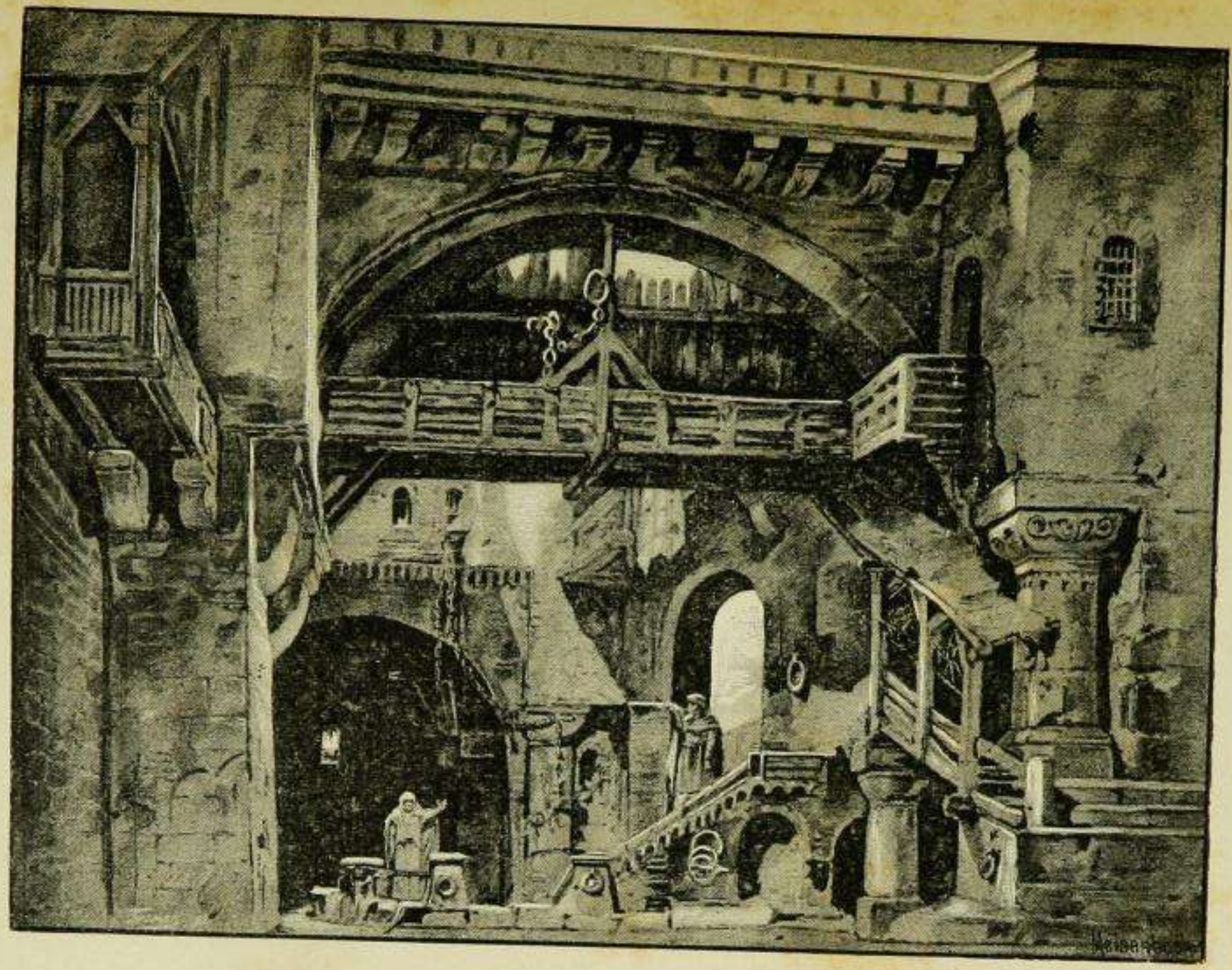
KUNDRÍA.—Tú no puedes obligarme á ello.

KLINGSOR.—Pero puedo cogerte.

KUNDRÍA.—¿Tú?

KLINGSOR.—Tu señor.

KUNDRÍA.—¿Con qué fuerza?



KLINGSOR.—¡Pues! Porque soy el único contra quien nada puedes.

KUNDRÍA (*con una carcajada*).—¡Ja, ja! ¿Tú eres casto?

KLINGSOR (*furioso*).—¿Qué preguntas, mujer maldita? (*Cae en profunda meditación.*) ¡Tormento cruel! ¡Ahora el diablo se ríe de mí, porque en otros tiempos luché por ser santo! ¡Tormento cruel! ¡Oh, dolor insoportable del deseo desenfrenado! El impulso infernal de terribles instintos que yo creía haber acallado para siempre, ¿se ríe ahora y se mofa de mí por tu boca, esposa del diablo? ¡Guárdate de ello! Alguien ha pagado caras sus mofas y su desprecio: en otros tiempos, el orgulloso devoto, fuerte en su santidad, me rechazó lejos de sí: su raza ha caído en mi poder; el guardián del santo padecerá sin remisión; y pronto, así lo espero, yo mismo guardaré al Gral. ¡Ja, ja! ¿Te gustó Amfortas, el héroe que te dí por compañero en tus placeres?

KUNDRÍA.—¡Oh, dolor, dolor! ¡Él también débil! ¡Todos débiles! ¡Todos caídos, como yo, ¡Dios mío! ¡oh, sueño eterno, única salvación! ¿Cómo podré yo alcanzarte?

KLINGSOR.—¡Ah! El que te resistiera te libraría: inténtalo con el muchacho que se acerca!

KUNDRÍA.—No. ¡No quiero!

KLINGSOR.—Ya escala la fortaleza.

KUNDRÍA.—¡Ay, desdichada de mí! ¿Para esto me has despertado? ¿Lo debo? ¿Es posible?

KLINGSOR (*ha subido sobre el muro de la torre*).—¡Qué guapo es el muchacho!

KUNDRÍA.—¡Ay! ¡Desdichada de mí!

KLINGSOR (*dirigiéndose hacia afuera; toca un cuerno*).—¡Ea, ea! ¡Guardas! ¡Caballeros! ¡Héroes! ¡Sús! ¡El enemigo se acerca! (*Afuera crece el bullicio y el rumor de las armas.*) ¡Cómo se precipitan sobre el muro, los celosos egoístas en defensa de sus hermosas! ¡Así,

así! ¡Valor! ¡Ah! No tiene miedo: ya ha desarmado al héroe Ferris; con el arma de éste acomete á toda la cuadrilla. (*Kundría empieza á reir fuerte.*) ¡Torpes! Á ese le ha cortado un brazo, á esotro un muslo. ¡Ah, ah! Ya ceden... Ya huyen: no hay quien se libre sin herida. ¡Cuánto me alegro! ¡Así se estrangulen entre sí todos los caballeros del mundo! ¡Ah, qué altivo me siento sobre la almena! ¡Cómo sonríen las rosas de sus mejillas cuando dirige sus miradas con infantil sorpresa á ese solitario jardín! ¡Ea, Kundría! (*Se vuelve. Kundría ha continuado riendo con risa convulsiva, y su risa se convierte finalmente en un estertoroso grito de dolor; su figura desaparece repentinamente; la luz azulada se apaga: oscuridad completa en el fondo.*) ¿Cómo? ¿Ya ha dado mano á la obra? ¡Ja, ja! Ya conozco el mágico secreto para lograr que te asocies siempre á mi servicio. ¡Tú, muchacho! Diga lo que quiera la profecía respecto á ti, has caído en mi poder, muy joven y muy torpe aún: perdida la castidad ¡ya eres mío!

(*Se hunde lentamente con toda la torre; al mismo tiempo se eleva el jardín encantado y ocupa todo el escenario. Vegetación tropical; abundancia de flores lozanas; cierra el fondo, la almena del muro del castillo, á cuyos lados se apoya la parte superior del edificio (de estilo árabe suntuoso), sobre la cual se extienden las terrazas. — Sobre el muro está Parsifal mirando con sorpresa hacia abajo, al jardín. Por todas partes y procedentes así del jardín como del palacio, acuden confusamente hermosas muchachas, primero de una en una, y luégo en número cada vez mayor, apenas vestidas y con descuido, como si acabaran de levantarse.*)

LAS MUCHACHAS (*saliendo del jardín*). —¡Aquí ha sido el bullicio, el ruido de armas, los gritos salvajes!

LAS MUCHACHAS (*saliendo del castillo*). — ¡Ah! ¡Venganza! ¡Sús! ¿Dónde está el criminal?

ALGUNAS.—Mi amante está herido.

OTRAS.—¿Dónde está el mío?

OTRAS. — Al despertar me encontré sola. ¿Adónde habrá huído?

OTRAS.—¿Dentro en la sala? ¡Ay, todos están ensangrentados! ¿Quién es el enemigo? ¡Vedle, allá está! ¿Y la espada de mi Ferris? Yo lo ví; hacía temblar el castillo. Oí la bocina de nuestro dueño. Mi héroe acudió presuroso; todos acudieron, pero todos fueron recibidos con tenaz resistencia. ¡Temerario! Todos huyeron de él. ¡Tú, allá, tú! ¿Por qué nos causaste tantos desastres? ¡Maldito seas!

(*Parsifal baja algo más hacia el jardín.*)

ALGUNAS. — ¡Ah! ¡atrevido! ¿Osas resistir? ¿Por qué derrotaste á nuestros amantes?

PARSIFAL (*sumamente sorprendido*).—¿Cómo no había de batirlos, hermosas niñas, si me impedían llegar hasta vosotras?

OTRAS.—¿Á nosotras buscabas? Pues qué... ¿nos conocías?

PARSIFAL. — Nunca había visto mujeres tan divinas: os llamo divinas; ¿os parece bien así?

OTRAS (*pasando de la sorpresa á la alegría*). — ¿No serás nuestro enemigo?

PARSIFAL. — De ninguna manera.

LAS MUCHACHAS. — El daño que nos has causado es mucho y grande; has inutilizado á nuestros compañeros de juego: ¿quién jugará ahora con nosotras?

PARSIFAL.—De buena gana jugaría yo.

LAS MUCHACHAS (*riendo*). —Si nos quieres, no sigas tan alejado de nosotras; ya verás cómo te lo agradecemos si no nos rechazas; no jugamos por interés, jugamos por amor; si procuras consolarnos, recibirás consuelo de nosotras.

(*Algunas han desaparecido entre el follaje y reaparecen vestidas de flores y pareciendo tales ellas mismas.*)

LAS MUCHACHAS ADORNADAS (*separadamente*). — ¡ Dejad al muchacho! Es mio. ¡No! ¡No! ¡Mio! ¡Mio!

LAS OTRAS MUCHACHAS. — ¡ Ah, las pícaras! Se han adornado ocultamente.

(Estas se alejan y regresan luégo vestidas de flores.)

LAS MUCHACHAS (*dando vueltas, juguetonas é infantiles, alrededor de Parsifal en filas alternadas y acariciándole suavemente las mejillas y la barba*).—¡ Ven, ven, amor mio! ¡Por ti me adorné de flores! Mis cuitas amorosas serán tu delicia.

PARSIFAL (*en medio de ellas, sereno y sonriente*).—¡Quë perfume ésparcis! ¿ Acaso sois flores ?

LAS MUCHACHAS (*ya aisladamente, ya varias á la vez*). — Adorno de este jardín y espíritus odoríferos, nuestro dueño nos recoge en primavera; aquí crecemos en verano al sol y florecemos voluptuosamente por ti. Sénos, pues, propicio y no sea escaso el tributo que pagues á las flores. Si no puedes acariciarnos y amarnos, nos marchitamos y morimos.

PRIMERA MUCHACHA.— ¡ Recógeme en tu seno!

LA SEGUNDA.—¡ Déjame refrescar tu frente !

LA TERCERA.— ¡ Deja que acaricie tus mejillas !

LA CUARTA.— ¡ Quiero besarte en la boca!

LA QUINTA.— ¡No! ¡Yo! ¡La más hermosa soy yo!

LA SEXTA.—¡ No, yo! Mi perfume es más suave.

PARSIFAL (*esquivando suavemente su gracioso asedio*).— Mezcla graciosa de extrañas flores, si queréis que juegue con vosotras, no me asediéis de este modo.

LAS MUCHACHAS.— ¿ Por qué nos reprendes ?

PARSIFAL.—Porque os disputáis.

LAS MUCHACHAS.—Nos disputamos por ti.

PARSIFAL.—Pues dejadlo.

PRIMERA MUCHACHA (*á la segunda*).—¡Apártate tú! ¿No ves que me quiere á mí ?

LA SEGUNDA MUCHACHA.— ¡ No, á mí!

LA TERCERA.—¡ Á mí más que á vosotras !

LA CUARTA.—¡No, á mí!

LA PRIMERA (*á Parsifal*).—¿Te apartas de mí?

LA SEGUNDA.—¿Huyes de mí?

LA PRIMERA.—¿Eres cobarde con las mujeres?

LA SEGUNDA!—¿No te fías?

VARIAS MUCHACHAS.—¡Qué malo eres, qué desdeñoso, qué frío!

OTRAS MUCHACHAS.—¿Cómo permites que las flores cortejen á las mariposas?

ALGUNAS.—¡Vámonos, que está loco!

UNA MUCHACHA.—Le doy por perdido.

OTRAS.—¡Pues sea nuestro!

OTRAS.—¡No, nuestro! ¡No, mío! ¡También mío! ¡Aquí, aquí!

PARSIFAL (*apartándolas algo enojado, quiere huir*).—¡Dejadme! ¡No me cogeréis!

(*De una mata lateral de flores se oye la voz de Kundría.*)

KUNDRÍA.—¡Parsifal! ¡Detente!

(*Las muchachas se asustan y se paran de golpe. Parsifal permanece inmóvil y estupefacto.*)

PARSIFAL.—¿Parsifal...? Así me llamó una vez mi madre soñando.

LA VOZ DE KUNDRÍA.—¡Quédate aquí, Parsifal! El placer y la felicidad te saludan. Apartaos de él, niñas enamoradas: flores que os marchitáis precozmente; no ha sido destinado este muchacho para jugar con vosotras! Retiraos á vuestra habitación y cuidad de los heridos: más de un héroe os está esperando solitario.

LAS MUCHACHAS (*alejándose de Parsifal desalentadas y con resistencia*).—¡Dejarte, esquivarte! ¡Oh, qué pena, oh, qué dolor! ¡De todo el mundo quisiéramos separarnos para quedarnos solas contigo! ¡Adiós, adiós! ¡Gracioso! ¡Orgulloso! ¡Loco!

(*Al pronunciar esta última palabra desaparecen detrás del castillo soltando ligeras carcajadas.*)

PARSIFAL.—¿No es sueño cuánto acabo de ver?

(*Se vuelve temblando hacia el lado de donde llegó á sus oidos la voz que le dejó perplejo. Descubierta la mata de flores, ve una mujer joven de extraordinaria hermosura. Kundría, completamente transformada, aparece sobre un lecho de flores, en traje ligero y caprichoso como de odalisca.*)

PARSIFAL (*todavia desde lejos*).—¿Me llamaste á mí, innominada?

KUNDRÍA.—Á ti te he llamado, casto loco, «fal parsi,» á ti, loco casto: «Parsifal.» Cuando tu padre Gamuret estaba muriendo en tierra de árabes, llamó con este nombre á su hijo que aún se hallaba en el seno de su madre. Aquí te esperaba yo á ti para decírtelo: ¿qué te ha traído sino el deseo de saber lo que ignorabas?

PARSIFAL.—No he visto, ni soñado jamás lo que ahora veo con el corazón oprimido. ¿Tú también te has desprendido de esa mata de flores?

KUNDRÍA.—¡No, Parsifal! Mi patria está lejos, muy lejos. He permanecido aquí únicamente para que pudieses encontrarme. Vengo de muy lejos, donde he visto muchas cosas. Ví al niño en el seno de su madre; aún me parece oir sus primeras palabras. Con el corazón embargado por el dolor, Herzeleide sonreía cuando reía el pedazo de sus entrañas, como para consolarla en sus pesares. Acostado en un lecho de mullido musgo, la madre le adormece con sus caricias y con solícitos cuidados vigila su sueño, despertándole por la mañana el tibio rocío de las lágrimas maternas. Todo en ella revelaba el llanto y el dolor interminable por el amor y la muerte de tu padre; para preservarte de igual desventura, creyó deber mantenerte lejos de las armas y de las luchas furiosas de los hombres, ocultándote con sigilo. ¡Qué inquietud, qué temor el suyo! Quería que esto no llegase nunca á tu conocimiento. ¿Ya no te acuer-

das del grito plañidero que exhalaba cuando permanecías hasta muy tarde lejos de ella? ¡Ah! ¡Qué alegría, qué satisfacción la suya cuando después de mucho buscarte, daba contigo! Entonces te abrazaba impetuosamente y tú, ¡estabas inquieto cuando te besaba! Pero no sentiste su pesadumbre, la agitación de sus dolores, cuando por fin no volviste y se borraron tus huellas: te esperó noche y día, hasta que su gemido enmudeció, y destruído el dolor por el sentimiento, imploró una muerte tranquila: el pesar desgarró su corazón y... Herzeleide murió.

PARSIFAL (*cada vez más triste, cae dominado por el dolor á los piés de Kundria*).—¡Oh, dolor, dolor! ¿Qué he hecho? ¿Dónde estaba yo? ¡Madre! ¡Dulce, cara madre! ¿Tu hijo, tu hijo es la causa de tu muerte? ¡Oh, loco! ¡Insensato! ¿Adónde fuiste, que te olvidaste de ella? ¿Cómo pude olvidarme de ti, mi buena, mi adorada madre?

KUNDRÍA (*siempre tendida, se inclina sobre la cabeza de Parsifal, coge con suavidad su frente y le ciñe amorosa el cuello con su brazo*).—Si aún ignoras lo que es el dolor, y si la dulzura del consuelo no embalsamó aún tu corazón: ¡expía ahora el dolor y la necesidad que sientes, con el consuelo que te brinda el amor!

PARSIFAL (*entristecido*).—¡Madre mía! ¡Y he podido olvidar á mi madre! ¡Ah! ¿Qué no olvidé? ¿De qué me he acordado yo nunca? ¡En mí no vive sino torpe locura! (*Se inclina cada vez más.*)

KUNDRÍA.—La confesión pondrá término á tu culpa y á tu arrepentimiento, y el reconocimiento convertirá tu locura en juicio: procura conocer el amor que se había apoderado de Gamuret cuando el ardor de Herzeleide le invadía abrasándole: el amor que te ha dado el sér y la vida; el amor que esquivan la muerte y la locura, te ofrece hoy la bendición materna como último saludo y el primer beso.

(*Inclina completamente su cabeza sobre la de Parsifal y le imprime con sus labios un largo beso en la boca.*)

PARSIFAL (*se levanta repentinamente con un ademán que revela el mayor espanto: muestra en sus gestos que se siente mudado; comprime sus manos con fuerza contra su corazón, como para subyugar el dolor que le desgarra; por fin exclama*): —¡Amfortas! ¡La herida! ¡La herida arde en mi corazón! ¡Oh, queja! ¡Queja horrible! La siento gritar desde lo más profundo de mi interior. ¡Oh! miserable! Yo ví la herida manar sangre: ¡ahora mana en mí mismo! ¡Aquí, aquí! (*Mientras Kundría, llena de espanto y de sorpresa, le mira fijamente, Parsifal, completamente arrebatado, continúa*): ¡No, no! No es la herida: ¡derrámese su sangre á torrentes! ¡Aquí! ¡Aquí en el corazón está el incendio! ¡El deseo, el terrible deseo que abrasa y subyuga todos mis sentidos! ¡Oh, tormento del amor! ¡Cómo todo se conmueve, tiembla y se estremece cuando sopla el deseo!... (*Sumamente bajo.*) Su extática mirada está fija en el vaso sagrado: la sangre divina se enrojece: la delicia de la redención penetra con suavidad celestial en todas las almas: sólo de este mi corazón no quiere desaparecer el tormento. Aquí siento la queja del Redentor; la queja por la profanación del santuario: «¡redímeme, sálvame de manos pecadoras!» Así resonó en mi alma la queja del Señor, con espantosa fuerza. ¿Y yo? ¿El loco, el cobarde? ¡Yo huí en busca de aventuras infantiles! (*Cae desesperado de rodillas.*) ¡Redentor! ¡Salvador mío! ¡Todo misericordioso! ¡Pecador de mí! ¿Cómo expiaré mi culpa?

KUNDRÍA (*cuya extrañeza se convierte en admiración apasionada, procura acercarse temblando á Parsifal*).—¡Héroe prometido! ¡Huye de la ilusión! ¡Mírame! ¡No desdeñes la Huddin!

PARSIFAL (*siempre en la misma postura y mirando fija*

mente á Kundria, en tanto que ésta se inclina hacia él, haciéndole las caricias indicadas en las palabras siguientes):—Sí! Esta voz! Así le llamaba; también reconozco esa mirada que le sonreía con tanta inquietud. Los labios, sí, así se estremecían por él; así se inclinaba su cabeza ; así la levantaba, con esa altivez ; así ondeaban sus rizos, así le ceñía el cuello con el brazo, así le acariciaba suavemente las mejillas! Aliada á todos los dolores del tormento, ¡ su boca le robó con un beso la salud del alma! ¡Ah! ¡Ese loco! (*Al pronunciar esta última palabra se ha levantado lentamente; da un salto y aparta bruscamente á Kundria.*) ¡Corruptora ! ¡ Lejos de mí, lejos para siempre !

KUNDRÍA (*con mucha pasión*).—¡Cruel! Ah! ¡Si tu corazón siente solamente los dolores agenos, participa ahora también de los míos! Si eres redentor, ¿quién te impide, oh malvado, que me comprendas también á mí en tu obra de salvación ? Hace una eternidad que te espero, espero al Salvador, á quien en otros tiempos desprecié con altivez. ¡Ay! ¡Cuando conocí mi culpa, ya era tarde! ¡Ah! ¡ Si conocieras la maldición que en el sueño y en la vigilia, en la muerte y en la vida, en las penas y en la risa, templando nuevamente mi alma para nuevos dolores, atormenta implacablemente mi existencia ! Yo le ví á Él, á Él, y me eché á reir..... entonces su mirada me alcanzó. Ahora le voy buscando de un mundo á otro con el deseo de encontrarlo : en mi supremo desconsuelo me parece estar cerca de sus ojos y ver ya su mirada descansar sobre mí : entonces la risa maldita vuelve á asomar en mis labios, ¡ un pecador cae en mis brazos ! Yo río, río, no puedo llorar: sólo puedo gritar, enfurecerme, agitarme, delirar en una noche de pesadilla que siempre se renueva, de la que despierto apenas cuando hago penitencia. Tú, á quien he deseado con ardor en mis agonías ; tú, á quien he reconocido, tú, que has sido objeto de risa

como un loco; déjame llorar en tu seno, deja que me una á ti, aunque sea por una hora y que me rescate y salve en ti, aun cuando me rechacen Dios y el mundo!

PARSIFAL.—¡Por toda la eternidad condenados tú y yo, si olvidara una hora sola mi misión para arrojarme en tus brazos! También te salvaré á ti, si vences tus deseos. El bálsamo que ha de poner término á tus padecimientos no te lo puede ofrecer el manantial que mana el dolor:... no esperes jamás tu salvación si no se cierra primero. Otra es la fuente por la cual he visto suspirar dolorosamente los hermanos de allá, que mortifican y atormentan la carne sufriendo los más atroces dolores. Pero, ¿quién puede reconocer el verdadero manantial de nuestra única salvación? ¡Oh miseria! oh maldición! oh tétrica noche del delirio mundano! ¡Con el más ferviente deseo de lograr la salud eterna, consumirse en busca del manantial de la perdición!

KUNDRÍA.—Dime, ¿fué mi beso quien te iluminó? ¡Mi estrecho abrazo amoroso te hará lograr sin duda la divinidad! Redime al mundo: esta es tu misión. Si esta hora ha de convertirte en Dios, por ella déjame condenada eternamente y que mi herida no se cure jamás.

PARSIFAL.—¡Á ti también, oh malvada, te ofrezco tu salvación!

KUNDRÍA.—Si quieres redimirme, permite que yo te ame, divina criatura.

PARSIFAL.—Si me enseñas el camino que conduce á Amfortas, obtendrás amor y salvación.

KUNDRÍA (*en un arranque de furor*).—¡Nunca lo encontrarás! Ha caído y deja que se pierda, ¡el indigno, el que no pudo dominar su concupiscencia y de quien yo me burlé y reí! ¡Ja, ja! ¿No fué herido con su misma lanza?

PARSIFAL.—¿Quién pudo herirle con arma divina?

KUNDRÍA.—Él, él; aquél que en otros tiempos castigó

mi risa : su maldición. ¡Ah! me da fuerza; ¡y dispondré de esa arma contra ti, si dispensas al pecador la honra de compadecerte de él! ¡Ah, delirio! ¡Piedad! ten piedad de mí! Sé mío sólo una hora, sólo una hora deja que sea tuya : y te indicaré el camino que buscas!

(*Quiere abrazarle: él la rechaza impetuosamente.*)

PARSIFAL.—¡Apártate, mujer indigna!

KUNDRÍA (*rásgase las vestiduras y grita con furor salvaje*). — ¡Socorro! socorro! Venid á mí! detened al temerario! ¡Á mí! cerradle el paso! obstruíd los caminos y los senderos! ¡Y aun cuando huyeras de aquí y encontraras abiertos todos los del mundo, jamás encontrarás el que tú buscas! Pues maldigo todos los senderos y caminos que te lleven lejos de mí: ¡Engaño! ¡Engaño, que tan familiar me eres, sé tú guía!

(*Klingsor sobre el muro del castillo: las muchachas salen igualmente del edificio en ademán de acercarse á Kundría.*)

KLINGSOR (*blandiendo una lanza*).—¡Alto allí! te conjuro con el arma verdadera : ¡el loco me será entregado por la lanza de su señor! (*Arroja contra Parsifal la lanza, la cual se queda suspendida sobre su cabeza; Parsifal la coge con la mano y la blande con ademán entusiasta haciendo al mismo tiempo el signo de la cruz.*) Con este signo conjuro tu magia: ¡del mismo modo que esta lanza curará la herida que con ella inferiste, se convertirá en luto y en ruinas tu engañadora magnificencia!

(*El castillo se hunde como por la fuerza de un terremoto; el jardín se agosta y convierte en desierto: las muchachas se quedan esparcidas por el suelo en forma de flores marchitas.—Kundría ha caído exhalando un grito. De lo alto de una ruina del muro, se vuelve otra vez hacia ella Parsifal.*)

PARSIFAL.—¡Ya sabes dónde únicamente podrás volver á verme! (*Desaparece.—Telón rápido.*)

ACTO III

En el dominio del Gral.—Hermosa comarca en primavera. Una vega florida que se eleva suavemente en el fondo. El lindero del bosque ocupa la parte delantera del escenario y se extiende hacia la derecha. En la parte delantera, por el lado del bosque, una fuente; enfrente de ésta, pero algo más baja, una cabaña de ermitaño recostada en una roca. Amanece.—Gurnemancio, muy envejecido, vestido tan sólo con la camisa de los caballeros del Gral, sale de la cabaña.

GURNEMANCIO.—De allá ha venido la voz quejumbrosa. Ninguna fiera gime tan tristemente, y menos aún en un día tan sagrado como éste. ¡Me parece que esa voz no me es desconocida! (*Se oye un gemido sordo que parece exhalado por una persona oprimida por los ensueños.—Gurnemancio se acerca resueltamente á una mata de espinas que está á un lado: éste está cubierto completamente de arbustos: arranca violentamente la mata: luégo se pára de repente.*)—¡Ah! ¿Ella aquí otra vez? Estas ásperas espinas invernales la tenían oculta: ¿quién sabe desde cuándo? ¡Sús! Kundría! ¡Sús! El invierno se ha desvanecido, ya está aquí la primavera! ¡Des-

pierta, despierta á la primavera! Fría.... aterida! Esta vez la tengo por muerta; ¿pero, no fué su gemido el que oí?

(*Saca á Kundría de la mata en un estado de completa rigidez y catalepsia, la lleva sobre un cercano collado cubierto de césped, le hace fuertes fricciones en las manos y en las sienes, intenta darle vida con su aliento y hace todo lo posible para reanimarla. Por fin ella despierta. Va vestida, como en el primer acto, con el traje de mensajera del Gral; pero su color es más pálido y la ferocidad ha desaparecido de su semblante y de su actitud. — Mira largo rato fijamente á Gurnemancio. Luégo se levanta, se arregla el vestido y el cabello y atiende inmediatamente al servicio, como una criada.*

GURNEMANCIO.—¡Pareces loca, mujer! ¿No me dices ni una palabra? ¿Así me agradeces haberte despertado otra vez de tu sueño letal?

KUNDRÍA (*inclina lentamente la cabeza; luégo pronuncia áspera y entrecortadamente estas palabras*):—¡Servir... servir!

GURNEMANCIO (*sacude la cabeza*).—¡Poco trabajo te cuesta ya eso! Ya no hay mensajes que llevar: cada uno encuentra sin ayuda las hierbas y las raíces, porque lo aprendemos de los animales del bosque. (*Entretanto Kundría se vuelve, descubre la ermita y entra en la misma. Gurnemancio la mira con extrañeza*).—¡Su modo de andar no es el de antes! ¿Acaso será obra de este sagrado día? ¡Oh, día de gracias sin igual! Sin duda hoy ha despertado á la pobre de su sueño mortal para su salvación. (*Kundría vuelve á salir de la ermita; lleva un jarro y se dirige á la fuente. Mientras espera que se llene, mira hacia el bosque y descubre á lo lejos á un hombre que se va acercando; se vuelve hacia Gurnemancio para indicarle que álguien viene. — Éste mira hacia el bosque*). ¿Quién se acerca á la sagrada fuente? Ninguno de los hermanos lleva esa oscura armadura. (*Kundría se aleja*

lentamente con el jarro lleno hacia la cabaña, en la que se pone á trabajar. — Gurnemancio, sorprendido, se inclina hacia un lado para observar al que se acerca. — Sale del bosque Parsifal. Va cubierto de una armadura completamente negra: con la visera del casco calada y la lanza en ristre, camina cabizbajo y con vacilante lentitud, sentándose por fin sobre el pequeño collado cubierto de césped. — Gurnemancio le contempla largo rato y luégo se le acerca algo más.) ¡Salud, mi huésped! ¿Te has extraviado y necesitas que te enseñe el camino? *(Parsifal sacude ligeramente la cabeza.)* ¿No me diriges ni siquiera un saludo? *(Parsifal inclina la cabeza.)* ¡Hola! ¿Qué es eso? Si tu voto te obliga á estar callado conmigo, el mio me impone el deber de decirte lo que conviene. Aquí estás en lugar sagrado: en este territorio no penetra nadie armado, con la visera calada, con la rodela y la lanza. ¡Y hoy mucho menos! ¿Acaso ignoras tú el santo día que es hoy? *(Parsifal sacude la cabeza.)* ¡Hum! ¿De dónde vienes? ¿En qué tierra de paganos has vivido que no sabes que hoy es Viernes Santo? *(Parsifal inclina más aún la cabeza.)* Deja inmediatamente las armas! ¡No enojes al Señor que en este día vertió sin defensa alguna su sangre divina en expiación de los pecados del mundo!

(Parsifal se levanta después de largo silencio, arroja la lanza al suelo delante de si, deposita el escudo y la espada junto á la misma, levanta la visera, se quita el yelmo y lo coloca sobre las demás armas, arrodillándose luégo delante de la lanza y rezando una muda plegaria. Gurnemancio le contempla sorprendido y conmovido. Llama á Kundria, que acaba de salir de la ermita. Parsifal, rezando fervorosamente, eleva con devoción la mirada hacia la punta de la lanza.

GURNEMANCIO (*á Kundria en voz baja*).—¿Le reconoces?... Es el que antes mató el cisne. *(Kundria afirma con una ligera inclinación de cabeza.)* ¿El loco que yo, en

mi enojo, alejé de nuestro lado? ¡Ah! ¿Por qué caminos habrá llegado aquí? Esa lanza yo la conozco. (*Muy conmovido.*) ¡Oh! ¡Santísimo día el de hoy, en que he tenido la dicha de volver á despertar!

(*Kundría ha vuelto la cara*).

PARSIFAL (*se levanta con lentitud y cesa en su plegaria, mira tranquilamente á su alrededor, reconoce á Gurnemancio y le tiende la mano con afabilidad en señal de saludo*).—¡Celebro volverte á encontrar!

GURNEMANCIO.—¿Tú también me conoces aún? ¿Me reconoces todavía, aunque los sufrimientos y la miseria me hayan abatido de esta manera? ¿Cómo has venido hoy? ¿De dónde vienes?

PARSIFAL.—He venido por los senderos del error y de los padecimientos; ahora que te vuelvo á encontrar, buen viejo, ahora que oigo otra vez el murmullo de este bosque, dime si he salido ya de ellos y erré aún. Todo me parece transformado.

GURNEMANCIO.—¿Á dónde ha de llevarte el camino que buscabas?

PARSIFAL.—Á aquel, cuya queja profunda oí una vez con necia sorpresa, á aquel para cuya salvación ya puedo creerme elegido. Pero ¡ay! Una salvaje maldición me hizo errar sin encontrar sendero alguno, para que no diera con el camino de la salvación: innumerables sufrimientos, luchas y peleas, me desviaban de él cuando creía haber hallado el que buscaba. Ya desesperaba de salvar la reliquia divina y para preservarla me he dejado herir por toda clase de armas. Pues en las luchas no podía servirme de ella, la llevé siempre á mi lado sin que nadie la violara y ahora la restituyo; allí la ves radiante y augusta, la santa lanza del Gral.

GURNEMANCIO.—¡Oh gracia! ¡Salud suprema! ¡Oh milagro! ¡Milagro santo y augusto! (*Volviendo algo en sí.*) ¡Oh Señor! Si fué una maldición la que te desvió del recto sendero, está seguro que ya ha cedido.

Ahora estás aquí; este es el dominio del Gral y sus caballos te esperan. ¡Ah, necesitan la salvación que tú traes! Desde aquel día que estuviste aquí, el luto y la tristeza que aquí viste aumentaron hasta la más extrema miseria. Amfortas, desesperado por su herida, por el tormento de su alma, en su feroz obstinación invocó la muerte: las súplicas y los sufrimientos de sus caballeros no bastaron ya á persuadirle á que ejerciera su divino oficio. El Gral permanece desde largo tiempo encerrado en su caja: y así, su guardián contrito, no pudiendo morir mientras le contemple, espera violentar su fin y terminar su tormento con la vida. El manjar sagrado nos fué prohibido y hubimos de alimentarnos con la comida común; de este modo, la fuerza de nuestros héroes desfalleció: ya no nos llega ningún mensaje ni nos llaman á santos combates en lejanas tierras; la caballería vaga pálida y miserable, sin valor y sin jefe. Yo me he ocultado solitariamente en este rincón del bosque, esperando con tranquilidad la muerte, á la que sucumbió ya mi antiguo jefe: pues Titurel, mi santo héroe, á quien no consoló ya la vista del Gral, murió... ¡como todos los demás hombres!

PARSIFAL *(incorporándose con gran dolor).*—Y yo soy la causa de tanta miseria! ¡Ah! ¡Cuántos pecados, cuántos crímenes pesarán desde la eternidad sobre esta cabeza de loco, siendo así que no han valido penitencias ni expiaciones para destruir mi ceguera y el último sendero de la salvación desaparece, hasta para mí, que, elegido para cumplir la misión salvadora, erré perdido!

(Va á caer desmayado. Gurnemancio le sostiene y le sienta sobre el collado cubierto de césped. Kundria acude con un jarro de agua para rociar á Parsifal).

GURNEMANCIO (*apartando á Kundria*).—¡No así! La misma fuente sagrada ha de bañar á nuestro peregrino. Tengo el presentimiento de que hoy ha de cum-

plir una gran obra y desempeñar un cargo sagrado: por lo mismo ha de estar limpio de mancha y hemos de lavar ahora el polvo de sus largas correrías.

(Ambos vuelven cuidadosamente á Parsifal hacia el borde de la fuente. Mientras Kundria le quita las sandalias y luégo le baña los piés, y Gurnemancio le quita la coraza, pregunta):

PARSIFAL (*con voz fatigada y tierna*).—¿ Me acompañarán hoy mismo á ver á Amfortas ?

GURNEMANCIO.—Seguramente; el augusto castillo nos está esperando : los funerales de mi querido señor me llaman allí. Amfortas nos prometió descubrirnos otra vez al Gral y ejercer de nuevo sus funciones que desde mucho tiempo no ha ejercido, por el bien de su augusto padre, que sucumbió á la culpa de su hijo, el cual quiere ahora expiarla de esta manera.

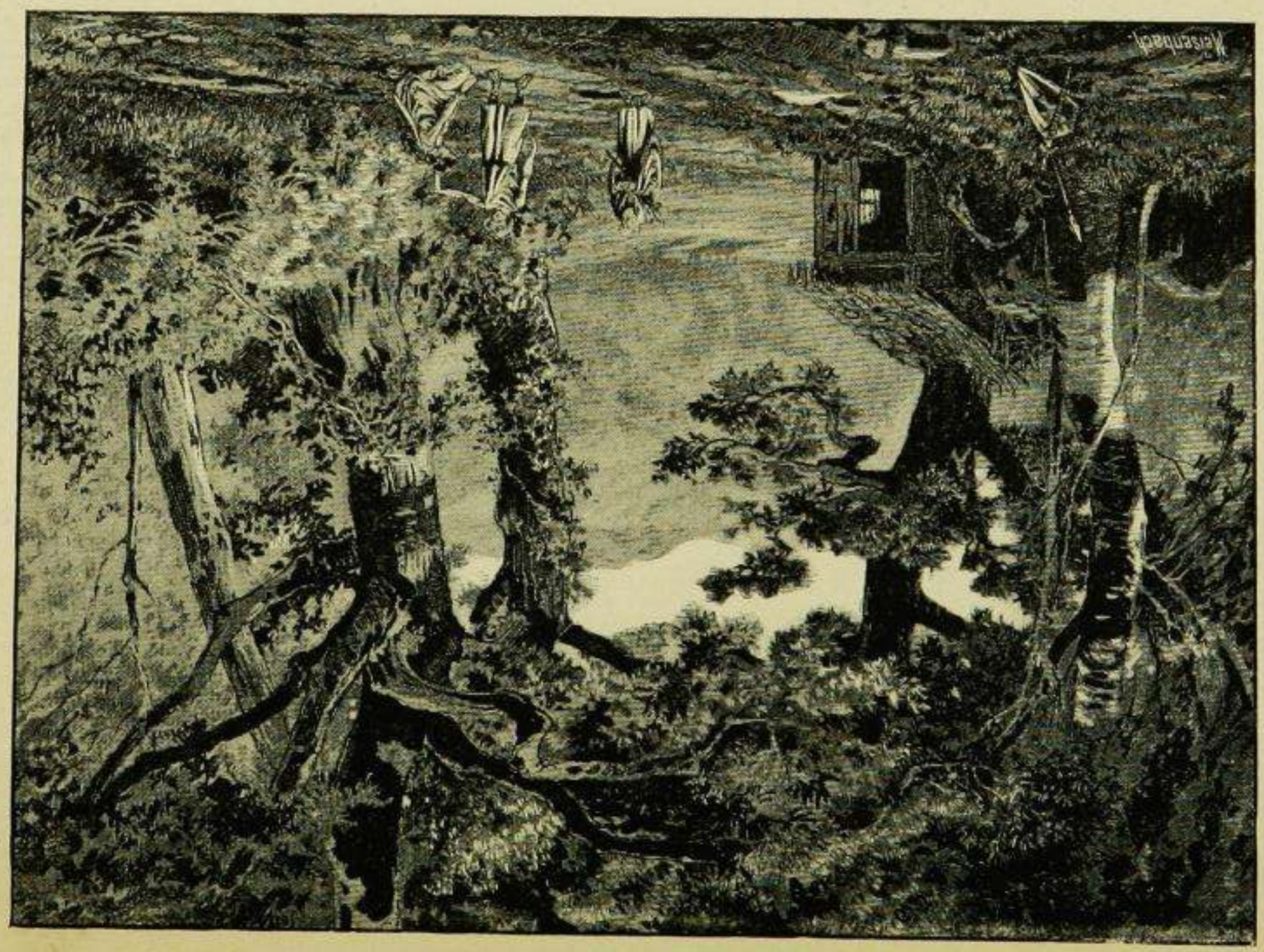
PARSIFAL *(mirando á Kundria con admiración).*—Tú me has lavado los piés: ahora rocíeme el amigo la cabeza.

GURNEMANCIO *(sacando agua de la fuente con la mano y rociando la cabeza de Parsifal).*—¡Bendito seas por tu pureza ! ¡ Así se desvanezca en ti el remordimiento de toda culpa !

(Entretanto Kundria saca del pecho una botellita dorada y vierte el contenido de la misma sobre los piés de Parsifal y luégo los enjuga soltando rápidamente sus cabellos).

PARSIFAL *(le toma la botella).*—Ya que también me has ungido los piés, únjame la cabeza el compañero de Titurel, quien me saludará hoy mismo como su rey.

GURNEMANCIO *(vacía por completo la botellita sobre la cabeza de Parsifal, la restrega suavemente y luégo junta sus manos sobre la misma).*—Sí; así nos había sido anunciado, bendigo tu cabeza y te saludo como rey. ¡Oh tú, mártir piadoso! Ya que sufriste los dolores de



aquel á quien redimes, quita de su cabeza la última carga que le agobia.

PARSIFAL *(saca inadvertido agua del manantial, se inclina hacia Kundria, que aún está arrodillada delante de él y le rocía la cabeza).*—He aquí cómo empiezan mis funciones: ¡Yo te bautizo: cree en el Redentor!

(Kundria inclina profundamente la cabeza al suelo y parece llorar muy acongojada).

PARSIFAL *(se vuelve y mira con tierno entusiasmo hacia el bosque y la pradera).*—¡Qué hermosa me parece hoy toda la comarca! He encontrado flores prodigiosas que se elevaban hasta mi cabeza; ¿pero cuando he visto yo jamás tallos, retoños y flores tan hermosos y tiernos? ¿cuando ha exhalado, todo lo que me rodea, perfumes tan suaves? ¿cuando me habló la naturaleza un lenguaje tan íntimamente amoroso?

GURNEMANCIO.—¡Estos son los encantos del Viernes Santo, señor!

PARSIFAL.—¡Oh día de suprema congoja! ¿No debiera en este día entristecerse y llorar, todo lo que florece, todo lo que respira, todo lo que vive y todo lo que renace?

GURNEMANCIO.—¡Ya ves que no es así! Las lágrimas de arrepentimiento del pecador, se han convertido hoy en sagrado rocío que riega la pradera y la vega: él las ha hecho prosperar. Todas las criaturas se regocijan de haber encontrado el benéfico vestigio del Salvador y le consagran su plegaria. No pudiéndole ver á él mismo en la cruz, contemplan al hombre redimido; ese se encuentra libre de la angustia y de los horrores del pecado, puro y salvado, gracias al sacrificio amoroso de Dios: las mismas plantas y flores de las vegas participan de este beneficio, porque hoy el hombre no las aplasta con sus pisadas, mas las respeta piadosamente, deslizándose con suavidad sobre ellas; de igual modo que Dios, con su celeste paciencia, se apiadó de

él y por él padeció. Así pues, todas las criaturas han de agradecer lo que aquí florece y pronto se marchita, porque la naturaleza, purificada de sus pecados, recobra hoy su virginidad.

(Kundria ha vuelto á levantar lentamente la cabeza y mira, con los ojos bañados en lágrimas, hacia Parsifal, en ademán suplicante).

PARSIFAL.—Yo ví marchitarse á las que me sonreían: ¿quién sabe si hoy desean con fervor su redención? Tus lágrimas también se convierten en rocío de bendición: ¿lloras? ¡Mira! la pradera sonríe.

(La besa suavemente en la frente. Un lejano tañido de campanas va aumentando por grados).

GURNEMANCIO.—Es mediodía. La hora ha llegado: ¡Consiente, oh señor, que tu siervo te acompañe!

(Gurnemancio se presenta con la armadura y la capa de caballero del Gral; él y Kundria visten á Parsifal. La escena se transforma muy lentamente, pero sólo de derecha á izquierda como en el primer acto. Parsifal coge solemnemente la lanza y sigue con lento paso á Kundria y á Gurnemancio que los precede. En cuanto el bosque ha desaparecido por completo y se han abierto las puertas de la roca en la que los tres desaparecen, se divisan en las arqueadas galerías cortejos de caballeros en traje de luto y el tañido de las campanas va aumentando cada vez más. Por fin se presenta la gran sala como en el primer acto, pero sin las mesas puestas. Fúnebres antorchas alumbran la escena. Las puertas se vuelven á abrir. Por un lado entran los caballeros, llevando el cadáver de Titurel en una mortaja. Por el otro lado entra Amfortas en la litera precedido de la caja del Gral, cubierta. En el centro está eregido el catafalco, detrás el trono con el baldaquino, bajo el cual se deposita á Amfortas. — Canto de los caballeros mientras van entrando.)

PRIMER CORTEJO *(con el Gral y Amfortas)*.—Mientras nosotros llevamos al Gral al divino oficio, encerrado

en su cofre, ¿á quién lleváis y ocultáis vosotros dolorosamente en esa lúgubre mortaja?

SEGUNDO CORTEJO (*con el féretro de Titurel*). — Este lúgubre féretro encierra al héroe y oculta la fuerza divina; es aquel á quien Dios mismo custodiaba; llevamos á Titurel.

PRIMER CORTEJO.—¿Quién derribó á quien estaba protegido por Dios mismo?

SEGUNDO CORTEJO.—Le derribó el peso insoportable de los años, cuando ya no podía ver al Gral.

PRIMER CORTEJO.—¿Quién le impidió contemplar la gracia del Gral?

SEGUNDO CORTEJO.—El pecador que vosotros lleváis allí.

PRIMER CORTEJO.—Le exortamos hoy porque quiere ejercer por última vez las funciones de su sacerdocio.

SEGUNDO CORTEJO.—¡Oh dolor! ¡Guardián de la salvación! ¡Oficia por última vez!

(Depositan el féretro sobre el catafalco y Amfortas sobre su lecho).

AMFORTAS.—¡Sí, Gran dolor para mí! exclamaré yo también con vosotros: preferiría que me diérais la muerte, la cual sería más dulce que la más suave expiación de mis pecados.

(Alzan la mortaja. A la vista del cadáver de Titurel, todos exhalan un grito vehemente de dolor).

AMFORTAS (*incorporándose y dirigiéndose hacia el cadáver*). —¡Oh, padre mío! ¡Bendito entre todos los héroes! ¡Guardián purísimo, al que una vez se inclinaron los mismos ángeles! Yo que quería morir solo, ¿te he dado muerte á ti? ¡Oh tú, que contemplas ahora al Redentor rodeado de luz divina, suplícale que, si su bendición ha de consolar otra vez á los hermanos, su divina sangre, infundiéndoles nueva vida, me conceda por fin la muerte! ¡La muerte! ¡Unica gracia que pido! ¡Ciérrese para siempre mi terrible

herida, cese el veneno que me corroe, hiélese mi corazón! ¡Padre mío! Á ti acudo para que le digas: ¡Salvador, concede la paz á mi hijo!

Los CABALLEROS (*acercándose confusamente á Amfortas*).—¡Descubrid el cofre! ¡Oficia! Tu padre te lo manda: ¡has de hacerlo!

AMFORTAS (*levantándose con impetuosa desesperación y precipitándose entre los caballeros que retroceden*).—No. ¡Nunca más! ¡Ah! Ya me siento en poder de la muerte, y ¿quisiérais que volviera otra vez á la vida? ¡Insensatos! ¿Quién quiere obligarme á vivir? ¡Si no podéis darme más que la muerte! *(Se arranca los vestidos.)* ¡Aquí estoy, he aquí la herida abierta! ¡Ved cómo mana la sangre que emponzoña mi existencia! ¡Empuñad el arma! ¡Hundid aquí vuestras espadas, profundamente, hasta el puño! ¡Sois héroes! Matad al pecador y su tormento: y entonces el Gral arrojará espontáneamente su luz sobre vosotros.

(Todos se alejan con espanto. Amfortas se queda solo en éxtasis horrible. Parsifal, acompañado de Gurnemancio y de Kundria, sale inadvertido entre los caballeros y ahora se adelanta y tiende la lanza, tocando con la punta de la misma el costado de Amfortas).

PARSIFAL.—Sólo un arma hay que sirva á este efecto: sólo la lanza que abrió la herida puede cerrarla.

(*El semblante de Amfortas brilla iluminado por celestial entusiasmo; parece vacilar por la gran conmoción; Gurnemancio le sostiene*).

PARSIFAL.—¡Sé curado, redimido y salvado! Ahora oficio yo en tu lugar. Benditos sean tus sufrimientos que dieron al loco la fuerza suprema de la compasión y el poder de la más pura sabiduría. Os devuelvo la lanza sagrada. (*Todos miran con entusiasmo la lanza levantada y Parsifal, mirando la punta de la misma, continúa arrebatado):* ¡Oh, milagro del bien supremo! Esa tu herida podrá cerrarse, pues ya

veo brotar de la misma la sangre divina, igual á la que mana de la fuente del Gral. Este no ha de volverse a cerrar jamás: ¡Descubrid al Gral! ¡Abrid el cofre!

(Los escuderos abren el cofre: Parsifal saca el Gral y á su vista se arrodilla rezando silenciosamente. El Gral resplandece: luz vivísima se extiende sobre todos. Titurel, que revive en aquel instante, se alza de su féretro y los bendice. De lo alto de la cúpula desciende una paloma blanca que se pára sobre la cabeza de Parsifal. Éste agita lentamente al Gral á la vista de los atentos caballeros. Kundria, mirando á Parsifal, cae lentamente á sus piés y muere. Amfortas y Gurnemancio se arrodillan y tributan homenaje á Parsifal).

Todos (*con voces apenas perceptibles de la parte media y superior de la sala*).—Milagro de la salvación suprema: ¡Prodigio de la Redención!

FIN

Indice de lo contenido en este tomo

PÁG.

TANNHAUSER (ópera en tres actos). 5

EL ANILLO DEL NIBELUNGO (tetralogia):

EL ORO DEL RHIN—*preludio*. 47

LA WALKIRIA—*primera parte*.. 87

SIFREDO—*segunda parte*.. 139

EL CREPÚSCULO DE LOS DIOSES—*tercera parte*. . . 193

PARSIFAL (festival sagrado en tres actos). . . . 251

PER ARDUA AD ASTRA